

Isaac Asimov

Los Estados Unidos Desde La Guerra Civil Hasta La Primera Guerra Mundial

Título Original: *The Golden Door- The United States from 1865 to 1918*

- Las secuelas de la guerra
- Riqueza y corrupción
- El triunfo republicano
- Grover Cleveland
- El segundo mandato de Cleveland
- El imperialismo triunfante
- Theodore Roosevelt
- El progresismo
- Roosevelt y Taft
- Woodrow Wilson
- La Primera Guerra Mundial
- Cronología

1. Las secuelas de la guerra.

Lincoln contra el Congreso.

¡La Unión Federal había sobrevivido!

Durante cuatro años, una guerra enconada y costosa había hecho estragos en la región sudoriental de los Estados Unidos. Once Estados se habían alineado, en esa guerra conducida con habilidad y decisión, contra el resto de la nación, y habían perdido, pero no antes de morir 620.000 hombres de ambas partes y de ser heridos 375.000. Hubo un millón de bajas, de una población total de unos 33 millones*.

Grandes partes de la antigua Confederación quedaron duramente marcadas por la guerra, particularmente en aquellos Estados, como Virginia y Tennessee, donde se habían librado la mayor parte de las batallas, y en aquellos otros, como Georgia y Carolina del Sur, donde los ejércitos de la Unión, hacia el fin de la guerra, habían llevado a cabo una deliberada devastación.

Pero la Unión habían sobrevivido. Al terminar la guerra, el territorio de los Estados Unidos estaba intacto, cada centímetro cuadrado de él, y su economía, globalmente, se hallaba tan fuerte como siempre. Los Estados de la Unión victoriosa habían prosperado económicamente, y sus pérdidas en mano de obra habían sido compensadas por la inmigración y un elevado índice de natalidad.

También,- además, los antiguos Estados Confederados, después de luchar magníficamente en circunstancias muy adversas, demostraron ser aún más excepcionales en la derrota que en la guerra, pues, en general aceptaron la decisión. Volvieron al redil y, si bien las cicatrices de la guerra subsistieron por décadas y el recuerdo reverente de la «causa perdida» y de los hombres que lucharon por ella nunca desapareció, los Estados jamás intentaron nuevamente abandonar la Unión; ni en ninguna crisis futura dieron ningún motivo de sospecha sobre su lealtad.

Pero cuando la guerra llegaba a su fin, no había modo de prever tal aceptación por la Confederación del veredicto. Algunos miembros del gobierno de la Unión sentían odio hacia los Estados cuyos ejércitos habían humillado a la Unión en muchas batallas. Otros temían el resurgimiento de los sentimientos de rebelión y estaban seguros de que esto sólo podía ser impedido mediante un duro control. Otros estaban ansiosos de asegurar que la vergüenza de la esclavitud desapareciese de los Estados Unidos y opinaban que no se podía confiar en que los antiguos amos de esclavos lo hicieran.

Por todas estas razones, y también por consideraciones políticas, un sector del Partido Republicano adoptó una actitud particularmente vengativa hacia los anteriores Estados Confederados. Ese sector del partido fue llamado «republicano radical».

Se oponía a él el presidente republicano, Abraham Lincoln, que había gobernado a la Unión durante los peligrosos años de la guerra. Lincoln sostenía que puesto que la secesión era ilegal, los Estados de la Confederación nunca habían abandonado la Unión. Era sólo un grupo de hombres obstinados, sostenía, el que había provocado la guerra. Una vez que esos hombres eran eliminados del poder y una vez que una parte suficiente de un Estado rebelde declaraba su lealtad a la Unión, ese Estado, en su opinión, quedaba rehabilitado como miembro de la Unión, con todos los derechos y privilegios de un Estado.

Como era un hombre de gran visión y estaba ansioso de evitar un futuro en el que un grupo de Estados albergara siempre un motivo de queja, aspirara siempre a la independencia y luchara una y otra vez por alcanzarla -y quizá, con el tiempo tuviese éxito-, Lincoln se esforzó para hacer el retorno lo más fácil posible a los Estados rebeldes. Fue generoso en sus amnistías, y pidió un juramento de lealtad de sólo el 10 por 100 de los votantes de cualquier Estado ocupado por fuerzas de la Unión. También era menester dar otro paso importante: dicho Estado tenía que convenir en abolir la esclavitud.

En 1864, cuando todavía duraba la guerra, se obtuvieron suficientes juramentos de lealtad en Arkansas y Luisiana como para satisfacer las condiciones de Lincoln. Éste reconoció la reintegración en la Unión de ambos Estados, que formaron gobiernos estatales y eligieron senadores y diputados al Congreso.

Pero los republicanos radicales eran fuertes en el Congreso y no aceptaron a los representantes elegidos por Arkansas y Luisiana. Consideraban que las condiciones de Lincoln eran inadmisiblemente suaves. En verdad, no querían que el presidente estuviese en absoluto a cargo de la reconstrucción de la Unión. Durante los veinte años anteriores a la Guerra Civil, los Estados Unidos habían sido gobernados por presidentes débiles, y los poderes de tiempo de guerra de Lincoln, que lo hacían poderoso y debilitaban al Congreso, eran considerados excepcionales. Una vez restablecida la paz, los republicanos radicales esperaban que el presidente retornase a su debilidad habitual y el Congreso asumiese el poder.

Pensando en esto, los republicanos radicales elaboraron un plan de «Reconstrucción por el Congreso», en oposición a la «Reconstrucción Presidencial» de Lincoln. Los radicales juzgaban que una lealtad del 10 por 100 no era suficiente; exigían que al menos el 50 por 100 de los votantes de un Estado jurasen lealtad. Más aún, el juramento debía ser retrospectivo; los que prestasen juramento no sólo debían jurar ser leales en el futuro, sino también que nunca habían sido desleales en el pasado (algo casi imposible de esperar de la mitad de la población, a menos que hubiese un perjurio al por mayor).

A tal fin, se presentó al Congreso un proyecto de ley el 4 de julio de 1864. Lo presentó el senador Benjamin Franklin Wade, de Ohio (nacido en Feedings Hills, Massachusetts, el 27 de octubre de 1800), un ardiente reformador que no sólo se oponía vigorosamente a la esclavitud de los negros, sino que también era un defensor de los trabajadores y de los derechos de las mujeres. En la Cámara de Representantes, el defensor del proyecto fue Henry Winter Davis, de Maryland (nacido en Annapolis el 16 de agosto de 1817). Aunque oriundo de un Estado esclavista, fue firmemente leal a la Unión y desempeñó un papel decisivo en las acciones destinadas a impedir que Maryland optase por la secesión.

Lincoln sabía que con el Proyecto de Ley Wade-Davis ningún Estado de la Confederación podría cumplir con los requisitos para reincorporarse a la Unión por años; las condiciones eran exorbitantemente severas. Los republicanos radicales, desde luego, eran conscientes de esto; no se hacían ninguna ilusión al respecto. Algunos de ellos eran suficientemente vengativos como para considerar justificada su actitud; otros pensaban que era un buen modo de asegurar la dominación de Estados Unidos por el noreste industrial durante largo tiempo.

Pero Lincoln no tenía ningún ánimo vengativo ni estaba interesado en asegurar el predominio de ninguna parte de la nación sobre la totalidad. Puesto que el Congreso estaba a punto de suspender sus sesiones, sencillamente dejó de lado el proyecto de ley («se lo metió en el bolsillo», hablando en términos figurados). Al no firmarlo lo anuló hasta el próximo periodo de sesiones: un ejemplo de «veto indirecto» [poc-ket veto; literalmente, 'veto de bolsillo'].

Esto enfureció a los republicanos radicales, que intentaron deshacerse de Lincoln y nombrar un candidato propio para las elecciones presidenciales de 1864, que eran inminentes. Lincoln esperó pacientemente, y las victorias militares le dieron suficiente popularidad como para demostrar a los republicanos radicales que no conseguirían nada oponiéndose a él. Apoyaron a Lincoln a regañadientes, y éste fue reelegido.

Pero el 14 de abril de 1865, cinco días después de que el general confederado Robert E. Lee se rindiese, en Appomatox Courthouse, Virginia, poniendo fin a la Guerra Civil, Abraham Lincoln fue asesinado. Ocupó su puesto el vicepresidente, Andrew Johnson, quien de este modo se convirtió en el decimoséptimo presidente de Estados Unidos.

Andrew Johnson

Andrew Johnson nació en Raleigh, Carolina del Norte, el 29 de diciembre de 1808. Fue aprendiz de sastre a los doce años, conservó su habilidad en este oficio hasta el fin de su vida y se enorgullecía de ello. (¿Por qué no?) Se trasladó a Tennessee Oriental en 1826 y vivió en este Estado el resto de su vida.

Nunca estuvo ni un solo día en la escuela, pero después de casarse, en 1827, su esposa le enseñó a leer y a escribir. Tennessee Oriental era una tierra de granjeros pobres que no simpatizaban con la aristocracia propietaria de esclavos de la parte occidental del Estado y preferían las rudas y sencillas virtudes de Johnson. Su falta de educación fue para él una ventaja, y se admiraba su estilo estridente y llano de polemizar.

Ocupó cargos gubernamentales cada vez más altos, y de 1853 a 1857 fue gobernador de Tennessee. Luego entró en el Senado, donde mantuvo una inquebrantable posición a favor de la Unión. Fue el único senador de un Estado separado que permaneció en el Senado pese a las protestas y vilipendios de sus propios electores. Fue un acto de gran coraje político, pero Johnson siempre mantenía sus opiniones con la mayor obstinación.

En 1862, cuando los ejércitos de la Unión ocuparon la mayor parte de Tennessee, Lincoln recompensó a Johnson por su actitud nombrándolo gobernador militar del Estado reconquistado. Johnson ocupó eficazmente su cargo durante dos años.

Luego, en 1864, cuando Lincoln se presentó por el Partido de la Unión (formado por los republicanos y aquellos «demócratas de la guerra» que se habían comprometido a obtener la victoria), pareció importante elegir como candidato a vicepresidente a un demócrata de la guerra, y Johnson recibió la aprobación para ocupar la candidatura.

En la segunda investidura de Lincoln, el 4 de marzo de 1865, Johnson, por supuesto, asistió a ella. Sintiendo enfermo, tomó un trago de una bebida alcohólica para reanimarse. No fue una buena idea. Johnson no toleraba bien el alcohol, y la bebida le cayó mal. En las ceremonias parecía claramente borracho, cosa que sus adversarios nunca permitieron que el público olvidase.

Después del asesinato de Lincoln, Johnson ocupó la presidencia.

Aunque enemigo de la aristocracia propietaria de esclavos, sentía simpatía por los Estados de la Confederación. Adoptó la actitud generosa de Lincoln hacia los ex rebeldes y procedió lo más rápidamente que pudo a reconstruir los gobiernos federales de anteriores Estados Confederados.

Desde luego, era necesario poner fin a la esclavitud. Muchos de los factores emocionales de la Guerra Civil giraban alrededor de la cuestión de la esclavitud, y cuando los propietarios de esclavos fueron derrotados, la esclavitud no pudo sobrevivir.

De hecho, los Estados de la Unión estaban efectuando una votación concerniente a una enmienda constitucional que hacía formalmente ilegal la esclavitud en los Estados Unidos. El 18 de diciembre de 1865 se obtuvieron los necesarios tres cuartos de votos de los Estados a favor de esa enmienda, que se convirtió en parte de la Constitución como la Decimotercera Enmienda. Así, medio año antes del nonagésimo aniversario del nacimiento de los Estados Unidos, la esclavitud llegó a su fin en la nación que siempre se había considerado como «la Tierra de los Libres».

Pero aunque la esclavitud fue abolida como sistema legal y los Estados antaño esclavistas tuvieron que aceptar este hecho, éstos consideraron natural tomar otras medidas para asegurarse que los negros seguirían siendo equivalentes a esclavos, es decir, una fuente de mano de obra barata sin derechos políticos y escasos derechos humanos.

Sin duda, los negros tenían problemas. Había cuatro millones de «libertos» en los anteriores Estados esclavistas, hombres que, a causa de la posición servil a la que habían estado encadenados, ahora carecían de educación, eran ingenuos, inexpertos ante la libertad y a menudo temerosos de ella. Si hubiera habido un mundo ideal habrían sido

ayudados y recibido enseñanza, y, en particular, sus hijos habrían sido educados en la libertad y la igualdad desde el comienzo*.

* Éste no es un sueño imposible. La segunda generación de inmigrantes de toda clase ha ocupado su lugar en la vida norteamericana en un pie de igualdad. Mis padres me llevaron a los Estados Unidos de la Unión Soviética cuando yo tenía tres años. Mi padre carecía de educación y no pudo ser más que un pequeño comerciante minorista durante toda su vida. Pero el sistema educativo norteamericano estaba abierto para mí, y como resultado de ello llegué a ser escritor científico y profesor universitario. Y si esto me fue permitido ¿por qué no a otros también?

Los Estados Unidos en 1865.

Desgraciadamente, no hay un mundo ideal. La creencia en la inferioridad de los negros era demasiado fuerte en los anteriores Estados esclavistas (y en el resto de la Unión también, en verdad) y, además, existía un constante temor a revueltas de los negros. Fue un temor que los negros no merecían, pues nunca ha habido un conjunto de personas tan oprimido y pisoteado durante tanto tiempo, y que, sin embargo, mostrase tan poco deseo de venganza. Pero tal temor existía y fue un factor que contribuyó a que sucediese lo que sucedió.

Los diversos Estados ex esclavistas, tan pronto como pudieron, establecieron sistemas de leyes destinados a impedir que cambiase el estatus social de los negros solamente porque ya no eran esclavos legalmente. El primero de estos «Códigos de Negros» fue establecido en Mississippi el 24 de noviembre de 1865, antes de que la Decimotercera Enmienda aboliese la esclavitud.

Los Códigos de Negros variaban en severidad de un Estado a otro, pero en general limitaban los derechos de los negros a muy poco más de los que poseían como esclavos. Podían ahora casarse legalmente y podían poseer cantidades limitadas de tierra, pero no podían votar ni comparecer como testigos ante los tribunales. Su derecho a trabajar se limitaba a ciertas ocupaciones domésticas, y, si eran «vagabundos», se les podía obligar por la fuerza a aprender determinada tarea, en condiciones que no eran distinguibles de la esclavitud. No se perdió ninguna pasión de inculcar a los negros la idea de que su estatus era el de un ser absolutamente inferior, en todo aspecto, a cualquier blanco.

Podemos suponer que Lincoln, si hubiese vivido, se habría opuesto a los Códigos de Negros, no sólo por su profunda humanidad, sino también por la sagaz comprensión de que los Estados victoriosos los verían como una crueldad y villanía sureña, lo cual haría mucho más difícil la tarea de la verdadera reconciliación. Que Lincoln hubiese podido impedir el surgimiento de los Códigos de Negros y asegurado un compromiso razonable es incierto, pero podemos estar seguros de que lo habría intentado.

Johnson no lo intentó. No abrigaba sentimientos de simpatía hacia los negros. La esclavitud estaba abolida y esto era todo. No estaba dispuesto a dar un paso más allá, y aceptó los Códigos de Negros con ecuanimidad.

No así los republicanos radicales del Congreso, quienes, encolerizados por la predisposición que veían en Johnson a permitir a los Estados esclavistas que anulasen el veredicto de la guerra, pasaron a una firme e implacable oposición. Su líder en esta lucha era el resuelto e implacable congresista Thaddeus Stevens, de Pensilvania (nacido en Danville, Ver-mont, el 4 de abril de 1792).

Stevens había nacido con pie zopo y había tenido una infancia miserable. Ambos hechos pueden haber contribuido a su fanática simpatía por los oprimidos y, en particular, por los esclavos negros. Estaba a favor de todo género de desvalidos; se cree que tuvo una amante negra, y, cuando estaba agonizando, ordenó que se lo enterrase en un cementerio para negros, para demostrar hasta en la muerte su devoción a la igualdad.

Su gran defecto consistía en ser un hombre lleno de odio, que no podía perdonar, ni olvidar, ni aceptar compromisos. Para él, los Estados conquistados por la Confederación eran regiones ocupadas sin ningún derecho. Quería dividir las fincas de los poseedores de esclavos y entregarlas a los ex esclavos que las habían trabajado.

Para los republicanos radicales, y para Stevens en particular, los Códigos de Negros eran una prueba clara de que los antiguos Estados Confederados no se habían regenerado, que no había ocurrido nada que los hiciese abandonar sus anteriores opiniones. Los Códigos de Negros, y el apoyo de Johnson a ellos -insistían-, suprimía el nombre, pero no la vergüenza de la esclavitud en los Estados Unidos. Los antiguos líderes confederados, no escarmentados ni avergonzados, podrían, gracias a la política de Johnson, seguir administrando sus fincas y tratando a los negros como esclavos.

Stevens dominaba la «Comisión Conjunta de los Quince», un grupo de seis senadores y nueve diputados, todos republicanos radicales, que empezaron a proponer leyes que protegían los derechos de los negros. Tales leyes eran vetadas por Johnson, quien sostenía que violaban los derechos de los Estados, el mismo argumento que los anteriores Estados esclavistas habían usado para mantener la esclavitud y justificar la secesión. Esto enfureció aún más a los republicanos radicales, y algunas de las leyes fueron aprobadas, pasando sobre el veto de Johnson.

Sobre todo, Stevens abogó incesantemente por otra enmienda a la Constitución, una enmienda destinada a hacer del negro no solamente un no-esclavo, sino un ciudadano americano de pleno derecho. Esta nueva enmienda fue aprobada por el Congreso el 16 de junio de 1866 y fue presentada a los Estados, tres cuartos de los cuales debían votar su aprobación antes de que pudiese formar parte de la Constitución.

La enmienda declaraba a toda persona nacida en Estados Unidos o debidamente naturalizada, independientemente del color de su piel, ciudadano de los Estados Unidos y del Estado en que residiese. Se prohibía a los Estados aprobar leyes que redujesen los derechos de cualquiera de sus ciudadanos. Se prohibía participar en la vida política a los ex funcionarios confederados que anteriormente habían ocupado cargos nacionales y, por ende, habían traicionado la confianza de la nación, y se prohibió el pago de todas las deudas de guerra de los confederados. De este modo se introducía a los negros en la vida política, se descalificaba a los blancos más importantes y se penalizaba a los que habían invertido en la Confederación mediante la pérdida permanente de su inversión.

El Congreso, además, decretó que ningún antiguo Estado Confederado podía estar representado en el Congreso si no aceptaba la nueva enmienda. Tennessee fue el único Estado que lo hizo, el 19 de julio de 1866. Por ello, el 24 de julio fue formalmente readmitido en la Unión por el voto del Congreso. Los diez Estados Confederados restantes, con un optimismo fuera de lugar y con el apoyo de Johnson, se negaron a aceptar la enmienda y esperaron las elecciones al Congreso de 1866, con la esperanza de que surgiera un Congreso más moderado.

Johnson hizo todo lo que pudo a este respecto, atacando con vehemencia a los republicanos radicales y tratando de crear un nuevo partido de moderados. Pero lo hizo con tan poca habilidad que terminó hallando sus únicos aliados entre los demócratas que, durante la guerra, habían estado a favor de una paz que concediese la independencia a los Estados Confederados, y que eran llamados copperheads por los que deseaban la victoria.

Johnson, además, trató de apoyar la causa de la moderación recorriendo la nación en una gira de discursos, entre el 28 de agosto y el 15 de septiembre de 1866. Dificilmente podía haber hecho algo más desastroso para su causa. Llevó a las grandes ciudades de la Unión las tácticas que le habían dado buen resultado en las apartadas regiones de Tennessee Oriental, tácticas que sólo sirvieron para provocar risa y ponerlo en ridículo. Cuando lo interrumpían con preguntas molestas, perdía los estribos y soltaba indignos vituperios.

Los republicanos radicales, mientras tanto, hacían resonar los tambores del patriotismo y explotaban el odio aún fuerte contra los antiguos rebeldes. Los exaltados de los Estados que habían sufrido la derrota hacían el juego a los radicales entregándose a motines racistas en ciudades como Memphis y Nueva Orleans. Mataron a negros de manera brutal e indiscriminada, con lo cual los sureños aparecieron como impenitentes villanos.

El resultado de todo esto fue una clara y resonante victoria de los republicanos radicales. En el Cuadragésimo Congreso, los republicanos superaban a los demócratas por 42 a 11 en el Senado y 143 a 49 en la Cámara de Representantes. Había suficientes radicales entre los republicanos como para obtener la mayoría de dos tercios necesaria para superar los vetos de Johnson.

El enjuiciamiento

El Cuadragésimo Congreso se preparó para gobernar el país desafiando a Johnson y presentó su propia versión de la Reconstrucción. Para ello sólo necesitaba aprobar los necesarios proyectos de ley, esperar el inevitable veto de Johnson y luego reunir los necesarios dos tercios de los votos en cada Cámara para superar el veto y convertir los proyectos en ley.

Procedieron a hacerlo. El 8 de enero de 1867, por ejemplo, se otorgó el voto a los negros en el Distrito de Columbia, pese al veto de Johnson. El 1 de marzo Nebraska fue admitida en la Unión como el decimoséptimo Estado, y, puesto que sus simpatías republicanas eran indudables, tuvo que ser admitida pasando por encima del veto de Johnson. (Cuando el territorio se convirtió en Estado, su capital, Lancaster fue rebautizada con el nombre de Lincoln, en homenaje al presidente muerto, y ha conservado este nombre desde entonces.) Luego, el Congreso aprobó un proyecto de ley de Reconstrucción de línea dura, y cuando Johnson lo vetó, el 2 de marzo de 1867, fue aprobado, pese a su veto, ese mismo día. Según este Decreto de Reconstrucción, los diez antiguos Estados Confederados que aún no habían sido readmitidos en la Unión (todos menos Tennessee) serían tratados como provincias conquistadas.

Fueron repartidos en cinco distritos militares: 1) Virginia; 2) Carolina del Norte y Carolina del Sur; 3) Georgia, Alabama y Florida; 4) Mississippi y Arkansas, y 5) Luisiana y Texas. Cada uno de ellos quedó en manos de un gobernador militar.

Para escapar de esta situación, cada uno de los Estados tenía que convocar una nueva convención constitucional, elegida por todos los hombres en edad de votar, incluidos los negros. Las nuevas constituciones tenían que aceptar la nueva enmienda que concedía la ciudadanía a los negros. Los dirigentes confederados destacados quedaban excluidos del gobierno, y el Congreso se reservaba el derecho de examinar todos los decretos de los Estados y decidir cuándo podían volver a entrar en la Unión. Posteriores Decretos de Reconstrucción endurecieron todavía más los requisitos.

Johnson reconoció los nuevos decretos como leyes y los aplicó concienzudamente. Nombró gobernadores militares e hizo todo lo necesario; pero interpretó cada acción lo más estrechamente que pudo y retrasó la aplicación de cada medida todo lo posible. Cada retraso del presidente aumentó la cólera de los republicanos radicales y fortaleció su intención de lograr todos sus objetivos.

Los blancos de los Estados ocupados empeoraron las cosas al negarse a tomar parte en las actividades políticas. Al parecer, esperaban que, al negarse a participar, impedirían gobernar a los militares y harían que la frustración obligase a abandonar los intentos de liberalizar las instituciones de los Estados.

Fue un mal cálculo. Puesto que los blancos locales se mantuvieron apartados, la dirección política en los distritos militares cayó en las manos de personas de otras partes de la nación. Algunos de esos recién llegados eran idealistas que deseaban ayudar a los negros y encauzar a los antiguos Estados Confederados por canales más democráticos. Otros

acudieron por lo que pudiesen obtener, pensando que en medio del caos el botín sería rico. Y así fue. Muchos de los recién llegados, al actuar bajo el gobierno de militares que carecían en gran medida de experiencia política, pudieron manipular las cosas para enriquecerse a expensas del Estado. Por supuesto, fueron estos forasteros corruptos los que hicieron caer sobre el conjunto la mala reputación que nunca los ha abandonado.

La gente de los antiguos Estados Confederados consideraba a esos hombres de otros Estados como intrusos que llegaban para saquear; eran hombres tan pobres e insignificantes que llegaban con todo su miserable conjunto de pertenencias en una sola bolsa. En aquellos días, las bolsas de viaje baratas se hacían de tejido de alfombra [carpet en inglés], por lo cual los intrusos eran llamados carpetbaggers* ['los que llevan bolsas de tejido de alfombra'].

Los gobernadores militares, acuciados a lograr resultados, no tenían más opción que tratar con estos carpetbaggers y con los blancos locales dispuestos a cooperar. (Estos últimos eran llamados scalawags por los resistentes pasivos, y el término tenía el mismo significado que hoy asignamos a quisling.)

Los carpetbaggers se adueñaron de los gobiernos estatales, incluyendo el cargo de gobernador de varios de los Estados. Impusieron nuevas constituciones estatales, mucho más democráticas que las viejas. Las nuevas constituciones revocaban los Códigos de Negros, permitían votar a los negros, establecían la educación universal gratuita, abolían la prisión por deudas y hasta contenían intentos de defender los derechos de la mujer.

Todo esto era admirable en abstracto, pero, desgraciadamente, el interés por los votos de los negros a menudo no era un verdadero interés por el bienestar de los negros, sino una manera de reunir votos que podían ser manipulados en el interés de los carpetbaggers.

Fueron elegidos negros para la legislatura estatal, y se desempeñaron con notable mérito. Nunca propusieron ninguna acción punitiva contra los blancos ni trataron de aumentar su estatus social más allá de lo que era concebible en aquellos días, por ejemplo, permitiendo los matrimonios mixtos. Sin embargo, la hoja de servicios de los negros quedó empañada por el hecho de que sus votos podían ser manipulados, aprovechando su inexperiencia, por los carpetbaggers.

El uso del voto de los negros y de los gobernadores militares permitió a los carpetbaggers aumentar mucho las deudas de los Estados. No todo fue resultado del cohecho personal. Hubo algunos gastos legítimos, necesarios para la reparación de daños de guerra, la construcción de nuevos caminos y edificios, etcétera.

Pero también hubo cohecho. Un carpetbagger particularmente notorio era H. C. Warmouth. Había sido un oficial de la Unión de dudoso valor durante la Guerra Civil y fue gobernador de Luisiana por cuatro años, período durante el cual logró acumular una fortuna personal de medio millón de dólares (de mucho más valor en aquellos días que ahora) a expensas del Estado.

No todos los blancos de la antigua Confederación estaban totalmente pasivos. El 24 de diciembre de 1865 un grupo de antiguos oficiales del ejército confederado formaron un grupo social que llamaron Kyklos -palabra griega que significa 'círculo'-, y puesto que muchos de ellos eran de ascendencia escocesa o irlandesa, se consideraron como un clan, que escribían erróneamente «klan» por aliteración. El nombre pronto se convirtió en «Ku Klux Klan», y el antiguo jefe de caballería confederado Nathan Bedford Forrest, que nunca había sido derrotado en batalla, se convirtió en su primer Gran Maestre.

Una vez que el gobierno militar se afirmó en los antiguos Estados Confederados, el Ku Klux Klan empezó a llevar a cabo una resistencia a partir de guerrillas, y surgió alrededor de la organización una especie de leyenda del tipo Robin Hood entre las personas que simpatizaban con sus fines.

Pero el hecho es que, si bien el Klan se consideraba como una banda heroica de duros resistentes, no dirigió su acción contra las poderosas fuerzas de ocupación, militares o políticas. Por el contrario, emprendieron la acción contra la población negra, ignorantes e impotentes. Mediante una combinación de ataques psicológicos y físicos (se vestían con sábanas blancas para atemorizar a los negros y mantener en el anonimato a los hombres del Klan), destruyendo propiedades y golpeando a individuos, los negros finalmente fueron obligados a apartarse de la vida política. Lo que el Klan hizo fue ayudar a destruir todo lo que había conseguido el nuevo movimiento en pro de la libertad y la tolerancia racial.

Así, la mayoría republicana radical del Congreso, habiendo derrotado en forma total al presidente Johnson en lo concerniente a la Reconstrucción, pasó luego a someter al Congreso a la misma presidencia. Desde la época de Andrew Jackson, en el decenio de 1830, no había habido un presidente pintoresco, popular y fuerte (aparte de los poderes excepcionales de tiempo de guerra de Lincoln), y el Congreso no deseaba que hubiera otro. Para asegurarse de esto e impedir que los poderes de tiempo de guerra de Lincoln sentasen un precedente, el Congreso se dispuso a limitar los poderes de Johnson de mandos arbitrarios. El más notorio de éstos fue el Decreto sobre el Mando del Ejército y el Decreto sobre la Ocupación de Cargos, ambos aprobados el 2 de marzo de 1867.

Por el Decreto sobre el Mando del Ejército, se exigía a Johnson que emitiese todas las órdenes militares mediante el general del Ejército. Ocurría que éste era Ulysses S. Grant (véase nuestro libro *Los Estados Unidos desde 1816 hasta la Guerra Civil*), de quien se pensaba que era un firme radical en sus opiniones. Así se despojó efectivamente a Johnson de su cargo constitucional como comandante en jefe de las fuerzas armadas.

Por el Decreto sobre Ocupación de Cargos se prohibía a Johnson destituir a todo funcionario cuyo nombramiento hubiese exigido la aprobación senatorial sin obtener también esta aprobación para destituirlo. Esto era un intento de mantener en su cargo a personas del gobierno de Lincoln que eran pro radicales y contrarios a Johnson. En particular, se intentaba proteger a Edwin McMaster Stanton (véase nuestro libro *Los Estados Unidos desde 1816 hasta la Guerra Civil*), secretario de Guerra de Johnson. Era un excelente secretario de Guerra, pero sus simpatías estaban con los republicanos radicales, y para éstos era un eficaz espía en el campo enemigo.

Johnson estaba convencido de que estas medidas eran inconstitucionales y no tenía intención de cumplirlas a fin de llevar la cuestión ante el Tribunal Supremo. Eligió el Decreto sobre la Ocupación de Cargos como el más fácil de violar espectacularmente. El 5 de agosto de 1867, pues, pidió la renuncia del secretario Stanton. Luego nombró en el cargo al general Grant, pensando que éste sería un nombramiento suficientemente popular como para poner al público de su parte y en contra del Congreso.

Pero Stanton apeló al Decreto sobre Ocupación de Cargos e insistió en que él era secretario hasta que el Senado dijera otra cosa. Se atrincheró en su cargo, y Grant, que no era un político y siempre temía al Congreso, no se atrevió a forzar esa trinchera.

Los republicanos radicales, quienes aún no controlaban el Tribunal Supremo y sabían que el Decreto sería considerado inconstitucional, no tenían intención de permitir que la cuestión llegara a éste. En cambio, se dispusieron a destituir a Johnson de su cargo.

Para ello se podía usar el recurso constitucional del «enjuiciamiento», que consistía en la acusación de que un funcionario público no se había comportado bien, de modo que era necesario proceder a su destitución del cargo. Fue tomado de Gran Bretaña, donde la Cámara de los Comunes podía enjuiciar a un funcionario, quien entonces era juzgado por la Cámara de los Lores y, si era hallado culpable, era destituido de su cargo.

Según la Constitución, los fundamentos para el enjuiciamiento eran «la traición, el soborno u otros delitos o malas acciones». La amplia referencia a «otros delitos o malas acciones»

es suficientemente vaga como para permitir una gran laxitud, y los republicanos radicales decidieron que la violencia del Decreto sobre Ocupación de Cargos era una buena base para el enjuiciamiento.

Había habido pocos casos de enjuiciamientos anteriores a éste. Se habían efectuado acciones de enjuiciamiento contra algunos jueces en varias ocasiones, aunque raramente se los había hallado culpables. El ejemplo más importante de enjuiciamiento había sido el del presidente del Tribunal Supremo Samuel Chase en 1804, y había sido absuelto. No había habido antes ni una sugerencia de enjuiciamiento contra ningún presidente, pero ahora ésta era exactamente la intención de los radicales. Thaddeus Stevens hizo una lista de once acusaciones de «serios delitos y malas acciones» contra Johnson -todos ellos realmente triviales- y los presentó a la Cámara.

El 24 de febrero de 1868 la Cámara de Representantes votó, por 126 a 47 votos, el enjuiciamiento del presidente. El 13 de marzo se inició el proceso al presidente Johnson, con el presidente del Tribunal Supremo, Salmón Portland Chase, como juez y el Senado de los Estados Unidos como jurado. Chase (que no era pariente del anterior Chase) se adhería a los republicanos radicales, pero desaprobaba el enjuiciamiento y mantuvo procedimientos estrictamente judiciales en el juicio, que duró dos meses y medio.

Si el juez era razonablemente imparcial, el jurado no lo era. Había 54 senadores, 42 republicanos y 12 demócratas, y casi todos los senadores estaban dispuestos a votar según sus prejuicios, a favor o en contra de la condena, independientemente de las pruebas.

De hecho, si Johnson era condenado, no había ningún vicepresidente que lo sucediera*, y la persona siguiente capacitada para ocupar el cargo era el presidente electo del Senado, Ben Wade, uno de los líderes radicales.

Wade no se abstuvo de actuar como jurado, sino que, dejando de lado el hecho de que era inimaginable que fuese imparcial cuando tenía tanto que ganar con la condena de Johnson, se-dispuso a ser miembro del jurado y a votar. Tan confiado estaba en que iba a ser presidente, en parte por su propio voto, que hasta eligió su gabinete.

Se necesitaban dos tercios de los votos para aprobar la condena: 36 votos. Para escapar de ella, pues, Johnson necesitaba 19 votos. Era seguro que los 12 senadores demócratas votarían a su favor, pero además necesitaba al menos siete votos republicanos, y éstos eran difíciles de obtener, puesto que los radicales tenían la intención, brutalmente, de hacer aprobar la condena a toda costa.

Después de todo, si uno de ellos, Ben Wade, iba a ser presidente, y si luego era reelegido en 1868, seguramente tendría ocasión de nombrar jueces para el Tribunal Supremo -jueces republicanos radicales-, con lo cual la dominación del gobierno por el Congreso sería completa. Nunca el sistema estadounidense de gobierno corrió tanto peligro de ser aplastado por la rama legislativa, y nunca volvería a correrlo*.

La acusación contra Johnson era ridículamente débil. Cualesquiera que hubiesen sido sus insuficiencias y su falta de juicio, el presidente no había violado la Constitución ni cometido ningún delito enjuiciable. Johnson tuvo abogados capaces que defendieron su causa, y era totalmente obvio que los senadores que votasen por la condena lo harían por motivos políticos partidistas, no por ninguna

* Cuando surgió un peligro similar, más de un siglo después, provino de la rama ejecutiva, y entonces fue otro intento de enjuiciamiento, justificado esta vez, y la renuncia forzada de un presidente lo que salvó a la Constitución. consideración de principios sobre las circunstancias del caso.

Era seguro que seis republicanos se sentían obligados a obedecer a su conciencia y a votar la absolución. Se necesitaba un séptimo. También estaba claro que treinta y cinco republicanos votarían por la condena, pero quedaba uno, Edmund G. Ross, de Kansas, que estaba indeciso. Pese a las enormes presiones que sufrió, se negó a decir cómo votaría y, el

26 de mayo de 1868, cuando el jurado senatorial fue llamado a votar, todo el mundo sabía que habría 35 votos por la condena, 18 por la absolución y un voto, el de Ross, incierto. El suyo había de ser el voto decisivo.

La tensión aumentó a medida que se mencionaba nombre tras nombre y se acercaba el turno de Ross. Finalmente, llegó su turno y votó... por la absolución. Johnson obtuvo el decimonoveno voto necesario, de modo que fue la diferencia de un voto por la que él y la Constitución se salvaron. Johnson siguió siendo presidente por el resto de su mandato, mientras que el secretario Stanton se vio obligado a dimitir.

Los republicanos radicales estaban decepcionados y furiosos, y se aseguraron de que los siete republicanos que habían votado por la absolución, especialmente Ross, quedasen fuera de la vida pública. Pero habían conseguido al menos una victoria parcial. La presidencia había sido humillada y debilitada, y el Congreso dominaría más o menos al presidente durante otros dos tercios de siglo.

Y, por supuesto, continuó el plan de Reconstrucción de línea dura patrocinado por el Congreso. El 25 de junio de 1868, con el inevitable veto de Johnson, los antiguos Estados Confederados empezaron a ser readmitidos en la Unión bajo gobiernos de carpetbaggers. En 1870 habían sido readmitidos todos los Estados en esas condiciones, aunque su población blanca local aún se consideraba sojuzgada.

México y Alaska.

Mientras Estados Unidos estaba absorbido en el intento de reparar los daños de la Guerra Civil y en la simultánea batalla entre el Congreso y el presidente, el mundo externo seguía existiendo. Aún había problemas que afrontar, más allá de las fronteras y el principal estaba en México.

En 1861 México se hallaba bajo el gobierno liberal de Benito Pablo Juárez. Fue el primer presidente mexicano de ascendencia india y también el primer civil que gobernó la nación. Había llegado al poder después de una guerra civil en la que se habían destruido propiedades europeas, y su gobierno carecía del dinero necesario para pagar daños o deudas. Gran Bretaña, Francia y España, aprovechando la Guerra Civil estadounidense, desembarcaron tropas en México, en 1862, para cobrar las deudas.

Gran Bretaña y España pronto retiraron sus tropas, pero Francia estaba bajo el gobierno del emperador Napoleón III, que tenía un don fatal para emprender aventuras desatinadas. Napoleón favoreció fuertemente la causa de la Confederación, y pensó que Estados Unidos estaba al borde de la desintegración. Consideró que era un momento oportuno para establecer en México un gobierno dominado por Francia.

Ignorando las amargas protestas de Estados Unidos, de momento impotente, Napoleón envió treinta mil soldados a México y, el 7 de junio de 1863, justamente cuando Lee estaba invadiendo Pensilvania y la Guerra Civil llegaba a su viraje decisivo con la batalla de Gettysburg (véase nuestro libro *Los Estados Unidos desde 1816 hasta la Guerra Civil*), los franceses ocuparon Ciudad de México y expulsaron a Juárez.

Napoleón necesitaba un gobernante títere en México; con este fin persuadió a un hermano menor del emperador Francisco José de Austria para que marchase a México. Se trataba del archiduque Maximiliano, un joven ingenuo, de vagas ideas liberales, quien tenía la impresión de que el pueblo mexicano lo recibiría alborozado y lo amaría. El 10 de junio de 1864 fue nombrado emperador de México, y su esposa Carlota (hija del rey Leopoldo I de Bélgica) se convirtió en emperatriz.

Maximiliano procedió a poner en práctica una política de reformas liberales que le granjeó la oposición de los elementos conservadores, que lo habrían apoyado, sin apaciguar con ello a los liberales de Juárez, quienes llevaban a cabo una guerra de guerrillas en el campo.

Maximiliano se mantuvo en el cargo sólo gracias al ejército francés, aunque él mismo no reconocía este hecho.

Una vez terminada la Guerra Civil Norteamericana, con el triunfo de la Unión, Estados Unidos se volvió torvamente hacia México. Las protestas contra la ocupación francesa fueron repetidas ahora con un creciente tono de impaciencia, y 50.000 veteranos enardecidos por cuatro años de lucha, bajo el mando del capaz general Philip Sheridan (véase Los Estados Unidos desde 1816 hasta la Guerra Civil), se apostaron en la frontera con México.

Napoleón estaba en una mala situación. La intervención francesa no daba frutos. Todo el plan se había convertido en un atolladero que estaba costando dinero a los franceses sin ningún indicio de que el pueblo mexicano llegaría alguna vez a aceptar la dominación extranjera. Y no estaba fuera de lo posible que Estados Unidos recibiese con beneplácito una guerra exterior como manera de contribuir a reunificar la nación.

Napoleón III no tenía agallas para una lucha semejante y, considerablemente maltrecho, convino en abandonar México. El 14 de marzo de 1867 abandonó esa tierra el último soldado francés.

Maximiliano, aún convencido de que era popular entre los mexicanos, se negó a marcharse con los franceses. El resultado fue triste pero inevitable. Las fuerzas de Juárez rápidamente recuperaron Ciudad de México y, pese a los ruegos de clemencia de gobiernos extranjeros, ejecutaron a Maximiliano el 19 de junio.

La aventura mexicana de Napoleón III había terminado; sólo había servido para debilitar aún más su gobierno y contribuir a crear las bases para su destrucción final por los prusianos en 1870. Para los Estados Unidos, el desenlace sirvió para demostrar al mundo que la Guerra Civil había terminado y que Estados Unidos se recuperaba.

En el norte lejano se produjo un suceso aún más espectacular que redundó en ventaja de Estados Unidos y no tenía en absoluto connotaciones trágicas.

La gran península del noroeste de Norteamérica, Alaska, había estado bajo la dominación rusa desde los días de la Revolución Norteamericana. Pero los rusos estaban perdiendo interés en esta remota parte de sus vastos dominios. Entre otras cosas, el provechoso comercio de pieles de Alaska había decaído. La nutria de mar, animal manso e inofensivo cuyo único crimen era poseer una preciosa piel, había sido brutalmente cazada, casi hasta la extinción, por hombres de muchas naciones, con la consecuente disminución de las manadas de focas. Por ello, con cada año que pasaba Alaska se iba convirtiendo en un problema cada vez mayor para el zar Alejandro II.

Además, los rusos habían sufrido una humillante derrota ante Gran Bretaña y Francia en la Guerra de Crimea, durante el decenio de 1850, deseaban reorganizarse y no sentían inclinación a derrochar esfuerzos en soledades sin caminos situadas en el otro extremo del mundo.

Durante la Guerra Civil, Rusia se había mostrado amistosa hacia la Unión (en parte porque sus más recientes enemigos, Gran Bretaña y Francia, mostraron simpatías hacia la Confederación), y ahora la situación actuó en la misma dirección. Si Rusia quería vender Alaska, el comprador lógico era Gran Bretaña, cuyos dominios limitaban con Alaska al Este; pero Rusia no deseaba entregarla a su enemigo. El otro único comprador posible era Estados Unidos, con el que Rusia tenía relaciones amistosas. Así, vender Alaska a los Estados Unidos era obligar a un amigo, fastidiar a un enemigo y librarse de una carga indeseable*.

Ya antes de la Guerra Civil había habido sondeos rusos para la venta de Alaska, pero antes de que se llegase a un acuerdo estalló el conflicto y Rusia tuvo que esperar. Después de la guerra, los rusos hicieron nuevos intentos.

La opinión pública norteamericana no mostró, extrañamente, entusiasmo por la operación, pues los norteamericanos se oponían en general a la expansión territorial. En primer lugar, la gran expansión del decenio de 1840, que originó la Guerra Mexicana (véase Los Estados Unidos desde 1816 hasta la Guerra Civil), estaba asociada en su mente con los intentos de difundir la esclavitud, y esto había perjudicado a todo el proceso. Además, Alaska era considerada como un yermo congelado, de ningún valor imaginable para nadie ahora que el comercio de pieles estaba decayendo. Después de todo, ¿estaría Rusia dispuesta a cederla si tuviese algún valor?

Pero el secretario de Estado, William Henry Seward (véase Los Estados Unidos desde 1816 hasta la Guerra Civil), era un ex-pansionista, ansioso de agregar al territorio de la Unión un dominio principesco. Alaska tenía una superficie 1.518.200 kilómetros cuadrados, una quinta parte del tamaño de los Estados Unidos. Trabajando toda la noche, después de que el embajador ruso acudiera a su casa, Seward firmó un tratado, el 30 de marzo de 1867, por el que convenía en comprar Alaska por 7.200.000 dólares, suma que no llegaba a los dos céntimos por acre.

Cuando fue anunciado, el tratado fue puesto en ridículo inmediatamente. Los norteamericanos llamaban a Alaska «la locura de Seward», «la nevera de Seward» y otros términos despectivos. Pero Seward inició una intensa campaña a favor de la anexión, señalando que era necesario comprar Alaska para conservar la amistad de Rusia y recordando a la nación los tiempos recientes en que Rusia era su única amiga en Europa. El senador Sumner (véase Los Estados Unidos desde 1816 hasta la Guerra Civil) acudió en ayuda de Seward y, el 9 de abril, el Senado aprobó el tratado.

Correspondía a la Cámara de Representantes asignar el dinero para tal fin, pero la crisis del enjuiciamiento retrasó las cosas; la Cámara estaba más interesada en librarse de Johnson que en obtener Alaska. En esto el negociador ruso prestó una mano. Empleó más de cien mil dólares en propaganda, parte de los cuales puso directamente en las ansiosas manos de unos pocos congresistas seleccionados. Finalmente fue votada la asignación, el 23 de julio de 1868.

Pero mucho antes de eso, el 18 de octubre de 1867, se había efectuado la transferencia real y la bandera americana había sido elevada en Sitka, por entonces la capital de Alaska. Se había producido la anexión de un gran territorio que, por primera vez, no tenía fronteras terrestres con ninguna otra parte de la nación.

Pero no fueron las primeras tierras anexionadas de ese tipo. En 1859 dos pequeñas islas, con una superficie total de cinco kilómetros cuadrados, habían sido descubiertas por un barco norteamericano. Se las llamó islas Midway [«de mitad de camino»] porque estaban en el océano Pacífico, justo a mitad de camino entre América del Norte y Asia. El 28 de agosto de 1867 Seward dispuso su anexión formal por los Estados Unidos. Serían una conveniente escala para los barcos que cruzasen el océano Pacífico y fueron el primer territorio puesto bajo la bandera estadounidense fuera del continente de América del Norte.

2. Riqueza y corrupción.

El fin de la Reconstrucción.

El año de 1868 fue un año de elecciones. El 20 de mayo, mientras aún seguía el proceso de enjuiciamiento, el Partido Republicano se reunió en Chicago para elegir a su próximo candidato. Los líderes del partido juzgaron lógico elegir a un nuevo presidente que fuese sumiso frente al Congreso, y disponían de tal hombre: Ulysses Simpson Grant.

Grant era el héroe de guerra que había derrotado a la Confederación, lo cual significaba que daba la ilusión de fortaleza y heroísmo, pero al mismo tiempo no era un político, se

sentía intimidado por los hombres de éxito en la política o los negocios y estaba firmemente en el campo radical. Fue elegido por aclamación.

Como candidato a la vicepresidencia, los republicanos eligieron a Schuyler Colfax, de Indiana (nacido en la ciudad de Nueva York el 23 de marzo de 1823), en la quinta votación. Era un popular portavoz de la Cámara de Representantes y un firme radical.

El 4 de julio los demócratas efectuaron su convención en Nueva York. La presidía el gobernador demócrata de Nueva York, Horatio Seymour (nacido en Pompey Hill, Nueva York, el 31 de mayo de 1810), y fue a él a quien se eligió candidato. Como de costumbre, el sistema demócrata de requerir los dos tercios de los votos provocó una larga pugna y se necesitaron 22 votaciones. Como vicepresidente se eligió a Francis Presten Blair" hijo, de Missouri (nacido en Lexington, Kentucky el 19 de febrero de 1821). Había sido congresista de 1861 a 1863, y luego general de división del ejército de la Unión.

El Partido Republicano llevó su campaña de modo muy similar a como lo había hecho en 1866. Puso de forma acusada el acento en el patriotismo e hizo todo lo posible por agitar las pasiones anticonfederadas que aún subyacían en la nación. Esta actitud política se llamó «agitar la camisa ensangrentada» [«waving the bloody shirt»*].

También trataron de pintar a Seymour como un copper-head. Había sido un firme partidario de la Unión y, como gobernador de Nueva York, había suprimido los peligrosos y sangrientos motines por el reclutamiento en ese Estado, en julio de 1863 (véase Los Estados Unidos desde 1816 hasta la Güera Civil). Pero luego, en sus declaraciones públicas, mostraba cierta simpatía por los amotinados.

El 3 de noviembre de 1868 se realizaron las elecciones y Grant ganó por una aplastante mayoría electoral de 214 a 80 votos; triunfó en 26 de los 34 Estados. El 4 de marzo de 1869 fue investido como decimooctavo presidente de los Estados Unidos. El Cuadragésimo primer Congreso mantuvo la abrumadora mayoría republicana: 56 a 11 en el Senado y 144 a 63 en la Cámara.

En cuanto al Cuadragésimo Congreso saliente, uno de sus últimos actos fue aprobar otra enmienda constitucional, la que otorgaba el voto a los negros. Esta enmienda recibió finalmente los votos necesarios de los tres cuartos de los Estados y se convirtió en parte de la Constitución, como la Decimoquinta Enmienda, el 30 de marzo de 1870.

Pero el empuje en pro de la liberalización de los antiguos Estados Confederados y de los derechos civiles de los negros se estaba agotando. El fracaso en el enjuiciamiento de Johnson había pinchado el globo radical; sólo diez semanas después de este fracaso, el 11 de agosto de 1868, murió Thaddeus Stevens, y con él desapareció el alma del radicalismo.

Además, las mismas elecciones eran un signo de que era menester un cambio. La victoria electoral había sido abrumadora, pero no en el voto popular. Éste fue de 3.000.000 para Grant por 2.700.000 para Seymour, una diferencia de sólo 300.000, pese a la energía con que había sido agitada la camisa ensangrentada. Más aún, esa mayoría sólo se había obtenido por el hecho de que siete Estados sureños a los que se había permitido votar se hallaban bajo un estricto control de los carpetbaggers. En esos Estados, gran número de votantes negros fueron conducidos en manada a los centros electorales para que depositasen votos republicanos.

Los republicanos radicales tenían que ser conscientes de que, teniendo en cuenta solamente los votos blancos, Seymour había ganado la mayoría. La nación en su conjunto se había cansado de librar interminablemente la Guerra Civil en las Salas del Congreso y ya no sentía tanto entusiasmo por dar la libertad a los negros. El radicalismo, inevitablemente, empezó a decaer.

El presidente Johnson era consciente de ese cambio en la atmósfera. Siguió siendo presidente durante cinco meses después de las elecciones, y eligió su última Navidad en el cargo para anunciar el perdón incondicional de muchos antiguos confederados. En la lista

estaba incluido Jefferson Davis (véase Los Estados Unidos desde 1816 hasta la Guerra Civil), que había sido presidente de los Estados Confederados.

Davis se había ocultado al final de la guerra, pero el 10 de mayo de 1865 fue capturado en Georgia y puesto en prisión. El 3 de diciembre de 1868 empezó su proceso por traición, pero la amnistía de Navidad de Johnson le puso fin. Davis vivió veinte años más, sin que admitiera haber hecho nunca nada malo, negándose a aceptar la ciudadanía americana y a entrar nuevamente en el gobierno norteamericano, aunque podría haber ocupado un escaño senatorial con sólo asentir con la cabeza. Finalmente, murió en Nueva Orleans el 6 de diciembre de 1889, a la edad de ochenta y un años, y recibió el funeral de un héroe.

Andrew Johnson obtuvo también otra clase de victoria. Después de su retiro como presidente, Tennessee lo eligió senador en 1874. Cuando entró en la Cámara del Senado, el organismo que había tratado de destruirlo sólo unos pocos años antes lo recibió con una ovación de gala. Pero murió el 31 de julio de 1875, pocos meses después.

El cambio de actitud que influyó de tal modo en los últimos años de Davis y Johnson tuvo sus más marcados efectos en los antiguos Estados Confederados. En cada uno de ellos, uno tras otro, los carpetbaggers fueron expulsados gradualmente, los negros fueron obligados por el terror a replegarse y los tradicionales líderes blancos se reafirmaron.

Para 1876, todos los antiguos Estados Confederados se hallaban nuevamente dirigidos por líderes conservadores y la Reconstrucción había llegado a su fin. En muchos aspectos fue como si la Guerra Civil no hubiese ocurrido. Los negros no eran realmente esclavos en estos Estados, pero era como si lo fuesen. En ellos, las Enmiendas Decimocuarta y Decimoquinta eran letra muerta, pues los negros no tenían en realidad derechos civiles y, mediante uno u otro subterfugio, no se les permitía votar.

Los antiguos Estados Confederados no olvidaron el papel del Partido Republicano en el curso de la Reconstrucción y en las décadas siguientes fueron un sector de la nación que permaneció fiel a un partido, pues votaron firmemente a los demócratas en todas las ocasiones. Se llegó a llamar a la región el «Sólido Sur», y así se la siguió llamando hasta casi un siglo después de la Guerra Civil.

Como consecuencia, pues, del asesinato de Lincoln y de la incompetencia de su sucesor, de la intransigencia de los blancos y los antiguos Estados Confederados, y del espíritu vengativo de los republicanos radicales, perduró un problema racial en los Estados Unidos, pese a la Guerra Civil y las enmiendas constitucionales, problema que nos acosa todavía hoy y como resultado del cual los negros, quienes menos lo merecían, fueron los que más sufrieron.

La Edad Dorada.

La atención de los estadounidenses estaba pasando de los problemas de la Reconstrucción a la experiencia de una continua industrialización de posguerra que estaba transformando totalmente a la tierra, antaño rural, de Jefferson y Jackson.

En 1865, el primer vagón-dormitorio fue incorporado a los ferrocarriles por George Mortimer Pullman (nacido en Brocton, Nueva York, el 3 de marzo de 1831), y en 1868 George Westinghouse (nacido en Central Bridge, Nueva York, el 6 de octubre de 1846) inventó el primer freno de aire comprimido para los trenes. Estas novedades aumentaron mucho la comodidad y eficiencia de los ferrocarriles, algo especialmente importante en un país como los Estados Unidos, donde los largos viajes por tren eran cada vez más comunes.

En 1867 el ferrocarril invadió las ciudades, cuando fue inaugurado el primer metro aéreo en la Novena Avenida de la ciudad de Nueva York, que a la sazón tenía una población de tres cuartos de millón de personas y se había convertido en una de las grandes metrópolis

del mundo. (La que es ahora la segunda ciudad de la nación, Chicago, era por entonces relativamente pequeña, y el 8 de octubre de 1871 fue temporalmente barrida por el gran «incendio de Chicago», que se extendió por hileras e hileras de casas de madera.)

Era un tiempo en que se podían hacer fortunas en los ferrocarriles, en todo aspecto menos en su construcción. Los promotores podían formar alianzas con el gobierno, manipular la Bolsa, falsificar acciones, adulterar los libros de contabilidad y, en general, efectuar los mayores latrocinios. De todas estas maneras, unos pocos charlatanes hábiles podían enriquecerse, mientras muchos perdían su dinero. Este período de desenfundadas y sucias especulaciones inmediatamente posterior a la Guerra Civil fue llamado «La Edad Dorada» por Mark Twain (seudónimo de Samuel Langhorne Clemens, nacido en Florida, Missouri, el 30 de noviembre de 1835), quien en 1873 publicó una novela con ese nombre, en colaboración con Charles Dudley Warner (nacido en Plainfield, Massachusetts, en 1929)*. Entre los «barones ladrones» más notorios por sus bribonescas manipulaciones financieras se contaban Daniel Drew (nacido en la ciudad de Nueva York el 29 de julio de 1797), Jason «Jay» Gould (nacido en Roxbury, Nueva York, el 27 de mayo de 1836), James Fisk (nacido en Bennington, Vermont, el 1 de abril de 1834) y Cornelius Vanderbilt (nacido en Sta-pleton Nueva York en 1794).

Pero no eran invariablemente afortunados en sus aventuras. Drew (un hombre muy religioso los domingos) luchó contra Vanderbilt por el control del Ferrocarril de Erie, entre 1866 y 1868, y perdió. Drew se arruinó y quebró en 1876, pero Vanderbilt amasó una fortuna que ascendía a más de cien millones de dólares en la época de su muerte, ocurrida en 1877.

Gould y Fisk se unieron a Drew en la batalla, pero no sufrieron su derrota. Efectuaron una pequeña aventura colateral, imprimiendo y vendiendo acciones falsas del Ferrocarril de Erie. Cuando fueron descubiertos, abandonaron a toda prisa el Estado de Nueva York con un beneficio neto de seis millones de dólares.

Pero ellos son más conocidos por su intento de monopolizar el mercado del oro. En los años que siguieron inmediatamente a la Guerra Civil, había gran cantidad de «papiros» en circulación: papel moneda emitido durante la guerra. La cuestión era saber si este papel moneda sería retirado de la circulación y reemplazado por oro, y el precio del oro subía y bajaba según las variables posibilidades.

A Gould y Fisk se les ocurrió aprovecharse de la excepcional inestabilidad del precio del oro. Si podían comprar oro discretamente, quizá hasta reunir los quince millones de dólares en oro que había por aquel entonces en circulación, podrían hacer subir cada vez más su precio. Cuando llegase al máximo, venderían repentinamente a tantas personas como fuese posible. Naturalmente, en seguida el precio caería verti-calmente y los que comprasen se arruinarían, pero los dos picaros harían un beneficio enorme.

Para que ese plan tuviese éxito tenían que asegurarse de que el gobierno de Grant no intervendría, vendiendo las reservas de oro del Estado, lo cual haría bajar el precio nuevamente antes de que Gould y Fisk estuviesen listos para actuar. Para estar seguros de esto, Fisk recibió al presidente Grant en su yate.

Fisk sabía que a Grant, quien toda su vida fue un fracaso como hombre de negocios, le deslumbraba la riqueza y era un completo ignorante en lo concerniente a las finanzas, e hizo todo lo posible para persuadirlo a que se mantuviese apartado de la cuestión. Además, Fisk y Gould abordaron a un cuñado de Grant y lo convencieron para que mantuviese la presión sobre el presidente a fin de que el oro del gobierno no entrase en el mercado.

Luego, los dos estafadores hicieron circular el rumor de que el gobierno no vendería sus reservas de oro, y el precio de éste empezó a subir. Fisk y Gould compraron y compraron, hasta que el «Viernes Negro», el 24 de septiembre de 1869, el precio del oro alcanzó alturas vertiginosas, y entonces, justo antes de que el plan fuese culminado por el éxito,

Grant anunció que el gobierno vendería cuatro millones de dólares en oro. El precio del oro cayó instantáneamente de 162 a 135, arruinando a muchos especuladores y causando considerables pérdidas a Fisk.

Pero Gould había obtenido información secreta del cuñado de Grant sobre la futura venta del gobierno, y había vendido calladamente su oro antes del Viernes Negro y sin molestarse en decírselo a su socio. (Fisk fue muerto a tiros por un socio comercial suyo, un poco más de dos años después, pero Gould continuó enriqueciéndose.)

Grant no había hecho nada realmente malo con respecto al Viernes Negro, pero, al permitir que la especulación llegase demasiado lejos, puso de manifiesto su ignorancia en cuestiones financieras y contribuyó a la victoria del mal.

Si Grant era personalmente honesto, muchos otros políticos no lo eran. Los políticos tenían la oportunidad de atenuar la ley en favor de hombres de negocios sin escrúpulos o de tomar decisiones, legales en sí mismas, que redundaban en beneficio de uno u otro grupo. A cambio podían compartir los beneficios sin que nadie perdiera, excepto el público. (Una vez, en 1882, William Henry Vanderbilt, hijo y sucesor de Cornelius, fue interrogado por un periodista sobre la situación del público en relación con algo que estaba haciendo. Vanderbilt resopló: «¡Al diablo con el público!».)

Muchos de los gobiernos de los antiguos Estados de la Unión estaban tan infestados de robo y corrupción políticos como los peores gobiernos de los carpetbaggers en los antiguos Estados Confederados. Era una enfermedad universal de la época en Estados Unidos. Y así como los carpetbaggers se mantenían en el poder y se beneficiaban manipulando los votos de negros sencillos, los políticos bribones de las ciudades norteamericanas hacían lo mismo manipulando los votos de sencillos inmigrantes.

El más notorio de los políticos tortuosos de la época era William Marcy «Boss» [«Jefe»] Tweed (nacido en la ciudad de Nueva York el 3 de abril de 1823). Era el jefe de Tammany Hall, una organización que controlaba la política municipal. Ocupó cargos tales como los de comisionado urbano delegado y comisionado delegado de Obras Públicas, de modo que, durante los decenios de 1850 y 1860 pudo ordenar reparaciones innecesarias, presentar cuentas y documentos falsos y hacer pasar de muchos otros modos el dinero de los impuestos públicos a sus bolsillos y los de los colegas políticos que lo ayudaban. En total, quizá costó a la ciudad de Nueva York doscientos millones de dólares.

Finalmente fue descubierto por las investigaciones del Harper's Weekly. Tweed no se preocupó por lo que decía el periódico, pues afirmaba que quienes votaban por él no sabían leer. Pero podían ver, y el Harper's tenía en su personal a un caricaturista llamado Thomas Nast (nacido en Landau, Baviera, el 27 de septiembre de 1840). Fue el padre de la caricatura política moderna, y la usó para apoyar el esfuerzo de guerra durante la Guerra Civil (Lincoln lo llamaba «nuestro mejor sargento reclutador»). Entre 1869 y 1871 dibujó una caricatura tras otra en las que acusaba a Tweed y Tammany. De esta manera, Nast destruyó a Tweed, e iba a transcurrir un siglo entero antes de que fuese superada esta hazaña del periodismo en la denuncia de la corrupción en altos cargos.

Tweed fue encausado, condenado y murió en la prisión el 12 de abril de 1878, pero esto no significaba que no hubiera muchos otros como él, aunque no tan descarados, a lo largo del siglo.

La corrupción penetró también en altos puestos del gobierno federal. Uno de los ferrocarriles que se estaba construyendo a través de los territorios occidentales era el Union Pacific Railroad. Para financiar su construcción se creó en 1867 una compañía llamada Crédit Mobilier, y sus libros fueron manipulados de tal modo que unos veinte millones del dinero invertido fueron a parar no al pago de la construcción, sino a los bolsillos de los promotores de la compañía.

Para asegurarse de que el gobierno no haría nada contra este robo, los promotores compartieron parte del dinero con encumbrados personajes del Congreso y hasta con el vicepresidente Colfax. Toda denuncia de los timadores suponía también una denuncia contra los políticos, de modo que se podía confiar en que importantes figuras del gobierno se opondrían tenazmente a todo intento de investigar la compañía.

El ferrocarril estaba casi agonizante, pero a principios de 1872 el periódico de Nueva York Sun pudo denunciar el cohecho y dar nombres. Aunque éste fue el más notorio ejemplo de corrupción en el gobierno federal en aquellos años, no fue el único.

Pero ni siquiera toda la bellaquería del mundo pudo impedir que los Estados Unidos siguieran prosperando materialmente. Se seguía construyendo a ritmo intenso ferrocarriles, objeto de tanta bribonería. El 10 de mayo de 1869, el Union Pacific Railroad, que se había construido hacia el Oeste desde Omaha, Nebraska, y el Central Pacific Railroad, construido hacia el Este desde Sacramento, California, se encontraron en Promontory, Utah, a unos cien kilómetros al noroeste de Salt Lake City. Una estaca dorada fue colocada en el punto de unión, y los dos extremos de la nación, el Atlántico y el Pacífico, quedaron unidos por ferrocarril en toda su extensión. Hubo una celebración nacional por este hecho, y con razón, pues el público había contribuido más de lo que pensaba. La falta de honradez de la empresa privada había sido compensada con la cesión por el gobierno de 23 millones de acres de tierra y 64 millones de dólares.

En 1870, la población del país era de 38.558.371, un aumento de más del 22 por 100 en comparación con 1860, pese a la sangría de la Guerra Civil. Mucho de este aumento fue el resultado de la inmigración, que afluía a los Estados Unidos prácticamente sin restricciones. Entre 1860 y 1870 llegaron tres millones de inmigrantes, más de un millón de ellos provenientes de Gran Bretaña e Irlanda.

Los Estados Unidos -con sus vastos espacios y su tierra barata, su ausencia de estatus heredado, de modo que la gente que en Europa debía «conservar su lugar» en América podía prosperar, y su reputación de tierra de libertad- eran una poderosa atracción para los europeos. En cuanto a Estados Unidos, recibió con beneplácito a los inmigrantes, pues necesitaba una gran provisión de mano de obra barata para llevar a cabo los vastos proyectos de construcción que iban a colonizar las regiones silvestres.

La actitud norteamericana de este período quedó expresada en un poema, «El nuevo coloso», escrito por Emma Laza-rus (nacida en la ciudad de Nueva York el 22 de julio de 1849). Fue escrito en 1883 en honor de la colosal estatua de «La Libertad iluminando el mundo» (popularmente conocida como «La Estatua de la Libertad»), que se iba a colocar en la entrada del puerto de Nueva York, por el cual llegaban la mayoría de los inmigrantes de Europa.

La parte más conocida de este poema reza así:

Dadme vuestras cansadas, pobres
y apiñadas masas anhelosas de respirar la libertad,
el desgraciado desecho de vuestras hormigueantes costas,
enviádmelos, a los sin hogar, a los lanzados por la tempestad:

Yo levanto mi lámpara junto a la Puerta Dorada.

Durante más de medio siglo Estados Unidos iba a mantener su puerta dorada abierta a las «apiñadas masas» de Europa.

Como resultado de la inmigración y del crecimiento natural, Estados Unidos, en 1870, tenía una población mayor que la de Gran Bretaña y que la de Francia, y un poco inferior a la de la nación, recientemente formada, de Alemania.

En la producción de carbón y hierro, la base de la industrialización, "Estados Unidos, en 1870, estaba aún por detrás del líder mundial, pues sólo llegaba a un tercio de la

producción de Gran Bretaña, pero aventajaba a las otras naciones europeas, y estaba aumentando rápidamente.

Reelección y pánico.

Había una cantidad de razones para estar insatisfechos con la actuación presidencial de Grant. Todo el país estaba sumido en la corrupción y, si bien no había duda de que Grant personalmente era honesto, era claro que carecía de la capacidad y habilidad para luchar contra la deshonestidad. Hasta era incapaz de reconocer claramente que tal deshonestidad existía. Se inclinaba demasiado a creer a todo el mundo y a tomar todo por su valor nominal; y la riqueza le impresionaba en forma total.

Esto, desde luego, convenía a la mayoría de los políticos republicanos y de los industriales que respaldaban financieramente a los republicanos. Todos ellos estaban haciendo dinero; lo peor de la corrupción todavía no había salido a la luz y no parecía haber consecuencias políticas demasiado malas. En las elecciones para el Cuadragésimosegundo Congreso de mitad del mandato realizadas en 1870, los demócratas conquistaron el dominio de la Cámara de Representantes por 134 a 104, pero los republicanos conservaron una mayoría de tres a uno en el Senado: 52 a 17.

No había duda, pues, de que Grant nuevamente sería elegido candidato a la presidencia. El 5 de junio de 1872 se reunió en Filadelfia la Convención Nacional Republicana y llevó a cabo tal reelección.

Pero Colfax olía demasiado mal, aun para los republicanos. Su intervención en el *Crédit Mobilier* aún no había quedado enteramente al descubierto, pero las personas enteradas preveían que esto iba a ocurrir y que había uno o dos asuntos más que eran casi igualmente deshonorosos. Tuvo que retirarse a la vida privada.

En su lugar, los republicanos eligieron a Henry Wilson (nacido en Farmington, New Hampshire, el 16 de febrero de 1812), un ardoroso político antiesclavista en los días anteriores a la Guerra Civil y ahora senador por Massachusetts.

Pero no todos los republicanos podían soportar a Grant. Una serie de líderes que, por una u otra razón, se oponían a la política de Grant, se reunieron para formar el Partido Republicano Liberal y efectuaron una convención en Cincinnati el 1 de mayo de 1872, un mes antes de la prevista elección de Grant como candidato.

No era un grupo muy coherente; sus diversos miembros sólo estaban unidos por su oposición a Grant. Pero en la sexta votación eligieron a Horace Greeley (nacido en Amherst, New Hampshire, el 3 de febrero de 1811). El excéntrico Greeley había sido el director del *New-York Tribune* desde 1841. Había pregonado poderosamente en contra de la esclavitud en las décadas anteriores a la Guerra Civil y había sido uno de los fundadores del Partido Republicano. También había sido un republicano radical que se había opuesto a la reelección de Lincoln como candidato en 1864, pero su extraño sentido de la integridad le hizo salir como fiador de Jefferson Davis después de la guerra, cosa que le costó su popularidad entre los patriotas extremistas. Hoy es más conocido por un comentario que hizo a alguien que le pidió consejo. El consejo fue: «Vaya al Oeste, joven, y crezca con el país».

Greeley había estado siempre detrás de algún cargo político, pero nunca había podido persuadir a los políticos a quienes apoyaba en su periódico a que, a su vez, lo apoyasen. Ahora, indignado por la corrupción que había en Washington y viendo una oportunidad de presentarse como candidato para un cargo, se destacó en la formación del nuevo partido y aceptó gustosamente su candidatura.

Benjamín Gratz Brown (nacido en Lexington, Kentucky, el 28 de mayo de 1826), un ardiente orador antiesclavista antes de la guerra, general de brigada durante ella y gobernador de Missouri después de ella, fue elegido candidato a vicepresidente.

Los demócratas, reunidos en Baltimore el 9 de julio desistieron del intento de derrotar a Grant y se unieron a los republicanos liberales, eligiendo a Greeley y Brown en la primera votación.

Una pequeña fracción del Partido Demócrata que rechazó esta rendición se reunió en Louisville, Kentucky, el 3 de septiembre de 1872 y eligió como candidato a presidente a Charles O'Connor (nacido en la ciudad de Nueva York el 22 de enero de 1804), el abogado que había acusado y hecho condenar a Tweed. O'Connor, que había sentido simpatías hacia el Sur durante la guerra y se había unido a Greeley para salir como fiador de Jefferson Davis, rechazó la candidatura, pero su nombre fue puesto igual a votación. Para candidato a vicepresidente eligieron a un nieto y tocayo de John Quincy Adams, que había sido el sexto presidente de Estados Unidos.

En la monótona campaña que siguió, los republicanos regulares agitaron nuevamente «la camisa ensangrentada» e hicieron especial hincapié en la hoja de servicios bélica de Grant, más que en su hoja de servicios presidencial y atacaron a Greeley desenfrenadamente. Greeley, totalmente inepto para llevar una campaña, dijo que no sabía si era candidato a la presidencia o la penitenciaría.

Grant hizo mejor papel la segunda vez que la primera, ganando cerca del 56 por 100 de los votos, 3.600.000, contra los 2.850.000 para Greeley. O'Connor sólo obtuvo 30.000. Los votos electorales eran de 286 contra 63; tres de los Estados -Arkansas, Georgia y Luisiana- aún no votaban.

El pobre Greeley tampoco recibió sus 63 votos. Agotado por la campaña y prácticamente loco de desengaño, murió el 29 de noviembre, menos de cuatro semanas después de las elecciones.

Grant y Wilson fueron investidos el 4 de marzo de 1873. Pero Wilson estaba enfermo y sólo esporádicamente desempeñó sus funciones. El 22 de noviembre de 1875 sufrió un ataque y murió en el cargo. Fue el cuarto vicepresidente que moría en tales circunstancias.

Una de las razones por las que Grant fue reelegido era que Estados Unidos estaba pasando por una falsa prosperidad. Todo el mundo especulaba con los ferrocarriles, y parecía haber un brillo de posibles beneficios en todo. Pero, puesto que no podían realizarse todas las expectativas, sobre todo cuando muchas de ellas se basaban en falsificaciones y exageraciones deliberadas, tenía que haber un ajuste de cuentas.

Con el tiempo, alguien no podría pagar el dinero que debía, porque había contraído tales deudas con la expectativa de ingresos especulativos que nunca llegaban. Las deudas no pagadas significaban que alguien que contaba con el pago de ellas para pagar, a su vez, sus propias deudas no podía pagarlas, de manera que las ondas se propagaban.

Tarde o temprano ocurriría algo que pondría fin a la prosperidad, alguna gran empresa sobrecargada de inversiones desatinadas caería en quiebra, y esto difundiría un pánico repentino que impulsaría a todo el mundo a tratar de cobrar todas sus deudas inmediatamente. Esto provocaría nuevas quiebras y un pánico aún peor.

El fin de la prosperidad se produjo en 1872, cuando cayó sobre Estados Unidos una gran epidemia de un virus que atacaba a los caballos. No tenía cura y nadie en la época comprendió que la enfermedad era propagada por los mosquitos. La cuarta parte de los caballos de Estados Unidos murieron ese año, y esto no sólo representó una pérdida de inversiones en sí mismo, sino que los caballos eran también en esos días una importante fuente de energía. Muchos aspectos de la industria y la vida americanas quedaron paralizados.

Luego surgió la cuestión de Jay Cooke (nacido en Sandusky, Ohio, el 10 de agosto de 1821). Cooke había sido un empleado de medios modestos que había ingresado en una casa de banca en Filadelfia en 1843. Su gran oportunidad se presentó con la Guerra Civil. Su hermano era un íntimo amigo de Salmón Chase, quien a la sazón era secretario del Tesoro, y Cooke tuvo la ocasión de vender bonos de guerra. Demostró una extraordinaria eficiencia en esto y fue conocido como el «financiero de la Guerra Civil». Su utilidad para la causa de la Unión fue grande, pero fue bien pagado por ella, ya que la comisión que cobraba lo convirtió en millonario.

Siguió siendo un financiero después de la guerra y trasladó sus esfuerzos a aventuras empresariales privadas en el carbón, el hierro y, por supuesto, los ferrocarriles. Creó el campo especializado de la banca de inversión, es decir, la consecución y provisión de dinero para grandes proyectos que debían dar grandes beneficios, pero sólo después de consumir las grandes sumas necesarias para la construcción y organización.

La más importante aventura de Cooke fue la financiación del Ferrocarril del Pacífico Septentrional, que se estaba construyendo desde Duluth, Minnesota, hasta Portland, Oregón, a través de lo que es en la actualidad Dakota del Norte, Montana, Idaho y Washington. En la construcción hubo mucha corrupción e ineficiencia, y la repentina escasez de caballos contribuyó a empeorar las cosas. Finalmente las obligaciones de Cooke se elevaron demasiado por encima de su capacidad de pago y el 18 de septiembre de 1873 su firma bancaria se vio obligada a declararse en bancarota.

Eso fue suficiente para iniciar el «Pánico de 1873». La Bolsa de Nueva York fue cerrada por diez días, y las empresas empezaron a caer como piezas de dominó. Unas dieciocho mil quebraron en los años siguientes; los salarios fueron reducidos en un 25 por 100, apareció el desempleo y la construcción de ferrocarriles prácticamente se detuvo. Fue la peor depresión económica que los Estados Unidos experimentaron en su primer siglo de existencia, y nada peor iba a producirse durante otro medio siglo.

El segundo mandato de Grant, pues, transcurrió en el intento de recuperarse de la depresión económica y en una denuncia gradual de la corrupción en el gobierno. Fue una manera profundamente angustiada de celebrar el centenario de la independencia estadounidense, que se cumplió el 4 de julio de 1876, en el octavo y último año de la permanencia de Grant en su cargo.

Gran Bretaña y Canadá

Mientras Estados Unidos se abría camino a tientas a través de sus crisis internas, afortunadamente la nación no tuvo que enfrentarse con grandes problemas externos. Casi lo más desagradable fue un legado de la Guerra Civil. Durante esta guerra, el gobierno británico que simpatizaba con la Confederación, había permitido construir en su suelo barcos que luego hicieron ondear la bandera de la Confederación y atacaron a barcos de la Unión. El más eficaz de estos barcos confederados construidos por los británicos había sido el Alabama, y los Estados Unidos, impotentes en ese momento, tomaron nota fríamente del daño causado.

Una vez terminada la guerra, muchos norteamericanos pensaban que se debía hacer pagar a Gran Bretaña cada centavo de ese daño; no sólo del daño directo en barcos hundidos y cargamentos capturados o destruidos, sino también de los daños indirectos, en términos de negocios frustrados, y hasta del costo de la prolongación de la guerra. Se mencionaron daños tan elevados como los dos mil millones de dólares y por supuesto, no había ningún modo de que Gran Bretaña pudiese pagar una suma tan elevada, como no fuese cediendo Canadá a los Estados Unidos, y esto era lo que realmente querían muchos norteamericanos. Los sentimientos antibritánicos de la época fueron apoyados con entusiasmo por los inmigrantes irlandeses, que habían afluído a Estados Unidos desde hacía décadas.

Irlanda había estado bajo cierta forma de dominación desde el siglo XII por el reino mayor que estaba al Este, pero sólo en tiempos de Cromwell, en el decenio de 1650, la dominación fue completa. En lo sucesivo, la tierra irlandesa pasó poco a poco a ser propiedad de protestantes británicos, mientras los católicos irlandeses eran reducidos a un campesinado empobrecido y sin tierra.

En su desesperación, los irlandeses buscaron el apoyo de los revolucionarios franceses contra los británicos, y Gran Bretaña respondió eliminando el último vestigio de autonomía (protestante) de Irlanda. En 1801, Irlanda fue incorporada al Reino Unido y en adelante Irlanda fue gobernada desde Londres, aunque aún pudo elegir a cierto número de miembros (protestantes) del Parlamento.

A medida que la situación empeoraba en Irlanda, cada vez más irlandeses emigraban a los Estados Unidos, que fueron bien recibidos como fuente de mano de obra barata, aunque siguieron bajo sospecha por ser católicos y con frecuencia fueron perseguidos. Para los trabajos más codiciados, el lema, con harta frecuencia, era: «No se toman irlandeses».

La inmigración se convirtió en aluvión después de 1845, cuando las patatas cultivadas en Europa empezaron a menguar como resultado de una enfermedad provocada por un hongo llamado «la roya de la patata». En Irlanda, las patatas se pudrían en el suelo y el campesinado irlandés, que había sido reducido a una casi exclusiva dependencia de este tubérculo, quedó diezmado junto con ellas.

De una población de ocho millones, un millón murió (mientras los británicos contemplaban fríamente la situación sin hacer nada) y un millón y medio emigró a los Estados Unidos. Hasta hoy, la población de la isla sólo es un poco mayor que la mitad de lo que era en 1845.

Durante el siglo XIX, en total casi cuatro millones de irlandeses atravesaron la puerta dorada y, como trabajadores no cualificados, contribuyeron a realizar las vastas obras de construcción, incluyendo canales y ferrocarriles, que marcaron la entrada de los Estados Unidos en la etapa de la industrialización.

Pese a su pobreza y pese a los prejuicios anticatólicos y específicamente antiirlandeses con que fueron recibidos, los inmigrantes irlandeses presentaban ciertas ventajas sobre los inmigrantes de las naciones del continente europeo. Entre otras cosas, hablaban inglés y, además, estaban familiarizados con la maquinaria del gobierno democrático. En las grandes ciudades, particularmente en Nueva York y Boston, rápidamente se convirtieron en una de las influencias dominantes en el Partido Demócrata. Sus opiniones llegaron a ser de importancia para los legisladores porque arrastraban gran cantidad de votos, y esas opiniones incluían, muy comprensiblemente, una fuerte antipatía hacia Gran Bretaña.

Su principal portavoz era el senador Sumner, de Massachusetts, pues en este Estado residían muchos de los inmigrantes irlandeses. Durante toda la agitación por las «reclamaciones concernientes al Alabama», Sumner presentó las máximas exigencias.

En los días posteriores a la Guerra Civil, los irlandeses presionaron mucho para lograr la anexión de Canadá y, en 1866 y nuevamente en 1870 trataron de organizar invasiones de las tierras septentrionales que, sin embargo, nunca pasaron del plano de la ópera cómica, aunque contribuyeron mucho a irritar las relaciones entre los Estados Unidos, de un lado, y Gran Bretaña y Canadá, del otro.

En parte a causa de la amenaza de Estados Unidos y en parte por dificultades económicas en las provincias canadienses, se efectuó una reorganización en la América del Norte británica. Las diversas provincias canadienses, incluyendo Ontario, Quebec, Nuevo Brunswick y Nueva Escocia, fueron unidas en un gobierno federal que era en gran medida autónomo. El 1 de julio de 1867 se creó el Dominio de Canadá. En 1871, las provincias occidentales de Manitoba, Saskatchewan, Alberta y Columbia Británica se incorporaron al

Dominio, que así tomó su forma actual y luego incluyeron a todo el territorio de América del Norte situado al norte de Estados Unidos y al este de Alaska.

Al convertirse Canadá en una nación autónoma, se hizo difícil plantear su anexión para pagar una deuda británica. El intento de anexión de Canadá llegó a su fin y nunca más, de hecho, habría fricciones serias entre Estados Unidos y su vecino norteamericano. El intermitente conflicto de dos siglos, primero, entre los británicos y los franceses y, luego, entre los británicos y los estadounidenses llegó a su término.

Pero si Gran Bretaña no podía pagar con Canadá, tendría que pagar con dinero, y Sumner exigía dos mil millones de dólares, suma imposible pero popular en el Congreso y el público americanos.

El secretario de Estado de Grant era Hamilton Fish (nacido en Nueva York el 3 de agosto de 1808). Había sido gobernador de Nueva York y senador por este Estado en el decenio de 1850, aunque no se había distinguido particularmente. Pero con él Grant en cierto modo se había equivocado, pues fue el único buen nombramiento que hizo, y halló un secretario de Estado honesto y competente que le sirviera, al lado de toda la otra gente corrupta e incompetente que también nombró.

Fish era ante todo un hombre de paz y no tenía ninguna intención de ir a la guerra con Gran Bretaña por dinero. Calma y delicadamente, reinició las negociaciones, que habían quedado rotas por los ataques de Sumner. Afortunadamente, se presentó una buena oportunidad en relación con la situación europea.

En 1870 estalló la guerra entre Francia y Prusia. Terminó con una rápida y abrumadora victoria de Prusia y el fin del gobierno de Napoleón III en Francia. Prusia luego se anexó otros Estados alemanes para formar el Imperio alemán, y Europa tuvo un nuevo amo.

Rusia aprovechó la guerra para reforzar su flota. Por aquel entonces, Rusia estaba extendiendo sus posesiones en Asia Central, y Gran Bretaña, temiendo por la seguridad de la India, pensó que era posible una guerra con Rusia. En este caso, Estados Unidos, con espíritu vengativo, podía retribuir el cumplimiento de la Guerra Civil construyendo buques corsarios para los rusos en suelo americano. Por consiguiente, Gran Bretaña adoptó una posición menos rígida sobre la cuestión.

A principios de 1871, un grupo de diez hombres, que incluía al secretario Fish y a otros cuatro estadounidenses, más cuatro británicos y un canadiense, iniciaron negociaciones serias, y el 8 de mayo se firmó un tratado en Washington. Según sus términos, Gran Bretaña se excusaba por sus acciones durante la Guerra Civil y convenía en elaborar una definición más precisa de la neutralidad que impidiese tales acciones en el futuro. Había otros puntos menores y todo el tratado fue sometido luego a un tribunal internacional de arbitraje para dirimir los detalles.

Para establecer la cifra concreta por los daños con respecto a las reclamaciones concernientes al Alabama se reunió un tribunal de cinco miembros, un estadounidense, un británico, un italiano, un suizo y un brasileño, en Ginebra, Suiza, el 15 de diciembre de 1871. El tribunal votó en contra de las grandes sumas por daños indirectos que pedían los norteamericanos. El 25 de agosto de 1872 decidieron, por cuatro a uno (con la disidencia del delegado británico), que Gran Bretaña debía pagar 15.500.000 dólares. Aunque no hubo ninguna firma británica en la decisión final, el gobierno británico pagó la suma en su totalidad al año siguiente.

El dinero no importaba mucho. Lo importante era el principio subyacente en lo ocurrido. Dos naciones de primer rango estaban ensartadas en una disputa cuya decisión, habitualmente, se toma sobre la base de la guerra, sea la guerra efectiva o la amenaza de ella. Por primera vez, el «honor nacional» fue dejado de lado y la disputa se llevó ante un tribunal internacional cuya decisión fue aceptada pacíficamente por ambas naciones. Ofrecía una

alternativa a la guerra que ha sido aceptada en muchas ocasiones en el siglo transcurrido desde entonces, aunque, ¡ay!, no bastante a menudo.

Si el expansionismo americano fue detenido en el caso de Canadá, todavía quedaba el Caribe, donde España aún estaba presente. Aunque este país había sido expulsado de los continentes americanos medio siglo antes, Cuba todavía era española. Además, la República Dominicana independiente, en la isla situada al este de Cuba, estaba gobernada por un dictador incapaz, quien, temiendo una invasión de Haití, en el tercio occidental de la isla, entregó su nación al dominio español durante la Guerra Civil norteamericana.

Finalizada la Guerra Civil, España, que tenía problemas para mantener la ocupación, y temiendo la cólera de la Unión victoriosa, retiró sus tropas. Pero los gobernantes dominicanos, sintiendo aún la necesidad de protección extranjera, se acercaron a los mismos Estados Unidos.

Por alguna razón, Grant pensó que era una excelente idea anexionarse la isla y hacerse cargo de todos los infortunios de un campesinado indigente, una clase dominante corrupta y una frontera haitiana inestable. Presionó mucho para que el Senado aprobase un tratado de anexión, pero el Senado, bajo la conducción de Sumner, lo rechazó. Grant logró reducir algo del poder político de Sumner, pero esto no cambió la decisión. La República Dominicana ha seguido siendo una nación independiente hasta hoy.

En el ínterin, en 1868, en Cuba estalló una revuelta contra España, revuelta que se mantuvo durante diez años. Muchos norteamericanos, entre ellos Grant, en cierta medida, estaban ansiosos de ayudar a los cubanos de todos los modos posibles, pero Fish nuevamente se interpuso entre la nación y la guerra.

Señaló que la posición norteamericana era difícil. Estados Unidos acusaba a Gran Bretaña de haber ayudado a rebeldes y exigía en compensación grandes sumas. ¿Podía al mismo tiempo Estados Unidos ayudar a otros rebeldes sin comprometer su causa?

Finalmente, Fish logró mantener la paz, hasta que España dio fin a la guerra con promesas de reforma. La isla se sometió, pero sólo temporalmente. La rebelión se encendería nuevamente y provocaría una crisis aún mayor.

3. El triunfo republicano.

Las guerras indias.

Pese a los ojos que miraban ansiosos más allá de las fronteras y los océanos, la principal zona de expansión de Estados Unidos durante la Guerra Civil y la generación siguiente estuvo dentro de sus propios límites, en la región situada al oeste del río Mississippi. Se la llamó la «conquista del Oeste» y se la celebra como la dominación heroica de una región inculta, la conversión de una tierra sin uso en tierras para la ganadería y la agricultura, el asentamiento de millones y el crecimiento de la nación.

Pero se hizo, por desgracia, pasando sobre los cuerpos de indios inofensivos, hacia quienes Estados Unidos desde el principio hasta el final, nunca cumplió con su palabra. En la época colonial, los indios habían sido expulsados de las regiones costeras atlánticas. Por el tiempo de Andrew Jackson fueron rechazados más allá del Mississippi. Siempre se les decía que sus tierras restantes no serían violadas; siempre se rompía esa promesa. Ahora estaban en peligro sus últimos baluartes, y 200.000 indios se unieron para ofrecer la última resistencia.

Desgraciadamente para ellos, no estaban unidos, como nunca lo habían estado. Dependían de sus enemigos para obtener armas, como siempre, y nunca desarrollaron su propia base industrial. Tampoco desarrollaron nunca el arte de la guerra más allá del ataque por sorpresa.

La familia sioux de tribus indias, que dominaban la mitad septentrional de las Grandes Llanuras, era la más resuelta en su resistencia. El 23 de julio de 1851 Estados Unidos había firmado un tratado en Fort Laramie (en lo que es ahora el sudeste de Wyoming) por el que a varias tribus del Noroeste se les asignaban zonas específicas que eran reservadas para ellas (de aquí el nombre de «reservas») y eran supuestamente protegidas contra las intrusiones de los blancos. También se concedieron a las tribus subsidios anuales. A cambio, cedían sus tierras en Iowa y Minnesota y se comprometían a permitir que los blancos construyesen algunos caminos y fuertes, que no serían atacados.

El problema con este tratado, como con todos los tratados semejantes, era que, invariablemente, los colonos que llegaban se metían en las tierras de los indios, a quienes trataban con odio y desprecio. Y, de modo igualmente invariable, la mayoría de los funcionarios del gobierno no se preocupaba por la santidad de los tratados y las exigencias de la justicia abstracta, cuando los colonos con voto -que se multiplicaban- estaban de un lado, y los «salvajes» sin voto estaban del otro.

Así, cuando en enero de 1869 un jefe comanche se presentó al general William Tecumseh Sherman en Fort Cobb (en la actual California) diciendo «Yo indio bueno», con lo cual quería significar su amistad hacia los blancos, Sherman replicó, con increíble insensibilidad: «Los únicos indios buenos que he visto estaban muertos». Esta afirmación, habitualmente formulada como «el único indio bueno es el indio muerto», es una clara expresión de los sentimientos estadounidenses sobre la cuestión en toda su historia.

Cuando los indios, acosados hasta la desesperación por las intrusiones, devolvían el golpe, lo hacían del único modo en que sabían luchar -con ataques repentinos- y asesinaban o mutilaban a colonos, sin consideración de la edad o el sexo. Luego los blancos respondían con mucha mayor fuerza y superaban a los indios en matanzas y mutilaciones. Por supuesto, eran las villanías de los indios las que provocaban la cólera de los blancos, mientras que los métodos de venganza de los blancos eran minimizados, si es que siquiera se los mencionaba. En verdad, hasta décadas recientes los westerns más populares, tanto libros como películas, trataban a los indios como villanos que siempre estaban amenazando a inocentes colonos y eran exterminados. El clisé era: «Otro piel roja que mordió el polvo».

El primer levantamiento sioux serio se produjo el 18 de agosto de 1862, cuando la Guerra Civil absorbía las energías de los estadounidenses. Los sioux orientales hicieron una incursión por sus viejas tierras de Minnesota, matando a cientos de colonos en ataques sorpresivos. La Unión estaba atareada, pero tenía abundancia de soldados. Se enviaron rápidamente contingentes al noreste bajo el mando de John Pope, que acababa de ser derrotado por el equipo confederado de Robert E. Lee y «Stonewall» Jackson. Los indios eran enemigos menos temibles, y Pope los aplastó.

Como de costumbre, los ataques indios sirvieron como excusa para una reacción violenta y a veces indiscriminada. En el curso de batallas libradas en lo que hoy es Colorado, unos doscientos guerreros indios, junto con quinientas mujeres y niños indios, todos los cuales se habían rendido, fueron llevados a Sand Creek, en el sudoeste de Colorado, y luego, el 29 de noviembre de 1864, murió hasta el último niño.

Lo peor para los indios eran los rumores sobre la existencia de oro. Desde el descubrimiento de oro en California, en 1848, había una particular sensibilidad para los informes sobre hallazgos de oro en cualquier parte del Oeste. Todo informe de que había oro en una reserva india significaba la llegada instantánea de hordas de prospectores que no tenían en cuenta los tratados.

La noticia de que había oro en el sudoeste de Montana llevó a la construcción del Camino de Bozeman (trazado de 1863 a 1865 por John M. Bozeman, nacido en Georgia en 1835).

El gobierno trató de establecer puestos armados a lo largo del camino para convertirlo en una ruta militar, y esta vez fueron los sioux occidentales los que fueron a la guerra.

Bajo el jefe indio Mahpiua Luta (más conocido como Nube Roja), unos 16.000 guerreros sioux y cheyennes realizaron un ataque y, en los tres años siguientes, lograron crear suficientes problemas a los norteamericanos como para obligarlos a firmar un segundo tratado de Fort Laramie en 1868, por el que el Camino de Bozeman fue abandonado (sólo temporalmente según se vio después).

El incidente más memorable de la guerra fue la «matanza de Fetterman» la emboscada y la muerte de ochenta soldados bajo el mando del teniente coronel William Judd Fetterman, el 21 de diciembre de 1866. El mismo Bozeman fue muerto por los indios en 1867. Nube Roja vivió largo tiempo, y murió en una reserva en Dakota del Sur el 10 de diciembre de 1909.

En el Sudoeste, por la misma época, la tribu india principal era la apache. Los apaches estaban bajo la capaz conducción de Cochise (nacido alrededor de 1815), quien hizo todo lo posible para mantener la paz con los blancos, previendo que la guerra sólo podía acarrear el desastre para su pueblo.

Pero se vio forzado a hacer la guerra por un brutal maltrato, y durante toda la Guerra Civil los apaches hicieron del sudoeste una tierra de nadie para los blancos. Sólo después de la guerra George Crook (nacido cerca de Dayton, Ohio, el 23 de septiembre de 1829) fue enviado a la región apache. Fue uno de los mejores «combatientes con indios» y, además, un hombre honesto que realmente se ganó a algunos de los indios mediante un trato digno. En 1872 había llevado la paz al Sudoeste.

Más tarde, a mediados del decenio de 1870, llegaron noticias de la existencia de oro en cierto lugar, esta vez en las Colinas Negras, Dakota del Sur. Nuevamente se abalanzaron allí los presuntos prospectores y nuevamente se levantaron los sioux. Ahora estaban bajo la conducción de Tashunca-Uitco (Caballo Loco), nacido aproximadamente en 1849, y de Ta-tanka Yotanka (Toro Sentado), nacido en lo que es ahora Dakota del Sur en 1834.

En febrero de 1876 George Crook condujo las fuerzas norteamericanas a las Montañas Big Horn para atacar a los sioux en su escondite invernal. Durante medio año hubo una lucha pareja, y luego Crook se vio obligado a retirarse.

El comandante en jefe de la campaña, Alfred Howe Terry (nacido en Hartford, Connecticut, el 10 de noviembre de 1827), envió entonces una columna bajo el mando de George Armstrong Custer (nacido en New Rumley, Ohio, el 5 de diciembre de 1839) para perseguir a los indios y mantenerlos inmovilizados hasta que pudieran reunirse columnas convergentes y acabar con ellos.

Custer había sido el último de su promoción en West Point, pero había combatido con gran éxito durante toda la Guerra Civil, fue general de brigada a los veintitrés años, había acosado con éxito al menguante ejército de Lee en las últimas semanas de la guerra y contribuido a forzar la rendición de éste. También había luchado con éxito contra los indios después de la guerra. Pero era un cazador de gloria en cuya cooperación con otros no se podía confiar si ello suponía un menor brillo para él.

El 25 de junio de 1876 Custer se encontró con las fuerzas sioux, al mando de Toro Sentado, en el río Little Big Horn, un punto situado a unos cien kilómetros al sudeste de la actual ciudad de Billings, en Montana. Custer no conocía la cuantía de las fuerzas sioux, parte de las cuales estaban ocultas por una elevación del terreno.

Olvidando la tarea que se le había encomendado de mantener a los sioux inmovilizados hasta la llegada de las fuerzas principales al mando de Terry, Custer no pudo resistir la tentación de efectuar la labor él con su pequeño grupo. Dividiendo el pequeño grupo en tres grupos aún menores, envió a dos en movimientos de flanqueo, mientras él -con sólo

266 hombres- se lanzó a un ataque frontal contra 4.000 indios. Todo el contingente, incluido el mismo Custer, fue barrido. Sólo sobrevivió un caballo.

Este encuentro, la batalla del Little Big Horn, más popularmente conocida como la «última resistencia de Custer», fue la más famosa victoria india de las guerras en el Oeste y empañó la inminente celebración del centenario, pero a largo plazo quedó en la nada.

Durante un tiempo, el desconcertado ejército norteamericano no pudo hallar a los indios, pero, en el otoño, Crook estaba tras su pista nuevamente, junto con un nuevo comandante, Nelson Appleton Miles (nacido en Westminster, Massachusetts, el 8 de agosto de 1839). Miles, quien había combatido con éxito en la mayor parte de las grandes batallas orientales de la Guerra Civil, siguió las huellas de Caballo Loco hasta su aldea, en enero de 1877, y lo obligó a rendirse el 6 de mayo. Pero no se confió en que mantuviese su rendición, por lo que fue arrestado el 5 de septiembre de 1877 y muerto a tiros. El informe oficial decía que había intentado escapar.

Después de esto, las posteriores guerras indias fueron meros chisporroteos. El final era seguro. Mientras Caballo Loco se entregaba, la tribu nez percé, que vivía en el Estado de Indiana, se rebeló ante la constante intrusión de los blancos en su tierra. Estaba bajo la muy capaz conducción de Hinmaton-Yalakit (José), nacido en Wallowa Valle, Oregón, alrededor de 1840, e hijo de un cristiano converso.

José mostró notables cualidades militares e hizo combatir a sus guerreros indios con la disciplina de soldados regulares. Consiguió resistir al ejército enemigo, pero comprendió que no lo podría lograr siempre. Con sólo setecientos guerreros, pudo abrirse camino a través de Wyoming y Montana, manteniendo la disciplina y tratando correctamente a todos los civiles blancos que encontró.

Finalmente, en un punto situado a sólo cincuenta kilómetros de la frontera canadiense, fue atrapado por Miles. Durante cuatro días José luchó contra un ejército que superaba en número a su grupo por cuatro a uno, y el 5 de octubre de 1877 se vio forzado a rendirse, diciendo: «Oídme, mis caciques; mi corazón está enfermo y triste. De ahora en adelante no volveré a luchar jamás». Vivió hasta el 21 de septiembre de 1904, tratando de reconciliar a su tribu con el nuevo modo de vida de reservas apretujadas y yermas.

En el Sudoeste, después de la muerte de Cochise, un cacique apache, Goyathlay (Jerónimo), nacido en el sur de Arizona en junio de 1829, realizó una sangrienta serie de incursiones contra los pobladores de Nuevo México y Arizona, retirándose a México de tanto en tanto, en busca de seguridad. Dos veces, en 1882 y 1886, fue capturado por Crook. Su sumisión final se produjo el 4 de septiembre de 1886, rindiéndose a Miles. Instalado en una reserva de Oklahoma, allí se convirtió en agricultor y miembro de la Iglesia Holandesa Reformada, que luego lo expulsó por jugador. Murió en 1909.

En 1890, Toro Sentado estaba en movimiento nuevamente. Había sobrevivido a la derrota de Caballo Loco escapando a Canadá y, después de ser perdonado, regresó a Estados Unidos. Hasta se rebajó a entretener a los mirones como parte de un espectáculo sobre el Salvaje Oeste. Pero más tarde fue acusado de tener sueños de venganza. El 15 de diciembre de 1890 fue muerto cerca de Fort Yates, en Dakota del Norte. Nuevamente se dijo que había intentado escapar.

Los sioux quedaron reducidos a un desesperado misticismo, con la esperanza de que los blancos desapareciesen a causa de la «danza de los espectros». El ejército, temeroso de que la excitación de la danza de los espectros terminase en incursiones de los indios, atacó a los sioux en Wounded Knee, en el sur de Dakota del Sur, el 20 de diciembre de 1890. La llamada batalla de Wounded Knee fue sencillamente una matanza y la última de más de mil escaramuzas que se produjeron en las guerras indias del Oeste durante un cuarto de siglo.

A menudo se dice que el año de 1890 señaló el «fin de la frontera». Esta es una manera delicada de decir que señaló el fin de los indios como algo más que gente quebrantada bajo la custodia del gobierno, ocultos en apartadas reservas.

Entre las bajas de las guerras indias del Oeste hay que contar con las magníficas manadas de bisontes (popular pero inexactamente llamados «búfalos») que vagaban por las planicies occidentales y que eran la principal fuente de alimento y de recursos generales de los indios de las llanuras.

Para los blancos eran en gran medida un estorbo, pues obstruían la marcha de los ferrocarriles. Fueron matados para proporcionar carne a los trabajadores de los ferrocarriles. En 1871 se elaboró un proceso para curtir pieles de bisontes y fabricar cuero, de modo que también fueron muertos por sus pieles. Se los mataba por cierta clase de placer perverso experimentado en el acto. También se les dio muerte por una política deliberada de destruir la base del modo de vida indio. Fue una especie de guerra económica y, con un disfraz de patriotismo, se llevó a cabo el deliberado y horrible exterminio de animales inofensivos. Se mató un millón de bisontes al año; muchos más de los que se podía utilizar, por lo que se dejó sencillamente que se pudrieran grandes cantidades de ellos

Por la época en que desapareció la frontera y los indios fueron quebrantados, las grandes manadas de bisontes habían quedado reducidas casi a la nada. De los 50 millones sólo quedaban cinco mil. Éstos, afortunadamente, recibieron protección. Se han multiplicado y hay ahora unos 30.000 bisontes en Estados Unidos y Canadá.

Asociado a la vergüenza de esta matanza indiscriminada estuvo el último de los grandes exploradores fronterizos estadounidenses, William Frederick Cody (nacido en Scott Country, Iowa, el 26 de febrero de 1846). Prestó servicios en las guerras indias llevando partes y espiando al enemigo. El 17 de julio de 1876 mató a un cacique indio, Cabello Amarillo, en combate personal, y como esto ocurrió poco después de la última resistencia de Custer, ganó fama por la acción.

Pero lo que le dio fama a través de los tiempos fue su habilidad para matar bisontes a caballo. Como carnicero de bisontes que suministraba carne a los trabajadores en la construcción de ferrocarriles, mató la cifra récord de 4.862 bisontes en una estación, y hasta 69 en un día, y por este mi-croheroísmo (el único peligro era ser atrapado por una posible desbandada, aunque esto no era en modo alguno un riesgo insignificante) fue llamado «Búfalo Bill» y semideificado en la literatura popular de la época.

Cuando los indios y los bisontes declinaron, Búfalo Bill Cody concibió la idea de hacer una exhibición con los restos y creó su espectáculo del Salvaje Oeste en 1883. Hasta incluyó a Toro Sentado durante un tiempo. El espectáculo lo enriqueció al principio, pero finalmente perdió su fortuna por mala administración.

El ganado vacuno llenó el vacío ecológico dejado por la destrucción del bisonte. El Oeste se convirtió en un reino del ganado vacuno y por un cuarto de siglo grandes manadas de reses vagaron por tierras sin vallas de indefinida extensión, conducidas por vaqueros a caballo.

La Guerra Civil aumentó la demanda de carne y, una vez terminada la guerra, los criadores de ganado de Texas tuvieron la oportunidad de obtener grandes beneficios (ansiosos de recuperarse de la guerra) si sus ganados podían ser llevados al ferrocarril, que los transportaría al Este.

El resultado fue la apertura de largas rutas [trails] para el ganado, la primera de las cuales fue Chisholm Trail, así llamada en honor a Jesse Chisholm (nacido en Tennessee, alrededor de 1806), quien exploró una ruta desde Kansas hasta el sur de Texas. Empezó la

labor legendaria de los vaqueros, el largo rodeo de ganado esparcido por varios kilómetros cuadrados, para luego conducirlo por las largas rutas.

Sólo a lo largo del Chisholm Trail, alrededor de un millón y medio de cabezas de ganado fueron conducidas hasta los ferrocarriles entre 1867 y 1871. Se establecieron otras rutas, los ganados crecieron y los vaqueros se multiplicaron. Unas 300.000 cabezas de ganado por año eran llevadas al Norte, y en 1880 vagaban por las llanuras unas 4.500.000.

Pero el fin no estaba lejano. Entre otras cosas, el número creciente de colonos que pretendían labrar la tierra condujo inexorablemente al levantamiento de vallas; el exceso de animales en las llanuras llevó al agotamiento de los pastos y a la vulnerabilidad del ganado a la muerte masiva en inviernos malos; y la multiplicación de los ferrocarriles hizo innecesaria la conducción del ganado por las tierras.

En 1890 llegó a su fin la breve era del vaquero, junto con los indios y la frontera, pero el vaquero sobrevivió en los interminables y repetidos relatos en libros, películas, la radio y la televisión, estilizado e idealizado hasta convertirlo en algo tan poco relacionado con la realidad como en todos los cuentos sobre héroes de todas las culturas.

Elecciones reñidas

El año de 1876 fue el del Centenario, el centesimo aniversario de la firma de la Declaración de Independencia. En la Exposición del Centenario, que tuvo un éxito total y fue inaugurada por el presidente Grant el 10 de mayo de 1876, se presentaron la máquina de escribir y el teléfono, invenciones ambas que han desempeñado un papel cada vez más importante en la vida norteamericana (y del mundo) desde entonces.

La máquina de escribir había sido patentada el 23 de junio de 1868 por Christopher Latham Sholes (nacido cerca de Morresburg, Pensilvania, el 14 de febrero de 1819), y el teléfono fue patentado el 14 de febrero de 1876 por Alexander Graham Bell (nacido en Edimburgo, Escocia, el 3 de marzo de 1847, y que todavía no era ciudadano estadounidense, aunque vivía en Boston).

El emperador brasileño Pedro II (un descendiente de los reyes portugueses) visitó los Estados Unidos por la época del Centenario; fue el primer monarca coronado que visitó la nación. Probó el teléfono en la Exposición y lo dejó caer con una exclamación de sorpresa: «¡Habla!». Así era, y no podía haberse hecho un anuncio más efectivo de ese hecho.

Mas, pese a todo el esplendor tecnológico de la Exposición del Centenario, 1876 no fue un año de orgullo para los Estados Unidos. Fue el año de otra elección presidencial, y el hecho político dominante de la época era que el gobierno de dos mandatos de Grantapestaba a corrupción. El Partido Republicano estaba sumido en la deshonra, y parecía que ni siquiera el recuerdo de la Guerra Civil y del derrotismo demócrata podía salvarlo ahora. La reelección de Grant en 1872 había dado nuevamente el triunfo a los republicanos en ambas Cámaras del Cuadragésimo tercer Congreso, pero las elecciones de mitad del mandato de 1874, para el Cuadragesimocuarto Congreso habían devuelto la Cámara de Representantes a los demócratas, por 169 a 109, y reducido la mayoría republicana en el Senado, de 45 a 29, el nivel más bajo desde la Guerra Civil.

Los republicanos efectuaron su convención en Cincinnati, Ohio, el 14 de junio de 1876. El principal candidato del momento era James Gillespie Blaine (nacido en West Brownsville, Pensilvania, el 31 de enero de 1830). En 1854 se estableció en Maine, Estado con el que posteriormente fue identificado.

Allí se convirtió en un influyente director de periódico y un activista republicano en los comienzos de este partido.

En 1863 entró en el Congreso, donde demostró ser un orador elocuente con una personalidad magnética. Era un político nato y en 1869 fue elegido presidente de la Cámara de Representantes. Fue un republicano radical en la época de la Reconstrucción y reunió un devoto grupo de seguidores, que lo hallaban brillante.

En la convención, Blaine fue propuesto como candidato por Robert Green Ingersoll (nacido en Dresden, Nueva York, el 11 de agosto de 1833), cuya fama en la historia se debe a haber sido el más franco y notorio ateo del siglo xix. En un tiempo en que la religión estaba profundamente arraigada en la gente y cuando los que dudaban de su valor se cuidaban mucho de decirlo públicamente, Ingersoll proclamaba sus opiniones desde el estrado de conferencias y en libros.

Pero quizá sus más famosas palabras no tienen nada que ver con la religión, sino que provienen del discurso en el que propuso la candidatura de Blaine. Dijo: «Como un guerrero armado, como un caballero empenachado, James G. Blaine marchó por los salones del Congreso americano y arrojó su brillante lanza contra la desvergonzada frente de todos los traidores a este país y todo difamador de su buena reputación». En lo sucesivo, Blaine fue llamado el «Caballero Empenachado»; sus enemigos usaron la expresión en son de burla.

Pero Blaine no era ningún caballero empenachado, realmente. Cualesquiera que fuesen sus méritos, era un hombre de reputación muy empañada, pues había participado de la corrupción de la época. Usó su influencia política en beneficio de ferrocarriles en los que tenía intereses financieros, por ejemplo, y en el proceso escribió cartas imprudentes a un funcionario de los ferrocarriles. Esas cartas llegaron a las manos del contable del funcionario, James Mulligan.

Mulligan compareció ante una comisión del Congreso el 31 de mayo de 1876, y reveló su posesión de esas cartas. Blaine logró obtener las cartas, pero se negó a revelar su contenido. En cambio, el 5 de junio de 1876 leyó extractos de ellas a la Cámara de Representantes, interrumpiéndose para dar explicaciones. (Fue un precedente del caso aún más famoso del presidente Nixon y sus cintas, un siglo más tarde.)

Los congresistas, que quizá no se inclinaban a ser demasiado duros en asuntos tales como el beneficiarse de cargos políticos, pues muchos de ellos no tenían las manos muy limpias, parecían convencidos de que Blaine había probado su inocencia, pero el público quedó en la duda. Si era inocente, ¿por qué no reveló todo el contenido de las cartas y dejó que el pueblo juzgase? Pero continuó negándose a hacerlo, y el comentario de Ingersoll, diez días después del espectáculo de la lectura de Blaine, no convenció en modo alguno a muchos «difamadores de su buena reputación».

Aunque a los políticos republicanos les habría gustado tenerlo como presidente, había suficientes dudas sobre su posibilidad de ganar las elecciones, gracias a las cartas de Mulligan, como para inducir a muchos de ellos a buscar otro candidato republicano, uno honesto, de ser posible.

Hallaron el hombre que buscaban en Rutherford Birchard Hayes (nacido en Delaware, Ohio, el 4 de octubre de 1822). Había combatido en la Guerra Civil como voluntario, exhibiendo considerable bravura. Fue herido cinco veces y terminó con el grado de general de división. En 1864 fue candidato a diputado y, aunque permaneció en el ejército y se negó a hacer campaña electoral, resultó elegido. Más tarde cumplió dos mandatos como gobernador de Ohio. Era un republicano radical, pero tan notoriamente honesto que fue llamado «Vieja Abuelita» por políticos para quienes la honestidad era un rasgo más adecuado a las mujeres ancianas que a hombres como ellos.

En 1871 se retiró de la política, pero en 1875 los republicanos, que temían la pérdida del Estado en beneficio de los demócratas, lo urgieron a presentarse nuevamente como candidato y ganó fácilmente un tercer mandato. Esta capacidad de un hombre honesto para ganar lo señaló como material presidencial. Después de seis votaciones de la Convención Nacional, en las que Blaine obtuvo el mayor número de votos pero sin lograr la mayoría absoluta, los delegados desistieron y votaron por Hayes en la séptima votación.

Para vicepresidente, la candidatura recayó en William Almon Wheeler (nacido en Malone, Nueva York, el 30 de junio de 1819), un congresista que, como Hayes, tenía una reputación de rígida integridad. En 1873 fue uno de los pocos que se opusieron a que el Congreso se votase a sí mismo un salario mayor, y cuando el incremento salarial fue aprobado, devolvió el excedente al gobierno.

El 27 de junio de 1876 se reunió la Convención Demócrata en Saint-Louis. En vista de las candidaturas republicanas, necesitaban un adalid igualmente renombrado por su integridad, y que tuviese además al menos una hoja de servicios respetable en los difíciles años de la guerra, cuando muchos demócratas eran derrotistas. Fue elegido Samuel Jones Tilden (nacido en New Lebanon, Nueva York, el 9 de febrero de 1819), quien a la sazón era gobernador de Nueva York.

Aunque demócrata, había sido un enérgico antiesclavista en su juventud, si bien luego se hizo cada vez más conservador y cauteloso con la edad y sólo apoyó tibiamente la causa de la Unión durante la guerra. En los años posteriores a la guerra participó en el movimiento para poner fin a la corrupción, pero lo hizo más bien tardíamente y se incorporó a la lucha contra la camarilla de Tweed sólo después de haber sido descubierta. Después de ser elegido gobernador, en 1873, se hizo fama de luchador contra la corrupción, y sólo se necesitaron dos votaciones para que los demócratas llegasen a los dos tercios de los votos necesarios para elegirlo candidato.

Para la vicepresidencia, los demócratas eligieron como candidato al gobernador de Indiana, Thomas Andrews Hendricks (quien nació cerca de Zanesville, Ohio, el 7 de septiembre de 1819). Sus antecedentes como demócrata eran similares a los de Tilden.

Los demócratas debían haber ganado la elección. Entre el grado de corrupción y la desgracia del pánico de 1873, parecía que los republicanos no tenían posibilidades. Sin embargo, lo que hizo pareja la elección fue, entre otras cosas, el carácter personal intachable de los candidatos republicanos y la habilidad de éstos para seguir rotulando a todos los demócratas de traidores a la Unión. (Ingersoll condujo este aspecto del ataque, y lo hizo muy suciamente.)

Además, Tilden era muy poco apto para llevar una campaña electoral. Tenía una voz débil, amaneramientos nerviosos y una salud delicada. No tenía ningún carisma personal.

Aun así, Tilden ganó la mayoría de los votos, 4.300.000 por 4.000.000 para Hayes. Pero es el voto electoral el que cuenta, y no el voto popular.

Por la época, había treinta y ocho Estados de la Unión; Colorado, el trigésimoctavo, acababa de entrar en la Unión el 1 de agosto de 1876, por lo que es llamado el «Estado del Centenario». No había dudas sobre el voto electoral de treinta y cuatro Estados. Estos treinta y cuatro Estados dieron a Tilden 184 votos electorales y a Hayes 165. Para obtener la mayoría se necesitaban 185 votos, de modo que a Tilden le faltaba uno.

En los cuatro Estados restantes, Oregón, Florida, Luisiana y Carolina del Sur, las elecciones fueron reñidas. Poseían veinte votos electorales y si Hayes los obtenía todos, ganaría por 185 a 184.

En cada uno de los Estados en disputa había dos escrutinios electorales, uno defendido por el Partido Republicano y el otro por el Partido Demócrata. La cuestión era qué votos debían ser contados. En Oregón, los republicanos realmente habían ganado, pero el gobernador demócrata había descalificado ilegalmente a un elector republicano.

En los tres Estados sureños, Florida, Luisiana y Carolina del Sur, los carpetbaggers pasaban por sus últimos días de dominación y sencillamente habían anulado votos demócratas al por mayor para dar a los republicanos una falsa mayoría. Pero ¿quién debía decidir legalmente que se habían producido estos abusos? La Constitución no brindaba ninguna guía. El Congreso tuvo que improvisar y hacer algo antes del día de la investidura. El 29 de enero de 1877 creó una Comisión Electoral que debía tomar las decisiones.

Estaría formada por cinco senadores, cinco diputados y cinco jueces del Tribunal Supremo. Era un número impar de miembros, de modo que no podía haber empate.

Los senadores y diputados fueron elegidos de tal modo que hubiese cinco republicanos leales y cinco demócratas leales. De los jueces del Tribunal Supremo, dos eran republicanos leales y dos demócratas leales. De estos 14 miembros, era seguro que la votación sería de 7 a 7, independientemente de los elementos de juicio. El quinto juez del Tribunal Supremo sería David Davis, de Illinois (nacido en Cecil County, Maryland, el 9 de marzo de 1815). Era un republicano independiente que se había opuesto a Grant en 1872, y se suponía que él votaría según los elementos de juicio y decidiría el caso, mientras los catorce restantes eran meramente decorativos.

Pero Davis fue elegido para el Senado por la legislatura del Estado de Illinois, y decidió ocupar su escaño. Esto significaba que no era juez y no reunía los requisitos para formar parte de la comisión. En su lugar fue nombrado el juez Joseph P. Bradley (nacido cerca de Albany, Nueva York, el 14 de marzo de 1813). Se suponía que también era independiente, pero votó de acuerdo con los republicanos, que recibieron la totalidad de los 20 votos disputados, de modo que Hayes ganó por 185 a 184. Fue una elección robada por los republicanos triunfantes. (Sin embargo, la Cámara de Representantes siguió siendo demócrata, por 153 a 140 votos, y la mayoría republicana en el Senado se redujo aún más y fue de 39 a 36. El Cuadragésimoquinto Congreso fue un claro signo del declinar republicano.)

Hayes.

Las elecciones de 1876 marcaron un punto bajo en la historia de la política estadounidense. Fue la única vez en que se negó su cargo a un presidente legalmente elegido mediante una maniebra sucia y desvergonzada.

Hayes no fue suficientemente honesto como para rechazar un cargo para el que no había sido elegido, y sufrió la humillación de tener que prestar el juramento de investidura en privado y de verse obligado a prescindir del desfile y el baile inaugurales.

Las cosas podían haber sido peores aún si Tilden no hubiese instado a sus coléricos partidarios de toda la nación a aceptar la decisión, en vez de recurrir a la violencia. (Quizá Tilden se sentía secretamente aliviado de no tener que asumir la carga de la presidencia.)

Con Hayes como presidente, la dominación de los carpet-baggers en el Sur llegó a su fin. Uno de los modos como los republicanos persuadieron a los Estados sureños a que aceptasen el robo de la elección calmamente fue prometiendo que los carpetbaggers, quienes hicieron posible ese último extremo de corrupción, serían barridos. Las tropas federales se retiraron y, el 24 de abril de 1877, todos los Estados que antaño habían pertenecido a la Confederación se hallaban bajo control interno. Todos tuvieron gobiernos conservadores que se dedicaron a mantener a los negros en su lugar de inferioridad estrictamente forzada.

Hayes era un hombre religioso que asistía a reuniones de fieles para rezar, por la mañana, y para cantar himnos en otros momentos. Su esposa Lucy era una ardiente metodista y una devota prohibicionista. Se negaba a servir alcohol en las reuniones presidenciales y era llamada, a sus espaldas, «Lucy Limonada». (También fue la iniciadora de la costumbre de la competición anual consistente en echar a rodar huevos de Pascua en el césped de la Casa Blanca.)

Pero su religiosidad no le hizo a Hayes particularmente simpático entre los norteamericanos que se hallaban en los peldaños más bajos de la escala económica. Era partidario de una rígida política de «moneda sana».

Esto ocasionó penurias, porque, a consecuencia del pánico de 1873, el endeudamiento era grande. La ley exigía que las deudas fuesen pagadas en oro (que era la «moneda sana» a la que se aludía). Pero los que tenían deudas (granjeros, obreros y los pobres en general) querían pagarlas con papel moneda, los llamados «papiros», que eran menos valiosos que el oro. Era un modo de reducir la deuda.

Se fundó el Partido Obrero del Papiro, que no sólo exigía dinero barato con el cual pagar las deudas (lo cual significaba aumentar la inflación, por supuesto, pues cuanto más barato sea el dinero, tanto más suben los precios), sino también un límite a las horas que debían trabajar los obreros y la limitación de la inmigración de chinos, que estaban dispuestos a trabajar por bajos salarios. El Partido Obrero del Papiro había presentado candidatos a presidente y vicepresidente en las elecciones de 1876, y había conseguido 83.000 votos.

A falta de una absoluta confianza en el papel moneda, existía la perspectiva de usar plata, además de oro. Se había descubierto plata en grandes cantidades en Nevada, Colorado y Utah a principios de 1870, y si se la podía usar para pagar deudas en una escala que la hiciera más barata que el oro, esto también podía beneficiar a los deudores.

Pero los intereses de los hombres de negocios de la nación, respaldados por Hayes, exigían una completa dependencia del oro como único patrón legal por el cual debía medirse el pago de las deudas. Este «patrón oro» aseguraría una mínima pérdida para los acreedores y máximas dificultades para los deudores. Equivalía a facilitar a los ya prósperos el poder seguir siendo prósperos, y a hacer más difícil a los ya empobrecidos el dejar de estar empobrecidos.

En 1873 se había establecido el patrón oro, y a medida que pasaban los años de la depresión se levantó una creciente oposición contra lo que el diputado Richard Parks Bland, de Missouri (nacido cerca de Hartford, Kentucky, el 19 de agosto de 1835), llamó el «Crimen del 73».

La-Cámara demócrata, respondiendo al clamor contra los intereses empresariales sólidamente republicanos, propuso una ley que establecía el bimetalismo (la plata, tanto como el oro, sería legal como patrón para el pago de deudas). Bajo el liderazgo de Bland y del senador William Boyd Allison (nacido en Petry Township, Ohio, el 2 de marzo de 1829) se aprobó el Decreto de Bland-Allison. Hayes lo vetó, pero se pasó por encima de su veto. Por ese decreto, el gobierno debía acunar dólares de plata para el pago de deudas.

El secretario republicano del Tesoro, John Sherman (nacido en Lancaster, Ohio, el 10 de mayo de 1823), sólo aplicó la ley mínimamente, de modo que no tuvo mucho efecto, ni para bien ni para mal. Puesto que hacia 1879 la nación se estaba recuperando del pánico, la agitación por la «plata libre» remitió, pero iba a seguir siendo un problema el resto del siglo.

En cuanto a los obreros, estaban totalmente a merced de los empleadores. Cuando se producía un pánico como el de 1873, era rutinario despedir trabajadores o, a falta de esto, reducir sus salarios. No había nada ni nadie que lo impidiese, y no existían medidas gubernamentales que salvaran de morir de hambre a los hombres despedidos, junto con sus familias. Tampoco había modo alguno de que los trabajadores pudiesen oponerse a tal acción de los empleadores mediante una resistencia unida; pues si trataban de hacerlo y de ir a la huelga, el gobierno intervenía, invariablemente del lado de los empleadores.

Así, en 1877, el Ferrocarril de Baltimore y Ohio anunció una reducción salarial del 10 por 100, la segunda en ocho meses. Los trabajadores del ferrocarril fueron a la huelga, y la acción se expandió hasta llegar a ser la peor huelga de esta clase que ha habido hasta ahora en la historia de Estados Unidos. Los empleadores, por su parte, tenían el apoyo, primero, de la policía local, luego de la milicia estatal, y finalmente el presidente Hayes halló compatible con su religión el hacer entrar en vereda a los obreros mediante el envío del ejército. La huelga fue rota, pero los obreros obtuvieron concesiones salariales.

A pesar de que Hayes era partidario de la moneda sana y del total control de la economía por los empleadores, no se llevaba bien con su partido. Después de todo, era un hombre honesto para quien los que estaban en el poder ganaban lo suficiente de manera legal y no debían tratar de aumentar su riqueza mediante la corrupción.

Una de las peores fuentes de corrupción era la capacidad de los hombres que ocupaban cargos de disponer de muchos puestos políticos bien pagados y de escaso trabajo con los cuales recompensar a sus fieles, y que podían quitar si sus ocupantes no seguían siendo fieles. Con este «patrocinio», los hombres con cargos públicos podían mantenerse en el poder indefinidamente por lo que era una forma legalizada de soborno. Además, podían permitirse realizar todo género de cohecho sin temor a las represalias, pues los que ocupaban cargos políticos capacitados para combatir la corrupción raramente lo hacían si sus propios puestos tenían las mismas características.

Lo que Hayes esperaba conseguir era separar el trabajo del gobierno de la política. Idealmente, pensaba (al igual que otras personas racionales) que un hombre cualificado para un trabajo debía obtenerlo porque estaba cualificado para él y no por ninguna otra razón. Ni debía perderlo como no fuese por no hacer bien su trabajo. Su política no tenía nada que ver con su trabajo.

Contra Hayes estaban, desde luego, los líderes del partido que habían apoyado lealmente a Grant porque era demasiado simple para interponerse en su camino y deseaban que el sistema de corrupción de Grant continuase siempre.

El más destacado de los políticos republicanos que estaban decididos a que el sistema de patrocinio se mantuviese era el senador Roscoe Conkling, de Nueva York (nacido en Albany, Nueva York, el 30 de octubre de 1829). Había sido un republicano radical y ahora se aficionó a llamar a su rama del partido los «incondicionales», presumiblemente porque eran incondicionales de la corrupción. A Hayes y a quienes lo apoyaban los llamaba «mestizos», con lo que implícitamente se afirmaba que eran medio demócratas. Conkling había tratado de lograr la candidatura en 1876, y no simpatizaba con Hayes por haberla ganado,

El punto inmediato en disputa era el caso de Chester Alan Arthur (nacido en Fairfield, Vermont, el 5 de octubre de 1829). Arthur era un hombre alto, guapo y muy capaz, totalmente leal a Grant y a Conkling. Había sido nombrado para el cargo de recaudador de aduanas del puerto de Nueva York, lo cual conllevaba el control de mil puestos de trabajo. Y aunque realizó bien su labor, también usó su cargo con fines políticos. Pero no lo usó para su beneficio personal.

Hayes trató de destituir a Arthur y a otros amigos de Conkling, lo cual significó la guerra abierta. En aquellos días, las probabilidades de un enfrentamiento semejante estaban a favor del senador, pues desde la Guerra Civil la presidencia había sido debilitada. Y de todos los senadores, Conkling era el que menos probablemente soportase la interferencia de un mero presidente. Conkling era descrito como un hombre arrogante, y en esta ocasión logró el respaldo del resto del Senado. Después de todo, los senadores, por regla general, se negaban a aprobar todo nombramiento que careciese de la aprobación de los senadores de ese Estado (cada senador esperaba el mismo trato cortés para él), y Conkling empezó a oponerse a todos los nombramientos.

En definitiva ganó Hayes al obtener el apoyo demócrata, lo cual hizo de él un verdadero «mestizo», y un proscrito para los «incondicionales».

Pero Hayes no se preocupó. No tenía intención de cumplir más de un mandato en su cargo. No le gustaba ocupar la presidencia y, además, los republicanos habían sufrido pérdidas en las elecciones para el Congreso de 1878, y esto daba menos atractivo a la candidatura. En el Cuadragésimosexto Congreso, los demócratas obtuvieron la mayoría de ambas Cámaras por primera vez desde la Guerra Civil, en el Senado por 42 a 33, y en la Cámara de

Representantes por 149 a 130. (El Partido Obrero del Papiro obtuvo 14 diputados, y éste fue el punto más alto de su éxito político.)

Los «incondicionales»

En el año de 1880 se vio a Estados Unidos retornar a la prosperidad. El censo dio una población nacional de 50.155.783, casi dos veces la de Gran Bretaña y mayor que la de cualquier nación europea excepto Rusia. La ciudad de Nueva York, cuyas calles empezaron a ser iluminadas por la electricidad, había pasado el hito del millón y superaba a Berlín y Viena. Pero aún estaba detrás de París y mucho más detrás de Londres, con un récord de 3.300.000. Estados Unidos no había alcanzado a Gran Bretaña en la producción de carbón y hierro, pero tenía más kilómetros de vías férreas que toda Europa.

Más aún: era claro que Estados Unidos se estaba convirtiendo -y ha seguido siéndolo desde entonces- en el líder tecnológico del mundo. En 1878, Thomas Alva Edison (nacido en Milán, Ohio, el 11 de febrero de 1847) patentó el fonógrafo. Edison, el inventor más ingenioso de la historia, luego patentó la luz eléctrica, en 1879. En 1880 había 50.000 teléfonos en uso en Estados Unidos, y en 1879 se instaló la primera línea telefónica entre dos ciudades (Boston y Lowell, en Massachusetts). En una escala menor, en 1878, el primer artefacto de dos ruedas que puede considerarse una bicicleta apareció en las calles de las ciudades americanas.

Y, por supuesto, 1880 fue también un año de elecciones presidenciales. Al negarse rotundamente Hayes a presentarse para la reelección (el primer presidente de un solo mandato que lo hizo desde James K. Polk, treinta y dos años antes), el campo quedaba libre para los republicanos. La elección habría sido Blaine, que había perdido cuatro años antes sólo por las cartas de Mulligan. Los cuatro años del mandato de Hayes habían aquietado el problema de la corrupción, y Blaine podía tener una oportunidad.

Pero contra él se levantó enconadamente Conkling, quien consideraba a Blaine el principal «mestizo» y no quería saber nada con él. Conkling, en efecto, suspiraba por los fáciles días de Grant y decidió no aceptar a ningún otro. Esto suponía un tercer mandato para Grant, que iba contra la tradición de casi un siglo, pero esto a Conkling no le importó, y el pobre Grant, arrastrado por el anhelo de su mujer de vivir nuevamente en la Casa Blanca, se dejó utilizar.

Si Blaine y Grant hubiesen sido los únicos competidores uno u otro habría obtenido la mayoría en la primera votación. Pero había un tercer candidato, John Sherman, el secretario del Tesoro. Era un político muy cuidadoso que, en una ocasión, cuando estuvo a punto de retornar a su ciudad natal por asuntos políticos, se negó a admitir este motivo y dijo solamente que tenía que «reparar algunas vallas» [mend some fences, en inglés] de su propiedad. Desde entonces, fencemending ['reparar vallas'] ha significado en la política [de Estados Unidos] el retorno al lugar de origen para fortalecer allí la organización política.

Sherman era uno de los muchos hombres de la historia estadounidense cuya meta era la presidencia y que no dejaría de luchar por ella. Permaneció en la competición bajo la astuta conducción de su paisano de Ohio James Abram Garfield (nacido en Cuyahoga County, Ohio el 19 de noviembre de 1831). Garfield, quien había combatido con distinción en la Guerra Civil y había alcanzado el rango de general de división, estuvo en la Cámara de Representantes durante diecisiete años y acababa de ser elegido para el Senado.

La Convención Nacional Republicana se reunió en Chicago el 2 de junio de 1880, y la lucha fue reñida desde el comienzo, a medida que se realizaba una votación tras otra. Ni Sherman ni Blaine cederían, uno en beneficio del otro, e impedía triunfar a ambos Conkling, quien tenía un poco más de 300 votos para Grant y los hacía depositar infaliblemente en cada votación.

Conkling podía haberse convertido en hacedor de reyes dando sus votos a cualquiera de los otros, pero no quería hacerlo. Su esperanza era que, cuando la Convención viese que él

estaba dispuesto a mantenerla en sesión permanente, cedería por pura desesperación y optaría por Grant.

Pero no fue eso lo que ocurrió. Después de treinta y cinco votaciones inútiles, la Convención apeló a un candidato «caballo oscuro» (dark horse, un candidato que no había figurado en los cálculos anteriores a la convención). Las maniobras políticas de Garfield en favor de Sherman habían sido suficientemente hábiles como para obstaculizar a Blaine y Grant, que eran candidatos mucho más poderosos, y esto había despertado la admiración de los delegados. En la votación trige-simoquinta obtuvo algunos votos dispersos, pero en la trige-simosexta hubo una aluvi6n de votos a su favor, casi todos excepto los fieles 300 votos de Conkling, y Garfield fue elegido candidato republicano para sorpresa de todo el mundo, inclusive el mismo Garfield.

Los delegados comprendieron que Conkling labraría la ruina del partido si no obtenía algo, de modo que votaron como candidato a vicepresidente al más leal de todos los secuaces de Conkling, a Chester Alan Arthur

El 22 de junio de 1880 los demócratas se reunieron en Cin-cinnati. Tilden podía haber sido reelegido candidato y luego, probablemente, elegido presidente, pues había muchos que lo habrían votado por la indignación que despertó la injusticia cometida con él. Pero Tilden, aún carente de determinación, adoptó una actitud de modestia. Quizá no deseaba realmente la candidatura, pero si lo que esperaba era que le suplicasen que aceptara, esperó demasiado y los demócratas buscaron otro candidato.

El problema de la corrupción había desaparecido en gran medida, gracias a Hayes, de modo que los demócratas trataron de borrar el estigma del derrotismo que había destruido sus posibilidades desde la Guerra Civil eligiendo candidato a alguien que, como Garfield, hubiera sido un general de la Unión durante la guerra.

Su candidato a presidente fue el corpulento (pesaba 125 kilos) Winfield Scott Hancock (nacido en Montgomery Square, Pensilvania, el 14 de febrero de 1824). Su hoja de servicios militar era intachable; fueron los hombres bajo su mando quienes rechazaron la carga de Pickett en la batalla de Gettysburg. Durante la Reconstrucción había tenido el mando militar en Luisiana y Texas, donde se opuso abiertamente a los republicanos radicales y apoyó la política de Andrew Johnson. Fue esto lo que le ganó una elevada estima entre los demócratas. Para la vicepresidencia eligieron candidato al congresista Wi-Uiam E. English, de Indiana.

Fue una campaña aburrida, pues no había problemas en discusión. Las dos plataformas enfrentadas tenían un programa casi idéntico, salvo que los demócratas deseaban ún arancel bajo y los, republicanos uno elevado. Garfield llevó la campaña en persona, lo cual por aquel entonces era raro. Pronunció unos setenta discursos, que sólo la novedad hizo efectivos. Hancock, por otro lado, carecía de experiencia política y realizó una campaña de ninguna importancia.

El retorno de la prosperidad y los viejos sentimientos anticonfederados favorecieron a los republicanos, por lo que Garfield ganó por 214 votos electorales contra 155. Pero el voto popular fue mucho más parejo: 4.450.000 para Garfield contra 4.410.000 para Hancock.

En realidad, Garfield no obtuvo la mayoría del voto popular, pues unos 300.000 votos fueron para James Baird Weaver (nacido en Dayton, Ohio, el 12 de junio de 1833), un coronel de la Guerra Civil que se presentó como candidato del Partido Obrero del Papiro. (Hubo también un candidato prohibicionista que obtuvo 10.000 votos, lo que indicaba la creciente importancia que alguna gente asignaba a la prohibición legal de bebidas alcohólicas.)

Garfield fue investido el 4 de marzo de 1881 como vigésimo presidente de Estados Unidos. El Cuadragésimoséptimo Congreso también inició su mandato, con un Senado empatado

en 37 a 37, mientras que los republicanos tenían en la Cámara de Representantes una ligera mayoría, de 147 a 135.

Un aspecto interesante de esta elección fue que, con el fin de la era de la Reconstrucción, no hubo carpetbaggers en posiciones dominantes en ningún Estado sureño, de modo que, por primera vez desde la Guerra Civil, todos los antiguos Estados Confederados, más tres de los Estados fronterizos votaron por los demócratas. Éste fue el comienzo real del «Sólido Sur», expresión que fue usada por primera vez en un discurso de un senador de Alabama el 17 de diciembre de 1878.

Aunque una vez más, y por la sexta elección presidencial consecutiva, los republicanos obtuvieron el triunfo, la victoria electoral no atenuó la división interna del partido. A pesar de que el hombre de confianza de Conkling, Arthur, era vicepresidente, Conkling no estaba satisfecho. Garfield había nombrado a Blaine secretario de Estado, y Conkling, que odiaba a muerte a Blaine, quedó sumido en una envenenada meditación.

En cuanto a Garfield, estaba decidido a desafiar a Conkling. La presidencia había mostrado algunos signos de vida bajo Hayes -después de su eclipse bajo Johnson y su supina rendición bajo Grant-, y Garfield tenía intención de llevar adelante la ofensiva. Con toda intención, el 23 de marzo de 1881 nombró a un enemigo político de Conkling para el antiguo cargo de Arthur, el de recaudador de aduanas del puerto de Nueva York.

Conkling reaccionó como era previsible. Se opuso rotundamente al nombramiento y durante seis semanas logró retrasar la confirmación. Pero Garfield se mantuvo firme, y a mediados de mayo era claro que el Senado votaría la confirmación de su nombramiento.

Entonces Conkling, lleno de ciega cólera e impulsado por una enorme vanidad y confianza en sí mismo, decidió dar una lección al presidente. El 16 de mayo de 1881, dos días antes del voto de confirmación, renunció y, además, obligó a renunciar al renuente senador más joven por Nueva York Thomas Collier Platt (nacido en Oswego, Nueva York, el 15 de julio de 1833). La idea era hacer que la legislatura estatal* de Nueva York los reeligiese como senadores al son de una gran efusión popular de apoyo que enseñaría a Garfield dónde estaba el poder.

Raramente un político hábil cometió un error más grueso. La legislatura estatal se negó a reelegir a los senadores y el poder de Conkling se derrumbó repentina, inesperada y permanentemente, aunque siguió siendo un abogado de éxito hasta su muerte, ocurrida en Nueva York el 18 de abril de 1888. Platt tuvo más suerte. Después de unos años de retiro, se abrió camino nuevamente en la política y, con el tiempo, llegó a ser el jefe republicano del Estado de Nueva York.

La victoria de Garfield sobre Conkling no fue una mera lucha política interna. Demostró que el poder de la presidencia estaba en alza otra vez (aunque iba a transcurrir medio siglo antes de que se convirtiese en el poder claramente dominante de la nación).

Pero fue una victoria cara para Garfield, de hecho, una victoria fatal. Entre los adeptos de «los incondicionales» estaba Charles Julius Guiteau, nacido alrededor de 1840, quien deseaba ardientemente el cargo de cónsul en Marsella, Francia. Al parecer, estaba lo suficientemente desequilibrado mentalmente como para planear una acción criminal por su fracaso en obtener el cargo, fracaso del que acusaba a Garfield. Esperó a éste en una estación de ferrocarril de Washington y le disparó, el 2 de julio de 1881, gritando: «¡Yo soy un incondicional de los incondicionales, y ahora Chet Arthur es presidente!».

Garfield no murió inmediatamente sino que su agonía fue lenta. Bell, el inventor del teléfono, ideó un instrumento para localizar metales a fin de hallar la bala en el cuerpo del presidente. El artefacto era eficaz pero no funcionó bien en esta ocasión porque a nadie se le ocurrió quitar el colchón de resortes de acero que obstruía la búsqueda.

El 19 de septiembre Garfield murió, después de haber sido presidente durante seis meses y medio. Sólo William Henry Harrison, cuarenta años antes, había ocupado el cargo de

forma más breve. Al día siguiente, Chester Alan Arthur juró como vigesimoprimer presidente de los Estados Unidos*.

Guiteau fue juzgado por su crimen, hallado culpable y ahorcado el 30 de junio de 1882.

El asesinato de Garfield arruinó la respetabilidad del sistema del patrocinio para siempre. ¡Morir por un consulado! ¿Era eso todo lo que un presidente tenía que hacer, preocuparse por puestos insignificantes para políticos insignificantes? Hubo una sonora protesta pública y en las elecciones para el Congreso de 1882 los demócratas ganaron una mayoría decisiva en la Cámara de Representantes del Cuadragésimo Congreso, de 197 a 118, aunque el Senado siguió siendo republicano por 38 a 36.

Antes de disolverse, el Cuadragésimo Congreso, el 16 de enero de 1883, aprobó el Decreto Pendleton (patrocinado por el senador George Hunt Pendleton, de Ohio, nacido en Cincinnati el 28 de julio de 1823 y antiguo candidato demócrata a la vicepresidencia en 1864). Según lo establecido por este decreto, se creó una Comisión de la Administración pública para elaborar exámenes que deberían aprobar quienes solicitasen ciertos cargos, a fin de que sus cualificaciones pudiesen ser juzgadas sobre la base de la capacidad, no de la lealtad política. Los miembros de la Administración pública ya no podrían ser valorados por sus contribuciones políticas ni ser despedidos si no retribuían.

Al principio, estas reglas se aplicaron sólo a una décima parte, aproximadamente, de los empleados federales, y sólo a aquellos que iban a ser nombrados en el futuro. Aunque al comienzo era una ley muy frágil, iría creciendo y fortaleciéndose, y, si bien el patrocinio nunca desapareció, ya no volvería a ser un arma política tan omnívota como lo era antes de la renuncia de Conkling y de que Guiteau disparase su revólver.

4. Grover Cleveland.

Los inmigrantes y el trabajo.

En los diez años que siguieron a 1880, la corriente de inmigrantes que atravesaron la Puerta Dorada pasó de los cinco millones, pero se produjo un cambio en el carácter de esa inmigración.

Antes de 1880, la gran mayoría de los inmigrantes provenían del norte y del occidente de Europa, de Gran Bretaña, Irlanda, Alemania y Escandinavia. Eran anglosajones o pertenecían a culturas que podían adaptarse a la anglosajona sin muchos problemas.

Pero luego, el 13 de marzo de 1881, el zar relativamente liberal de Rusia, Alejandro II, fue asesinado por un terrorista, y, en la reacción que sobrevino, la pesada mano de la policía y de la caballería cosaca cayó sobre todos los disidentes, y en particular sobre la población judía. Se inició una oleada de emigrantes judíos rusos a los Estados Unidos, oleada que iba a continuar durante cuarenta años (y en cuyas últimas etapas mis padres y yo llegamos a Nueva York). Además, empezaron a llegar inmigrantes en número creciente de la Europa Meridional, en particular de Italia.

Por otro lado, la creciente prosperidad de la Europa del Norte, sobre todo en el recientemente fundado Imperio Alemán, puso fin a la emigración de esos países. Así, las grandes ciudades norteamericanas empezaron a contener grandes grupos de europeos que vivían en islas culturales que tendían a resistirse a su absorción por la cultura norteamericana.

Los norteamericanos cuyos padres o abuelos, pero no ellos mismos, habían sido inmigrantes y que, por lo tanto, se consideraban nativos del país, contemplaron con creciente desdén y consternación a esos recién llegados, y empezó a difundirse el sentimiento de que la Puerta Dorada no debía estar tan abierta.

Naturalmente, cuando las diferencias culturales y físicas eran mayores, los recelos y el resentimiento también eran mayores. Por poco asimilables que fuesen los judíos, los italianos, los griegos y los checos, al menos eran europeos blancos. Pero en la costa occidental los chinos estaban entrando en la nación en número creciente, y esto era diferente.

Los chinos eran un pueblo tranquilo y humilde, frugal y muy trabajador. Lo que los hacía particularmente aceptables para los empleadores era que estaban dispuestos a trabajar por menos dinero que los trabajadores no chinos, y los empleadores eran entusiastas partidarios de pagarles menos. Esto suponía la pérdida de puestos de trabajo para los blancos, quienes reaccionaban no tanto contra los empleadores que pagaban menos (y que estaban protegidos por el poder de la ley), sino contra los chinos, que estaban desprotegidos y desamparados.

En 1871 y 1877 hubo disturbios antichinos en California, no muy diferentes en espíritu de los pogromos antijudíos en Rusia, y creció la presión dirigida a poner obstáculos a la ulterior inmigración china. Cuando el número de inmigrantes chinos aumentó a casi 40.000 en 1882, también aumentó la presión para imponer la exclusión.

Hayes había vetado un proyecto de ley de Exclusión de los Chinos en 1879, pero en 1882 un proyecto de ley para excluir a los trabajadores chinos por diez años fue firmado, el 6 de mayo, por Arthur (después de haber vetado una versión más fuerte), y la inmigración china instantáneamente descendió a 8.000 en 1883.

Un decreto restringiendo la inmigración en general fue aprobado el 3 de agosto de 1883. Por él, se excluía a pobres, convictos y débiles mentales. Sin duda, era difícil quejarse de él, pero, junto con el Decreto de Exclusión de los Chinos, era un indicio de que la Puerta Dorada estaba empezando, aunque levemente, a cerrarse.

También creció la presión contra las personas de razas diferentes que ya eran ciudadanos. Los Estados sureños, bajo sus nuevos regímenes conservadores, empezaron a aprobar leyes que imponían la segregación de los negros, obligándolos a estar en una situación de inferioridad de la que no podían emerger legalmente. La primera de estas leyes «Jim Crow»* ['Jim Cuervo'] fue aprobada en Tennessee en 1881, y prohibía a blancos y negros viajar juntos en los mismos vagones de los trenes. Debía haber vagones especiales para los negros, en teoría iguales a los de los blancos, aunque nunca lo eran en realidad. En todo aspecto de la vida aumentó la segregación, hasta en las prisiones. En 1884, Alabama aprobó una ley por la que era ilegal poner a blancos y negros en la misma celda. (Aunque los negros fueron segregados y oprimidos también fuera del Sur, tales leyes no tenían sanción legal, y esto era una diferencia.)

* El origen del nombre «Jim Crow» es incierto. Algunos espectáculos de artistas que parodiaban a los negros (pintados de negro y que hablaban en la jerga de los negros) presentaban una canción popular con un estribillo que incluía la frase: «Cada vez que doy media vuelta hago saltar a Jim Crows». Y había también una obvia alusión al negro en el plumaje de ébano del cuervo.

Tampoco los blancos pobres hallaban en la vida motivo para gran alborozo. Aunque el movimiento obrero siguió fortaleciéndose, el gobierno siguió colocándose del lado de los intereses empresariales, de modo que las huelgas eran invariablemente rotas mediante la fuerza militar, si otras medidas no bastaban. Según el gobierno, su actitud era neutral, y sólo vigilaba para que se mantuviese el orden. Pero puesto que el orden siempre era conservado rompiendo huelgas, la neutralidad estaba totalmente a favor de los empleadores. ■ Aun los políticos reformistas habitualmente sólo eran reformistas en el sentido de que querían que el dinero del gobierno fuese administrado honestamente y los cargos gubernamentales desempeñados con eficiencia. No simpatizaban en absoluto con la

dura situación de los pobres ni con las demandas de éstos de mejores viviendas, mayores salarios y menos horas de trabajo.

Para un creciente número de trabajadores, era claro que el único modo de mejorar su situación era formar organizaciones que pudiesen hablar en nombre de los obreros con una voz unida. Los empleadores comprendían muy bien el peligro que esto representaba para ellos, por lo que rutinariamente despedían a todo empleado sospechoso de pertenecer a un «sindicato». El gobierno, además, se inclinaba a considerar la actividad sindical como una conspiración, aunque hacía la vista gorda a las organizaciones de empleadores. (Esto no es de sorprender, pues los empleadores tenían dinero para contribuir a las campañas políticas o darlo como soborno directo, mientras que los trabajadores por ese tiempo no lo tenían.)

El resultado fue que los primeros sindicatos laborales tenían que ser organizaciones secretas y sus acciones tenían que ser terroristas, pues no les quedaba ningún recurso legal. Así, en 1854, los mineros irlandeses de las minas de carbón de Pensilvania se organizaron en una organización secreta llamada los «Molly Maguires». Sus miembros fueron finalmente descubiertos por un espía contratado por las compañías del carbón para que se infiltrase en la organización. Hombres como Jay Gould podían robar millones y seguir siendo miembros respetados de la sociedad a la que defraudaban; pero no así los Molly Maguires, que enviaban toscas cartas de amenaza a los propietarios de minas. Diecinueve de ellos fueron juzgados, condenados y colgados en 1875 y la organización destruida.

La primera organización obrera nacional importante fue la de los Caballeros del Trabajo, que también era una orden secreta, fundada en 1869, originalmente para evitar represalias. En 1886, sus miembros en todo el país ascendían a 730.000, y ese año convocaron 1.600 huelgas, cuyo objetivo, en la mayor parte de los casos era establecer una jornada de trabajo de ocho horas y para que los trabajadores pudiesen tener una o dos horas libres durante el día. Por esto, tuvieron que soportar una constante campaña de vilipendios por los periódicos (casi todos antiobreros) y la violencia de los rufianes alquilados por los empleadores o de la policía, que era casi lo mismo. Jay Gould se jactaba de que podía contratar a la mitad de la clase trabajadora para que matara a la otra mitad, pero los Caballeros del Trabajo ganaron una huelga contra el ferrocarril de Jay Gould.

La culminación de la lucha se produjo durante una huelga en Chicago contra la compañía McCormick de máquinas segadoras. Fue convocada el 1 de mayo de 1886, y el 3 de mayo la policía intervino y mató a seis huelguistas. Los líderes sindicales convocaron un mitin de protesta en Haymarket Square el 4 de mayo, mitin que fue pacífico hasta que la policía cargó sin provocación alguna. Alguien (nunca se descubrió quién) arrojó una bomba y siete policías resultaron muertos, además de muchos otros heridos.

Ocho anarquistas que se habían unido a la protesta y habían pronunciado discursos violentos fueron arrestados. No había ninguna prueba de que alguno de ellos hubiese arrojado la bomba, pero la nación estaba presa de la histeria por obra de los periódicos y la policía y, después de una parodia de juicio, fueron condenados, el 20 de agosto de 1886. Cuatro fueron ahorcados y uno se suicidó. Los tres restantes fueron a la cárcel.

Los Caballeros del Trabajo no sobrevivieron a ese año fatal y decayeron rápidamente. En su lugar surgió la Federación Americana del Trabajo, de carácter más político. Estaba encabezada por Samuel Gompers (nacido en Londres el 27 de enero de 1850). En 1886 sacó de los Caballeros del Trabajo a su sindicato de trabajadores del tabaco y se convirtió en presidente de la nueva organización, que, con excepción de un solo año, siguió presidiendo por el resto de su vida.

Gompers llevó el sindicalismo por carriles conservadores. " Limitó la pertenencia a la Federación a los trabajadores cualificados, que no estaban en mala situación económica, y trató de impedir las huelgas y de actuar con calma dentro del marco del orden social. A largo plazo su tendencia a eludir la política y la teoría social, y de aferrarse a las cuestiones

prácticas, tratando día a día de mejorar la parte económica del trabajo, tuvo éxito, particularmente porque hizo más respetable a la masa laboral y disipó la histeria que provocaba cada una de sus acciones. Pero a corto plazo, hizo que millones de trabajadores quedasen sin voz y abandonados en la miseria.

Y aunque la situación no era totalmente idílica en los Estados Unidos, los norteamericanos estaban mejor que la gente de cualquier otra parte del mundo. Había muy poca libertad en el mundo en aquel entonces, y hay muy poca ahora, pero por entonces y ahora, en Estados Unidos hay considerablemente más que en el resto del mundo.

Por ello era enteramente justo que la Estatua de la Libertad fuese ubicada en la Isla de Bedloe (hoy llamada Isla de la Libertad), en el puerto de Nueva York, el 28 de octubre de 1886. La estatua fue un obsequio del pueblo francés, que, desde la caída de Napoleón III, vivía bajo un gobierno republicano. Fue construida por el escultor francés Frédéric Auguste Bartholdi.

Más aún, Estados Unidos siguió adquiriendo cada vez más el aspecto de gigante tecnológico que llegaría a ser. En 1882, Edison abrió su primera planta de luz eléctrica en la ciudad de Nueva York. El primero de los grandes puentes colgantes, el puente de Brooklyn, fue inaugurado el 24 de mayo de 1883. En 1884 se inició el primer servicio telefónico a larga distancia, entre Nueva York y Boston, y el mismo año se construyó en Chicago el primer rascacielos, un edificio construido alrededor de un armazón de acero. Tenía diez pisos.

La Northern Pacific terminó una segunda línea transcontinental el 8 de septiembre de 1883, y en la década siguiente otros tres ferrocarriles unirían las dos costas. Una realización más sinuosa fue la invención de la ametralladora automática en 1883, por Hiram Stevens Maxim (nacido en Brockway's Mili, Maine, el 5 de febrero de 1840). En años posteriores, Maxim se trasladó a Inglaterra, donde se convirtió en súbdito británico y fue hecho caballero.

Blaine halla su oportunidad

En general, Chester Arthur fue el tipo de presidente que temían los reformistas que habría de ser. Hombre alto y de impresionante aspecto, viudo (su esposa murió de neumonía en 1880), Arthur llevó clase y cultura a la Casa Blanca. Aunque había sido leal a Conkling y lo había apoyado vigorosamente en la última lucha del senador contra Garfield, el asesinato de éste cambió todo.

Gracias a la altanera exclamación de Guiteau, los incondicionales fueron temporalmente barridos como fuerza política, y Arthur no se atrevió a asociarse con ellos. Rompió relaciones con sus anteriores amigos, prometió evitar el faccionalismo y mantuvo su promesa. Fue un presidente bueno y capaz, para sorpresa de todos, y para disgusto de los políticos republicanos.

Eso significaba que no podía ser elegido candidato nuevamente. Aunque Arthur, a diferencia de Hayes, estaba deseoso de presentarse nuevamente en las elecciones, de hecho era un hombre enfermo (lo cual mantuvo en secreto) y no le quedaba mucho de vida. Murió en la ciudad de Nueva York el 18 de noviembre de 1886.

Antes, un símbolo más importante de la Guerra Civil y de los malos días que siguieron desapareció de la escena. Ulysses Grant, el gran general e incapaz presidente, llevó una vida difícil en el retiro. La nación no se preocupaba de los que habían ocupado la presidencia en aquellos días y, en 1884, ingenuo hasta el fin, fue despojado de sus ahorros por promotores sin escrúpulos. Sufrió de un cáncer de garganta y, temiendo dejar a su familia en la indigencia, empezó a escribir sus memorias con el estímulo de Mark Twain, quien planeaba publicarlas. Tenazmente, con una resolución que era un retorno al general, no al presidente, Grant se aferró a la vida hasta que completó la última palabra de la que resultaría ser una obra excelente. Murió casi inmediatamente después de su terminación, el

23 de julio de 1885, fue enterrado en la que ahora es llamada la Tumba de Grant, en Manhattan superior, y fue llorado por millones. Sus memorias fueron un enorme éxito financiero y su familia estuvo segura.

El 3 de junio de 1884 la Convención Nacional Republicana se reunió en Chicago. Descartado Arthur, los políticos hicieron finalmente lo que habían querido hacer en 1876 y 1880. Eligieron candidato a James G. Blaine en la cuarta votación y se regocijaron ante la esperanza de que podían volver los felices días de Grant.

Para vicepresidente eligieron a uno de los perdedores en las votaciones para la candidatura presidencial, el elocuente senador John Alexander Logan, de Illinois (nacido en Jackson County, Illinois, el 9 de febrero de 1826). Fue otro general de la Unión en la Guerra Civil y uno de los que más bogaron por hacer enjuiciar y condenar a Andrew Johnson.

Blaine tropezaba con una dificultad. Alguien podía pensar que las cartas de Mulligan eran cosa del pasado, pero los demócratas las llevaron a colación. Peor aún, se descubrió y publicó una nueva carta que era totalmente acusadora y lo peor de todo era que al final ponía: «P. D. Queme esta carta».

Desgraciadamente para Blaine, no fue quemada, y en los mítines demócratas se oía (con cierta justicia) el canto:

¡Blaine! ¡Blaine! ¡James G. Blaine! ¡Ruin mentiroso del Estado de Maine! P. D. Queme esta carta.

Los republicanos de mentalidad reformista estaban horrorizados por esta candidatura de un político muy probablemente corrupto. Condujo la rebelión de los «independientes» el reformador germano-americano Cari Schurz (nacido cerca de Colonia, Alemania, el 2 de marzo de 1829). Había sido un general de la Unión en la Guerra Civil, senador por Missouri de 1869 a 1875, y secretario del Interior bajo Hayes, que ejercía gran influencia a favor de la reforma y contra la corrupción dentro del Partido Republicano. Había abandonado las organizaciones republicanas en 1872 porque no podía soportar a Grant por un segundo mandato, y ahora las abandonó nuevamente porque no podía soportar a Blaine. El y otros que lo siguieron apoyaron al candidato demócrata.

Los republicanos corrientes, fingiendo tomar a los independientes como un grupo de individuos elitistas que se sentían superiores a los demás, los llamaron despectivamente mugwumps, de una palabra india que significa «jefe». El nombre fue aceptado y ha sido usado desde entonces para designar a los independientes de quienes no se puede confiar en que voten ciegamente la línea partidaria.

El 8 de julio de 1884 se reunió en Chicago la Convención Nacional Demócrata. Ya tenían la promesa de los independientes de apoyar a un candidato demócrata si era, claramente, un reformador, y había tal candidato.

El gobernador de Nueva York era Stephen Grover Cleveland (nacido en Caldwell, Nueva Jersey, el 18 de marzo de 1837). Cleveland había sido un alcalde reformador de Buffalo, y se le había elegido gobernador sobre esta base («un cargo público es un deber público», decía, y esta frase era citada con frecuencia).

Como gobernador, su honestidad financiera había sido intachable, y era suficientemente bueno para los independientes. Cleveland triunfó en la segunda votación. Se opusieron enconadamente a él los políticos que dirigían Tammany Hall y otros organismos políticos de grandes ciudades, pero esto redundó en beneficio de Cleveland. Uno de los delegados que eligió a Cleveland dijo: «Lo quieren más que nada por los enemigos que se ha hecho».

Para vicepresidente, los demócratas eligieron candidato a Hendricks, quien, en 1876, ya había sido elegido candidato para el mismo cargo bajo Tilden.

La campaña fue muy sucia, en verdad. Cleveland, aunque era un modelo de rectitud pública y financiera, era autocomplaciente en su vida privada. Entre la buena comida y la buena cerveza, había engordado mucho (120 kilos) y, aunque era soltero, le gustaba la

compañía femenina. Habría sido ridículo esperar otra cosa, pero resultó, como consecuencia de uno de tales deslices, que tuvo un hijo ilegítimo al que mantenía. Cuando la historia surgió durante la campaña, sus seguidores le preguntaron qué hacer. «¡Decid la verdad!», respondió, y no se hizo ningún intento de negar los hechos.

El resultado fue la canción republicana burlona:

Ma, Ma, where's my Pa?

Gone to the White House, ha, ha, ha!*

* «Mamá, mamá, ¿dónde está papá? Fue a la Casa Blanca, ¡ja, ja, ja!»

Por el Partido Obrero del Papiro se presentó Benjamín Franklin Butler (véase Los Estados Unidos desde 1816 hasta la Guerra Civil). Conocido como uno de los más incompetentes comandantes de la Guerra Civil, y como un individuo poco fiable y voluble en política, aparentemente sentía cierta simpatía por los trabajadores y los inmigrantes. Sin embargo, como candidato a presidente, aceptó contribuciones secretas a su campaña por parte del Partido Republicano, que de este modo esperaba restar votos a Cleveland.

Fue una carrera pareja. Por cada uno que sentía repugnancia por la incapacidad de Blaine de mantener sus manos fuera del dinero público, había otro que sentía rechazo por el hijo ilegítimo de Cleveland.

Era claro que Nueva York podía ser el Estado decisivo, que cualquier candidato que ganase en Nueva York ganaría las elecciones, y la carrera en este Estado parecía casi un empate.

Blaine se esforzó duramente por conseguir el voto irlandés, que era importante en la ciudad de Nueva York, pronunciando una serie de discursos en los que atacó a Inglaterra. (Esto recibía el nombre de «retorcer la cola del león» y a ello se dedicaron los políticos estadounidenses hasta el decenio de 1930. Fue una práctica que a menudo benefició mucho a los políticos y nunca hizo ningún daño a Gran Bretaña, hasta donde puede saberse.)

Luego, el 29 de octubre de 1884, en la última semana de la campaña, cuando Blaine estaba en Nueva York, un grupo de varios centenares de clérigos protestantes lo visitó. A la cabeza de ellos estaba un pastor presbiteriano, Samuel Dic-kinson Burchard (nacido en Steuben, Nueva York, el 6 de septiembre de 1812). Era un ardiente prohibicionista e improvisó un breve discurso en el que atacó a los traidores independientes, diciendo: «Somos republicanos y no nos proponemos abandonar nuestro partido para identificarnos con el partido cuyos antecedentes han sido Ron, Romanis-mo y Rebelión».

Lo del Ron y la Rebelión estaba bien, pero en su búsqueda de la tercera R Burchard se dejó arrastrar demasiado lejos por su celo protestante. Los irlandeses eran fieles católicos romanos, y cuando los demócratas de Nueva York difundieron con regocijo el contenido del discurso por todos los rincones de Nueva York, se pasaron suficientes votantes irlandeses de los republicanos a los demócratas como para volcar el Estado de Nueva York a favor de Cleveland, el 4 de noviembre, por 1.047 votos. (Otro factor, quizá, fue que el presidente Arthur, un neoyorquino que no simpatizaba con Blaine y se sentía fastidiado por el desaire del partido, no hizo campaña. Si lo hubiese hecho, habría arrastrado bastantes votos.)

La votación en las elecciones de 1884 fue la inversa de las de 1880. Esta vez fueron los demócratas los que ganaron por un estrecho margen popular, 4.880.000 a 4.850.000. Los votos demócratas no constituían una verdadera mayoría, porque Butler había obtenido 175.000 votos y otro candidato prohibicionista 150.000. Pero la votación en el colegio electoral fue de 219 votos para Cleveland por 182 para Blaine, donde la diferencia se debió a Nueva York.

El presidente demócrata

Desde la elección de Lincoln en 1860, los republicanos habían ganado seis elecciones presidenciales consecutivas. Pero perdieron la séptima; ahora Cleveland se instaló en la Casa Blanca como el primer presidente demócrata elegido en veintiocho años, el primer presidente demócrata desde la Guerra Civil.

Fue investido como vigesimosegundo presidente de los Estados Unidos el 4 de marzo de 1885. Con él se eligió el Cuadra-gesimonoveno Congreso, en el cual, pese a la victoria demócrata, los republicanos ganaron fuerza en ambas Cámaras. Los demócratas todavía dominaban la Cámara de Representantes por 183 a 140, pero los republicanos obtuvieron mayoría en el Senado, por 43 a 34.

Pero el nuevo vicepresidente, Hendricks, no sobrevivió mucho a la investidura. Murió el 25 de noviembre de 1885.

Cleveland fue el segundo soltero que entró en la Casa Blanca, pues el primero había sido James Buchanan en 1856. Pero a diferencia de Buchanan, Cleveland no siguió siendo soltero.

En 1875, el asociado jurídico de Cleveland, Osear Folsom había muerto en un accidente de tráfico, dejando una hija de once años, Francés. Cleveland asumió la responsabilidad de la niña, y, cuando se convirtió en presidente, ella era una estudiante universitaria, alta, atractiva y de sólo la mitad del peso de su tutor. Para entonces Cleveland se sentía más que un tutor de ella y, pese a la diferencia de edades (él tenía cuarenta y ocho años y ella veintiuno), se casaron el 2 de junio de 1886.

Cleveland no fue el primer presidente en el cargo que se casó. En 1844, el presidente John Tyler se había casado por segunda vez, después de la muerte de su primera esposa, y con una diferencia de edad aún mayor (de cincuenta y cuatro a veinticuatro). Pero Tyler se había casado en la ciudad de Nueva York, mientras que la boda de Cleveland se realizó en la misma Casa Blanca, mientras repicaban los campanarios de todas las iglesias de Washington.

Francés Cleveland era una encantadora y popular primera dama y dio a su esposo cinco hijos legítimos. Había rumores muy difundidos de que el presidente golpeaba a su mujer, pero son muy elevadas las probabilidades de que sólo se tratase de calumnias maliciosas y escandalosas.

Como presidente, el sentido de rígida honestidad de Cleveland consistió en hacer todo lo posible para mantener bajo el nivel de gastos y desligar al gobierno de empresas privadas. Pero su celo reformista no iba más allá de eso. No tenía ninguna sensibilidad para la dura situación de los hambrientos y necesitados.

Por ejemplo, hubo una sequía en Texas, y el Congreso aprobó un proyecto de ley que permitía el gasto de 10.000 dólares en simientes para su distribución entre los granjeros perjudicados por la sequía. Cleveland lo vetó alegando que esto induciría malos hábitos en la gente, que empezaría a esperar la ayuda del gobierno en todo problema y, así, debilitaría su sentimiento de autoconfianza. (Quizá fuese así, pero este tipo de piedad de corazón duro habría sido mejor recibido si hubiese provenido de alguien que hubiese experimentado recientemente el hambre en carne propia, y no de un hombre corpulento que aumentaba de peso constantemente mientras permanecía en la Casa Blanca.)

Además, frecuentemente los ricos y poderosos eran beneficiados por la acción gubernamental sin que nadie se preocupase por su sufriente autoconfianza. Los ferrocarriles, en particular, tenían mucho éxito. Eran absolutamente vitales para la nación, pues en aquellos días no había ningún modo alternativo de transportar artículos, y esto les daba una facultad casi dictatorial de cobrar las tarifas que quisieran, favoreciendo a un grupo en vez de otro, según les conviniese. Habían obtenido enormes cantidades de tierras públicas mediante la connivencia de un gobierno indulgente, y prácticamente chantajeaban a toda la nación. Tampoco los Estados podían remediar esta situación, pues los

ferrocarriles importantes eran interestatales y, por consiguiente, estaban fuera de su control.

Según la sabiduría convencional de la época, el gobierno federal era meramente un árbitro y no debía tomar partido por ningún bando, pero esta neutralidad, en cualquier querrela entre los poderosos y los impotentes, equivalía a tomar el partido de los poderosos.

Empezó a hacerse sentir una marea creciente de descontento público entre los granjeros del Sur y el Oeste contra las tarifas discriminatorias de los ferrocarriles. Hasta había intereses empresariales en el Norte y el Este que se sentían estafados y se unieron al clamor popular. Algo había que hacer; el gobierno no podía permanecer imparcial.

El 4 de febrero de 1887 se aprobó el Decreto sobre el Comercio Interestatal. El decreto ordenaba a los ferrocarriles dedicados al comercio interestatal establecer tarifas razonables que no favoreciesen injustamente a ciertos grupos, que se hiciesen públicas esas tarifas y que no se las cambiase sin aviso. Fueron prohibidos una serie de otros abusos y prácticas injustas.

El decreto también creaba la Comisión para el Comercio Interestatal, la primera comisión reguladora en la historia de Estados Unidos. Tenía poder para investigar la administración de los ferrocarriles, examinar sus libros de contabilidad y sus documentos, de pedir la declaración de testigos, etcétera.

Las compañías ferroviarias eran suficientemente astutas como para hallar toda clase de modos de eludir la ley, y suficientemente ricas como para sobornar a funcionarios. El mismo gobierno no era un entusiasta partidario de emprender acciones que fastidiasen a los acomodados, y el Tribunal Supremo impuso firmemente una interpretación estrecha de la ley.

Pero aunque el Decreto sobre el Comercio Interestatal no lograra su fin inmediato, eliminó algunos abusos. Más importante aún es que estableció el principio de que el gobierno federal no era un testigo impasible de los sucesos, dedicado a vigilar para que los pobres padeciesen su miseria tan alegre y calmamente como los ricos disfrutaban de su riqueza. Suprimió el principio de que el gobierno debe poner su influencia del lado de los poderosos, a fin de que hubiese una justicia más ecuánime para el pueblo norteamericano. Más aún, fue también el comienzo de la idea de que los problemas económicos se habían vuelto demasiado complejos, hasta el punto de que no podían ser resueltos por acciones privadas o siquiera por los gobiernos locales, sino sólo por el gobierno federal.

La negativa de Cleveland a gastar dinero hizo que hubiese un continuo y creciente excedente en el Tesoro, la mayor parte del cual provenía de aranceles. (Eran los días anteriores a un verdadero impuesto sobre la renta.) Tener cantidades de dinero en el Tesoro suena bien, pero también tiene sus aspectos malos. El dinero retirado de la circulación reduce la capacidad de préstamo y de inversión por parte del público en general y, por ende, limita la prosperidad.

Cleveland no iba a renunciar al excedente gastándolo en proyectos indignos, como proporcionar simientes a granjeros muy necesitados, pero en cambio instó a reducir el arancel. Esto disgustó a los hombres de negocios para quienes era más difícil competir con productos importados y que, de ese modo, perderían parte de sus beneficios.

Cleveland también disgustó a los políticos demócratas negándose a barrer a todos los funcionarios republicanos que se habían acumulado en las décadas de la dominación republicana de la presidencia.

En general, Cleveland ganó gran prestigio por su integridad, pero ésta era de una variedad mezquina, tacaña, que no hacía nada para conquistar corazones. En las elecciones para el Congreso de 1886, los demócratas no lograron la mayoría en el Senado y perdieron parte de su ventaja en la Cámara de Representantes.

Sin embargo, cuando la Convención Nacional Demócrata se reunió en Saint Louis, Missouri, el 5 de junio de 1888, no hubo modo de que el primer presidente demócrata desde la Guerra Civil no fuese reelegido candidato. Cleveland fue reelegido por aclamación, pero, en cierto modo, sin un entusiasmo verdadero. Como candidato a vicepresidente fue elegido el senador Alien Granberry Thurman, de Ohio (nacido en Lynchburg, Virginia, el 13 de noviembre de 1813).

El 19 de junio la Convención Nacional Republicana se reunió en Chicago. Necesitaron ocho votaciones para ponerse de acuerdo en la elección de Benjamín Harrison (nacido en North Bend, Ohio, el 20 de agosto de 1833). Harrison era nieto de William Henry Harrison que había sido el noveno presidente de los Estados Unidos, durante su último mes de vida, y bisnieto de Benjamin Harrison, que había sido uno de los firmantes, por Virginia, de la Declaración de Independencia. Harrison había combatido bien en la Guerra Civil y fue ascendido a general de brigada al final de la guerra. Acababa de cumplir un mandato como senador por Ohio.

El principal competidor de Harrison para la candidatura había sido el banquero neoyorquino Levi Parsons Morton (nacido en Shoreham, Vermont, el 16 de mayo de 1824). Habiendo fracasado, fue consolado con la candidatura para vicepresidente.

La campaña fue vigorosa, y mostraba todos los signos de ser tan reñida como las de 1880 y 1884. Cleveland tenía la ventaja de ser presidente en ejercicio pero también había factores que actuaban en contra de él. Su negativa a gastar dinero desengañó a muchos que estaban dispuestos a recibir una limosna. En particular, Cleveland se opuso a todo proyecto de ley para dar pensiones a veteranos de la Guerra Civil, y había muchísimos veteranos que quedaron contrariados por esto. Harrison prometió a esos veteranos las pensiones.

Además, mientras Cleveland abogó por un arancel bajo, Harrison prometió un arancel elevado, y éste era el tema clave de la campaña.

Quizá lo que más perjudicó a Cleveland fue algo con lo que él nada tenía que ver, algo que fue el insensato error de otro.

Un ciudadano de California, George Osgoodby, que era republicano, envió una carta al embajador británico en Estados Unidos, sir Lionel Sackville-West. Osgoodby, pretendiendo ser un ciudadano de Estados Unidos nacido en Inglaterra, dijo que votaría por Cleveland si esto redundase en el interés de Gran Bretaña, y le pedía consejo.

Sackville-West no tenía derecho a responder a tal pregunta, pues eso era una interferencia en los asuntos internos de la nación ante la cual estaba acreditado. Pero, en un raptó de idiotez, Sackville-West respondió y aconsejó a Osgoodby votar por Cleveland. Osgoodby transmitió la respuesta a la Comisión Nacional Republicana y fue publicada inmediatamente antes de las elecciones.

Fue un golpe terrible para Cleveland, pues amenazaba con enajenarle el voto irlandés. Cleveland rápidamente exigió el retiro de Sackville-West, pero el daño estaba hecho. Tampoco podía quejarse por ello, pues él se había beneficiado del tonto juego similar de Burchard, en el campo republicano, en 1884. Pero después de todo esto, el hecho de que Cleveland ocupase ya el cargo y su reputación de prudencia fiscal pudieron más que la carta de Sackville, y terminó con una mayoría superior a la que había tenido en 1884. En las elecciones de 1888, Cleveland recibió 5.500.000 votos por 5.410.000 para Harrison, una mayoría de 90.000 votos, mientras cuatro años antes sólo había reunido 30.000 votos más.

Pero esa mayoría de votos no contaba. Eran los votos electorales los que decidían las elecciones. Los votos de Cleveland estaban demasiado concentrados en el Sur. Ganó en algunos Estados con votos más que suficientes y perdió en otros por estrecho margen, obteniendo la mayoría pero perdiendo los Estados. En particular, la carta de Sackville le hizo perder Nueva York, que el discurso de Burchard le había hecho ganar en 1884.

Harrison recibió 233 votos electorales y Cleveland 168, por lo que fue elegido Harrison. Fue la primera vez en cuarenta y ocho años que un presidente en ejercicio era derrotado para la reelección. (El caso anterior había sido Martin van Burén en 1840.)

Por segunda vez en doce años los demócratas obtuvieron más votos que la oposición, pero perdieron la presidencia. Esta vez, al menos, la votación fue razonablemente honesta, y el resultado se debió al funcionamiento del colegio electoral, que no considera solamente la totalidad de los votos, sino también la aceptabilidad general. (Debemos decir algo al respecto, y es que el abrumador apoyo en unos pocos Estados no necesariamente tiene más peso que la falta de interés en muchos Estados.)

Por tercera vez consecutiva ningún candidato importante obtuvo más del 50 por 100 de los votos, a causa de la presencia de partidos minoritarios. En 1888, el Partido Prohibicionista reunió 250.000 votos, y el Partido del Trabajo de la Unión (un intento de unir a granjeros y obreros que trataban de alcanzar sus objetivos comunes) recibió 150.000 votos.

Benjamín Harrison.

El 4 de marzo de 1889 Benjamín Harrison fue investido como vigesimotercer presidente de Estados Unidos.

Su rostro nos recuerda el papel desempeñado por la moda en lo que respecta al vello facial. La humanidad siempre ha oscilado entre mucho y muy poco vello en la cara y, por la época del nacimiento de los Estados Unidos, se usaba llevar el rostro bien afeitado, aunque John Quincy Adams y Martin van Burén, el sexto y el octavo presidente, usaban grandes patillas.

Lincoln, el decimosexto presidente, se afeitaba cuando fue elegido, pero inmediatamente después se dejó la barba (aunque no el bigote), y en la Guerra Civil se vio un gran florecimiento de las barbas que continuó durante varias décadas después.

Andrew Johnson era suficientemente anticuado como para afeitarse el rostro, pero Grant fue el primer presidente que llevó grandes bigotes y barba. Hayes y Garfield, que le siguieron, también se dejaron crecer con abundancia el vello por encima de los labios y en las mejillas y el mentón. Arthur sólo usaba bigote y patillas, pero Benjamín Harrison usó nuevamente la barba. Fue el último presidente con barba, de modo que hubo cuatro en total.

La primera consecuencia de la elección de Harrison fue la entrada de un grupo de nuevos Estados en la Unión. La población del Oeste estaba aumentando rápidamente gracias a los ferrocarriles, y los diversos territorios del Noroeste tenían cada uno una población superior a la de Nevada, que tenía el rango de Estado desde hacía treinta años. Sin embargo, desde la entrada de Colorado en 1876, no se habían incorporado nuevos Estados a la Unión. Entre otras razones, porque los territorios eran todos republicanos, y los demócratas se resistían a permitirles entrar.

Benjamín Harrison había sido presidente de la Comisión para los Territorios mientras estuvo en el Senado y había pedido la formación de nuevos Estados. No tuvo éxito mientras Cleveland estuvo en la Casa Blanca, pero cuando él mismo se instaló en ella, la situación cambió particularmente porque el Quincuagesimoprimer Congreso era republicano como él, con una mayoría de 39 a 37 en el Senado y de 166 a 159 en la Cámara de Representantes.

El 2 de noviembre de 1889 Dakota del Norte y Dakota del Sur entraron en la Unión. Había sido un solo territorio, pero, al dividirlo en dos hubo cuatro nuevos senadores republicanos en lugar de sólo dos. Los dos proyectos de ley fueron firmados sin mencionar cuál de ellos era el primero, de modo que ninguno de los Estados podía pretender poseer mayor

antigüedad que el otro. Cualquiera que fuese el orden, las Da-kotas se convirtieron en los Estados trigésimonoveno y cuadragésimo de la Unión.

El 8 de noviembre de 1889 Montana se convirtió en el Estado cuadragésimoprimer, y el 11 de noviembre Washington en el cuadragésimosegundo. Poco más de medio año más tarde se incorporaron otros dos Estados: Idaho el 3 de julio de 1890, que se convirtió en el cuadragésimotercer Estado, y Wyoming el 10 de julio, que fue el cuadragésimocuarto Estado.

En menos de nueve meses, seis nuevos Estados se habían incorporado a la Unión y casi toda la región continental estaba dividida. Sólo había cabida para unos pocos Estados adicionales, todos en el Sudoeste.

La nueva Cámara de Representantes, bajo control republicano por escaso margen, tenía como presidente a Thomas Brackett Reed, de Maine (nacido en Portland, Maine, el 18 de octubre de 1839). Puesto que el margen republicano era pequeño, los demócratas podían usar todo género de tácticas dilatorias, por ejemplo, negándose a votar, de modo que no hubiera quorum (el número mínimo de legisladores que debían estar presentes para el funcionamiento oficial). Por ello, Reed interpretó las reglas de forma estricta e introdujo innovaciones, como la de considerar presentes a los representantes que no votaban si físicamente estaban presentes. Fue llamado el «Zar Reed», e hizo que la presidencia de la Cámara adquiriese mucha importancia. Los demócratas le atacaron, pero cuando la dominación de la Cámara pasó a los demócratas, el nuevo presidente conservó el poder que Reed había establecido.

Bajo la guía de Reed, el Quincuagesimoprimer Congreso aprobó varias leyes controvertidas.

Una de ellas abordó la cuestión de los llamados trusts. Eran asociaciones de corporaciones que comerciaban con algún producto particular. Tales asociaciones eran económicamente tan poderosas y dominaban el mercado de manera tan completa que podían eliminar todo intento de competencia. Si un grupo de corporaciones tenía en sus manos el 90 por 100 de la producción de hierro, por ejemplo, formaban un trust del hierro que podía bajar el precio de éste y sufrir una pérdida temporal, hasta que aplastaban a grupos más pequeños ajenos al trust, grupos que carecían de las grandes reservas del gigante. Luego el trust podía elevar los precios al nivel que deseara, y los consumidores tenían que pagarlos, pues no podían obtener el producto en otra parte.

La economía norteamericana siempre ha rendido un homenaje verbal a la «libre empresa» y la «competencia sana», y era claro que los trusts iban contra estos principios y creaban monopolios. No eran menos poderosos y destructores de los derechos del pueblo por el hecho de que fuesen controlados por individuos que si hubiesen estado controlados por el gobierno. De hecho, la relación entre los poderosos hombres de negocios de los trusts y los políticos poderosos del gobierno a menudo era tan estrecha que resultaba difícil ver dónde estaba la línea divisoria.

Tampoco los gobiernos locales, ni siquiera en el nivel del Estado, podían hacer nada con respecto a los trusts, pues éstos tenían invariablemente ramificaciones interestatales. Si un Estado se mostraba hostil, el trust podía establecerse en otro Estado que fuese más complaciente.

Por ello, tenía que haber una mayor acción federal, y el creciente clamor popular hizo que la hubiese.

Una ley contra los trusts fue aprobada el 2 de julio de 1890, ley por la cual era ilegal que las organizaciones se asociasen de tal modo que ejercieran una desproporcionada restricción del comercio (impidiendo a otros llevar su negocio), creasen monopolios o trataran de crearlos. El decreto recibió su nombre del senador John Sherman, quien había

luchado duramente por la candidatura republicana en 1880 y lo había presentado al Congreso. Por ello se lo llamó el «Decreto Antitrust Sherman».

El Decreto Antitrust Sherman sonaba bien pero era vacío. En primer lugar estaba escrito en términos tan vagos que mucho dependía de su interpretación. ¿Qué era una «desproporcionada» restricción del comercio? ¿Exactamente en qué punto una asociación se convertía en monopolio? Y también, ¿era un sindicato un tipo de organización que ejercía una desproporcionada restricción del comercio? Uno de los redactores del decreto, el senador George Franklin Edmunds, de Vermont (nacido en Richmond, Vermont, el 1 de febrero de 1828), estaba convencido de que los sindicatos constituían el verdadero peligro, de modo que trabajó en el decreto con esta idea en la mente.

De hecho, la primera vez que se aplicó el Decreto Antitrust Sherman se lo dirigió contra un sindicato y, a medida que pasó el tiempo, demostró ser casi inútil como medio de combatir el poder económico de los trusts y de otras asociaciones industriales. Sin embargo, junto con el Decreto sobre Comercio Interestatal aprobado tres años antes, representó la colocación del dedo del pie federal en el océano regulador. Con el transcurso del tiempo (demasiado tiempo para los que sufrían, por supuesto) se fortaleció el papel del gobierno contra la tiranía económica.

En 1890 se produjo una depresión, que afectó particularmente a los propietarios de minas del Oeste y a los granjeros de todas partes. El precio de la plata caía, y las deudas de los granjeros aumentaban. Lo que se necesitaba, en opinión de quienes padecían, era dinero más barato con el que pagar las deudas. Si el gobierno compraba toda la plata que se producía a un precio provechoso para los propietarios de minas y luego la usaba para acuñar monedas que, al aumentar el dinero en circulación, se produciría un abaratamiento de éste, entonces todo andaría bien. Los precios, particularmente los de productos agrícolas, subirían también, y el efecto neto sería que la riqueza tendería a pasar, al menos en cierta medida, del acreedor al deudor. Las víctimas de la crisis pensaban que los acreedores sólo cederían parte de lo que les sobraba, mientras que los deudores ganarían lo que necesitaban desesperadamente.

El 4 de julio de 1890 el Decreto Sherman de Compra de Plata, con este objetivo, reemplazó al Decreto Bland-Allison de doce años antes y amplió aún más los requisitos para la compra por el gobierno. (Grover Cleveland, ahora retirado como ex presidente, objetó públicamente esta política por considerarla peligrosamente inflacionaria, y abogó por una estricta adhesión al patrón oro, lo cual significaba dinero caro, negocios prósperos y ninguna piedad por los que contraían deudas.)

Otra acción inflacionaria fue la política de Harrison de aumentar la cantidad de las pensiones pagadas a veteranos de la Guerra Civil y sus dependientes, de acuerdo con sus promesas durante la campaña electoral. Durante los cuatro años de su gobierno, el número de los que recibían pensiones se elevó de 670.000 a 970.000, y el desembolso anual de 80 millones de dólares a 135 millones.

Evidentemente, si el gobierno distribuía pensiones y compraba plata, el superávit del Tesoro que había dejado Cleveland pronto se agotaría. Esto era bueno en opinión de los que deseaban más moneda en circulación, pero malo para los grupos más conservadores.

El único modo de restablecer el superávit era aumentar la tasa de afluencia de dinero al Tesoro y, en los días anteriores a los impuestos sobre la renta, eso significaba un incremento de los aranceles. Aumentando de esta manera el precio de los artículos importados, se facilitaría la venta de los productos manufacturados norteamericanos, y esto también complacía a los hombres de negocios.

Los aranceles habían sido elevados al comienzo de la Guerra Civil, y subieron aún más a medida que se desarrollaba la guerra, a causa de la desesperada necesidad de ingresos que por aquel entonces tenía el gobierno. En 1864, el nivel medio de los derechos de

importación llegaba al 47 por 100 del valor básico de los artículos importados. Después de la Guerra Civil se hicieron intentos para reducir los impuestos al nivel que tenían antes de la guerra, pero quienes se beneficiaban con los aranceles altos y tenían influencia en los concejos del Partido Republicano se resistieron. Los aranceles bajaron después de la guerra, pero lentamente y al azar.

Ahora, bajo Harrison, que había prometido aranceles altos, éstos tenían que ser aumentados. Un proyecto de ley a tal efecto fue presentado por el miembro del Congreso William McKinley, de Ohio (nacido en Niles, Ohio, el 29 de enero de 1843). Había prestado servicio en la Guerra Civil y alcanzado el rango de comandante al final de la contienda. Era uno de los más elocuentes defensores de aranceles altos en el Congreso y como resultado de sus esfuerzos, el proyecto finalmente se convirtió en ley, el 1 de octubre de 1890, con el nombre de Decreto McKinley sobre Aranceles.

El Arancel McKinley fue el más elevado que se había establecido hasta entonces en los Estados Unidos, con un promedio del 49 por 100. Se incluían algunos productos agrícolas que beneficiaban a los granjeros al obstaculizar la competencia extranjera, pero en su mayor parte los beneficiarios fueron los hombres de negocios. Se incluía también una cláusula de reciprocidad por la cual los aranceles sobre productos importados de determinado país podían ser reducidos si ese país disminuía los aranceles sobre artículos importados de Estados Unidos.

El Decreto McKinley sobre Aranceles fue promulgado en una época particularmente mala para el Oeste. Derrotados los indios sioux y diezmadas las manadas de bisontes, los granjeros y criadores de ganado habían afluido en grandes cantidades al Oeste, estimulados por la expansión de los ferrocarriles. Durante diez años, el tiempo fue bueno y una especie de euforia se apoderó de la región. Las manadas de ganado y las granjas se multiplicaron, el precio de la tierra subió a los cielos y todo el mundo especuló con tierras, comprando principalmente para vender con una ganancia.

Pero llegarían años malos. A comienzos de 1887, las ventiscas destruyeron el ganado por millones, y en el verano siguiente se produjo una dura sequía que inició un ciclo de diez años de lluvias deficientes. Los granjeros y ganaderos que sobrevivieron contrajeron deudas, y el Arancel McKinley elevó los precios de casi todo lo que necesitaban comprar, sin aumentar el precio de los cereales y la carne, con los que ellos esperaban reunir el dinero para pagar sus deudas y satisfacer sus necesidades habituales.

Industrialmente, la nación en su conjunto aumentó su potencia, sin duda. La población era de 62.622.250 en 1890, justamente el doble que la de Gran Bretaña. En la producción de carbón, Estados Unidos aún iba a la zaga de Gran Bretaña (143 millones y 1.840 millones de toneladas al año, respectivamente), pero en la producción de acero había superado a Gran Bretaña, y producía más de la mitad que toda Europa*.

Pero la creciente riqueza del Noreste no ayudó a los granjeros, ganaderos y mineros en crisis del Oeste, y esto se reflejó en las elecciones para el Congreso efectuadas el 4 de noviembre de 1890, sólo cinco semanas después de que el Arancel McKinley se convirtiese en ley.

Esperando lo peor del Partido Republicano, los votantes se volcaron masivamente contra él, y el resultado fue un triunfo electoral aplastante de los demócratas en la Cámara de Representantes. De los 166 escaños republicanos del Quincuagesimo-moprimero Congreso, sólo 88 quedaron en el Quincuagesimo-segundo, mientras que los demócratas obtuvieron 253.

Para el Senado, en cambio, sólo se eligieron un tercio de los escaños, que fueron votados por las legislaturas estatales, generalmente en manos conservadoras. Por ello siguió siendo republicano y, en verdad, aumentó la diferencia a favor de los republicanos de 2 en 1888 a

8 (47 a 39) en 1890, gracias a los senadores de los nuevos Estados republicanos del Noroeste.

McKinley siguió siendo el héroe de los conservadores y en 1891 fue elegido gobernador de Ohio.

* En 1888 comenzó otra faceta de la vida ordinaria que hoy damos por supuesta. Fue el año en el que George Eastman (nacido en Waterville, Nueva York, el 12 de julio de 1854) construyó las primeras cámaras completas que sacaban fotografías apretando un botón, para su posterior revelado. Puso la fotografía al alcance del público.

Los populistas.

Los granjeros estaban desesperados. Combatían (sin ser plenamente conscientes de ello) contra dos cambios fundamentales que había provocado la tecnología. Primero, la creciente mecanización de la agricultura había aumentado su productividad, de modo que se necesitaban menos granjeros para producir los alimentos que necesitaba la nación; y las granjas más grandes y más eficientemente mecanizadas eran más prósperas que las menores. Segundo, la creciente eficiencia de los transportes hizo que los granjeros de Estados Unidos tuviesen que competir con los granjeros de todo el mundo, y el agricultor norteamericano ya no podía contar con el mercado nacional a cualquier precio.

Pero aun considerando todo esto, la situación empeoró por las mañas de los ferrocarriles, por las elevadas tasas de interés sobre las deudas, por el dinero caro y por la inclinación del gobierno a proteger las acciones provechosas para la industria y el comercio.

A los granjeros, indignados por su crítica situación, los factores que favorecían su empobrecimiento les parecían aún peores de lo que eran. Fue fácil persuadirlos de que había una conspiración contra ellos por parte de las instituciones financieras. «Wall Street» se convirtió en un nombre maldito para buena parte del país, y siguió siéndolo durante décadas.

En 1866, Oliver Hudson Kelley (nacido en Boston, Massachusetts, el 7 de enero de 1826), un empleado del Departamento de Agricultura, mientras inspeccionaba para el gobierno una zona de granjas, quedó muy impresionado por el aislamiento y el desamparo de los granjeros. Concibió la idea de organizados en una asociación que pudiese presentar un frente unido a los legisladores e impusiera algunos reajustes de las leyes en su favor.

El 4 de diciembre de 1866 él y otros seis fundaron La Orden de los Patronos de la Agricultura, conocida popularmente como la «Grange» (palabra que significa «granja» y los edificios que hay en ella, de la misma raíz que la palabra grain ['grano', cereal']).

La Grange comenzó como una organización secreta y se extendió rápidamente por la nación, particularmente en el Sur y Medio Oeste. Sus principales blancos fueron los ferrocarriles y los almacenes, cuyas tarifas consideraban exorbitantes. La Grange logró, en 1875, que varios Estados occidentales aprobasen leyes que regulaban esas tarifas, y el Tribunal Supremo defendió la constitucionalidad de tales leyes.

El movimiento se amplió con un par de Alianzas de Granjeros, una en el Norte y la otra en el Sur. En los Estados sureños, que tenían un acentuado carácter rural, el Partido Demócrata fue prácticamente tomado por la Alianza de Granjeros. En el aplastante triunfo demócrata de las elecciones para el Congreso de 1890, más de 50 congresistas elegidos por la influencia de la Alianza de Granjeros fueron enviados a Washington.

Mas para muchos granjeros eso no era suficiente. Querían un partido totalmente dedicado a sus intereses. Por ello, en 1889 se formó un nuevo partido, apoyado principalmente por granjeros, en varios Estados, partido que absorbió al viejo Partido del Papiro.

El 19 de mayo de 1891 realizó su primera convención nacional en Omaha, Nebraska, con el fin de elegir un candidato a presidente. La plataforma del nuevo partido fue redactada

por Ignatius Donnelly (nacido en Filadelfia, Pensilvania, el 3 de noviembre de 1831). Había sido miembro del Congreso por Minnesota durante la guerra y era republicano. Cuando los republicanos se volvieron conservadores, después de la guerra, Donnelly no los siguió. Se unió al Partido del Papiro y luego a los populistas. (Donnelly es mucho más conocido hoy por los extraños libros que escribió. Fue autor de varios volúmenes en los que pretendía demostrar que la Atlántida había existido realmente: era una isla del Atlántico que había quedado sumergida violentamente y era la cuna de la civilización occidental. Más tarde, en 1888, escribió un libro particularmente elaborado, con el título de El gran criptograma, en el que trataba de demostrar que las obras de Shakespeare en realidad fueron escritas por Francis Bacon. Ambas teorías eran totalmente falsas, pero obtuvieron grandes grupos de defensores, hasta el día de hoy. Donnelly también escribió varias novelas de ciencia ficción, una de las cuales, La columna de César, sobre una futura ciudad de Nueva York, en la que el héroe conduce una revolución contra una aristocracia banquera, fue muy popular en su época.)

La plataforma del Partido Populista escrita por Donnelly debió de parecer a los conservadores tan absurda como sus libros. Dicha plataforma, por ejemplo, proponía un impuesto a la renta graduado, que deducía porcentajes cada vez mayores a medida que la renta subía, como manera de redistribuir el dinero que, de otro modo, se acumulaba en manos de los ricos; proponía la elección directa de los senadores, es decir, por votación popular y no por votación de las legislaturas estatales, como modo de hacer al Senado más sensible a la voluntad pública, y también abogaba por la creación de cajas de ahorros postales, la jornada de ocho horas para los obreros, la votación secreta, un mecanismo para destituir a los funcionarios corruptos e iniciar la acción legislativa por voto popular directo, la propiedad pública de los ferrocarriles, etcétera. Casi todas estas ideas han sido puestas en práctica desde entonces, pero en 1892 parecían de un intolerable radicalismo a la mayoría de la gente respetable.

Los populistas también propugnaron una ilimitada acuñación de plata («plata libre»), como manera de aumentar el dinero en circulación y, así, favorecer a los deudores. Este punto luego absorbió a todos los demás, de modo que la plata libre llegó a parecer una panacea económica, cosa que de hecho no era ni podía ser.

Para presidente, los populistas eligieron candidato a James Baird Weaver (nacido en Dayton, Ohio, el 12 de junio de 1833). Era un veterano de la Guerra Civil que terminó la guerra con el grado de coronel. Como Donnelly, había abandonado el Partido Republicano por el Partido del Papiro, y fue miembro del Congreso por este partido, en representación de Iowa, durante seis años. Fue candidato a presidente por el Partido del Papiro en 1880 y obtuvo 300.000 votos, el máximo que el partido logró en una campaña presidencial. Ahora se presentó de nuevo como populista.

James G. Field, de Virginia, fue elegido candidato a vicepresidente. Había sido un general confederado en la Guerra Civil, pero ahora hacía veintisiete años que había terminado la contienda y las pasiones se habían enfriado.

En el mes anterior, también los republicanos y los demócratas habían efectuado convenciones para elegir candidatos. Los republicanos se reunieron en Minneapolis, Minnesota, el 7 de junio. No había ningún problema con respecto al candidato que elegirían. Harrison era popular entre los republicanos y deseaba continuar en el cargo, de modo que fue reelegido en la primera votación, aunque hubo algunos votos para el veterano Blaine y unos pocos, también, para McKinley.

Pero el vicepresidente Morton no fue reelegido candidato*. La candidatura para la vicepresidencia, en cambio, recayó en Whitelaw Reid, de Nueva York (nacido en Xenia, Ohio, el 27 de octubre de 1837). Era director del New York Tribune, que antaño había dirigido Greeley, y que era el periódico más influyente de Estados Unidos.

La Convención Nacional Demócrata se reunió en Chicago el 21 de junio de 1892, y por tercera vez sucesiva eligió candidato a Grover Cleveland, y también en la primera votación. Pero cada vez que Cleveland se presentaba, lo hacía con un candidato a la vicepresidencia diferente. Esta vez lo hizo con Adlai Ewing Stevenson (nacido en Christian County el 23 de octubre de 1835). Había cumplido dos mandatos en la Cámara de Representantes, en el decenio de 1870, y había sido subsecretario de Correos en el gabinete de Cleveland.

Nuevamente, el arancel fue el problema principal entre los grandes partidos. En 1888, los aranceles habían sido relativamente bajos y los republicanos propusieron un aumento. Ahora, en 1892, eran altos, y los demócratas proponían una reducción.

Mientras tanto, los populistas hacían mucho ruido con sus reformas sociales y, particularmente entre los granjeros del Oeste, recibían atención. El Partido Populista perjudicó a los republicanos, pues obtuvo votos decisivos en el Oeste. El Partido Populista recibió un poco más de un millón de votos el 8,6 por 100 del total, votos y porcentaje mayores que los obtenidos por cualquier tercer partido desde la Guerra Civil. Los populistas triunfaron en cuatro Estados occidentales, con un total de 22 votos electorales, que seguramente habrían sido para los republicanos si los populistas no se hubieran presentado.

Los demócratas, con Cleveland, triunfaron en el Sólido Sur y también en algunos Estados nortños, incluyendo los bloques electorales de Nueva York e Illinois, pues la firme posición de Cleveland a favor del patrón oro y el conservadurismo fiscal atrajo una cantidad de votos de los centros comerciales, votos que, de ordinario, habrían sido para los republicanos.

Como resultado de todo ello, Cleveland ganó cómodamente, con 277 votos electorales por 145 para Harrison. Fue la primera vez (y hasta ahora la única) en la historia de Estados Unidos que dos hombres se disputaron la presidencia en dos elecciones sucesivas, y que la victoria fue obtenida por uno de ellos la primera vez y por el otro la segunda. Fue la primera vez que un candidato desplazó a un presidente en ejercicio que antes lo había desplazado a él como presidente en el cargo.

Los votos populares de Cleveland fueron 100.000 más que los obtenidos en la elección perdida en 1888, pero su porcentaje de votos totales no llegaron, nuevamente, a la mayoría absoluta, a causa de los votos populistas y los votos de más de un cuarto de millón obtenidos por los prohibicionistas.

El 4 de marzo de 1893 Grover Cleveland fue investido como presidente por segunda vez. Fue la primera ocasión en la historia de los Estados Unidos en que una persona ocupó la presidencia por dos mandatos discontinuos; tampoco ha vuelto a ocurrir desde entonces. Cleveland fue el vigesimosegundo presidente en 1885 y luego Harrison se convirtió en el vigesimotercer presidente en 1889. Parecía absurdo retroceder en la numeración, por lo que Cleveland fue considerado en 1893 el vigesimocuarto presidente. Fue el vigesimosegundo y el vigesimocuarto presidente, el único que recibió dos números*.

Cleveland tuvo una cómoda mayoría demócrata en ambas Cámaras del Quincuagesimotercer Congreso, de 44 a 38 en el Senado y de 218 a 127 en la Cámara de Representantes. Además, había dos senadores y once diputados populistas. Cuatro de los Estados occidentales eligieron gobernadores populistas y hubo 354 diputados populistas en las diversas legislaturas estatales.

* Así, el actual ocupante de la Casa Blanca es el trigésimonoveno presidente, aunque sólo es la trigésimoctava persona que ocupó el cargo.

5. El segundo mandato de Cleveland.

Nueva depresión.

Pero la victoria de Cleveland y su reinvestidura fueron las únicas buenas noticias para él. La política republicana de los cuatro años anteriores estaba produciendo sus resultados, y fue Cleveland quien tuvo que hacerles frente. La generosidad republicana con las pensiones hizo desaparecer el superávit del Tesoro, y el Arancel McKinley, del que se suponía que restablecería el superávit, había elevado tanto los impuestos que las importaciones cayeron y la renta total disminuyó.

Cuando el superávit del Tesoro se esfumó, en un tiempo en que la comunidad financiera estaba convencida de que sólo el oro era un resguardo seguro de la riqueza, todo el mundo trató de cambiar lo que tenía por oro. Una importante empresa financiera de Gran Bretaña quebró, y los inversores británicos también se deshicieron de sus valores norteamericanos para obtener oro, a fin de estar seguros.

Ante el ansia de oro de todo el mundo y no habiendo oro suficiente en circulación, ¿qué cabía esperar? El resultado fue el «Pánico de 1893». La Bolsa quebró el 27 de junio de ese año, y a fines de 1893 casi 500 bancos y más de 15.000 empresas de otro tipo se declararon en bancarota.

(Mientras esto ocurría, Cleveland sufrió una tragedia personal. Padecía de un cáncer en la boca y fue menester quitarle gran parte del lado izquierdo de la mandíbula superior y reemplazarla por una estructura artificial de goma dura. Esto fue ocultado al público estadounidense, pues Cleveland pensaba que, si se llegaba a saber, ello sacudiría aún más la confianza pública y aumentaría el pánico. La verdad no se supo hasta 1917, años después de la muerte de Cleveland. En un plano más jubiloso, el segundo hijo legítimo de Cleveland, una niña, nació el 9 de septiembre de 1893; fue el único vástago de un presidente que nació en la Casa Blanca.)

Cleveland, para quien el oro era casi un fetiche como símbolo de la estabilidad financiera, pensaba que el gran villano del pánico era el Decreto Sherman sobre Compra de Plata, aprobado bajo el gobierno de Harrison, que obligaba al gobierno a cambiar oro por plata todos los meses. Razonando que la revocación de esta ley permitiría al Tesoro conservar oro y recuperar el superávit, y que sólo así podía volver la prosperidad, Cleveland convocó al Congreso a una sesión especial.

El Congreso era demócrata, pero muchos de los senadores y diputados demócratas provenían de los Estados rurales y mineros, y querían plata libre. No estaban de parte del presidente en este tema, y Cleveland tuvo que librar una dura batalla para lograr que se revocase el decreto el 1 de noviembre de 1893.

Esto tuvo dos consecuencias. Primero, no restableció la prosperidad, y la economía norteamericana permaneció en la depresión durante todo el segundo mandato de Cleveland. Por ello, no recibió beneficio alguno de su acción. En cambio, los «demócratas de la plata» le echaron la culpa y lo trataron con la hostilidad que hubieran naturalmente volcado sobre un traidor.

Segundo, el Partido Demócrata se dividió justamente cuando acababa de recuperarse del atolladero en que se hallaba desde la Guerra Civil y la Reconstrucción. Fue arrojado a otro atolladero del que no iba a recuperarse durante cuarenta años.

El Partido Demócrata, dividido y en rebelión contra Cleveland, no aprobó el arancel que éste deseaba y en 1894, beneficiándose con la continua depresión, los republicanos recuperaron el control de las dos Cámaras del Quincuagesimocuarto Congreso, por 45 a 39 en el Senado (con 6 populistas) y 244 a 105 en la Cámara de Representantes (con 7 populistas).

Cuando la revocación del Decreto Sherman sobre la Plata no produjo un aumento del superávit en oro del Tesoro, el gobierno tuvo que poner en venta bonos con interés a cambio de oro, aumentando así su reserva de oro a costa de tener que pagar más de lo tomado en préstamo, con la esperanza de que, cuando llegase el momento del pago, la prosperidad hubiese retornado y le hubiese proporcionado cantidad de dinero con el que pagar la deuda.

Pero los bonos no se vendieron y, finalmente, Cleveland tuvo que poner la operación en manos de banqueros privados, en particular de John Pierpont Morgan (nacido en Hartford, Connecticut, el 17 de abril de 1837), quien era por entonces la personificación de la alta finanza para el pueblo estadounidense. Morgan logró vender los bonos y obtener 65 millones de dólares en oro para el Tesoro, pero en la operación se embolsó un beneficio de un millón y medio de dólares para él y otros banqueros. Todo esto convenció a muchos demócratas (que ya no necesitaban que se los convenciese) de que Cleveland se había vendido a Wall Street.

Quienes más sufren en toda depresión son los que pierden sus trabajos y están condenados a robar, mendigar o morir de hambre. En el siglo XIX el gobierno no se sentía responsable por estos desafortunados ciudadanos. Se dejaba el cuidado de ellos a la caridad privada, que es notoria por sus inadecuadas donaciones prácticas y su superadecuada prédica moral. En el invierno de 1893-1894 los parados se unieron en patéticos «ejércitos». Uno de ellos se hizo famoso bajo el lide-razgo de un «general», Jacob Sechler Coxey (nacido en Selinsgrove, Pensilvania, el 16 de abril de 1854). Por la época de la depresión vivía en Massillon, Ohio, donde dirigía una cantera de arenisca. Se le ocurrió reunir un gran grupo de desempleados y marchar a Washington, donde presentarían al Congreso una petición de ayuda. Entonces, el Congreso, esperaba, emitiría 50.000.000 de dólares en papel moneda y crearía obras públicas para los parados. El 1 de mayo de 1894 unas 20.000 personas, llamadas el «Ejército de Coxey», convergieron en Washington desde direcciones diferentes.

Aunque la marcha llenó de terror los corazones de los conservadores, que imaginaban una rebelión masiva de la escoria de la Tierra, fue un fracaso. Sólo unos 600 hombres efectuaron toda la marcha, llegaron a Washington y consiguieron desfilar por la Avenida de Pensilvania. Luego, cuando Coxey trató de pronunciar un discurso desde las escalinatas del Capitolio, fue detenido por infracción y ahí acabó todo*. Coxey vivió todavía más de medio siglo: falleció en Massillon, Ohio, el 18 de mayo de 1951, a los noventa y siete años.

Un arma más seria en manos de los obreros que aún conservaban su trabajo (pero con salarios bajísimos y con la constante amenaza de ser despedidos) era la huelga. En el año 1894, unos 750.000 trabajadores fueron a la huelga y, casi en todos los casos, el gobierno, en nombre de la ley y el orden, intervino para romper las huelgas.

La huelga más seria empezó en Chicago, donde George Pullman había construido un imperio sobre la base de sus vagones-dormitorio. Pullman y los accionistas obtuvieron enormes beneficios del negocio pero los obreros no, y en 1894 Pullman mantuvo los beneficios de sus accionistas reduciendo los salarios de sus obreros. Los alojó en un «pueblo modelo» donde cobraba alquileres, pero los alquileres no disminuyeron. El resultado fue que los salarios reducidos apenas alcanzaban para pagar el alquiler y no quedaba prácticamente nada para cosas tan esenciales como los alimentos. Cuando los trabajadores protestaron, Pullman se negó a discutir la cuestión.

La huelga empezó el 10 de mayo de 1894 y fue apoyada por el Sindicato de los Ferrocarriles Americanos, bajo el liderazgo de Eugene Víctor Debs (nacido en Terre Haute, Indiana, el 5 de noviembre de 1855). Llegaron a participar en la huelga un cuarto de

millón de empleados de veintisiete Estados y territorios, y el transporte por rieles se paralizó en todo el Norte.

Pullman mantuvo su intransigencia y, claramente, era necesario que el gobierno hiciese algo. Cleveland podía haber intervenido como arbitro o podía haber sugerido a las dos partes que discutiesen los problemas, pero esto era inimaginable en aquellos días. Con el pretexto de asegurar la entrega del correo, Cleveland se dispuso a enviar un regimiento del ejército a Chicago, después de que los tribunales federales emitiesen intimaciones contra la huelga, haciendo ilegal su continuación.

El gobernador de Illinois a la sazón era John Peter Altgeld, que había nacido en Alemania en 1847. Había sido llevado a los Estados Unidos cuando tenía un año de edad, por padres que huían de la represión que siguió a la abortada revolución de 1848. Era un hombre honesto que, el 26 de junio de 1893, convencido de que los anarquistas de Haymarket eran inocentes y no habían recibido un juicio imparcial, perdonó a los tres sobrevivientes. Pero la honestidad a menudo no es mercancía de fácil venta en política, y la reacción ante este acto fue tal que era claro que nunca volvería a ser elegido para un cargo público, y no lo fue.

Pero aún era gobernador en el verano de 1894 y protestó ante Cleveland por el uso de tropas del ejército, insistiendo en que las tropas estatales de Illinois eran suficientes para mantener la ley y el orden. Cleveland no lo escuchó, pero siguió» en cambio, el consejo de su ministro de Justicia, Richard Olney (nacido en Oxford, Massachusetts, el 15 de septiembre de 1835), que había sido un abogado de los ferrocarriles y estaba, en la junta directiva de uno de las compañías ferroviarias donde se había desatado la huelga, de modo que era poco imparcial en la materia. Cleveland envió 14.000 soldados a Chicago el 3 de julio de 1894, y más tropas a otros lugares.

La huelga, que hasta entonces había sido razonablemente pacífica, ahora se tornó violenta y, en los días siguientes, murieron treinta y cuatro huelguistas. Pero la huelga estaba rota, el Sindicato Ferroviario despedazado, los obreros fueron enviados de vuelta a su trabajo ganando apenas para la subsistencia y, el 14 de diciembre de 1894, Debs fue enviado a la cárcel

por medio año.

Debs, quien había sido bastante conservador en su comienzo, se pasó al socialismo, que, como fuerza política, había surgido en febrero de 1848, cuando dos alemanes, Karl Marx y Friedrich Engels, publicaron los objetivos de ese movimiento -la propiedad pública y común de los medios de producción y distribución- en El manifiesto comunista.

El socialismo se afirmó en Alemania en el decenio de 1860, y en Francia y Gran Bretaña en el de 1870. En los Estados Unidos era considerado por los capitalistas (los defensores de la propiedad privada de los medios de producción y distribución) como una especie de aberración extranjera, y sólo después de las grandes huelgas del decenio de 1890 adquirió alguna difusión en ese lado del océano.

El socialismo nunca sería muy poderoso en los Estados Unidos, en lo concerniente al número de personas ganadas para sus principios. Pero sus ideas iban siempre a acosar a quienes estaban al frente del gobierno y la economía estadounidense, y, con el tiempo, muchas de ellas serían adoptadas.

Un logro brillante de ese período fue la adición de otro Estado a la Unión. Utah había sido el hogar de los mormones que habían huido allí en 1847, cuando todavía era territorio español, para escapar de la persecución religiosa en Illinois. Estados Unidos se apoderó de la región en 1848, después de la Guerra Mexicana, y en 1850 se constituyó el territorio de Utah (por la tribu india ute).

Desde entonces había reunido los requisitos de población y desarrollo para convertirse en Estado, pero se le negó firmemente ese rango porque la Iglesia mormona permitía la

poligamia (el casamiento de un hombre con más de una mujer), y esto horrorizaba a los estadounidenses en general.

En 1890, después de que se elevaran al rango de Estado territorios mucho menos cualificados para ello que Utah, la Iglesia mormona desaprobó la poligamia, y finalmente empezó a funcionar el mecanismo para convertirlo en Estado. El 4 de enero de 1896 Utah entró en la Unión como el Estado Cuadragésimoquinto.

Y Estados Unidos siguió avanzando tecnológicamente. En abril de 1893, Henry Ford (nacido en Greenfield, Michigan, el 30 de julio de 1863) construyó su primer automóvil. Otros habían construido automóviles antes que él, pero fue Ford quien, en los quince años siguientes, iba a desarrollar el concepto de producción en cadena y masiva. Con esto, los Estados Unidos, y luego el mundo, entrarían en la era del automóvil.

En una escala menor, la primera vez que se usó una silla eléctrica para efectuar una ejecución fue en Auburn, Nueva York, el 6 de agosto de 1890. La tecnología llegó incluso a este rincón de la actividad social.

Las islas del Pacífico

Durante la confusión del decenio de 1890, Estados Unidos empezó nuevamente a mirar hacia el exterior.

Desde la Guerra Civil, Estados Unidos había estado preocupado por llenar sus espacios internos, derrotar a los indios y desarrollar su tecnología. Y cuando el siglo XIX se acercaba a su fin, el territorio de los Estados Unidos se hallaba limitado enteramente al continente norteamericano, con excepción de las minúsculas islas Midway del Pacífico.

Sin embargo, en esas mismas décadas, las naciones europeas se estaban expandiendo por ultramar, en Asia, África y el Pacífico, y se daba por sentado que tenían derecho a hacerlo porque el hombre blanco europeo era intrínsecamente superior a gente de piel más oscura y debían establecer su dominación, como cosa que va de suyo. (Cuando una nación extendía su dominación a otros pueblos, formaba un «imperio», del latín imperium, y los que se creen con derecho a hacerlo son llamados «imperialistas».)

Esta idea parecía recibir rango «científico» por las obras del sociólogo inglés Herbert Spencer, quien aplicó a la sociedad las concepciones del evolucionismo, elaboradas por primera vez por el naturalista inglés Charles Robert Darwin, en 1859. Mientras que Darwin se había referido a cambios en las especies vivas que se producían lentamente a lo largo de millones de años, y había aportado enormes cantidades de pruebas en favor de sus ideas, Spencer hablaba de cambios en la sociedad que se producían en sólo algunos siglos y ofreció muy pocas pruebas reales en sustento de sus teorías.

Spencer acuñó la frase «supervivencia del más apto» y en 1884 argüía, por ejemplo, que a las personas que no podían ser empleadas o que eran una carga para la sociedad se las debía dejar morir, en vez de ser objeto de ayuda y de caridad. Esto, al parecer, extirparía a los individuos incapaces y fortalecería la raza.

Era una filosofía horrible, que podía ser usada para justificar los peores impulsos de los seres humanos. Una nación conquistadora podía destruir a su enemigo (como los norteamericanos destruían a los indios) porque era «más apta», y podía probar que era «más apta» porque destruía a su enemigo.

En verdad, la explotación del resto de la humanidad por europeos blancos podía hacerse aparecer como un gesto noble: los blancos superiores se dignaban ayudar a los seres inferiores en otros continentes empleándolos como sirvientes y permitiéndoles vivir de las sobras. En 1899, el poeta inglés Rudyard Kipling llamó a esto «la carga del hombre blanco».

Había muchas personas en Estados Unidos en quienes había influido la filosofía spenceriana y que abrigaban el anhelo de que Estados Unidos ayudase a extender las

bendiciones del imperialismo, sobre todo puesto que el «fin de la frontera», en 1890, parecía dejar poco que hacer internamente a las energías expansivas norteamericanas.

Pero Estados Unidos había dejado deteriorarse a sus fuerzas armadas desde la Guerra Civil (seguro como se sentía detrás de las murallas de dos océanos, defendidos por una flota británica bastante amistosa), de modo que apenas podía derrotar a los indios desorganizados y ni siquiera podía intervenir eficazmente en las disputas de tercera clase de América Latina. Escasamente, pues, podía competir con Gran Bretaña y Francia en su expansión exterior.

Pero estaba el vasto océano Pacífico, lleno de miles de islas, que, en ese tiempo, estaban siendo ocupadas rápidamente por las potencias europeas. Al reconstruir su flota, Estados Unidos comprendió que algunas de ellas podían convertirse, como las islas Midway, en convenientes estaciones de aprovisionamiento de carbón y en puertos para sus barcos. Más aún, existía el deseo de estar a la altura de las «grandes potencias» europeas, y esto significaba, entre otras cosas, la adquisición de colonias para demostrar cuan «apto para la supervivencia» era Estados Unidos.

Y aún en el decenio de 1890 no todas las islas estaban claramente ocupadas. Era el caso de Samoa, un grupo de catorce islas situadas a unos 8.200 kilómetros al sudoeste de Los Angeles. La superficie total de las islas es de alrededor de 3.000 kilómetros cuadrados, o sea, un poco más que la de Rhode Island. La mayor parte de esa superficie está en las dos grandes islas de lo que hoy se llama Samoa Occidental. La más grande de las pequeñas islas de Samoa Oriental es Tutui-la, que tiene unos 135 kilómetros cuadrados, es decir, unas dos veces y media el tamaño de la isla de Manhattan (a la que se asemeja en su forma). En el medio de esta pequeña isla hay un magnífico puerto en cuyas costas estaba el pueblo de Pago Pago.

El primer europeo que visitó Samoa fue el explorador holandés Jacob Roggeveen, en 1722. El primer estadounidense fue el explorador Charles Wilkes, en 1839, quien informó sobre el puerto. Después de la visita de Wilkes, penetraron los británicos y, sobre todo, los alemanes. En 1870, la mayor parte de la tierra samoana era propiedad de alemanes. Pero en 1872 Estados Unidos firmó un tratado con el gobernante nativo de Pago Pago que dio a los norteamericanos el control exclusivo del puerto como estación para el aprovisionamiento de carbón.

Naturalmente, los británicos y los alemanes ocuparon otras partes de la línea costera samoana como puesto de aprovisionamiento de carbón para sus barcos y, por algunos años, Samoa fue gobernada por las tres naciones conjuntamente. Pero no fue una relación tranquila, pues los representantes de cada una de las naciones intrigaban contra las otras dos, y todas trataban de usar a los samoanos como instrumento.

La Alemania unificada creó el Imperio alemán bajo el rey Guillermo I de Prusia, quien se convirtió en el emperador de Alemania, en 1871. Gracias a esta unificación, Alemania se convirtió en la nación militarmente más poderosa del mundo -al menos en tierra- pero había llegado demasiado tarde para el banquete imperial de allende los mares. Cuando le llegó el momento de demostrar que también ella era suficientemente «apta» como para tener colonias, la mayor parte de las regiones explotables del mundo estaban repartidas principalmente entre Gran Bretaña y Francia, aunque había también territorios que pertenecían a Portugal, los Países Bajos, Italia e incluso Bélgica. Parecía quedar poco espacio para Alemania, que se mostró más agresiva en las zonas que aún estaban abiertas a sus pretensiones.

Una de esas zonas abiertas era Samoa, y era evidente que Alemania pretendía apoderarse de todo el grupo de islas. Gran Bretaña, rica en zonas coloniales, estaba dispuesta a aceptarlo a cambio de concesiones en otras de las islas del Pacífico. Pero Estados Unidos, que también era un hambriento recién llegado, no estaba dispuesto a hacer concesiones.

Los alemanes, en una acción agresiva, deportaron al rey sa-moano en 1888, y colocaron un gobernante títere sumiso a sus intereses. Algunos de los samoanos se rebelaron y fueron apoyados por Estados Unidos. Las cosas empeoraron y en Apia, un puerto de la costa septentrional de una de las grandes islas, siete barcos hostiles se encontraron a principios de 1889, tres alemanes, tres norteamericanos y uno británico. Podía haberse librado una batalla naval con todas las de la ley, de no haber intervenido la naturaleza. El 16 de marzo de 1889 un huracán azotó la isla, y solo escapó el barco británico. Los barcos alemanes y norteamericanos se hundieron o encallaron, con muchas pérdidas de vidas. Esto enfrió a los combatientes y el 14 de junio todos convinieron en retornar a la dominación de las tres naciones, mientras que el viejo rey fue restaurado en el trono. En conjunto, fue una victoria para los Estados Unidos.

En el curso de esta disputa fueron los republicanos en su mayoría quienes adoptaron una posición belicosa, imperialista y a favor de la creación de un imperio colonial estadounidense. Los demócratas, en su mayor parte, temían los gastos y peligros de los embrollos y de una guerra. Preferían ocuparse del vasto territorio continental de la nación y eran antiimperialistas.

El enfrentamiento imperialismo-antiimperialismo se agudizó aún más con la cuestión de las islas Hawai, situadas en el Pacífico a unos 3.400 kilómetros al sudoeste de Los Ángeles, y a la misma distancia al norte de Samoa. Ocho de las islas eran de considerable tamaño, la mayor de las cuales era la misma Hawai, con una superficie de 10.500 kilómetros cuadrados, casi el doble del tamaño del Estado de Delaware. En conjunto, las ocho islas tienen una superficie de 16.500 kilómetros cuadrados y son un poco mayores, en total, que el Estado de Connecticut.

En la tercera de las islas más grandes, Oahu, con una superficie de 1.550 kilómetros cuadrados (el doble del tamaño de los cinco barrios de la ciudad de Nueva York), hay un magnífico puerto en las costas de la ciudad de Honolulu.

Los primeros seres humanos que llegaron a Hawai fueron polinesios, quienes en el primer milenio de nuestra era cruzaron el ancho Pacífico en sus canoas, realizando los más notables viajes que se hayan hecho sin la ayuda de una brújula. Llegaron a las islas Hawai en el 400 d.C. y allí, durante trece siglos, vivieron en su balsámico clima al margen del mundo externo, con excepción de ocasionales contactos con otros isleños del Pacífico.

Esta situación llegó a su fin el 18 de enero de 1778, cuando el explorador inglés capitán James Cook desembarcó en las islas. Las llamó «islas Sandwich», en honor al conde de Sandwich, quien por aquel entonces era el primer lord del Almirantazgo. El capitán Cook retornó al año siguiente y, en el curso de una pelea entre los marineros y los hawaianos, Cook fue muerto, el 14 de febrero de 1779, y presumiblemente comido.

Las islas, a la sazón, estaban divididas entre una serie de jefes, pero uno de ellos, de sólo veinte años de edad cuando llegó Cook, gradualmente derrotó a todos los demás y en 1809 unió todas las islas bajo su dominación, con el nombre de Ka-mehameha I. Durante el resto del siglo XIX, las islas Hawai constituyeron un reino gobernado por los descendientes de Kamehameha.

Varias naciones se interesaron pronto por las islas Hawai como lugar de parada en los viajes comerciales al Lejano Oriente, y Estados Unidos no se quedó rezagado. Misioneros norteamericanos llegaron a las islas en 1820 y convirtieron a gran número de hawaianos a la versión protestante del cristianismo.

Francia y Gran Bretaña estaban interesadas en las islas, y Estados Unidos se esforzó para impedir que se anexaran esas tierras. Ya en el decenio de 1850, por la época en que Estados Unidos acababa de extender su control al océano Pacífico, hubo fuertes presiones para la anexión de las islas por los norteamericanos. El rey hawaiano Kamehameha IV

resistió firmemente, y tras el estallido de la Guerra Civil norteamericana, por un tiempo la atención se dirigió a otras cuestiones.

Después de la Guerra Civil, la presión empezó a aumentar nuevamente y el 30 de enero de 1875 se firmó un tratado de reciprocidad con Estados Unidos por el cual se permitía entrar sin aranceles en los Estados Unidos el azúcar de Hawai, y los hawaianos se comprometían a no ceder tierras a otra potencia. En 1887 el tratado fue ampliado, y Estados Unidos obtuvo el derecho a usar el puerto de Honolulu como estación naval. (El puerto fue llamado Pearl Harbor ['Puerto de las Perlas'] a causa de las ostras perlíferas que allí se encuentran.)

La dominación de los norteamericanos aumentó constantemente en las islas Hawai y, entre los hawaianos, había muchos que se resentían de ello. En 1891, Lydia Liliuokalani (nacida en Honolulu el 2 de septiembre de 1838) llegó al trono e inició una fuerte reacción hawaiana contra los norteamericanos. El 4 de enero de 1893 trató de reemplazar la constitución elaborada por los colonos estadounidenses para su propia protección por otra que daba a la reina poderes autocráticos y convertía a los hawaianos en la fuerza dominante de las que, a fin de cuentas, eran sus islas.

Los norteamericanos estaban preparados. Bajo la conducción de Sanford Ballard Dole (nacido en Honolulu el 23 de abril de 1844) pidieron la protección de Estados Unidos contra lo que describieron como una amenaza a sus vidas y sus propiedades. El embajador estadounidense en Honolulu, John Leavitt Stevens (nacido en 1820), un ardiente imperialista, actuó de inmediato y desembarcó a más de 150 hombres armados en Honolulu del crucero Boston.

Liliuokalani, comprendiendo que no podía resistir contra Estados Unidos en un choque armado, inmediatamente desistió de su posición, pero era demasiado tarde. Dole la declaró depuesta y creó bajo su dirección la República de Hawai. Stevens rápidamente reconoció a la República como el gobierno legal de las islas.

En seguida se inició un movimiento en pro de la anexión de las islas por los Estados Unidos. Indudablemente, esto es lo que habría sucedido si Harrison hubiese ganado las elecciones de 1892. El tratado de anexión estaba listo, pero no había sido aprobado cuando Cleveland inició su segundo mandato.

Cleveland, un antiimperialista, dejó de lado el tratado, despidió a Stevens y trató de restaurar a Liliuokalani. Pero Dole se negó a reconocer la restauración, y Cleveland no estaba en condiciones de usar la fuerza contra un estadounidense a favor de otra persona que no lo era, cuando gran parte de la nación, si no la mayoría, simpatizaba vigorosamente con Dole.

Hawai siguió siendo una república y su gobierno fue establecido oficialmente el 4 de julio de 1894. Estados Unidos lo reconoció el 8 de agosto, y Dole se dispuso a esperar a que los avatares políticos en Estados Unidos permitiesen la anexión*.

* Liliuokalani se retiró de la vida pública, y murió el 11 de noviembre de 1917, a los setenta y nueve años. Es más conocida hoy como la autora, en 1898, de la canción «Alona Oe».

Venezuela y Cuba.

Las manifestaciones de fuerza norteamericanas en el Pacífico alimentaron la beligerancia estadounidense en el continente americano.

En 1823, Estados Unidos había enunciado la Doctrina Monroe, en la cual se declaraba que no se permitiría a las naciones europeas intervenir en los asuntos internos de las naciones del continente americano. Durante muchos años, posteriormente, Estados Unidos no había

estado en condiciones de imponer esta política, pero habían sido pocas las ocasiones en que se habían producido violaciones realmente importantes. Las naciones europeas estaban ocupadas en otras partes y se contentaban (Gran Bretaña, particularmente) con establecer una dominación económica en la región, algo que la doctrina no prohibía.

La más brutal violación de la Doctrina Monroe había sido la ocupación de México por Francia durante los años en que Estados Unidos estaba entregado a la Guerra Civil. Terminada la guerra, cuando Estados Unidos obligó a Francia a retirarse, este triunfo convirtió la Doctrina Monroe en algo prácticamente sagrado para los norteamericanos. En ciertos aspectos, Estados Unidos empezó a actuar como si América Latina formara parte de un «Imperio norteamericano», algo de lo que los latinoamericanos se resintieron amargamente.

La única parte de América del Sur que estaba bajo la dominación de potencias europeas a fines del siglo XIX era la Guayana, en el centro de la costa norte del continente. Originariamente, era holandesa, pero había sido dividida en tres partes. La parte más occidental estuvo bajo el poder británico desde 1814, y la oriental bajo los franceses. Sólo la parte central siguió siendo holandesa.

La parte occidental, la Guayana Británica, era la más grande, con unos 215.000 kilómetros cuadrados (aproximadamente el tamaño de Utah). La Doctrina Monroe prometía la no intervención estadounidense, en las zonas en manos europeas, de modo que la Guayana Británica siguió siendo británica*.

Al oeste de la Guayana Británica estaba la nación de Venezuela, que había conquistado su independencia de España en 1811. La frontera entre ambos territorios nunca había sido establecida. En 1841, un geógrafo británico había trazado una línea fronteriza que ubicaba el punto más noroccidental de la Guayana Británica en la desembocadura del río Orinoco, el principal curso de agua de Venezuela. Venezuela protestó, pero como la zona era una región selvática sólo habitada por tribus nativas, no parecía que valiese la pena hacer mucho jaleo por la cuestión.

Pero a medida que pasaron los años, se infiltraron colonos en la región, y en 1877, cuando circularon rumores de que allí había oro, Venezuela se inquietó ante la posibilidad de que Gran Bretaña ocupase la desembocadura del Orinoco y, de este modo, dominase a la nación. Por ello, Venezuela reclamó la mayor parte del territorio de la Guayana Británica, con la esperanza de llegar a un acuerdo por menos y, aun así, obtener una buena parte mientras que Gran Bretaña respondió con reclamaciones igualmente infladas.

En 1887, Venezuela y Gran Bretaña rompieron relaciones diplomáticas, y Venezuela, comprendiendo que sola no podía hacer nada, llevó el pleito a los Estados Unidos señalando que Gran Bretaña estaba violando la Doctrina Monroe al tratar de extender su dominación sobre una nación latinoamericana independiente. Estados Unidos, entonces, trató de actuar como árbitro en la disputa, pero Gran Bretaña rechazó firmemente la oferta norteamericana, cosa que irritó a los estadounidenses.

Por la época en que Cleveland fue elegido presidente por segunda vez, en 1893, la situación estaba empezando a agudizarse. Violentos panfletos antibritánicos aparecieron en los Estados Unidos, y ambas Cámaras del Congreso aprobaron por unanimidad resoluciones urgiendo a Gran Bretaña a someterse al arbitraje. Pero Cleveland se mantuvo frío, y, cuando Gran Bretaña desembarcó hombres armados en una ciudad de Nicaragua para cobrarse la compensación por acciones contra subditos británicos realizadas el año anterior, Cleveland tampoco hizo nada, arguyendo que la ocupación era temporal.

Cleveland empezó a ser atacado por la prensa de todos los bandos, que lo acusaron de pusilánime y de no atreverse a reaccionar ante la arrogancia británica. El Partido Demócrata empezó a temer un desastre, y Cleveland fue urgido por todas partes a hacer algo con respecto a Venezuela. Con renuencia, pidió a su secretario de Estado, Walter

Quintín Gresham (nacido en Harrison County, Indiana, el 17 de mayo de 1832), que preparase una nota sobre el asunto. Lo que habría hecho Gresham nadie lo sabe, pues murió casi inmediatamente después, el 28 de mayo de 1895. En su lugar, Cleveland nombró a Richard Olney, el secretario de Justicia que había contribuido a usar los tribunales y el ejército para romper la huelga contra Pullman. Ahora tuvo la ocasión de usar similares tácticas intimidatorias en el campo de los asuntos exteriores.

Olney envió una nota, el 20 de julio de 1895, al embajador estadounidense en Londres para que la entregara al gobierno británico. En ella acusaba a Gran Bretaña de violar la Doctrina Monroe, a la que declaraba parte del «derecho público americano». Esta violación, decía, justificaba la intervención norteamericana, y añadía: «Hoy, Estados Unidos es prácticamente soberano en este continente, y sus disposiciones son ley para los subditos a los que limita su intervención». Además, aclaraba que Estados Unidos no temía la guerra, porque «sus infinitos recursos, sumados a su posición aislada, lo hacen amo de la situación y prácticamente invulnerable contra todas las otras potencias». Ordenó a los británicos responder antes de que el Congreso iniciase su próximo período de sesiones en diciembre.

El lenguaje era violento y gustó a los imperialistas norteamericanos muchísimo pero Gran Bretaña no podía aceptarlo sin verse humillada. Los británicos, deliberadamente, no respondieron hasta después de que el Congreso se reuniera, y cuando lo hicieron, no retrocedieron ni una pulgada. De hecho, sostuvieron específicamente que la Doctrina Monroe no tenía ninguna validez en el derecho internacional y era meramente una declaración norteamericana unilateral.

Cleveland y Olney se enfurecieron, y el primero pidió autorización para crear una comisión independiente encargada de estudiar el problema de la frontera, de modo de dirimir la cuestión, y poder suficiente para imponer las decisiones de esa comisión. El Congreso otorgó a Cleveland la autorización pedida y, en general, el público aplaudió. Parecía avecinarse la guerra.

Pero entonces los acontecimientos tomaron un giro inesperado. En África del Sur se produjo una creciente tensión entre los británicos y la República Bóer, situada al norte de las posesiones británicas del extremo meridional del Continente. El 29 de diciembre de 1895 un británico demasiado entusiasta efectuó una incursión en territorio bóer. Fue derrotado, y el nuevo kaiser alemán, el joven y belicoso Guillermo II, envió un telegrama de congratulaciones a los bóers.

Repentinamente, Gran Bretaña comprendió que el gran peligro era Alemania. Una guerra con Estados Unidos, cualquiera que fuese su fin, por un trozo de jungla en el otro extremo del mundo, sería una oportunidad para que Alemania y los Estados Unidos se uniesen contra Gran Bretaña. Sin previo aviso, la intransigencia británica se diluyó en el aire, y comenzó a sonreír y hablar de arbitraje.

Se creó un tribunal de arbitraje, y pronto se hizo evidente la sabiduría británica en el nuevo curso de acción. La decisión arbitral asignó a los británicos el 90 por 100 del territorio en disputa. Seguía casi exactamente la línea trazada en 1841, pero había una corrección menor a favor de Venezuela en el Sur, y (cosa muy importante) hizo retroceder la línea del río Orinoco al Norte. Venezuela se vio obligada a mostrarse satisfecha.

Tanto Gran Bretaña como Estados Unidos salieron ganando. Gran Bretaña obtuvo la mayor parte del territorio, y Estados Unidos había impuesto el reconocimiento de la Doctrina Monroe. Además, se mantuvo el precedente del Alabama. En toda disputa entre Gran Bretaña y Estados Unidos, la respuesta era el arbitraje, no la guerra.

De hecho la disputa fronteriza con Venezuela fue importante en un aspecto que ninguna nación podía prever. Fue la última disputa entre ellas que engendró la amenaza de la guerra. Llegó a su fin un siglo y cuarto de alarmas periódicas (incluyendo dos guerras

libradas), y en el siglo xx Estados Unidos se uniría a Gran Bretaña contra enemigos mutuos en una serie de ocasiones.

Pero si la cuestión venezolana terminó bien, esto no quiere decir que Estados Unidos no tuviese otros problemas extranjeros, y más cerca de su suelo. Al final del siglo España aún era dueña de Cuba. Pero ahora estalló una nueva rebelión cubana, el 24 de febrero de 1895, justamente cuando estaba subiendo de tono la disputa fronteriza venezolana, y la nueva rebelión fue peor que la que se había producido durante el gobierno de Grant.

La nueva rebelión tuvo dos causas. En primer lugar, el gobierno corrupto e ineficaz de España provocaba el disgusto de los cubanos. En segundo lugar, Estados Unidos dominaba a Cuba económicamente, pues compraba todo su azúcar y poseía casi todas sus propiedades importantes, lo cual significó que la depresión norteamericana del decenio de 1890 destruyó también la prosperidad cubana.

Españoles y cubanos lucharon con pasión. Los españoles enviaron unos 200.000 soldados bajo el mando del general Valeriano Weyler, quien tenía la intención de aplastar la rebelión mediante una acción brutal. Creó campos de concentración para gente de ambos sexos y de toda edad, agrupándolos de forma indiscriminada y tratándolos con implacable crueldad.

En cuanto a los rebeldes cubanos, su única esperanza a largo plazo era la intervención norteamericana y, con esto en la mente, emprendieron deliberadamente la destrucción de las plantaciones de azúcar y las fábricas en las que los estadounidenses habían hecho grandes inversiones. Pensaron que los norteamericanos acudirían para proteger sus propiedades.

Muchos norteamericanos estaban deseosos de hacerlo. El sentimiento antiespañol se agudizó, estimulado por un nuevo tipo de periodismo.

El hombre que estaba detrás de esta innovación era William Randolph Hearst (nacido en San Francisco, California, el 29 de abril de 1863), hijo de un propietario de minas de oro que durante un mandato fue senador por California. El joven Hearst se interesó cada vez más por el periodismo y se ejercitó en un periódico que su padre compró para él en 1880, el San Francisco Examiner. En 1895 Hearst compró el New York Morning Journal y empezó a competir con el más viejo y afamado New York World de Joseph Pulitzer (nacido en Hungría el 10 de abril de 1847).

La lucha entre los periódicos fue enconada e implacable. El precio de ambos se redujo a un centavo y cada uno compitió por la atención de los lectores de todos los modos posibles. Hearst apeló a artículos sensacionalistas, ilustraciones, secciones de revistas, enormes titulares y mucha atención a los crímenes y la pseudociencia para ganar lectores. Estaba empezando la impresión en colores y en 1896 aparecieron las tiras cómicas en color. El amarillo era predominante en la primera de esas tiras cómicas, «El Chico Amarillo», de modo que el nuevo estilo de Hearst fue llamado «periodismo amarillo».

En política exterior, Hearst era un extremista y un desafortunado imperialista. Instó a la guerra con Gran Bretaña en relación con Venezuela, y llamó a la guerra contra España en lo concerniente a Cuba. Las acciones de Weyler iban como anillo al dedo para el tipo de material de baja calidad que Hearst solía publicar, y si la verdad no le parecía suficiente, apelaba jubilosamente a la ficción.

Pero Cleveland se abstuvo, y se negó a permitir que Estados Unidos se viese implicado en la cuestión, de modo que el problema cubano, como el hawaiano, tuvo que esperar a una nueva elección.

William Jennings Bryan.

Esa elección parecía un triunfo seguro para los republicanos. La persistente mala situación seguramente habría puesto fuera de juego a los demócratas, pues el partido que está en el poder siempre es acusado de toda depresión en la economía. Como si esto no fuese suficiente desventaja para los demócratas, el partido se había dividido en las facciones del «oro» y de la «plata», que estaban en violenta guerra entre sí. De hecho, se especulaba con la idea de que el Partido Demócrata se estaba desintegrando y de que el Partido Populista se convertiría en el principal partido de la oposición a los republicanos.

En tales circunstancias, los republicanos se podían permitir elegir como candidato a alguien que fuese absolutamente seguro, que mantuviese firmemente la política del patrón oro y de quien se pudiese tener la certeza de que haría lo que era bueno para los hombres de negocios. En estos aspectos, Cleveland no había sido malo, desde el punto de vista republicano, pero el partido quería a alguien que también fuese imperialista.

El político de Ohio Marcus Alonso Hanna (nacido en New Lisbon, Ohio, el 24 de septiembre de 1837) pensó que conocía al hombre que se necesitaba. Desde 1890 había trabajado con William McKinley, famoso por el arancel, un paisano suyo de Ohio que había estado preparándose cuidadosamente para la presidencia. Había hombres más enérgicos en el Partido Republicano, pero cierta debilidad era deseable en el presidente, pues de este modo podía contarse con que se inclinaría a hacer lo que era conveniente para los beneficios comerciales.

Cuando la Convención Nacional Republicana se reunió en Saint Louis, Missouri, el 16 de junio de 1896, Hanna hizo un manejo tan hábil con los delegados que McKinley fue elegido en la primera votación. Para candidato a vicepresidente fue elegido un amigo íntimo de McKinley, Garret Augustus Hobart (nacido en Long Branch, New Jersey, el 3 de junio de 1844).

El 7 de julio los demócratas se reunieron con el mayor desorden. Predominaban claramente los demócratas de la plata, y Cleveland, el demócrata del oro, era un proscrito en su propio partido. La Convención ni siquiera aceptó una resolución rutinaria alabándolo por sus realizaciones.

En cambio, la mayoría de los delegados empezaron a agruparse con el grito de batalla de «plata libre» (la acuñación de plata en cantidades ilimitadas), y se pronunciaron sonoros discursos contra los poderes dinerarios del Noreste: contra Wall Street y las grandes ciudades, contra los ricos, los comerciantes y empresarios.

Bland, el del Decreto Bland-Allison, era el líder reconocido de los demócratas de la plata, y se esperaba que sería elegido candidato. Pero había un nuevo rostro joven en el escenario político, William Jennings Bryan, de Nebraska (nacido en Salem, Illinois, el 19 de marzo de 1860). Había estado en el Congreso desde 1890 hasta 1894, y luego había dirigido el Omaha World-Herald.

El 8 de julio, William Jennings Bryan pronunció un discurso que puso fin al debate sobre la plataforma. Era un discurso cuidadosamente elaborado que Bryan había ensayado hasta que fue absolutamente perfecto para la ocasión. Lo pronunció con una voz que, aparentemente sin esfuerzo, podía ser oída con una resonancia de gloriosos tonos de órgano a través del vasto auditorio (y eran días anteriores a los sistemas de amplificación del sonido). Nadie había oído tal voz desde la época de Daniel Webster, medio siglo antes.

Cuidadosamente, Bryan fue conquistando al público a medida que exaltaba la plata y el agrarismo hasta llegar al crescendo de la frase final de advertencia a los hombres de negocios partidarios del patrón oro: «No pondréis en la frente del trabajador esa corona de espinas, no crucificaréis a la humanidad en una cruz de oro». Y el público sencillamente enloqueció.

Ese «discurso de la cruz de oro» fue, seguramente, el más efectivo jamás pronunciado en una convención para la elección de candidatos, antes y después. Antes del discurso nadie,

nadie en absoluto (excepto quizá Bryan que sabía lo que estaba planeando), tomó en consideración a Bryan como posible candidato. Entre otras razones, porque era demasiado joven -sólo tenía treinta y seis años- y nadie de esa edad, sólo un año mayor que el mínimo necesario para poder ser presidente, había sido elegido candidato a presidente antes por un partido importante.

Pero repentinamente se convirtió en el «Muchacho Orador del Platte» (el río Platte corre a través de Nebraska para volcarse en el Missouri) y su popularidad aumentó enormemente. En la quinta votación superó los dos tercios necesarios de los votos de delegados, y fue elegido candidato. Bland nunca supo qué había sucedido.

Para equilibrar la candidatura, los demócratas eligieron a un banquero del Este para vicepresidente, banquero que era partidario de la plata. Era Arthur Sewall (nacido en Bath, Maine, el 25 de noviembre de 1835).

Los demócratas del oro, que apoyaban a Cleveland, no podían soportar a Bryan. Se separaron y eligieron candidatos propios, pero esto no tuvo influencia alguna sobre la competición.

En cuanto a los populistas, que habían abrigado la esperanza de asumir el papel de partido principal de la oposición, la elección de Bryan como candidato y la completa conversión de los demócratas a la causa de la plata cambió totalmente la situación. Al verse despojados de su caballo de batalla, los populistas se quedaron sin causa. Se reunieron en Saint Louis el 22 de julio y, desalentados, aceptaron también a Bryan como candidato, pero eligieron a Thomas Edward Watson (nacido en Columbia County, Georgia, el 5 de septiembre de 1856) como candidato a la vicepresidencia, pues no aceptaban a un banquero, por muy plateadas que fuesen sus ideas.

Pero no sirvió de nada. Los populistas, después de su promisorio campaña en 1892, estaban agonizando. Siguieron eligiendo candidatos en los doce años siguientes, pero con una atracción sobre el electorado continuamente declinante. Sin embargo, el Partido Populista alcanzó su propósito, pues una de las razones de su muerte fue que sus tesis fueron gradualmente aceptadas por los partidos principales y con el tiempo, se convirtieron en parte de la vida americana.

La campaña de 1896 fue notable en contrastes. Bryan fue el primer candidato presidencial en la historia de la nación que sacó plena ventaja de los avances tecnológicos en la conducción de su campaña. Usó los ferrocarriles para llevar sus puntos de vista a todas las partes de la nación, algo que desde entonces se ha convertido en la norma. Viajó 20.000 kilómetros, haciendo centenares de discursos y despertando gran entusiasmo en todas partes.

Los republicanos estaban estupefactos. No habían esperado tener problemas para ganar, pero el fenómeno de Bryan los atemorizó. Hanna sabía bien que no podía contraponer a su descolorido candidato con el orador prodigio del momento, de modo que siguió otros caminos. Mantuvo a McKinley en su casa e hizo que la gente fuera a él en una «campaña del pórtico delantero». Los ferrocarriles, simpatizantes de McKinley, organizaron giras a su casa a precios tan bajos que alguien dijo sarcásticamente que visitar a McKinley era más barato que quedarse en casa.

Además, Hanna inició el moderno método duro de arrancar enormes contribuciones para la campaña a hombres de negocios autorizados. Usó parte de esas contribuciones para financiar la campaña de los demócratas del oro, de quienes esperaba que restasen votos a Bryan.

La propaganda republicana pintó a Bryan como un desenfrenado anarquista, con todos los vicios imaginables (lo cual era absurdo, realmente, porque, aparte de sus opiniones sobre la plata, Bryan era un asistente a la iglesia tan decente y conservador como se pueda

imaginar). Hubo también tácticas alarmistas: por ejemplo, los empresarios decían a sus empleados que las fábricas cerrarían y todos ellos serían despedidos si Bryan ganaba.

Así, el 3 de noviembre de 1896, cuando se realizaron las elecciones, todos los viajes de Bryan no sirvieron de nada, y ganó McKinley, que se había quedado en su casa. Bryan obtuvo el Sólido Sur y diez de los Estados situados al oeste del Mississippi, pero no logró ni un solo Estado industrial. McKinley triunfó en el Noreste y el Medio Oeste, con sus fuertes bloques electorales, y obtuvo la cómoda mayoría electoral de 271 a 176.

En el voto popular, McKinley obtuvo 7.100.000 votos y Bryan 500.000. McKinley obtuvo el 51 por 100 de los votos totales, y fue el primer candidato a presidente que logró una verdadera mayoría desde Tilden, en 1876, y el primer candidato triunfante que lo consiguió desde Grant en 1872.

Ambas Cámaras del Quincuagesimoquinto Congreso estuvieron firmemente en manos republicanas, por 47 a 34 en el Senado y por 204 a 113 en la Cámara de Representantes, con pequeño número de miembros de terceros partidos en cada organismo.

6. El imperialismo triunfante.

Finales de siglo.

McKinley fue investido como vigesimoquinto presidente de los Estados Unidos el 4 de marzo de 1897, e inmediatamente se dispuso a poner en práctica el programa republicano. Convocó al Congreso a una sesión especial para considerar los aranceles, que habían declinado ligeramente durante el segundo gobierno de Cleveland.

Propuesto por el representante de Maine Nelson Dingley (nacido en Durham, Maine, el 15 de febrero de 1832), el Arancel Dingley se convirtió en ley el 24 de julio de 1897. Los impuestos fueron elevados sobre los del Arancel McKinley a un promedio récord del 57 por 100. Se mantuvo la cláusula sobre la recíproca disminución de aranceles con toda nación que rebajase sus aranceles sobre los artículos norteamericanos.

Además, McKinley tomó medidas para poner fin a la cuestión de la plata libre de una vez por todas, colocando a los Estados Unidos, legal e incuestionablemente, bajo el patrón oro. El oro sería, pues, el único método básico para medir valores, y todo dinero de otra clase debía ser amortizable en oro, en caso requerido. Esto limitaría drásticamente la cantidad de dinero que sería seguro tener en circulación e impediría la inflación. Estas medidas se tomaron a expensas de los deudores y los pobres, pero, con la filosofía de Spencer que estaba de moda por entonces, no era menester preocuparse por tales sectores no aptos de la sociedad.

Estados Unidos adoptó oficialmente el patrón oro el 14 de marzo de 1900, mas para ese entonces la cuestión de la plata libre había desaparecido para siempre. (Cuando llegó el momento de que Estados Unidos abandonase nuevamente el patrón oro, un tercio de siglo más tarde, toda la concepción de las finanzas había cambiado y las cuestiones del oro y la plata se volvieron irrelevantes.)

Lo que hizo cambiar las cosas fue que la reserva de oro del mundo aumentó enormemente de forma repentina e inesperada. En 1886 se descubrió oro en Sudáfrica, y resultó ser el más rico yacimiento de este metal hallado hasta entonces. Aún hoy, dos tercios de todo el oro que se produce en el mundo provienen de Sudáfrica.

En 1896 se descubrió oro más cerca de Estados Unidos, a lo largo del río Klondike, un tributario del Yukon. El descubrimiento se realizó en el noroeste de Canadá, cerca de la frontera con Alaska, y la fiebre del oro cundió en Estados Unidos como no había ocurrido desde los descubrimientos en California, medio siglo antes. En tres años, de treinta a sesenta mil personas afluyeron a esa inhóspita región ártica, y varias decenas de miles de

otras murieron en el camino. La ciudad canadiense de Dawson, que sólo tenía unas pocas casas en la época del descubrimiento, se convirtió en una ciudad de 20.000 habitantes en poquísimos tiempo.

El descubrimiento centró la atención en Alaska, donde se había encontrado algo de oro ya antes del rico descubrimiento en el Klondike, y por primera vez, fue contemplada como algo más que un gélido páramo de hielo. Fue por esa época cuando un explorador estadounidense, William A. Dickey, halló un pico montañoso en el sur de la zona central de Alaska que era más alto que cualquier otro conocido a la sazón en América del Norte, ni se ha descubierto desde entonces otra montaña más alta. Mide 6.194 metros de alto, y Dickey lo llamó Monte McKinley en honor al candidato republicano.

La provisión de oro del Klondike no duró mucho. La mayor parte de él fue extraído de la tierra en unos diez años, de modo que en modo alguno puede compararse con el más duradero descubrimiento en Sudáfrica. Con todo, se extrajeron de allí unos cien millones de dólares en oro en una década y, en el año cumbre de 1900, las minas de Klondike añadieron unos 22 millones de dólares en oro a la reserva del mundo.

Cuando el oro se terminó, la región decayó, y ahora Dawson tiene una población de sólo unos pocos centenares de personas. Pero el Klondike no se agotó totalmente. Aún produce un par de millones de dólares en oro al año, extraído con métodos más complicados que los disponibles para los mineros que trabajaron allí cuando el cambio de siglo.

La breve y brillante vida del yacimiento de Klondike quedó fijada en letra impresa para siempre en los relatos de Jack London (nacido en San Francisco, California, el 12 de enero de 1876). Había quedado en paro durante la depresión del decenio de 1890, y esta experiencia lo convirtió en militante socialista.

Se marchó al Klondike en 1897, pero no ganó allí riqueza alguna. Su propia mina de oro particular la obtuvo (y la perdió, tan rápido como la obtuvo) con los libros que escribió a su retorno sobre la avalancha del oro. Su primer libro, Hijo de lobo, fue publicado en 1900, y el que más éxito tuvo, La llamada de la selva, en 1903. En 1907 publicó El talón de hierro, cuadro de una tiranía gubernamental que presagiaba el tipo de fascismo que surgió, en particular, en Alemania, un cuarto de siglo más tarde. El éxito fue tan doloroso para él como lo había sido el fracaso, y murió de una sobredosis de droga, probablemente un suicidio, el 22 de noviembre de 1916.

El Klondike también vive en los populares versos del poeta anglocanadiense Robert William Service (nacido en Inglaterra el 16 de enero de 1874). Había vivido en el Yukon ocho años como empleado de un banco canadiense, y sus poemas, como «La muerte de Dan McGresw» y «La cremación de Sam McGee», quizá no fuesen gran poesía, pero tenían algo que cautivaba la imaginación del público.

El vertical incremento en la producción mundial de oro hizo que éste afluyera al Tesoro estadounidense, que ya no tuvo ningún problema para mantener la reserva necesaria para respaldar el dinero en circulación. Los precios agrícolas subieron, retornó la prosperidad, el radicalismo declinó y todo el mundo perdió interés en el ogro de Wall Street, excepto quizá unos pocos idealistas que quedaron aislados.

Así, cuando llegaron las elecciones de mitad del mandato, en 1898, el habitual paso a la oposición en la Cámara de Representantes no se produjo. Los republicanos perdieron unos pocos escaños, pero el Quincuagesimosexto Congreso tuvo una Cámara de Representantes aún firmemente republicana, por 185 a 163. En el Senado, los republicanos aumentaron su ventaja, con 53 escaños a 36.

El mundo de las finanzas floreció como nunca antes. El 25 de febrero de 1901, J. Pierpont Morgan creó la United States Steel, la primera empresa que hizo negocios por valor de más de mil millones de dólares al año. En general, el mundo de los negocios se concentró en empresas cada vez menos numerosas y más grandes. En ningún momento los hombres de

negocios fueron tan ricos, felices, contentos y poderosos como en los tiempos dorados del presidente McKinley.

Como otro signo de grandeza, la ciudad de Nueva York, que había estado limitada a la isla de Manhattan desde su fundación casi tres siglos antes, ahora absorbió sectores cercanos en Long Island, Staten Island y la zona continental al norte de la ciudad. El 1 de enero de 1898 se convirtió en el «Gran Nueva York», con cinco barrios y una población de 3.500.000. Era con mucho la ciudad más grande de los Estados Unidos en ese momento (y aunque sus límites no han cambiado desde entonces, su población se ha doblado). En verdad, después de Londres, Nueva York era la mayor ciudad del mundo.

En 1900 la población de Estados Unidos llegó a los 75.994.575 habitantes y, gracias al funcionamiento de la Puerta Dorada, más de diez millones de ellos eran inmigrantes (casi 3.700.000 habían entrado entre 1890 y 1900), y muchos millones más eran hijos e hijas de inmigrantes. De hecho, las naciones más populosas del mundo eran, en este orden, China, India, Rusia y los Estados Unidos, orden que se ha mantenido desde entonces.

Había casi 14.000 automóviles en carreteras estadounidenses en 1900, y en la producción de carbón, acero y petróleo el país estaba ahora a la cabeza del mundo. No había duda de que, a fines del siglo, Estados Unidos se había convertido en la nación tecnológicamente más avanzada del mundo y, por lo tanto, potencialmente, en la más poderosa.

La potencial supremacía de Estados Unidos no era, en general, reconocida en Europa por las siguientes razones. En primer lugar, era difícil disipar los mitos. Europa había pensado durante largo tiempo que Estados Unidos era un país grande, pero heterogéneo, desorganizado y esencialmente bárbaro, una especie de China de hombres blancos que podían mostrar mucha bravura pero no podían resistir a las potencias europeas, menores pero más eficientes.

En segundo lugar, Estados Unidos era considerado como débil militarmente. En lo concerniente a su ejército, así era, pero la flota estadounidense había estado creciendo desde principios del decenio de 1870. Esta flota aún era muy inferior a las de Gran Bretaña y Francia, y sólo estaba a la par de la fuerza naval de Alemania -que estaba comenzando a crecer-, pero era capaz de asombrosas hazañas. Que esto era así, y que Estados Unidos era una potencia mundial, se hizo evidente antes de finalizar el siglo pasado.

«¡Recordad el Maine!»

McKinley, a diferencia de Cleveland y Bryan, era un imperialista y, como tal, tenía el apoyo del Partido Republicano en general. Las tareas que Cleveland había dejado inconclusas, McKinley ahora las terminó.

Samoa, que estaba bajo la molesta dominación de tres naciones en 1889, se dividió nuevamente después de la muerte de su rey en 1898. Una vez más los alemanes trataron de poner un rey títere, pero ahora Gran Bretaña estaba tan enfrentada a Alemania que no trató de mantener la paz, uniéndose a los Estados Unidos en la oposición a los alemanes; el 14 de noviembre de 1889, firmó un tratado con Alemania que dividía Samoa en dos partes. Sólo las dos grandes islas del oeste de Samoa Occidental serían totalmente alemanas. Estados Unidos se unió al tratado el 2 de diciembre, y las numerosas islas pequeñas del Este, incluyendo el puerto de Pago Pago, se convirtieron en colonia americana el 16 de febrero de 1900*. Gran Bretaña no se reservó nada para ella; se contentó con dejar a Estados Unidos y Alemania como vecinos, y tal vez como enemigos.

En cuanto a Hawai, poco después de la investidura de McKinley se firmó un tratado de anexión con los Estados Unidos, y el 12 de agosto de 1898 se convirtió también en territorio estadounidense. El siglo que había comenzado cuando los Estados Unidos

estaban confinados a la tierra situada al este del Mississippi, terminó con la bandera firmemente plantada en distintas islas del Pacífico.

Sólo quedaba el problema de la insurrección en Cuba. Era claro que McKinley adoptaría una posición más firme que la de Cleveland, por lo que España empezó a volverse atrás.

Un

* En 1962 Samoa Occidental se convirtió en la primera nación independiente entre las islas de la Polinesia, pero la Samoa estadounidense ha seguido siendo norteamericana hasta hoy. nuevo ministerio más liberal subió al poder en Madrid en octubre de 1897, y pronto retiró al general Weyler, contra quien se dirigía, en su mayor parte, la animosidad estadounidense. El nuevo ministerio mitigó la política de campos de concentración, ofreció a los cubanos un mayor control de sus propios asuntos y buscó la paz de otras maneras.

Por un momento pareció que el asunto cubano se calmaría, pero esto no agradaba a los extremistas del Partido Republicano, quienes pidieron la independencia para Cuba, esperando que España lucharía antes que permitirlo.

Uno de esos republicanos era el senador Henry Cabot Lodge, de Massachusetts (nacido en Boston el 12 de mayo de 1850). Había empezado como liberal más bien independiente, pero sus ambiciones políticas eran grandes y sus principios escasos, de modo que se convirtió en un fiel adepto de Blaine. Lodge era un intelectual frío y antipático (el primer congresista que tenía un título de doctor), perteneciente a una familia aristocrática que había enseñado historia en Harvard y que probablemente consideraba la guerra como un proceso histórico, más que como algo que mataba y mutilaba.

Otro de estos republicanos era el subsecretario de la Armada, Theodore Roosevelt, de Nueva York (nacido en la ciudad de Nueva York el 27 de octubre de 1858, de una familia aristocrática de origen holandés que se remontaba a los días en que Nueva York era una colonia holandesa). Roosevelt era una persona físicamente débil cuando era joven y compensó en exceso esta debilidad durante toda su vida, superándole mediante una enérgica devoción autoimpuesta al ejercicio y la vida dura (lo cual, en definitiva, puede haber acortado sus años). Se convirtió en un hombre de acción que anhelaba la guerra, concebida como un escenario en el cual podía realizar brillantes actos de heroísmo. Fue un reformador, dentro de la estructura del Partido Republicano, y, a diferencia de Lodge, con quien lo unía una íntima amistad, siguió siendo un reformador. Se hizo conocer bien en la política de Nueva York y los miembros corrientes del Partido sentían mucha desconfianza hacia él.

McKinley, quien temía asumir la responsabilidad personal por una guerra que podía terminar mal, y quien, como veterano de la Guerra Civil, sabía que la contienda carecía de atractivos, no era un hombre resuelto y era difícil para él resistir las presiones de aquellos que, como Lodge y Roosevelt, identificaban la belicosidad insensata con la «fuerza» y la «hombría».

En verdad, también había intransigentes en Cuba. Existían leales que defendían al gobierno español contra sus compatriotas cubanos rebeldes (como antaño había habido leales en las colonias norteamericanas que defendían a, y habían luchado por, el gobierno británico). Esos leales objetaban al gobierno español su debilidad creciente ante las presiones estadounidenses y, el 12 de enero de 1898, hicieron una demostración violenta en La Habana.

Naturalmente, esto fue considerado como una manipulación gubernamental española por los expansionistas de los Estados Unidos. La prensa amarilla puso el grito en los cielos, y McKilley se vio obligado a hacer una demostración de fuerza enviando el barco de guerra norteamericano Mame a La Habana, con el habitual pretexto de proteger vidas y propiedades estadounidenses*.

La situación empeoró cuando el embajador español en Estados Unidos escribió una carta privada en la que llamaba a McKinley «débil y un solicitante de la admiración de la muchedumbre»; además, lo acusaba de ser un oportunista que llevaba un doble juego. Desgraciadamente para España, la carta cayó en las manos de los rebeldes cubanos. La entregaron a un representante de la prensa de Hearts y fue publicada en seguida, el 9 de febrero de 1898.

El embajador inmediatamente renunció, pero el daño estaba hecho. El que el juicio del embajador fuese bastante correcto empeoraba más las cosas. Puesto que McKinley realmente era débil, se volvió desesperadamente temeroso de la apariencia de debilidad. Y, por supuesto, para los superpa-triotas, el hecho de que un funcionario español hubiese osado criticar a un presidente estadounidense les parecía por sí solo que justificaba la guerra.

Luego vino lo peor. El 15 de febrero de 1898, a las 9,40 de la noche, el Maine, anclado en el puerto de La Habana, estalló, con bajas de 260 oficiales y soldados, de los 355 que había a bordo. Nadie ha determinado nunca qué causó la explosión. Considerando que el barco de guerra, como todo barco de guerra, llevaba explosivos, podía haber sido un accidente provocado por la negligencia de un miembro de la tripulación estadounidense. Si fue una acción deliberada de alguien de afuera, puede haber sido obra de un rebelde cubano ansioso de brindar una causa para la intervención norteamericana. La explicación menos plausible es que fuese la acción deliberada de los españoles, pues no había nada que desearan menos que una guerra con Estados Unidos y la explosión no podía por menos de provocar esa guerra.

El Ministerio de Marina inmediatamente nombró un tribunal de investigación, y el gobierno pidió a la nación que suspendiera el juicio, pero no había ninguna posibilidad de que esto ocurriese. Muchos saltaron a la conclusión inmediata de que España había hundido deliberadamente el buque sin detenerse a pensar qué motivo racional podía esta nación tener para llevar a cabo semejante acción. La prensa amarilla, con Hearst a la cabeza, dio por sentada la culpa de España en los mayores titulares y en seguida acuñó el eslogan: «¡Recordad el Maine, al infierno con España!».

El 28 de marzo el tribunal de investigación anunció que la explosión fue externa y que una mina submarina había hecho volar al Maine. Hoy en día se cree, en general, que esa conclusión era errónea y que la explosión fue interna. Pero aunque hubiese sido una mina submarina, ¿quién la puso allí? No había nada que indicase que habían sido los leales a España y no los rebeldes y, si se argumenta a partir de los motivos, tienen que haber sido los rebeldes.

El mismo día McKinley envió a España un ultimátum que exigía un armisticio inmediato en Cuba, el fin inmediato de la política de campos de concentración y la aceptación de la mediación norteamericana. Ésta, indudablemente, significaba la independencia para Cuba, pues la mediación estadounidense no podía acabar de otra manera.

España estaba atrapada en un intolerable dilema. No deseaba la guerra, pero ceder completamente habría sido la destrucción del gobierno español, que tenía sus propios jingoístas internos: los españoles que recordaban los grandes días de tres siglos antes, cuando España era la nación más poderosa del mundo. La única salida que podía ver el gobierno español era consultar al Vaticano. El pueblo español, fuertemente católico, podía permitir la humillación de su orgullo a petición del hombre al que aceptaba como el representante de Dios y de la Iglesia.

España, pues, se dirigió al Papa y, el 9 de abril, recibió suficiente respaldo del Vaticano como para acceder a todas las condiciones norteamericanas excepto la de que Estados Unidos mediase en la rebelión cubana. Un poco más de presión antes de la guerra y un poco más de disposición a hallar una fórmula que permitiese a España salvar las

apariencias habrían bastado, seguramente, para que España cediese también en este punto. No estaba en condiciones de luchar y todas las potencias europeas a las que se había dirigido se negaron a intervenir en su defensa ante los Estados Unidos. En la misma Europa estaban surgiendo rivalidades, y ninguna de las grandes potencias deseaba ofender a Estados Unidos por una nación tan débil como España.

Pero McKinley carecía de agallas para alcanzar los fines declarados de Estados Unidos sin un conflicto bélico. Había demasiado clamor insensato por la guerra y demasiados «jóvenes republicanos» que le decían que, si no iba a la guerra, demostraría ser un débil y destruiría las posibilidades del Partido Republicano en las próximas elecciones para el Congreso. Y McKinley demostró ser un débil al ceder.

El 11 de abril envió un mensaje bélico al Congreso y, después de un áspero debate, se hizo llegar a España un ultimátum de tres días, el 21 de abril, en el cual se exigía la inmediata independencia de Cuba. España, puesta contra la pared, y viendo que Estados Unidos estaba decidido a ir a la guerra ocurriese lo que ocurriese, se aferró a su orgullo, que era lo único que le quedaba, y declaró la guerra. Estados Unidos, a su vez la declaró el 24 de abril y la hizo retroactiva al 21 de abril, el día del ultimátum, pues parecía más heroico declarar la guerra primero.

Lo único que los antiimperialistas pudieron lograr del embrollo de una guerra innecesaria fue una enmienda a la declaración de guerra del Congreso que negaba específicamente toda intención, por parte de Estados Unidos, de anexionarse Cuba. Esta Enmienda Teller fue propuesta por el senador de Colorado Henry Moore Teller (nacido en Granger, Nueva York, el 23 de mayo de 1830), un partidario de la plata libre y de tendencias populistas.

La Guerra Hispano-Norteamericana

Puesto que la guerra la libraban dos naciones situadas a una distancia de casi cinco mil kilómetros una de otra, con un océano de por medio y una isla en juego, era claro que iba a ser esencialmente una guerra naval.

España tenía una armada respetable, si sólo se contaban los barcos. Pero la mayoría de estos barcos eran pequeños y anticuados. La moral de los jefes navales españoles era prácticamente inexistente, pues tenían que combatir a cinco mil kilómetros de su patria, sobre la base de una nación pobre y atrasada que no poseía más que orgullo y una antigua tradición.

Para empeorar las cosas, España ni siquiera podía concentrar su flota cerca de Cuba, pues había otra insurrección contra ella en marcha en otras islas -otro resto de su antiguo imperio mundial-, las Filipinas, situadas en el otro extremo del mundo con respecto a Cuba.

Las islas Filipinas son un conjunto de unas 7.100 islas (la mayoría de ellas muy pequeñas) situadas a unos 800 kilómetros al sudeste de China. La superficie total de este grupo de islas es de 300.000 kilómetros cuadrados, aproximadamente la del Estado de Arizona.

Los primeros europeos en llegar a las Filipinas fueron españoles, bajo el mando del capitán portugués Fernando de Magallanes, que estaba llevando a cabo lo que resultó ser el primer viaje de circunnavegación del mundo. Llegaron a las Filipinas en 1521, y Magallanes murió allí. Los españoles no empezaron a colonizar las islas hasta 1565, y entonces les dieron el nombre de Filipinas en homenaje a su rey Felipe II. Manila fue fundada en 1571.

Las Filipinas permanecieron bajo la dominación política y religiosa española de un carácter casi medieval hasta bien entrado el siglo XIX. En el decenio de 1880, algunos filipinos pudieron enviar a educar a sus hijos en Europa, y esto fue el comienzo del nacionalismo. Al principio estaba en un nivel muy modesto, expresado principalmente en términos de una producción literaria. Pero, como ocurre a menudo, quienes estaban en el poder creían que el puño fuerte desde el principio aplastaría la rebelión en el germen. Y como sucede casi

siempre, como resultado de ello los nacionalistas soñadores se radicalizaron, de modo que los poetas prepararon el camino de las guerrillas.

El más destacado de esos luchadores fue Emilio Aguinaldo (nacido en la provincia de Cavite, Filipinas, el 22 de marzo de 1869). En 1895 fue elegido alcalde de su ciudad natal, ocupando así un cargo que antaño había tenido su padre. Pero se convirtió en un revolucionario en respuesta a la represión española y, el 30 de agosto de 1896, condujo a un grupo a la revuelta declarada. A los pocos meses derrotó a destacamentos de soldados regulares españoles.

España volcó refuerzos en las Filipinas, y Aguinaldo tuvo que retirarse a las montañas. Allí resistió precariamente y, por último, aceptó un soborno de los españoles para que abandonase el país. Mantuvo el dinero intacto (dijo) para usarlo en una futura insurrección en condiciones más favorables, y esperó. Resultó que estaba esperando a la flota norteamericana.

Los norteamericanos tenían menos barcos que los españoles, pero sus barcos eran nuevos y estaban bien diseñados. Por una vez, Estados Unidos estaba preparado para una guerra, al menos en el mar.

Ello se debió, en parte, a la obra de un oficial naval norteamericano, Alfred Thayer Mahan (nacido en West Point, Nueva York, el 27 de septiembre de 1840). Hijo de un profesor de West Point, entró en la Academia Naval de Annapolis. Prestó servicio en el bloqueo durante la Guerra Civil y permaneció en la Armada hasta su retiro como contralmirante en 1896.

Fue un gran teórico militar, y escribió *La influencia del poder marítimo en la historia, 1660-1783*, en 1890; *La influencia del poder marítimo en la Revolución Francesa y el Imperio, 1793-1812*, en 1892, y *El interés de América en el poder marítimo, presente y futuro*, en 1897.

Su tesis era ésta: el océano es continuo y se extiende por todo el mundo; la tierra es discontinua y ocupa partes aisladas. Un poder militar terrestre puede ocupar regiones adyacentes a su base interna, pero debe detenerse en la costa, si carece de armada. Un poder naval, si está separado del poder militar por el océano, puede aislarse y, con su flota, atacar al enemigo en cualquier punto costero, puede proteger su comercio y puede bloquear a su enemigo. Un poder marítimo tendría el mundo como fuente de suministros y, en definitiva, derrotaría a un poder continental. Fue de este modo, señalaba Mahan, como Gran Bretaña finalmente derrotó a todos sus enemigos, incluido Napoleón, y creó su imperio mundial.

Ninguna nación podría ya hacerse fuerte sin una flota, decía Mahan. En cuanto a Estados Unidos, sin naciones poderosas en sus fronteras y con dos grandes océanos a cada lado, podía ser particularmente fuerte, y hasta invulnerable, si poseyese una armada eficaz. Mahan señaló la necesidad de una base en Hawai, y de estaciones para el aprovisionamiento de carbón en islas menores, puesto que el océano Pacífico es mucho más ancho que el Atlántico. También abogó por la construcción de un canal a través del istmo de Panamá, para que Estados Unidos pudiese, en caso necesario, concentrar su flota rápidamente en cualquiera de los océanos.

Siguiendo los consejos de Mahan, los norteamericanos trabajaron duro para construir una flota eficiente y, aunque por la época de la guerra con España no había ningún canal a través del istmo, había barcos americanos en ambos océanos.

La Flota del Pacífico estaba particularmente bien ubicada gracias a un accidente histórico. El secretario de Marina, John Davis Long (nacido en Buckfield, Maine, el 27 de octubre de 1838), tuvo que ausentarse por poco tiempo de su despacho, y el subsecretario ocupó brevemente su lugar como secretario en funciones. Ese subsecretario era Theodore Roosevelt, un gran admirador de Mahan* y con grandes deseos de usar la

* Otro admirador de Mahan era el kaiser Guillermo II de Alemania. Un mes antes de que empezase la Guerra Hispano-Norteamericana, Alemania, conocedora de las teorías de Mahan, empezó a construir una armada moderna destinada, con el tiempo, a superar a la de Gran Bretaña. Ésta ya sospechaba de las ambiciones alemanas, lo que la hirió en lo más vivo. Gran Bretaña y Alemania se hicieron mortalmente enemigas, y dieciséis años más tarde estarían en los bandos opuestos de una gran guerra. Ordenó a seis barcos de guerra del Pacífico que se dirigieran a Hong Kong para que estuviesen listos a actuar contra las Filipinas en el momento en que se declarase la guerra. El secretario Long, cuando volvió, se enfureció, pero no anuló la orden.

Si bien Estados Unidos tenía una armada en condiciones, en cambio no poseía ejército. España tenía, a la sazón, 155.000 soldados en Cuba, mientras que Estados Unidos tenía un total de 28.000 soldados, y éstos sólo habían luchado contra indios durante una generación. Se reclutó a voluntarios, pero no se los endureció dispersando veteranos en nuevas unidades ampliadas del ejército. Por el contrario, los veteranos fueron mantenidos intactos, y los reclutas fueron abandonados a su suerte. Además, la organización de suministros, tanto de alimentos como de atención médica, era abismalmente pobre; ésta fue la última guerra en la que Estados Unidos se permitió esa vergüenza*.

Tan pronto como se recibió en Hong Kong la noticia de la declaración de la guerra, la escuadra estadounidense, bajo el mando del comodoro George Dewey (nacido en Montpelier, Vermont, el 26 de diciembre de 1837), un veterano de la Guerra Civil, tuvo que partir, pues de lo contrario hubiese quedado en entredicho el carácter de Hong Kong como puerto neutral. Esto convenía a Dewey. Sus órdenes fueron dirigirse a Manila, unos 1.050 kilómetros al Sudeste.

Dewey tenía seis barcos bajo su mando, cuatro cruceros y dos cañoneros, y el 27 de abril de 1898, después de preparar

* Fue también la última guerra importante que se libró con pólvora, que había sido el elemento principal de las batallas durante cinco siglos, y que había ensuciado los cañones, asfixiado a los artilleros y ocultado los campos de batalla con sus enormes humaredas. En 1891 los químicos británicos James Dewar y Frederick Augustus Abel inventaron la cordita, la primera de las pólvoras sin humo y una sustancia más poderosa y destructiva que la pólvora común. Las guerras futuras se iban a librar con pólvora sin humo. Dewey zarpó hacia Manila. Lo esperaban diez barcos españoles y las baterías de costa españolas. Los europeos de Hong Kong, creyendo que los españoles eran lo que habían sido antaño, estaban seguros de que Dewey corría hacia su destrucción, pero no había ninguna probabilidad de que esto ocurriese. Los barcos de Dewey eran del más reciente diseño y estaban bien preparados. Los barcos españoles eran poco más que carracas, y el almirante español estaba esperando su derrota.

El almirante español alineó siete de sus barcos justo frente a Manila, para proteger a la ciudad, pero no había nada que protegiese a los barcos. Dewey llegó a la bahía de Manila, no vio nada que le impidiese la entrada, entró y llegó a la vecindad de Manila en la noche del 30 de abril.

Cuando amaneció, el 1 de mayo de 1898, se vio a las dos flotas enfrentadas. Los españoles dispararon alto y no hicieron ningún daño. A las 5,40 de la mañana, Dewey dijo calmadamente al capitán Charles Vernon Gridley (nacido en Logansport, Indiana, el 24 de noviembre de 1844), capitán del buque insignia, el Olympia: «Puede disparar cuando esté listo, Gridley».

Los barcos estadounidenses se pasearon de un lado a otro delante de la flota española, disparando constantemente. Interrumpieron brevemente a las 7,30 para que los hombres pudiesen tomar tranquilamente el desayuno, y luego volvieron al trabajo. A las 11 de la mañana la flota española estaba destruida. Todos los barcos habían sido hundidos o estaban

encallados, y habían muerto 381 españoles. En la operación, Dewey no perdió un solo hombre. Ocho marineros habían recibido heridas menores, esto era todo. Y cuando los barcos estadounidenses se desplazaron para bombardear a la misma Manila, los españoles convinieron en silenciar sus baterías de costa.

Pese a su victoria total en el mar, Dewey no pudo tomar Manila. Para poder hacerlo necesitaba una fuerza terrestre, y no la tenía. El 19 de mayo llevó a Aguinaldo desde Hong Kong, para que pudiese conducir a sus insurgentes filipinos contra los españoles por tierra, y así mantener a éstos ocupados e incapaces de llevar ninguna acción agresiva contra los barcos. Ni siquiera esto proporcionó a Dewey los medios para tomar la ciudad, y tuvo que esperar la llegada de soldados norteamericanos.

La espera no fue particularmente confortable. Estaba aislado y lejos de cualquier puerto amigo, y el 12 de junio llegaron barcos británicos, franceses y alemanes. Estaban allí, aparentemente, para proteger las vidas y propiedades de sus compatriotas, pero era evidente que esperaban obtener alguna tajada si la caída del poder español en las Filipinas creaba allí un vacío. Los alemanes fueron especialmente agresivos en sus provocaciones y llegó un punto en que Dewey, desesperado, se vio obligado a decir a un oficial alemán: «Diga a su almirante que, si quiere guerra, estoy preparado».

Pero los alemanes en realidad no querían guerra; sólo querían lo que pudiesen obtener sin guerra. Viendo a Dewey preparado (y el valor de sus barcos había quedado espectacularmente de manifiesto), y después de que Estados Unidos finalmente pusiese en claro que, ocurriera lo que ocurriese, no permitiría la intervención de otras naciones, los barcos alemanes zarparon. Dewey se instaló para mantener el bloqueo y esperar a los soldados.

Mientras tanto, en el Atlántico, la flota española había llegado a las Antillas y, para entonces, se le había agotado el combustible. No podía luchar sin antes entrar en algún puerto cubano para repostar carbón. La armada estadounidense lo sabía, y sólo necesitaba hallar la flota mientras estaba en puerto y mantenerla allí. (Desde su base en Florida, los barcos norteamericanos sólo tenían que hacer unos pocos cientos de kilómetros para llegar a cualquier parte de la costa cubana, de modo que no tenían problemas de combustible.)

El 19 de mayo la flota española llegó a Santiago, en la costa sudeste de Cuba, y entró en ella. El 29 de mayo la flota estadounidense, bajo el mando del contralmirante William Thomas Sampson (nacido en Palmyra, Nueva York, el 9 de febrero de 1840) -que había sido el presidente de la comisión investigadora del hundimiento del Maine-, localizó a la flota española e instantáneamente bloqueó el puerto.

Si la flota norteamericana hubiese podido entrar en el puerto, como Dewey había entrado en la bahía de Manila, seguramente habría destruido a la flota española. Pero el canal de entrada era estrecho y estaba lleno de minas; Estados Unidos quería evitar, en lo posible, la pérdida de alguno de sus modernos y costosos barcos. Pero algo había que hacer, pues mientras los barcos españoles estuviesen intactos, siempre había la posibilidad de que pudiesen hacer algún daño.

Se decidió dejar la flota norteamericana fuera del puerto e invadir Cuba con una fuerza terrestre que atacase Santiago desde la retaguardia. El 10 de junio la infantería de marina desembarcó en la bahía de Guantánamo, a 65 kilómetros al este de Santiago, para establecer una primera base. (En unas escaramuzas preliminares, un comandante norteamericano -un veterano confederado- olvidó quién era el enemigo y gritó: «¡Adelante, muchachos, vamos a hacer correr a los yanquis!».)

Pero se necesitaba más que eso, y se ordenó al principal ejército norteamericano, reunido en Tampa, Florida, que se dirigiese a Cuba el 30 de mayo. Estaba bajo el mando del general William Rufus Shafter (nacido en Galesburg, Michigan, el 16 de octubre de 1835).

Era un veterano de la Guerra Civil, en la que había combatido bien y con bravura, pero ahora pesaba 140 kilos y no sabía cómo organizar un gran ejército.

Se necesitaron once días para iniciar el embarque y cuatro días más para terminarlo; todo estaba en el más total caos, y Shafter no hacía prácticamente nada. El 20 de junio los transportes llegaron a las cercanías de Santiago. Shafter decidió no intentar un ataque directo a la ciudad, sino desembarcar en un punto situado a 30 kilómetros al este de Santiago. En esto siguió el consejo del general Calixto García*, quien comandaba a los rebeldes cubanos de la región.

El desembarco fue aún más torpe y desorganizado que el embarque, y si los norteamericanos se hubiesen enfrentado con un enemigo eficiente y bien dirigido, probablemente habría sido el fin de la mayoría de ellos. Pero el mando español era suficientemente malo como para hacer que Shafter pareciera bueno a su lado, y los norteamericanos se instalaron en suelo cubano sin oposición y sin bajas resultantes de la acción enemiga.

El 30 de junio los estadounidenses estaban listos para marchar sobre Santiago. El 1 de julio se libraron dos batallas, una en El Coney, a 8 kilómetros al noreste de Santiago, y la otra en el Monte San Juan, a 1,5 kilómetros al este de Santiago. Ambas fueron victorias norteamericanas, y en la segunda se distinguió Theodore Roosevelt.

Cuando estalló la guerra, Roosevelt renunció a su cargo y se incorporó al Primer Cuerpo de Voluntarios de Caballería como teniente coronel. Aunque no era el comandante de la unidad, siempre estaba espectacularmente visible, y popularmente se la llamó los «Duros Jinetes de Roosevelt». En el Monte San Juan, los norteamericanos fueron frenados por el fuego de los españoles que ocupaban las alturas, y los Duros Jinetes no cabalgaron, ni duramente ni de ninguna otra manera, pues fueron desmontados. Luchando a pie, llevaron la carga bajo el fuego enemigo, aunque no fue realmente una carga, pues ascendieron por la montaña con dificultades. Pero se movieron y expulsaron a los españoles.

Fue la única oportunidad para Roosevelt de lograr la gloria militar que anhelaba. (Como decía él: «No fue mucho una guerra, pero fue todo lo que teníamos».) Y eso fue mejor que nada, pues le sacó el máximo provecho en años posteriores. El famoso autor satírico norteamericano Finley Peter Dunne (nacido en Chicago el 10 de julio de 1867) hizo señalar a su famoso héroe de dialecto irlandés que, cuando Roosevelt puso por escrito sus experiencias hispanoamericanas debía haberlas titulado «Sólo en Cuba».

Una vez en las alturas, los norteamericanos estuvieron en condiciones de bombardear a la ciudad de Santiago y a la flota española desde tierra. El almirante español, cuyas órdenes le prohibían la rendición, no tuvo más opción que tratar de salir del puerto. El 3 de julio hizo el intento, y los barcos norteamericanos se abalanzaron de inmediato sobre los españoles. En cuatro horas todos los barcos españoles fueron destruidos; 474 españoles fueron muertos o heridos y 1.750 fueron tomados prisioneros.

El 17 de julio la misma Santiago se rindió, después de un bombardeo de una semana, y el 25 de julio otro ejército estadounidense ocupó otra colonia española, Puerto Rico, prácticamente sin hallar resistencia. Con esto terminó la guerra en el Atlántico.

En el Pacífico, la colonia isleña española de Guam, a 1.800 kilómetros al este de las Filipinas, ni siquiera se enteró de que había un estado de guerra hasta que llegaron barcos norteamericanos. Puesto que el gobernador español carecía de municiones, se rindió inmediatamente, el 20 de junio. La isla de Wake, a 2.500 kilómetros al noreste de Guam y que no era reclamada por ninguna potencia, fue ocupada por los norteamericanos el 4 de julio.

Sólo Manila resistía aún, pero el 1 de julio empezaron a llegar los primeros contingentes del ejército. A fines de julio había 11.000 soldados norteamericanos bajo el mando de Dewey, y el 13 de agosto los norteamericanos, junto con los insurgentes filipinos de

Aguinaldo, tomaron Manila y la guerra llegó a su fin. De hecho, había terminado el día anterior con un formal acuerdo entre España y Estados Unidos para poner fin a las hostilidades.

La lucha había durado menos de cuatro meses, y el número total de estadounidenses muertos en batalla fue de 365, pero más de 2.000 soldados norteamericanos murieron por las enfermedades.

Las negociaciones finales de paz se iniciaron en París el 1 de octubre. Los españoles, sin siquiera una apariencia de armada, tuvieron que ceder a todas las exigencias estadounidenses y dismantelar todo lo que les quedaba de su antaño enorme imperio. Cedieron Cuba y Puerto Rico en el Atlántico (Puerto Rico había sido suya durante quinientos cinco años). En el Pacífico cedieron Guam y las Filipinas, recibiendo a cambio 20.100.000 dólares de Estados Unidos como compensación por daños infligidos a propiedades españolas. De todo el imperio de España, sólo le quedaban algunos puntos de la costa africana.

Las Filipinas.

Por los términos del Tratado de París, firmado el 10 de diciembre de 1898, Cuba recibió su independencia, como Estados Unidos había prometido.

Guam y Puerto Rico, en cambio, fueron ocupados por Estados Unidos. A éstos nunca se les había prometido la independencia y no habían estado en rebelión. Se arguyó, además, que Guam sería una útil base naval para la flota de Estados Unidos y que si ésta no la ocupaba, lo haría alguna otra nación. En cuanto a Puerto Rico, estaba a sólo 1.600 kilómetros al sudeste de Florida y sería un puesto importante desde el cual dominar el mar Caribe.

Quedaba la cuestión de las Filipinas. Estaban a 11.200 kilómetros al oeste de San Francisco, y no lejos de la costa del continente asiático. Se hallaban en una parte del mundo en la que Estados Unidos nunca había tenido un interés militar particular. Las Filipinas, como Cuba, se habían rebelado contra España, y los insurgentes filipinos habían ayudado a los norteamericanos a tomar Manila. Puesto que se daba la independencia a Cuba, ¿no debían obtenerla también las Filipinas?

Así pensaban muchos norteamericanos pero los imperialistas de los Estados Unidos pensaban de otro modo. La independencia de Cuba había sido prometida (lo cual lamentaban), pero no se había prometido la independencia de las Filipinas, y surgió la exigencia de su anexión. Sería bonito tenerlas en el mapa con el mismo color que los Estados Unidos; significaría que también Estados Unidos tenía una colonia, y que podía mantener la cabeza alta en la sociedad de las potencias europeas.

McKinley cedió. Decidió que no se las podía devolver a España y que tampoco se podía permitir que las tuviera ninguna otra nación europea. Una vez que se persuadió a sí mismo de que, además, su pueblo no estaba capacitado para la independencia, Estados Unidos no tenía más opción que adueñarse de ellas.

El Tratado de París finalmente fue aprobado por el Senado (después de enérgicas objeciones de los antiimperialistas), el 6 de febrero de 1899. La votación sobre la independencia de las Filipinas dio un empate, y entonces era deber del presidente en ejercicio del Senado votar para romper el equilibrio. El presidente en ejercicio era el vicepresidente Morton, quien votó por apoderarse de las Filipinas. (El 21 de noviembre Morton murió en el cargo, en Paterson, Nueva Jersey.)

Y, en verdad, con el Tratado de París, Estados Unidos se incorporó al grupo de las grandes potencias y hasta el día de hoy no lo ha abandonado. Las orgullosas naciones europeas, acostumbradas a pasar por alto a Estados Unidos por considerarlo un país gritón, enorme pero desorganizado, que combatía sin eficiencia y sólo podía derrotar a indios y

mexicanos, quedaron asombradas del modo como había aplastado totalmente a España en pocos meses. Estados Unidos, luchando simultáneamente en ambos océanos, había barrido a la flota española sin perder un solo hombre ni un solo barco en el proceso. Había ganado las pocas batallas terrestres que había librado y había impuesto su voluntad al perdedor.

El 4 de febrero de 1899 esta nueva visión de Estados Unidos entró en la literatura por obra del poeta Rudyard Kipling, apóstol del imperialismo europeo. Dio la bienvenida a Estados Unidos en el club imperial con un poema titulado «Saludo a los Estados Unidos». Fue en este poema donde inventó la frase «la carga del hombre blanco» y, en verdad, habitualmente se titula el poema con esta frase. La primera estrofa dice:

Asumid la carga del hombre blanco,
Enviad a vuestros mejores vastagos,
Obligad a vuestros hijos al exilio,
Para que sirvan a las necesidades de vuestros cautivos
Y atiendan bajo pesados arneses
A gente agitada y salvaje:
Vuestros hoscos pueblos recién capturados
Mitad diablos y mitad niños.

Kipling parecía sugerir que los norteamericanos serían enviados a las Filipinas a tirar de los rickshaws en lugar de los filipinos y limpiarles a éstos los zapatos. Era exactamente a la inversa, y Kipling lo sabía, desde luego.

Y también los filipinos, que no veían la gloria de la victoria norteamericana a sus expensas. Habían luchado junto a los norteamericanos en la creencia de que obtendrían su independencia, como Cuba. Ni estaban dispuestos a llegar a un acuerdo por menos. Cuando Aguinaldo vio que, para los filipinos, - la guerra había sido librada sólo para cambiar de amo reanudó la rebelión, esta vez contra Estados Unidos.

Los filipinos no querían ser una carga para el hombre blanco. No deseaban ser servidos por hijos de norteamericanos en el exilio con pesados arneses. Los filipinos querían gobernarse a sí mismos; si mal o bien, era cosa de ellos y de nadie más.

Al principio, Aguinaldo trató de librar una batalla campal. Envio a sus hombres contra Manila el mismo día de la publicación del poema de Kipling, pero fracasó. Sus hombres eran numerosos, pero mal armados; muchos de ellos carecían de rifles. Además, estaban acostumbrados a los hábitos de los españoles, que preferían esperar el frío de la noche para tomarse la molestia de luchar. Los norteamericanos, bien armados y totalmente dispuestos a combatir al calor del día, aplastaron a los filipinos atacantes y pareció que su derrota era definitiva.

Pero no lo fue. Aguinaldo aprendió la valiosa lección de que no debía luchar con los métodos del enemigo. Si el enemigo tiene armas y organización, entonces hay que llevar el tipo de guerra en el que las armas y la organización no son importantes. Libró una interminable guerra de guerrillas, y por primera vez Estados Unidos aprendió cuan difícil es luchar contra nativos mal alimentados, mal vestidos y mal armados, pero que combaten en su suelo y por una causa que les es cara. No iba a ser la última vez.

La insurrección filipina (como se la llamó, pues no fue dignificada con el nombre de «guerra») continuó de una manera que para los norteamericanos de esta generación es de una obsesionante familiaridad.

Los generales al mando de las tropas, Elvell Stephen Otis (nacido en Frederick, Maryland, en 1838) y su segundo jefe, Arthur McArthur (nacido en Springfield, Massachusetts, el 2 de junio de 1845), hacían constantes declaraciones de que la insurrección había sido sofocada, pero nunca lo fue. Siguieron pidiendo más y más tropas, que fueron enviadas,

llegando 70.000 soldados norteamericanos que ocuparon las Filipinas, aunque tampoco esto puso fin a la rebelión.

El 23 de marzo de 1901, después de dos años de insurrección, Aguinaldo fue capturado*, pero tampoco así finalizó la rebelión.

Los soldados estadounidenses, frustrados por las interminables picaduras de pulga de un enemigo que en cierto modo no podían derrotar, apelaron al terror. Trataron a los filipinos tan mal como los españoles habían tratado a los cubanos, pero la lucha prosiguió.

Lo que logró poner fin a la insurrección, más que cualquier otra cosa, fue un retorno a la decencia y la honestidad.

El 7 de abril de 1900 McKinley nombró una comisión para que organizase un gobierno civil en las Filipinas. A su frente se encontraba William Howard Taft (nacido en Cincinnati, Ohio, el 15 de septiembre de 1857). Su padre había sido secretario de Justicia bajo Grant, y él mismo era juez federal. Era un hombre íntegro y en las Filipinas hizo todo lo posible para incluir a filipinos en el gobierno. Su rectitud y decencia hacia ellos probablemente hizo más para poner fin a la insurrección que toda la rudeza y crueldad de los soldados. Pero, en definitiva, los filipinos estaban bajo un gobierno colonial**.

Finalmente, el 4 de julio de 1902, la insurrección filipina terminó... por declaración presidencial. Luego la lucha decayó también. En conjunto, la insurrección había durado más de tres años y en ella murieron 4.230 norteamericanos (junto con 20.000 filipinos).

Fue mucho más sangrienta y trágica que la Guerra Hispano-Norteamericana, pero, en años futuros, cuando en los libros de historia se hacía la lista de las guerras de Estados Unidos, se incluyó la Guerra Hispano-Norteamericana pero no la insurrección filipina. Los norteamericanos se avergonzaban de ella sin duda, pero hacer el silencio sobre ella era peligroso. El filósofo de origen español George Santayana decía en 1905: «Los que no recuerdan el pasado están condenados a repetirlo», y esto fue lo que le estaba destinado a Estados Unidos. Si los norteamericanos hubiesen aprendido la lección de la insurrección filipina y se la hubieran tomado a pecho, se hubiesen ahorrado la lección mucho peor que tuvieron que volver a aprender en Vietnam.

Dejando de lado la insurrección filipina, quedaba el problema de qué trato dar a las nuevas posesiones isleñas.

Hasta 1898, todo nuevo trozo de tierra adquirido por Estados Unidos se había convertido en parte integrante de éste, con la promesa de llegar a ser primero territorio y luego Estado. En 1898 aún había partes de los Estados Unidos que eran territorios. Había territorios en el sudoeste, por ejemplo, que algún día llegarían a constituir los Estados de Oklahoma, Arizona y Nuevo México.

Al noroeste estaba Alaska, con respecto a la cual no se hizo mucho al principio. Pero en 1884, después del descubrimiento de oro allí, empezaron los primeros intentos de darle un gobierno formal, y era claro que la tendencia era otorgarle el rango de territorio. Y, por supuesto, Hawai fue anexionado como territorio desde el principio pues ésta era la condición con la cual la República de Hawai había pedido la anexión*.

Pero ¿qué pasaba con las nuevas tierras, tomadas por la fuerza y completamente extrañas a la tradición cultural norteamericana? (Hasta Hawai tenía muchos elementos norteamericanos en el momento en que fue anexionado.)

Los antiimperialistas de Estados Unidos argüían que toda parcela de tierra anexionada a Estados Unidos se convertía totalmente en tierra americana. La Constitución sigue a la bandera, decían, y los habitantes de Puerto Rico, Guam, Sa-moa y las Filipinas eran estadounidenses con todos los derechos constitucionales. Los imperialistas, en cambio, no deseaban esto. No tenía sentido tener colonias a menos que los habitantes de las colonias pudieran ser explotados, y si éstos eran estadounidenses con todos los derechos, tal explotación sería difícil

La cuestión llegó al Tribunal Supremo en 1901, en una serie de casos, y este organismo decidió a favor de los imperialistas. Las nuevas colonias ya no eran territorio extranjero, pero la Constitución no las cubría automáticamente. En cambio, correspondía al Congreso decidir qué partes de la Constitución, si había algunas, se les aplicaba. (Ésta era precisamente la disputa entre las colonias americanas y Gran Bretaña que resultó, finalmente, en la fundación de los Estados Unidos, de modo que el Tribunal Supremo, en efecto, había decidido a favor de Jorge III.)

Así, el Congreso podía aplicar aranceles aduaneros a los artículos importados de Puerto Rico, y podía hacer a los habitantes de la isla ciudadanos de Puerto Rico, no de Estados Unidos; esto fue lo que hizo el 12 de abril de 1900.

7. Theodore Roosevelt.

El tercer asesinato.

Una cosa era cierta. La excitación del imperialismo, en general, complacía al pueblo americano, y esto era de buen agüero para el partido en el poder: los republicanos.

Los antiimperialistas podían haber anulado el Tratado de París en el Senado, donde sólo necesitaban un tercio de los senadores más uno, pero Bryan instó a que no hubiese luchas partidistas. Pensaba que las partes imperialistas objetables del Tratado podían ser modificadas después de una victoria demócrata en 1900. Pero si él creía en tal victoria, estaba soñando.

La Convención Nacional Republicana se reunió en Filadelfia el 19 de junio y eligió unánimemente a McKinley en la primera votación. La elección del candidato a vicepresidente fue menos previsible, pues el vicepresidente Hobart había muerto recientemente. Pero este suceso fortuito le pareció conveniente al senador Platt, de Nueva York, el jefe republicano de este Estado. (Platt había renunciado al Congreso, junto con Conkling, durante el gobierno de Garfield, pero había vuelto a él).

En 1898 el Partido Republicano se había debilitado en Nueva York a causa de varios escándalos, y Platt se vio en la indignidad de tener que hallar a alguien honesto para gobernador de Nueva York. Era un requisito difícil, y Platt no pudo hallar a nadie que le gustase y que reuniese las condiciones necesarias, de modo que se vio obligado a aceptar a uno que no le gustaba. Se trataba del «Duro Jinete» Theodore Roosevelt. Recién llegado del Monte de San Juan, ganó fácilmente, pero, como temía Platt, resultó ser demasiado honesto. No había absolutamente ningún modo de impedir que fuese reelegido en 1900, a menos que se lo forzase a ocupar la vicepresidencia, y Platt movió cielo y tierra para sacarlo de Nueva York y meterlo en la candidatura.

Los republicanos lo aceptaron gustosos. Había sido el héroe número dos de la guerra y añadiría un toque militar a la fórmula presidencial. Roosevelt no deseaba la candidatura, pues consideraba el cargo como una tumba política, pero finalmente se lo convenció para que aceptase.

La Convención Nacional Demócrata se reunió en la ciudad de Kansas el 14 de julio de 1900. Por un momento hubo razones para suponer que los demócratas podían tratar de contrarrestar la gloria militar republicana eligiendo candidato al almirante Dewey, el héroe número uno de la guerra, pero la esposa de Dewey era católica. Para el Sur, centro del poder demócrata y fuertemente protestante, eso habría anulado las posibilidades de Dewey. Por consiguiente, Bryan fue elegido una vez más candidato a presidente por unanimidad y en la primera votación. Para candidato a vicepresidente fue elegido Adlai Stevenson, que ya había sido vicepresidente en el segundo mandato de Cleveland, en un esfuerzo para hacer que el brillo de la victoria política pasada cayese sobre la candidatura.

Se presentaron los habituales candidatos de los partidos menores, los populistas y los prohibicionistas. A éstos se agregó un nuevo partido, cuando el 6 de marzo de 1900 realizó su primera convención el Partido Socialista, en la que resultó elegido candidato Eugene V. Debs, el héroe de la huelga contra Pullman.

La campaña de 1900 fue muy similar a la de 1896. Bryan silenció los anteriores discursos sobre la plata libre, pues ésta era ya una causa muerta, y trató de despertar la conciencia de la nación contra el imperialismo. Pero los republicanos siguieron hablando de la plata libre y actuaron como si Bryan fuese un fanático desenfrenado.

El afortunado McKinley pudo llevar otra campaña frente al pórtico, mientras Roosevelt, vestido con uniforme de «Duro Jinete», recorría el país y excitaba al populacho con su aureola de valentía, algo en lo que tenía éxito pese a su voz aguda. Ayudó a los republicanos el hecho de que fuese una época de gran prosperidad, por lo que Roosevelt pudo usar con profusión el eslogan: «Una fiambarrera llena por cuatro años más».

Las elecciones, celebradas el 6 de noviembre de 1900, terminaron como la anterior, pero con una mayoría más amplia para los republicanos. El voto popular para McKinley fue superior en 200.000 votos al de 1896, mientras que el de Bryan fue menor en 140.000. Bryan ganó nuevamente en el Sólido Sur, además de Kentucky, donde había perdido la vez anterior, pero perdió en seis de los diez Estados occidentales en los que había triunfado en 1896. El voto electoral fue de 292 a 155, con un margen superior de 42 votos más que en 1896. Y los republicanos controlaron cómodamente ambas Cámaras del Congreso por mayorías más amplias: 55 a 35 en el Senado y 197 a 151 en la Cámara de Representantes. (El otro resultado notable de la elección fue que Debs recibió 95.000 votos.)

El 4 de marzo de 1901, en el primer año del siglo xx, McKinley fue reinvestido y luego la suerte lo abandonó.

El 6 de septiembre de 1901 asistió a la Exposición Panamericana, que se efectuaba en Buffalo, aunque estuvo allí por motivos puramente ceremoniales. Puesto que los presidentes norteamericanos, conscientes del carácter democrático de la sociedad de Estados Unidos, se enorgullecían de ser accesibles a cualquiera y de estrechar las manos a todo el mundo, McKinley recibió a una cantidad de ciudadanos y les estrechó la mano.

Uno de los hombres que esperaba era León Czolgosz, que se pronuncia «cholgosh» (nacido en Detroit, Michigan, 1873). Era uno de los que se habían radicalizado por los sucesos del decenio de 1890 y se había hecho anarquista, en la creencia de que todo gobierno es malo. Pensó que la mejor manera de enmendar ese mal era matar al hombre que lo encabeza. Por ello, se puso en la cola con un revólver cargado oculto por un pañuelo (ninguno de los dos hombres del Servicio Secreto que custodiaban al presidente tuvo la suficiente curiosidad como para echar una mirada para ver qué había bajo el pañuelo).

Czolgosz llegó hasta el presidente y McKinley le extendió su mano. Czolgosz disparó dos veces.

McKinley no murió inmediatamente; falleció el 14 de septiembre, después de una operación y de que se abrigasen esperanzas con respecto a su recuperación. Cualesquiera que fuesen los defeca: de su filosofía política, McKinley fue juzgado universalmente como un hombre amable y encantador. Fue tiernamente fiel a su esposa Ida, que era epiléptica y cuya enfermedad logró mantener oculta al público. Su primer pensamiento después de ser atacado a balazos fue para ella y el efecto que le produciría la noticia. «Tened cuidado con cómo se lo decís», susurró. «Por favor, tened cuidado.»

Roosevelt se apresuró a ir a Buffalo para prestar juramento como vigesimosexto presidente de los Estados Unidos. Sólo tenía cuarenta y tres años de edad, y hasta ese momento fue la persona más joven que ocupó el sillón presidencial en la Casa Blanca. En cuanto a McKinley, fue el último presidente que luchó en la Guerra Civil. El nuevo siglo iba a ver un nuevo Estados Unidos.

McKinley fue el tercer presidente norteamericano que fue asesinado en treinta y seis años. En cuanto a Czolgosz, fue rápidamente juzgado, condenado y ahorcado en Auburn, Nueva York, el 29 de octubre de 1901. Su acto sirvió para entrecerrar un poco más la Puerta Dorada, pues los inmigrantes fueron examinados más minuciosamente para impedir la entrada a los anarquistas.

El Lejano Oriente.

Estados Unidos pronto aprendió que convertirse en gran potencia supone un aumento de los problemas, tanto como del prestigio. Theodore Roosevelt fue el primer presidente que se vio inmerso, desde el principio, en asuntos concernientes a todo el mundo*.

Una vez que las posesiones americanas estuvieron dispersas por los océanos, Estados Unidos se vio afectado por problemas que surgían en rincones distantes del mundo y a los que antes habrían prestado escaso interés. Así, puesto que Estados Unidos era una potencia del este de Asia a causa de su presencia en las islas Filipinas, estuvo mucho más interesado que antes en los sucesos que ocurrían en China.

Comerciantes norteamericanos habían comerciado con China, y misioneros norteamericanos habían predicado allí, a lo largo del siglo XIX, lo mismo que ciudadanos de otras naciones. Durante un tiempo, a comienzos de ese siglo, estas actividades se habían hecho en las condiciones establecidas por China. Puesto que China era aislacionista y estaba convencida de la superioridad de su antigua y sutil cultura sobre la de Europa, las cosas se pusieron difíciles para los comerciantes del Oeste.

Pero el poder militar chino era medieval, y sólo era cuestión de tiempo que las naciones de Europa perdiesen la paciencia. Cuando China trató de restringir el comercio del opio (que dañaba a sus habitantes y enriquecía a los extranjeros), Gran Bretaña descargó el golpe defendiendo la mala causa de la continuación de ese vicioso comercio. La Guerra del Opio de 1841 terminó rápidamente con la derrota china, y Gran Bretaña obligó a China a abrir ciertos puertos al comercio extranjero. También obligó a cederle, directamente, el puerto de Hong Kong.

Otras potencias europeas siguieron el ejemplo británico. Cada una asumía privilegios especiales en una u otra ciudad costera. Empezó el proceso de parcelar China en «esferas de influencia», y dentro de cada una de ellas una potencia determinada poseía la supremacía y tenía privilegios comerciales.

En 1854, Japón había sido abierto por la fuerza al comercio mundial, cuando una flota norteamericana entró en el puerto de Tokio. Pero Japón no se replegó en su infortunio, como hizo China, mientras los extranjeros se inmiscuían en ella y la desmembraban. Por el contrario, Japón, en una generación, adoptó la tecnología occidental y construyó un ejército y una armada siguiendo modelos europeos. Lejos de convertirse en víctima de la explotación occidental, Japón pudo unirse a las filas de los explotadores y desgarrar a China junto con el resto.

La región inmediata de enfrentamiento entre China y Japón era la península de Corea, que sobresale del noreste de China a través de los 180 kilómetros de mar que hay al oeste de Japón. En 1876 Japón había abierto Corea al comercio extranjero por la fuerza, como Estados Unidos había hecho con Japón. Desde entonces, Corea ha sido atormentada por la guerra civil, en la que una parte recibía apoyo de China y la otra de Japón.

En 1894 China envió tropas a Corea a invitación de uno de los bandos de la guerra civil, y Japón rápidamente envió tropas para ayudar al otro. El 1 de agosto China y Japón estaban en guerra. Fue una contienda muy desigual, pues Japón ganó todas las batallas y destruyó al ejército y la armada chinos casi sin sufrir pérdidas. Fue como una anticipación de la situación que se daría en la Guerra Hispano-Norteamericana.

El 17 de abril de 1895 China se vio obligada a firmar un humillante tratado por el que cedía la isla de Taiwán a Japón y reconocía la independencia de Corea.

Esta clara prueba de la impotencia de China, aun a manos del «pequeño Japón» (imaginado todavía por los europeos como una pintoresca pequeña tierra de abanicos y parasoles), aceleró el ritmo al que China fue desmembrada.

Estados Unidos no participó en el desmembramiento de China, pues hasta la anexión de las Filipinas no había estado presente en esa parte del mundo. Pero por entonces, en la época de la Guerra Hispano-Norteamericana, era demasiado tarde para obtener mucho de China. Todo estaba ya ocupado. Lo único que Estados Unidos podía hacer era instar a que no se lo excluyese en el ámbito comercial, justamente porque no tenía ninguna esfera de influencia. A la sazón, John Milton Hay (nacido en Salem, Indiana, el 8 de octubre de 1838) era secretario de Estado bajo McKinley. Había sido secretario privado de Abraham Lincoln durante la Guerra Civil, y posteriormente se convirtió en un poeta y novelista menor. Como secretario de Estado, fue un imperialista declarado y un factor clave en la decisión de anexionarse las Filipinas. Y ahora tuvo que seguir la lógica de esta anexión provocando la intervención de Estados Unidos en China.

El 6 de septiembre de 1899, habiendo persuadido a McKinley de la sabiduría de esa política, Hay dirigió notas idénticas a Gran Bretaña, Alemania y Rusia, y luego a Italia, Francia y Japón. Pedía que todos conviniesen en que, dentro de sus esferas de influencia, no hubiese ninguna discriminación para el comercio y las inversiones, que todos los ciudadanos de los distintos países fuesen tratados de igual modo, que los mismos chinos recaudasen los aranceles y que la nación poseedora de la esfera de influencia pagase impuestos como las demás.

A esto se le suele llamar política de «Puertas Abiertas», pues en cada esfera de influencia se abriría la puerta a todas las naciones. Estados Unidos siguió defendiendo la política de Puertas Abiertas durante cuarenta años, pero no había ninguna posibilidad de que se impusiese, pues si en su esfera de influencia cada nación tratase a las demás en un pie de igualdad, ¿cuál era el beneficio de labrarse una esfera de influencia, en primer lugar? Gran Bretaña apoyó esa política porque, con su gran armada y flota mercante, obtenía la parte del león del comercio en toda competencia libre y abierta. Las otras naciones no hicieron más que aceptarla verbalmente. En verdad, Rusia ni siquiera la aceptó en principio.

Mientras tanto, los chinos pasaron por una reacción de rabia ciega contra las sucesivas humillaciones que les imponían las naciones explotadoras. Creció el odio contra los extranjeros, y al frente de la reacción contra éstos estaban los miembros de una sociedad secreta muy dada a la calistenia y a una técnica especializada de lucha similar a la que hoy es familiar por los asiduos asistentes al cine y a la que se da el nombre de Kung-fu.

La sociedad secreta se llamaba a sí misma I Ho Ch'uan, que se suele traducir por «Puños Justicieros y Armoniosos». Los extranjeros los llamaron, más sencillamente, «bóxers» [«boxeadores»]. Los bóxers pensaban que su destreza en su estilo de lucha los hacía invencibles. Hasta circularon rumores de que eran impenetrables por las balas.

Los bóxers, secretamente apoyados por el gobierno chino, atacaron a los extranjeros que pudieron coger y la situación llegó a un punto álgido cuando se hicieron dueños de gran parte de la zona rural que rodeaba a la capital, Pekín. El 29 de junio de 1900 una muchedumbre de bóxers que actuaban a las órdenes del gobierno mataron al embajador alemán en China y pusieron sitio a las diversas legaciones diplomáticas en Pekín, y también a la catedral católica. Se llamó a esto la «Rebelión de los Bóxers».

Inmediatamente se formó un cuerpo expedicionario bajo mando alemán y se lo envió a China. Entre sus 5.000 hombres había soldados de Alemania, Gran Bretaña, Francia, Rusia, Japón y, cosa sorprendente, los Estados Unidos. Fue la primera ocasión en que soldados norteamericanos llegaron en pie de guerra al continente asiático. La expedición

internacional no halló grandes dificultades. Barrió con todos los que se le opusieron y tomó Pekín el 14 de agosto, saqueándola implacablemente.

Los chinos, impotentes, el 7 de septiembre de 1901 se vieron obligados a acceder a todas las exigencias occidentales. Éstas habrían podido ser peores, si no hubiera sido por el hecho de que Hay, temeroso una vez más de que la mayor parte de China o toda ella fuese inaccesible para los norteamericanos, envió otra circular de Puertas Abiertas en la que pedía que se respetase la integridad territorial de China.

Entre otras humillaciones, China se vio obligada a pagar una indemnización equivalente a unos 740 millones de dólares en oro. De éstos, 25 millones iban a ser para los Estados Unidos. Para honor eterno de Estados Unidos, éste sólo tomó la mitad del dinero y esta mitad fue devuelta a China para ser usada como fondo para la educación de jóvenes chinos en instituciones norteamericanas.

De las naciones europeas, la más agresiva en la caza de territorios en China era Rusia. En fecha tan reciente como 1858, Rusia había obligado a China a cederle la parte de la costa asiática que se halla inmediatamente al oeste del Japón septentrional, y en 1860 había fundado el puerto de Vladivostok allí. En 1891 Rusia inició la construcción del ferrocarril tran-siberiano, mediante el cual pudo enviar armas y hombres a esas remotas provincias orientales, que están a 8.000 kilómetros de su centro europeo de poder.

Después de la Guerra Chino-Japonesa, Rusia se aprovechó de la derrota china para ocupar una posición de dominación sobre Manchuria Septentrional (la provincia más nororiental de China) y luego siguió presionando hacia el Sur. Por la época de la rebelión bóxer, prácticamente toda Manchuria estaba bajo la dominación rusa. Port Arthur, sobre el mar Amarillo, estaba en manos rusas, cuya influencia se hizo sentir incluso sobre Corea Septentrional.

La intrusión rusa fue un especial motivo de preocupación para Japón, que no le veía fin si se le permitía seguir. Japón trató de llegar a algún tipo de acuerdo con Rusia que protegiese la parte japonesa del despojo de China, pero Rusia no veía ninguna razón para tratar con ningún poder oriental. Si China era tan grande y sin embargo impotente, ciertamente Japón, que era diminuto en comparación con aquélla, podía ser ignorado.

Por ello, Japón decidió que la guerra era la única solución y que sólo podía ser librada con éxito si la superior fuerza de Rusia era debilitada suficientemente desde el comienzo. La guerra empezó, pues, el 8 de febrero de 1904, con un ataque sorpresivo de un torpedero japonés contra la flota rusa fondeada en Port Arthur. La flota fue destruida. (Esto fue un curioso presagio de un posterior ataque de los japoneses, y Estados Unidos podía haber recordado el suceso, pero aparentemente lo olvidó.)

El ataque a traición japonés puso las bases para la victoria japonesa, pues ahora un ejército japonés pudo desembarcar en Corea sin que los rusos pudiesen hacer nada para impedirlo. En Corea y Manchuria, las tropas rusas lucharon con su habitual valentía y fueron derrotadas, como de costumbre, por la incompetencia de sus jefes y la ineficiencia de sus suministros. Los rusos, en efecto, fueron derrotados en todas las batallas terrestres y, después de un largo asedio, perdieron Port Arthur. Cuando la flota atlántica rusa finalmente llegó a aguas japonesas después de un viaje de seis meses rodeando África, rápidamente fue destruida.

En quince meses, Japón había obtenido una asombrosa victoria sobre los rusos. Fue la primera vez en la historia moderna que una nación no europea había derrotado a una nación europea en una guerra importante. Como Estados Unidos en la década anterior, Japón entró en el escenario mundial como una gran potencia, la primera en tiempos modernos que no era de cultura europea.

Las desastrosas derrotas de Rusia en el Lejano Oriente provocaron una revolución interna, por lo que estaba ansiosa de poner fin a la guerra. De hecho, también Japón lo deseaba. Las

victorias habían sido muy brillantes, pero también, al menos en tierra, muy sangrientas, y Japón no tenía recursos para seguir combatiendo por mucho más tiempo. En verdad, estaba casi en bancarrota. Rusia, en cambio, aunque había sufrido derrotas, apenas estaba afectada en lo concerniente a sus reservas totales de hombres y recursos. Sus ejércitos estaban intactos y, si seguía luchando, unas pocas derrotas rusas más habrían destruido al vencedor japonés.

Estados Unidos también deseaba que la guerra terminase. No quería que venciese ninguno de los bandos, pues cualquiera de las dos naciones, si salía totalmente victoriosa, se habría adueñado de la China Septentrional y excluido a todas las otras naciones.

A comienzos de la guerra, impresionados por el tamaño de Rusia en el mapa, los norteamericanos habían aclamado las victorias japonesas como un caso similar al de David y Goliat. Pero a medida que las victorias japonesas aumentaron, Estados Unidos se intranquilizó. Por ello, en junio de 1905, Roosevelt se ofreció para mediar en el conflicto a fin de poner término a las hostilidades, y ambas partes aceptaron inmediatamente.

Japón ofreció defender la política de Puertas Abiertas, cosa que realmente no tenía intención de hacer y nunca hizo. En un acuerdo secreto, Estados Unidos convino en dejarle el camino libre en Corea, siempre que se comprometiese en no meterse con las Filipinas. Este acuerdo fue cumplido. En 1910 Japón se anexionó Corea abiertamente, pero no hizo ningún intento en las Filipinas... hasta que estuvo preparado, una generación más tarde.

Después de ser aceptado el acuerdo secreto por ambas partes, Roosevelt se dispuso a iniciar las negociaciones y, el 9 de agosto de 1905, representantes rusos y japoneses se reunieron en Portsmouth, New Hampshire (¡precisamente!). El 5 de septiembre se firmó el tratado.

Roosevelt usó su influencia a fin de hacer los términos de la paz más fáciles para Rusia, pues, de lo contrario, una Rusia desesperada, incapaz de soportar demasiada humillación ante una pequeña potencia no europea, podía haber reanudado la guerra. Los japoneses pedían una gran indemnización y la isla de Sajalín, situada al norte de Japón; finalmente, renunciaron a la indemnización y se contentaron con la mitad de la isla de Sajalín.

El resultado fue una enorme victoria personal para Roosevelt y, por ende, para el prestigio norteamericano también. El 10 de diciembre de 1906 se otorgó a Roosevelt el Premio Nobel de la Paz por lo que había hecho.

Alaska y el canal

Hubo problemas extranjeros más cercanos en los primeros años del siglo xx.

Hacia mucho tiempo que los Estados Unidos propiamente dichos no habían tenido que preocuparse por sus fronteras en el continente norteamericano. En 1853 se habían establecido los límites con Canadá y con México, y esos límites no fueron luego disputados ni modificados de ningún modo particular importante (y así siguió ocurriendo hasta el día de hoy).

Pero ¿qué ocurrió con Alaska? La línea divisoria de Norte a Sur a lo largo del meridiano 141 era firme, pero la frontera de la Alaska Meridional era una línea ondulante que iba de los 60 a los 54 grados de latitud norte. Seguía la costa e incluía a las islas del archipiélago Alejandro.

- Esas islas habían pertenecido a Alaska bajo la dominación rusa anterior a 1867 y no había ninguna discusión sobre ellas. La cuestión era dónde debía trazarse la línea divisoria en tierra firme. Los británicos sostenían que el territorio de Alaska incluía sólo las islas y la costa continental inmediata, mientras que los Estados Unidos sostenían que la línea corría a más de 100 kilómetros tierra adentro.

No hubo ningún conflicto concreto sobre la cuestión hasta después del descubrimiento de los campos auríferos del Klondike, pero luego se convirtió en algo importante. Si se

trazaba la línea de acuerdo con la opinión británica, entonces algunas de las calas oceánicas tendrían una línea costera canadiense en sus bordes insulares y podría llegarse a los campos auríferos sin tener que pasar por el territorio de Alaska.

Pero Theodore Roosevelt defendía de manera inflexible la posición estadounidense. El 26 de enero de 1900 había escrito a un amigo: «Habla con suavidad pero lleva un gran palo, y llegarás lejos». En este caso, se dispuso a exhibir el gran palo y también a hablar sonoramente. Se creó una comisión de arbitraje formada por tres estadounidenses, dos canadienses y un británico, y, cuando se reunieron en Londres, en septiembre de 1902, Roosevelt dejó muy claro que si la comisión no decidía a favor de Estados Unidos, éste fijaría su línea fronteriza por la fuerza.

Aunque los tres estadounidenses y los dos canadienses no se movían de sus posiciones, el británico tuvo que tomar en consideración otras cosas, fuera de Alaska. En los siete años transcurridos desde la disputa por la frontera venezolana, habían pasado sucesos que instaban a Gran Bretaña a la reflexión. La guerra con los bóers sudafricanos que por entonces se cernía como una amenaza terminó por estallar a fines de 1899, y continuó durante dos años y medio, pues acabó en mayo de 1902. En el curso de una guerra para Gran Bretaña humillantemente larga, se puso de manifiesto que a la mayoría de los europeos les deleitaba ver a los británicos con problemas y simpatizaban con los bóers. Gran Bretaña sintió agudamente la necesidad de amigos, sobre todo desde que Alemania y su nueva armada parecían más amenazadoras cada año.

Puesto que Gran Bretaña no estaba dispuesta a enajenarse a Estados Unidos en esa situación por una cuestión fronteriza secundaria, el miembro británico de la comisión votó a favor de los norteamericanos. El 20 de octubre de 1902, pues, la línea divisoria de Alaska fue establecida bien tierra adentro, no tanto como deseaban los estadounidenses, pero lo suficiente como para que toda la costa fuese estadounidense. Canadá se negó a firmar, pero esto no le sirvió de nada. La última disputa fronteriza norteamericana en el continente quedó dirimida, y desde entonces no ha habido ninguna modificación de importancia.

Lejos, al Sur, entre tanto, surgía otra cuestión. Tan pronto como Estados Unidos tuvo una línea costera en el Pacífico, en el decenio de 1840, los norteamericanos pensaron que un canal que cruzase la parte más estrecha del istmo de América Central era absolutamente necesario para el bienestar estadounidense, especialmente considerando el oro que se acababa de descubrir en California. El comercio marítimo entre las costas atlántica y pacífica de Estados Unidos tenía que seguir la larga ruta que bordeaba a América del Sur. Un canal a través del estrecho istmo (que en algunos lugares sólo tenía 65 kilómetros de ancho) reduciría la duración del viaje a la mitad.

Pero Estados Unidos no podía construir un canal en una tierra que no le pertenecía. Además, los británicos estaban expandiendo sus intereses en América Central y estaban tan interesados al menos como Estados Unidos en la construcción de un canal. La Doctrina Monroe habría impedido hacerlo a los británicos, si tal doctrina podía ser impuesta de hecho, pero, a mediados del siglo XIX, Estados Unidos no estaba en condiciones de enfrentarse con Gran Bretaña.

Lo mejor que podía hacer en 1850 era llegar a un acuerdo con los británicos a efectos de que ninguna nación tratase de monopolizar tal canal, si se llegaba a construir, y de que ambas garantizaran su neutralidad. El resultado fue que disminuyó el deseo de ambas naciones de construirlo.

De todos modos, la capacidad técnica necesaria para construir un canal a través de una tierra tropical infestada de enfermedades aún no existía. Un diplomático francés, Ferdinand de Lesseps, que había llevado a cabo con éxito la construcción del canal de Suez en el decenio de 1860, trató de construir un canal en Panamá, la parte más estrecha del istmo, en 1879. La tarea fue más difícil de lo que parecía. Muchos de los obreros enfermaron de

malaria y fiebre amarilla, y además todo el proyecto estaba roído por la corrupción. Fue un fracaso y durante un tiempo pareció que nunca se podría construir el canal.

Pero luego se produjo la Guerra Hispano-Norteamericana, con batallas navales en ambos océanos. Esto, junto con los escritos de Malian, en los que señalaba que un canal era una necesidad militar para los Estados Unidos, hizo aumentar febrilmente el interés por ese canal.

Por el Tratado de 1850, Estados Unidos no podía tener el control exclusivo de un canal semejante, si se construía, pero éste no sería de ninguna utilidad militar para Estados Unidos si su control no era exclusivo. Por lo tanto, Hay decidió negociar un nuevo tratado con los británicos que diese a los norteamericanos el control total.

Al principio, los británicos se negaron a llegar a un acuerdo sin concesiones recíprocas de los norteamericanos en la disputa fronteriza de Alaska, que a la sazón era una cuestión candente, pero Estados Unidos rechazó de plano esta exigencia. También en este caso Roosevelt puso en claro que Gran Bretaña debía ceder o Estados Unidos seguiría adelante sin tal acuerdo.

La guerra con los bóers no había terminado todavía y Gran Bretaña no podía hacerse otro enemigo. Cedió en este punto, como había cedido en el caso de la frontera de Alaska. El 18 de noviembre de 1901 se firmó el Tratado Hay-Pauncefote con el embajador británico Julián Pauncefote. Por este Tratado, Estados Unidos recibía campo libre para construir y fortificar un canal. El Tratado fue ratificado por el Senado el 16 de diciembre.

Una vez que Estados Unidos estuvo en condiciones de construir el canal sin la interferencia de la única gran potencia capaz de suscitar problemas en la cuestión, quedaba por resolver el asunto del sitio exacto del canal proyectado. Parecía lógico construirlo a través de Panamá, donde había trabajado Lesseps. Allí se cubriría la distancia más corta, pero el suelo era desigual y había que construir esclusas que elevasen los barcos unos 25 metros, y luego bajarlos otro tanto, para pasar del océano Atlántico al Pacífico.

A unos 1.700 kilómetros al noroeste había otro lugar posible para construir el canal, en la nación de Nicaragua. Era cuatro veces más ancho que el de Panamá, pero estaba al nivel del mar en su totalidad. Además, el lago Nicaragua podía formar parte del canal, y esto acortaría la distancia a la mitad.

La disputa por el sitio donde se construiría ya se había abierto camino en la política nacional inmediatamente después de la guerra con España. Había firmas privadas que estaban a la caza de la ruta de Nicaragua o de la de Panamá, y estas últimas lograron llegar a Mark Hanna, el poder oculto detrás de McKinley. En la campaña presidencial de 1900, pues, cuando ambos partidos abogaban por un canal, la plataforma republicana especificó que sería a través de Panamá. La plataforma demócrata, naturalmente, propuso que se construyese a través de Nicaragua.

Aunque los republicanos ganaron las elecciones, aún había una fuerte inclinación por la ruta de Nicaragua en el Congreso. Pero el 8 de mayo de 1902 el Mount Pelee, un volcán del extremo occidental de la isla caribeña francesa de La Martinica, que había emitido tenues susurros a intervalos de medio siglo, repentinamente estalló en una gran erupción. Destruyó la ciudad portuaria cercana de Saint-Pierre y mató a 30.000 personas.

Ningún volcán había explotado nunca de manera tan tremenda y tan cerca de Estados Unidos en su historia, y por un momento los norteamericanos se volvieron muy temerosos de los volcanes. Cuando se supo que un volcán nicaragüense activo se hallaba situado a ciento sesenta kilómetros de la ruta propuesta para el canal, eso fue suficiente: el Congreso optó por la ruta de Panamá el 28 de junio de 1902.

Pero Panamá era parte de la nación sudamericana de Colombia, la cual estaba en un dilema. El anciano presidente de la nación sabía que había muchos colombianos antinorteamericanos y que pondrían el grito en el cielo ante cualquier permiso que se

otorgara a Estados Unidos para construir un canal. Esto, sostendrían, sería una cuña destinada a poner a Colombia bajo la dominación norteamericana.

Por otro lado, un canal a través del istmo de Panamá podría proporcionar considerables ingresos a Colombia y, en todo caso, con Roosevelt en la Casa Blanca, era muy probable que Estados Unidos sencillamente se apoderase de lo que Colombia no quisiera darle, sin dar nada a cambio en tal caso.

El presidente colombiano decidió, finalmente, hacer el arreglo necesario y, el 22 de enero de 1903, se firmó el Tratado Hey-Herrán con el representante colombiano en Washington, Tomás Herrán. Según los términos del Tratado, Estados Unidos arrendaría por cien años una franja de tierra de 10 kilómetros de ancho a través del istmo, a cambio de diez millones de dólares en oro y una renta anual, a partir de 1912, de 250.000 dólares.

El Senado ratificó el Tratado el 17 de marzo, pero el Senado colombiano lo rechazó, lo cual enfureció al irascible Roosevelt.

Podía haberse dispuesto a maniobrar con la opinión pública colombiana para que aprobase el plan del canal, pero había un camino más corto para lograr su fin. Los habitantes del istmo no simpatizaban totalmente con Colombia. Se oponían a ser gobernados desde lejos, no se sentían tratados con justicia por el gobierno colombiano y se habían rebelado en varias ocasiones. Ahora vieron la posibilidad de obtener rentas para ellos, y no para los colombianos en general, y también comprendieron que la continua intransigencia colombiana podía lanzar a Estados Unidos a la ruta alternativa de Nicaragua. Así, algunos panameños dijeron a Estados Unidos que se rebelarían nuevamente, siempre que pudiesen recibir la ayuda estadounidense.

Roosevelt estaba dispuesto a otorgar esa ayuda. A fines de octubre de 1903 varios barcos de guerra fueron enviados a América Central. El 2 de noviembre se les ordenó impedir que tropas colombianas desembarcasen en Panamá en caso de revuelta, y el 3 de noviembre, el día previsto, se inició la revuelta. El 4 de noviembre los rebeldes panameños declararon la independencia de Panamá y el 6 de noviembre Estados Unidos la reconoció; así terminó todo. Era claro que no se permitiría a Colombia tratar de recuperar su territorio.

El 18 de noviembre se firmó un nuevo tratado con el representante panameño, Philippe Jean Buneau-Varilla, un ingeniero francés que había trabajado en el canal bajo la dirección de Lesseps y había presionado constantemente para su construcción. Los términos del Tratado Hay-Buneau-Varilla eran mucho más favorables a Estados Unidos que el anterior acuerdo con Colombia. El ancho de la franja de tierra arrendada por Estados Unidos era de 18 kilómetros, no ya de 10, y el alquiler no era por cien años, sino a perpetuidad.

A cambio, Estados Unidos garantizaba la independencia de Panamá*.

Estados Unidos inició la construcción del canal de Panamá, de 82 kilómetros de largo, el 9 de mayo de 1904, y los primeros barcos pasaron por el canal el 15 de agosto de 1914.

Como consecuencia de la Guerra Hispano-Norteamericana y de la construcción del canal, Estados Unidos ganó victorias que trascendían en mucho a las que se obtienen con balas y granadas.

Puesto que las bajas estadounidenses en la Guerra Hispano-Norteamericana habían sido causadas principalmente por las enfermedades y no por la acción del enemigo, Estados Unidos nombró al cirujano militar Walter Reed (nacido en Belroi, Virginia, el 13 de septiembre de 1851) jefe de una comisión enviada a Cuba para ver qué podía hacerse para combatir algunas de las enfermedades.

La peor de ellas era la fiebre amarilla, una enfermedad particularmente temida que, como había probado Reed en 1897, no era causada por cierta bacteria a la que había sido atribuida. En Cuba descubrió que la enfermedad no se transmitía por contacto corporal, por la vestimenta o por la ropa de cama, y volvió a la idea que había concebido antes: que el bacilo de la fiebre amarilla era transmitido por la picadura de un mosquito.

No había modo de someter a prueba esta teoría con animales, y siguió un período de grande y horrible dramatismo, en el que los médicos de la comisión se hicieron picar por mosquitos para ver si cogían la enfermedad. Algunos cayeron enfermos y uno de ellos, Jesse William Lazear (nacido en Baltimore County, Maryland, el 2 de mayo de 1866), murió. La tesis de Reed estaba demostrada.

La fiebre amarilla podía ser combatida, pues, si se destruían los lugares donde se criaban los mosquitos y si la gente dormía con mosquiteros. Mediante medidas como éstas, La Habana y otros centros endémicos de fiebre amarilla se libraron de la enfermedad. Al disminuir los centros de infección en América Latina, la costa oriental de Estados Unidos también se liberó de la enfermedad que, periódicamente, se había propagado por ciudades como Nueva York y Filadelfia, matando a decenas de miles de personas. La última gran epidemia de fiebre amarilla en los Estados Unidos afectó a Nueva Orleans en julio de 1905, y se le puso fin mediante una enérgica campaña contra los mosquitos. Dicho sea de paso, se demostró que la aún más difundida enfermedad de la malaria también es propagada por mosquitos.

El cirujano del ejército William Crawford Gorgas (nacido en Mobile, Alabama, el 3 de octubre de 1854) estuvo en Panamá durante la construcción del canal. Las nuevas medidas contra la malaria demostraron su valor fuera de toda duda. Los esfuerzos de Gorgas, que frenaron las epidemias de fiebre amarilla y malaria que habían derrotado a Lesseps, hicieron más para hacer posible la construcción del canal que la labor de todos los ingenieros juntos.

El Caribe

La Guerra Hispano-Norteamericana y sus secuelas convirtieron el mar Caribe en un lago norteamericano. Algunas de las islas eran todavía colonias europeas (La Martinica era francesa, Jamaica era británica, Curazao era holandesa, etc.), y otras regiones eran independientes (particularmente Cuba), pero las fuerzas militares norteamericanas dominaban el mar. Los británicos, quienes, antes de la Guerra Hispano-Norteamericana, eran hegemónicos en la zona, se contentaron con dejarla a Estados Unidos y a concentrarse, en cambio, en regiones donde era de temer su principal rival, Alemania.

Tampoco Estados Unidos estuvo lerdito en afirmar su dominación. Para empezar, los imperialistas norteamericanos lamentaban la independencia cubana e hicieron todo lo que pudieron para que esta independencia fuese lo más limitada posible.

El ejército norteamericano ocupaba Cuba después de la guerra, por supuesto, y podían crearse las condiciones para el retiro de los soldados. El 2 de marzo de 1901 fue aprobado un proyecto de ley sobre asignaciones al Ejército con una enmienda propuesta por el senador Orville Hitchcock Platt, de Connecticut (nacido en Washington, Connecticut, el 26 de julio de 1827), que establecía tales condiciones.

Según los términos de la Enmienda Platt, Cuba no podía hacer tratados con una potencia extranjera que, a juicio de Estados Unidos, afectara a su independencia o debilitara su estabilidad financiera. Además, Estados Unidos tendría el derecho de intervenir y hasta ocupar la isla si, según la opinión norteamericana, la independencia o la estabilidad financiera de Cuba se viesan amenazadas. Estados Unidos también recibió la bahía de Guantánamo como base naval, que conserva hasta hoy.

Los cubanos trataron de rechazar la Enmienda Platt, pero esto habría sido inútil; era claro que las fuerzas norteamericanas no se marcharían, en caso contrario, y qué hasta recibirían complacidas la intransigencia cubana como una buena excusa para anular la Enmienda Teller que había prometido a la isla su independencia. De modo que Cuba aceptó la Enmienda Platt, finalmente, y, para sorpresa de los más cínicos observadores extranjeros, Estados Unidos retiró realmente su ejército el 12 de mayo de 1902.

Hubo ocasiones, aun en fecha tan temprana como 1906, en que Estados Unidos envió su ejército a Cuba para mantener el orden, pero siempre los soldados terminaron por retirarse. En general, Cuba no podía ser considerada como totalmente independiente, pero tuvo cierta autonomía, dentro de los límites establecidos por Estados Unidos. Tampoco Estados Unidos abusó mucho de la Enmienda Platt, y llegaría el momento en que renunciaría de forma voluntaria a ella. Considerando el nivel de moralidad que hay entre las naciones, Estados Unidos, en conjunto, no se portó demasiado mal con Cuba.

Por la Enmienda Platt, Estados Unidos prácticamente asumía la responsabilidad de los acuerdos financieros de Cuba con otras, potencias, pues se prohibía a la nación contraer más deudas de las que podía pagar, lo que siempre ocurría con otros países latinoamericanos, que frecuentemente tomaban demasiados préstamos que luego dejaban de pagar. Lo que ocurría entonces era que los gobiernos a cuyos subditos se debía el dinero con frecuencia desembarcaban tropas y recaudaban aranceles hasta que se pagaba la deuda. Al hacer esto, las naciones acreedoras no eran completamente inocentes. Los que prestaban el dinero estaban totalmente dispuestos a complacer a gobernantes latinoamericanos corruptos dándoles más dinero del que la nación podía devolver, sabiendo que finalmente lo obtendrían a punta de fusil, y probablemente a un interés considerablemente mayor que el que hubiesen logrado de cualquier otro modo. Los únicos perdedores eran los pueblos latinoamericanos, que eran sacrificados por sus gobernantes corruptos y por sus codiciosos acreedores igualmente.

En Venezuela, por ejemplo, un general del ejército, Cipriano Castro, se había adueñado del poder en 1899.

Gobernó como un dictador despótico y pidió dinero prestado sin ninguna idea de devolverlo. En 1902, las dos naciones principalmente afectadas eran Alemania y Gran Bretaña, y consideraron que ya era tiempo de cobrar su dinero.

Ambas naciones tuvieron el cuidado de no chocar con la Doctrina Monroe. Informaron al gobierno norteamericano de sus intenciones y explicaron que, si bien querían cobrar el dinero que se les debía a sus subditos, no tenían intenciones de anexionarse territorios. La Doctrina Monroe prohibía las anexiones territoriales, pero ciertamente no decía que los europeos estaban obligados a tolerar pérdidas financieras.

Al principio, esto pareció correcto a los Estados Unidos, y las potencias europeas recibieron luz verde. Pero lo hicieron con imprudente vigor, capturando cañoneros, bombardeando fuertes y bloqueando puertos. La opinión pública norteamericana, totalmente habituada ahora a concebir el hemisferio occidental como enteramente estadounidense, se inquietó, y Roosevelt pensó que era mejor proponer un arbitraje.

Existía por entonces una organización internacional para tales fines. Una conferencia sobre desarme había creado un Tribunal Permanente de Arbitraje en La Haya, Países Bajos, en 1899, y, puesto que el tribunal efectuaba sus sesiones en esa ciudad, comúnmente es llamado el Tribunal de La Haya. Éste estableció procedimiento para crear juntas de arbitraje a fin de examinar ciertos casos, y Estados Unidos sugirió que las naciones europeas y Venezuela llevaran su caso ante el tribunal.

Extrañamente, esto no gustó a los gobiernos latinoamericanos, que no deseaban el arbitraje de tales disputas, pues casi siempre eran culpables financieramente. Lo que deseaban era que Estados Unidos usase la Doctrina Monroe para declarar que las naciones europeas no podían usar la fuerza armada para cobrar el dinero que les debían.

Roosevelt pensó que esto tenía cierta justificación. Mientras pudiera usarse la fuerza, siempre habría la posibilidad de sucesos violentos en aguas americanas, lo que despertaría innecesariamente la ira del público norteamericano, con la probabilidad de que hubiese incidentes desagradables que involucrasen a los Estados Unidos o a sus ciudadanos, siempre presentes.

Por otro lado, las deudas debían ser pagadas. La Doctrina Monroe no podía ser usada para permitir el robo. Por lo tanto, si se prohibía a las naciones europeas usar la fuerza para cobrar las deudas, Estados Unidos aplicó una especie de Enmienda Platt al resto de América Latina, por la cual Estados Unidos tomaría el dinero de los aranceles y lo entregaría al acreedor.

Este «Corolario Roosevelt» de la Doctrina Monroe convirtió a Estados Unidos en el gendarme del hemisferio occidental, y el primer caso en que el presidente aplicó con éxito ese corolario fue en la República Dominicana en 1905.

8. El progresismo.

La reforma política.

Mientras la posición de Estados Unidos en el mundo estaba sufriendo una revolución en los años iniciales del siglo xx, un cambio igualmente notable se estaba produciendo internamente en el estilo de la política norteamericana.

Durante todo el siglo xix el poder de las maquinarias políticas había crecido. Con hordas de inmigrantes que llenaban las ciudades, inmigrantes no capacitados en las artes políticas y sin experiencia de la democracia (siempre exceptuando a los irlandeses), los jefes de las ciudades podían gobernar como se les antojaba.

Mientras el gobierno norteamericano pensase que sólo debía ser un observador imparcial en la lucha entre empleadores y trabajadores, estos últimos estaban condenados a una vida que se diferenciaba poco de la esclavitud.

Pero había movimientos dirigidos a hacer que el gobierno asumiese la tarea de proteger a las clases más débiles y a hacerlo más sensible a los ciudadanos en general, y no sólo a los individuos y organizaciones suficientemente ricos para que pudiesen hacer contribuciones considerables a las campañas electorales.

Fueron los populistas los primeros en impulsar una serie de cambios destinados a hacer aumentar la participación de los ciudadanos en el gobierno. Puesto que el movimiento populista era fuerte en las zonas rurales, los primeros cambios orientados a lograr una mayor democracia se produjeron en el Oeste. Dado que tales cambios les parecían progresistas a los partidarios de ellos, el movimiento fue llamado «progresismo».

Como primeros ejemplos del movimiento progresista podemos mencionar la «iniciativa», el «referéndum» y la «revocación» que se practicaban desde hacía mucho tiempo en la república, mucho más pequeña, de Suiza.

Por «iniciativa» se entiende el derecho de los ciudadanos de proponer una nueva ley, preparando un esbozo de ella y luego obteniendo cierto número de firmas que la respalden. El esbozo adecuadamente firmado puede, entonces, ser presentado a la legislatura para su votación. Si la legislatura lo rechaza, puede ser sometido directamente a los ciudadanos en una votación general, y esto sería un «referéndum». Un proyecto de ley iniciado por la misma legislatura también puede ser sometido a los votantes en un referéndum. De este modo, el cuerpo de ciudadanos en general puede actuar como una legislatura a veces, dejando de lado a los representantes regulares.

La iniciativa y el referéndum fueron aprobados por algunos Estados. Dakota del Norte fue el primero en adoptar la iniciativa, en 1898, mientras Dakota del Sur aprobó el referéndum el mismo año. El primer Estado que adoptó ambos, la iniciativa y el referéndum, fue Oregón, el 2 de junio de 1902. En los siguientes veinte años, una cantidad de otros Estados adoptaron la iniciativa y el referéndum.

La «revocación» es un ataque más directo a la legislatura, pues permite destituir a un legislador, o a cualquier funcionario público, de su cargo, mediante una apropiada petición

firmada por un número suficiente de personas y que luego puede ser sometida a la votación del conjunto de la población. En escala urbana, la revocación fue adoptada por primera vez por Los Angeles en 1903, y en escala estatal por Oregón en 1908.

Ninguno de estos recursos es fácil de poner en práctica, pero existen y ocasionalmente funcionarán. Lo más importante es que sólo la amenaza de éstos, la mera existencia de la posibilidad de ser destituido, ha tendido a hacer de las legislaturas, si no un grupo de ángeles, al menos algo más sensible a la voluntad pública.

Otro modo de llevar el proceso político más cerca del votante es haciendo que la candidatura a los cargos esté sujeta a elección, tanto como los cargos mismos. Habría, así, una primera o «primaria» elección para la candidatura que sería seguida por una segunda elección para el cargo.

A muchos norteamericanos les parecía de poca utilidad votar si sólo se podía hacer por candidatos elegidos por unos pocos jefes de partido mediante la maquinaria de una convención. El resultado, a menudo, era una opción entre dos jamelgos políticos. Si el mismo pueblo, dividido en partidos, elegía hombres capaces, entonces la elección siguiente tendría sentido.

La primera ley de elecciones primarias fue aprobada en Wisconsin, en 1903, y más tarde la siguieron otros Estados. Por desgracia, en general las elecciones primarias resultaron inútiles. Demasiado a menudo los votantes mostraban tan poco interés por las elecciones primarias que, en cualquier caso, los jamelgos políticos se aseguraban la candidatura, con la legitimidad añadida de una votación. Sin embargo, mediante las elecciones primarias ocasionalmente han surgido candidatos que nunca habrían aprobado la prueba de jamelgos de la política regular.

Las elecciones primarias también han sido usadas en campañas presidenciales. Los resultados no limitan necesariamente a los delegados a la convención, de modo que a menudo son meros «concursos de belleza», pero a veces inesperadas victorias o derrotas en las elecciones primarias han tenido efectos decisivos sobre las candidaturas de diferentes individuos.

Los negros y las mujeres

La tendencia a la participación ciudadana en el gobierno fue, sin embargo, limitada, aun en la mente de los populistas más militantes.

El único grupo de norteamericanos que no tomaba parte en la tendencia liberadora del progresismo eran los negros, cuya suerte, en verdad, empeoró a medida que el siglo XIX llegaba a su fin. En los Estados que antaño se habían separado de la Unión, los derechos civiles les eran constantemente negados a los negros.

Se hacía esto mediante una variedad de recursos, como la imposición de difíciles pruebas de alfabetización a las que tenía que someterse todo negro bastante osado como para tratar de votar, aunque no tenían que hacerlo blancos igualmente analfabetos. Además, en las elecciones primarias, a los negros, sencilla y llanamente, se les negaba el voto, porque, a fin de cuentas, la Enmienda Decimoquinta no dice nada acerca de las elecciones primarias. Por añadidura, se negaba a los negros toda esperanza de tener una probabilidad en la prosecución de la felicidad mediante una política de terror sistemático. La policía y los tribunales, abierta y a veces violentamente, discriminaban a los negros y, cuando esto no era suficiente, estaban expuestos a ser muertos en motines raciales o linchamientos individualmente (es decir, matados sin ningún procedimiento legal). Aunque los blancos fuesen llevados a juicio por el asesinato de un negro, por cruel que hubiera sido el método o frívolo el motivo, no había modo de obtener un jurado blanco (los negros estaban excluidos, por supuesto) que los condenase. Entre 1890 y 1900, un promedio de 166 negros fueron linchados con impunidad en los antiguos Estados Confederados.

La mayoría de la gente del Norte y el Oeste no se preocupaba por la dura situación de los negros. Habían desempeñado su papel en la supresión de la esclavitud y esto les parecía suficiente. Sin duda, no había ninguna presión para tomar medidas violentas contra los negros fuera de los antiguos Estados Confederados, pero esto obedecía a que los negros, en el resto de la nación, eran aún demasiado pocos, en proporción a los blancos, para plantear una amenaza política, aunque se les permitiese votar.

Socialmente eran discriminados en el Norte y el Oeste tanto como en el Sur, y también económicamente, aunque ello no formara parte de una política estatal oficial fuera del Sur, y no estuviera confirmado por las leyes, lo que ya era importante. Significaba que el negro podía tratar de mejorar su situación, y, por escasas que fueran sus probabilidades, raramente sufría el castigo de un linchamiento*.

El líder negro más destacado en este punto bajo de la historia posterior a la Guerra Civil fue Booker Taliaferro Washington (nacido en Hale's Ford, Virginia, el 5 de abril de 1856, hijo de una esclava). Recibió educación gracias a la firme determinación de su madre, y trabajó en tareas domésticas para mantenerse mientras estudiaba.

En 1881 fue nombrado director de una escuela para negros en Tuskegee, Alabama. Esta escuela creció constantemente, y de tener un solo edificio y nada de dinero pasó a tener 100 edificios y un fondo de dos millones de dólares (la mayor parte proveniente de donaciones de industriales del Norte conmovidos por la elocuencia de Washington) en la época de su muerte en Tuskegee el 14 de noviembre de 1915.

Washington alentó la educación vocacional. Era un hombre práctico que sabía lo que no se podía hacer. Pensó que los negros no podían alzarse en rebelión sin ser diezmados y que no podían desafiar las costumbres sociales del Sur, ni siquiera pasivamente, sin ser golpeados y muertos. Tampoco creía Washington que los negros más ambiciosos debían dejar el Sur y abandonar en la desgracia a sus hermanos menos osados.

Washington pensaba que lo mejor que podían hacer los negros era aceptar su suerte, renunciar a su esperanza de lograr derechos civiles, hacer lo posible para mejorarse mediante la educación en las tareas menos prestigiosas que se les permitía realizar y tratar de obtener ganancias económicas aliándose con los blancos sureños, que eran relativamente piadosos.

Era una desgarradora política, que implicaba pedir sólo pequeñas concesiones prometiendo mantener a los negros «en su lugar». Suponía tragarse interminablemente el resentimiento, la inacabable aceptación de la injusticia y la eterna postergación de toda esperanza de alcanzar esos derechos ordinarios presuntamente garantizados a todos los norteamericanos. Por cautelosamente mínimos que hayan sido sus objetivos, Washington dio a los negros un punto de unión que los llevaría de un tiempo del máximo horror a un tiempo mejor, en que serían posibles políticas más positivas*.

Esas políticas más positivas empezaron a aparecer ya en vida de Washington, propiciadas por negros para quienes la política de Washington aseguraba una servidumbre permanente y que no estaban dispuestos a esperar indefinidamente por los derechos civiles. El más destacado de esos negros más militantes fue William Edward Burghardt Du Bois (nacido en Great Barrington, Massachusetts, el 23 de febrero de 1868), un negro cuya educación nortea le permitió obtener un doctorado en historia en Harvard en 1895. Fue uno de los fundadores de la Asociación Nacional para el Adelanto de la Gente de Color (NAACP: National Association for the Advancement of Colored People), el 31 de mayo de 1909, y luchó constantemente por los derechos civiles de los negros*.

Extrañamente, otro grupo que estaba privado de todos los derechos políticos y de la mayor parte de los derechos económicos, en todos los lugares de Estados Unidos, comprendía a millones de blancos y, en verdad, a muchos blancos ricos y de clase superior. Estaban privados de esos derechos sólo porque eran mujeres y por ninguna otra razón.

En la Declaración de la Independencia, por ejemplo, Thomas Jefferson afirmaba que «todos los hombres fueron creados iguales». Es dudoso que se le ocurriese siquiera incluir a las mujeres en esta afirmación. En verdad, durante la mayor parte de la historia, las mujeres han sido consideradas como seres intermedios, superiores a los animales de cuatro patas, quizá, pero, con seguridad, considerablemente inferiores a los hombres.

No solamente no se les permitía votar a las mujeres, sólo se les daba la educación más elemental y se les negaba la mayor parte de los trabajos, sino que, cuando lograban trabajar, recibían alrededor de un tercio de la paga que se le daba a los hombres por el mismo trabajo.

Pero ocasionalmente había teóricos que pensaban en los derechos de las mujeres. Hubo uno o dos entre ellos que, antes de la Guerra Civil, lucharon ardientemente contra la esclavitud de los negros y ocasionalmente pensaron en la cuestión de la esclavitud femenina.

Lo más importante fue que algunas mujeres lo hicieron. El 19 y el 20 de julio de 1848 un grupo de mujeres y hombres reunidos en Séneca Falls, Nueva York, emitieron una declaración en la que afirmaban que «todos los hombres y mujeres han sido creados iguales». Reclamaron el derecho de las mujeres a enseñar, predicar y ganarse la vida, así como el derecho a recibir una educación igual a la de los hombres. Para lograr todo esto reclamaron el derecho a votar, de modo que éste fue el nacimiento del movimiento en pro del «sufragio femenino».

Una de las personas activas en la realización de esa reunión fue Elizabeth Cady Stanton (nacida en Johnstown, Nueva York, el 12 de noviembre de 1815). Logró obtener una educación superior pese a que ninguna universidad admitía a mujeres. También estudió derecho aunque la ley no le permitía ejercerlo.

Abolicionista antes de la Guerra Civil y atea desde la infancia, no sólo exigió el sufragio femenino, sino que también abogó por el derecho de las mujeres a no ser tratadas como una propiedad en el matrimonio. Quería que las mujeres controlasen sus propias posesiones y tuviesen el derecho a divorciarse cuando las condiciones maritales eran intolerables, por ejemplo, cuando era golpeada por su marido o cuando éste era un alcohólico (Stanton era prohibicionista).

Pese a su odio a los matrimonios desdichados y la impotencia de las mujeres frente a ellos, no temió arriesgarse. Se casó felizmente y tuvo siete hijos. Sin embargo, su influencia fue limitada, porque sus ideas intransigentes hicieron que se la tratase como a una peligrosa radical y partidaria del «amor libre», es decir, de las relaciones sexuales entre dos personas cualesquiera que las deseasen.

Pero el acto más influyente de Stanton tal vez fuera la conversión a su causa de Susan Brownell Anthony (nacida en Adams, Massachusetts, el 15 de febrero de 1820) en 1851.

Anthony, más conservadora y con más posibilidades de éxito que Stanton, dio un poco más de respetabilidad a la lucha por los derechos de las mujeres. Pero era muy militante. Luchó por los derechos de las mujeres con conferencias, escritos, registrándose para votar en 1872 en desafío de la ley y luego negándose a pagar la multa de 100 dólares (y consiguiéndolo). Soportó las interrupciones con preguntas fastidiosas y las ridiculizaciones, y vivió lo suficiente como para convertirse en la gran vieja dama del movimiento. Fue respetada por todos, aun por quienes no estaban de acuerdo con ella, y murió en Rochester, Nueva York, el 13 de marzo de 1906, a la edad de ochenta y seis años, activa y decidida hasta el fin.

Lucy Stone (nacida en West Brookfield, Massachusetts, el 13 de agosto de 1818) ganó su fama no por la ardiente labor que realizó en pro de los derechos de las mujeres, sino porque, después de casarse con Henry B. Blackwell (un abolicionista) en 1855, siguió usando su nombre de soltera y se hizo llamar señora Stone, como acción por la igualdad de

derechos. Hasta hoy, toda mujer casada que usa su nombre de soltera* [en Estados Unidos] es llamada una «Lucy Stoner».

Un miembro más joven del grupo que iba a proseguir la lucha después de la muerte de la primera generación de defensoras de los derechos de las mujeres fue Carrie-Chapman Catt (nacida en Ripon, Wisconsin, el 9 de enero de 1859). Trabajó en una variedad de ocupaciones ordinariamente consideradas, en aquellos días, sólo adecuadas para hombres. Fue directora de escuela, periodista y directora de periódico, por ejemplo.

Cuando se casó, en 1890, su marido convino en que durante cuatro meses al año se dedicaría exclusivamente a la causa. También apoyó su causa financieramente y, cuando murió, en 1905, le dejó suficiente dinero para asegurar su independencia, de modo que pudiese continuar la lucha.

Los primeros resultados claros del movimiento aparecieron en los Estados occidentales, donde las mujeres eran menos y, quizá, tanto más valoradas por esta razón. El territorio de Wyoming permitió votar a las mujeres en elecciones territoriales en 1869, y cuando el territorio se convirtió en Estado, en 1890, el sufragio femenino fue incorporado a su Constitución, de modo que las mujeres pudieron votar en elecciones locales y estatales al menos. Colorado admitió el sufragio femenino en 1893, y Utah e Idaho le siguieron en 1896.

Pasó un tiempo antes de que otros Estados imitasen a los primeros, pero, de todos modos, los defensores del sufragio femenino no intentaban ganar un Estado tras otro, sino hacer aprobar una enmienda constitucional que permitiese votar a las mujeres en todas partes, en Estados Unidos, y en todas las ocasiones en que pudiesen votar los hombres.

Anthony luchó por tal enmienda y ya en 1878 se presentó una en el Senado. Fue rechazada, por supuesto y la vieja generación de activistas defensoras de los derechos de las mujeres no vivió para ver la victoria sufragista. Pero Catt sí, pues vivió hasta una avanzada edad. Murió en New Rochelle, Nueva York, el 9 de marzo de 1947, a los ochenta y ocho años.

Prohibición y conservación

Muchos de los partidarios de los derechos de la mujer estaban también ardientemente a favor de la prohibición legal de la venta de bebidas alcohólicas, y el movimiento «prohibicionista» fue considerado, a comienzos de siglo, un aspecto del «progresismo».

No había duda de que la ingestión de bebidas alcohólicas podía causar una seria adicción, y de que el alcoholismo produce enormes males a los adictos a él y a los relacionados con ellos o a los que tienen que tratarlos social o profesionalmente. Ya en 1840 hubo cruzados antialcohólicos para quienes la única respuesta al alcoholismo era el uso de la fuerza por el gobierno. En 1846, la primera ley prohibicionista de ámbito estatal en la historia estadounidense entró en vigor cuando Maine aprobó una ley sobre el control de la elaboración y venta de bebidas alcohólicas.

Después de la Guerra Civil, el gobierno federal descubrió que los impuestos sobre las bebidas alcohólicas eran una lucrativa fuente de ingresos. Esto desalentó al movimiento prohibicionista por un tiempo, pero los impuestos engendraron nuevos abusos. En las zonas rurales había gente que elaboraba whisky barato destilando bebidas fermentadas en lugares ocultos durante la noche. Fueron llamados moonshiners [que actúan a la luz de la luna], pues trabajaban con sus alambiques a la luz de la luna. Cuando agentes fiscales federales los capturaban para cobrar impuestos o impedirles que siguieran con su negocio, a veces se producían escenas de violencia.

Además, los productores de bebidas alcohólicas más ortodoxos empezaron a intervenir en la política local y estatal, pagando menos en sobornos para ahorrar más en impuestos, con lo que el único perdedor era el público. De hecho, uno de los mayores escándalos del gobierno de Grant fue el llamado de la Camarilla del Whisky.

En 1869 se fundó el Partido Prohibicionista, un partido cuyo propósito principal era hacer aprobar leyes contra la elaboración y venta de bebidas alcohólicas. Las convenciones del Partido Prohibicionista fueron las primeras que admitieron la asistencia de mujeres delegadas en un pie de igualdad con los hombres, lo cual era muy natural, pues las mujeres, mucho más que los hombres, eran la espina dorsal del partido.

En 1872, el Partido Prohibicionista eligió un candidato a la presidencia por primera vez. Sólo recibió 5.600 votos, pero el partido mejoró en años posteriores. En 1892, en la segunda campaña de Cleveland y Harrison, John Bidsvell, de California (nacido en Chatauqua County, Nueva York, el 5 de agosto de 1819), fue el candidato del Partido Prohibicionista, con una plataforma que favorecía el sufragio femenino tanto como la prohibición. Recibió 271.000 votos, el 2,5 por 100 del total, lo más que iba a obtener nunca el Partido Prohibicionista.

Posteriormente, el poder de atraer votos del Partido Prohibicionista declinó. En 1896, cuando Bryan se presentó por los demócratas, atrajo a muchos de los votantes prohibicionistas, pues él mismo era prohibicionista.

Pero el poder político de los prohibicionistas era mucho mayor que el número de votos que podía obtener en una elección. Muchos que no estaban dispuestos a votar por un partido de un solo tema simpatizaban, sin embargo, con sus objetivos, y gran número de ardientes mujeres que eran prohibicionistas no podían votar.

Buena parte de la fuerza de los prohibicionistas estaba organizada no por el partido, sino por organizaciones sociales. Una de ellas era la Unión Abstinente Cristiana de Mujeres (la WCTU: Women's Christian Temperance Union). Fue fundada en Ohio en 1874, y en 1879 asumió su liderazgo la carismática Francis Elizabeth Caroline Willard (nacida en Churchville, Nueva York, el 28 de septiembre de 1839). Por la época en que murió, en la ciudad de Nueva York, el 18 de febrero de 1898, la WCTU había crecido hasta tener 250.000 miembros y estaba dedicada a toda clase de causas humanitarias y progresistas, además de la prohibición. De hecho fue una poderosa influencia en la lucha por los derechos de la mujer.

Un grupo aún mayor era la Liga Antitaberna, que fue fundada en 1893. En 1902 quedó bajo la dinámica conducción de un clérigo metodista, James Cannon (nacido en Salisbury, Maryland, el 13 de noviembre de 1864).

El resultado fue que, a partir del decenio de 1880, hubo un constante incremento del número de Estados que tenían leyes prohibicionistas y eran «secos» o permitían a sus condados y ciudades constituyentes votar tales leyes (la «opción local») si lo querían.

Otra causa progresista que adquirió prominencia a finales de siglo fue la de la conservación de los recursos naturales, causa que tuvo en el mismo presidente un ardoroso campeón.

Theodore Roosevelt era un progresista. Hasta le salió del corazón hacer un gesto amable hacia los negros. El 16 de octubre de 1901, un mes después de ocupar la presidencia, invitó a Booker T. Washington a cenar en la Casa Blanca. El valor simbólico de ese gesto fue enorme, pues la aceptabilidad social de al menos un negro quedaba, así, demostrada, en la cumbre misma de la nación. (Una tormenta de protestas se desencadenó por esto, y los negros del Sur tuvieron que sufrir represalias por parte de quienes pensaban que la humanidad de Roosevelt inspiraría a los negros ideas peligrosas.)

Extrañamente, la conservación de los recursos naturales -algo que debía ser tan obviamente útil como el aire y los alimentos- era casi igualmente controvertida. La vastedad de las tierras estadounidenses y la evidente riqueza de sus recursos había hecho creer a los norteamericanos, durante todo el primer siglo de existencia de la nación, que eran infinitos. Los bosques fueron talados, por ejemplo, sin pensar que los árboles pudiesen tener otra utilidad que la de servir como reservas inmediatas de madera, y en el decenio de 1880

algunas personas se percataron de que la extensión continental de los bosques maderables norteamericanos casi había desaparecido.

Roosevelt se interesó particularmente por la conservación de los recursos naturales, pues, como hombre amante del aire libre que valoraba la vida activa, se dio cuenta de que los ámbitos naturales estaban siendo destruidos rápidamente. Al comienzo mismo de su gobierno, pues, anunció que era de vital importancia conservar los recursos forestales y acuáticos de la nación. Mientras fue presidente, decenas de millones de acres de tierras forestales, regiones mineras y lugares con energía hidráulica fueron retirados de la explotación privada.

Una figura destacada en los comienzos del movimiento en pro de la conservación de recursos fue Gifford Pinchot (nacido en Simsbury, Connecticut, el 11 de agosto de 1865). Estudió silvicultura en Europa y fue el primer experto en este campo que hubo en los Estados Unidos. De 1898 a 1910 fue jefe de la Oficina de Silvicultura e hizo más que nadie por hacer conscientes a los estadounidenses de la importancia de la conservación de recursos.

Trabajo e inmigración

Roosevelt también asumió una posición progresista en economía, reconociendo que el gobierno no debe ser neutral, sino que debe hacer valer su poder del lado de los débiles. Una manera de lograrlo era aplicar las leyes contra los trusts que ya existían.

Ño era mucho lo que se podía hacer, dada la debilidad de las leyes y las creencias conservadoras de los que dominaban las legislaturas y los tribunales, de modo que las actividades de «aplastamiento de los trusts» de Roosevelt fueron limitadas. Pero estimuló una nueva actitud en la nación contra la arrogancia de los magnates. En un discurso pronunciado en Provincetown, Massachusetts, el 20 de agosto de 1907, acuñó la frase «los malhechores de gran riqueza», que tuvo una impresionante resonancia en la mente de los norteamericanos.

La simpatía de Roosevelt hacia los trabajadores se manifestó específicamente en relación con una huelga de los mineros de la antracita, convocada por el sindicato Obreros de Minas Unidos para el 12 de mayo de 1902. El líder del sindicato era John Mitchell (nacido en Braidwood, Illinois, el 4 de febrero de 1870), quien era vicepresidente de la Federación Americana del Trabajo.

La huelga, como era habitual en aquellos días, era una respuesta a las espantosas condiciones impuestas a los trabajadores por empleadores que confiaban en el apoyo del gobierno. Los salarios eran bajísimos y los peligros de la minería enormemente elevados; pero los propietarios de minas no mostraban ningún interés en aumentar los salarios o establecer condiciones más seguras. Tampoco mostraron tal interés cuando la huelga fue convocada. Se negaron a negociar de ningún modo o de someterse a arbitraje. Los propietarios de minas estaban seguros de que el gobierno, en caso necesario, usaría el ejército para hacer volver al trabajo a los obreros, como había hecho Cleveland en el caso de los huelguistas de Pullman en la década anterior.

Uno de los propietarios de minas, George Frederick Baer (nacido cerca de Lavansville, Pensilvania, el 25 de septiembre de 1842), estaba tan confiado que el 17 de julio de 1902 llegó a un grado increíble de arrogancia cuando anunció: «Los derechos e intereses de los trabajadores serán protegidos y cuidados no por los agitadores, sino por los hombres cristianos a quienes Dios, en su infinita sabiduría, ha otorgado el control de los intereses de la propiedad en este país».

Al parecer, creía en el derecho divino de los propietarios de minas, de modo que cuestionar cualquier decisión de un propietario de minas debe de haberle parecido una pura blasfemia. Jorge III podía haber adoptado una posición similar frente a los colonos rebeldes y hecho

una observación semejante, pero no se habría atrevido a hacerlo, pues sólo era un rey y no un propietario de minas.

Roosevelt esperó hasta octubre, y para ese entonces los propietarios de minas, con su arrogancia, se habían desprestigiado en el país en general. Entonces, Roosevelt presionó para que se hiciese un arbitraje y mantuvo la presión sin vacilar en usar la amenaza de expropiación gubernamental de las minas. Los propietarios de minas cedieron, el arbitraje se llevó a cabo y, el 21 de octubre, la huelga terminó. Los mineros obtuvieron un 10 por 100 de aumento salarial (con lo cual aún estaban lejos de nadar en la opulencia), pero el sindicato no fue reconocido como legítimo agente negociador.

Pero esta vez, al menos, el gobierno no intervino de parte de los fuertes contra los débiles. Era un nuevo siglo. Y el 14 de febrero de 1903 se creó un nuevo departamento con rango de ministerio: el Departamento de Comercio y Trabajo. De este modo, el gobierno federal mostró claramente que seguiría interesado en el problema.

Uno de los problemas del trabajo era la inmigración sin restricciones en los Estados Unidos, el atractivo llamado de la Puerta Dorada, que tuvo el infortunado efecto de mantener elevada la oferta de mano de obra no cualificada. En su mayoría, los empleadores podían despedir libremente a sus empleados por causas triviales, pues siempre había una cantidad de hambrientos recién llegados ansiosos de obtener trabajos en las condiciones establecidas por los empleadores.

George Mitchell, el líder de los mineros huelguistas, comprendió que la solución era hacer ingresar en el sindicato a los inmigrantes, pero la ley hacía todo lo posible para dificultar la sindicación, por lo que los trabajadores generalmente apelaban a la solución más simple de pedir la restricción de la inmigración. En esto recibían ayuda de los sentimientos racistas, de modo que, cuanto más diferentes eran grupos particulares de inmigrantes de la población y la cultura norteamericanas predominantes, tanto más difícil era excluirlas.

No había ningún problema de inmigración negra, por ejemplo, ahora que ya no se podía llevar a los negros en cadenas, como esclavos. También, el Decreto de Exclusión de los Chinos, de 1882, que estuvo en vigor durante diez años, fue renovado por un plazo adicional de diez años en 1892, y luego, por segunda vez, en 1902, sin determinación de ninguna fecha. Aparentemente, los chinos nunca volverían a ser admitidos en los Estados Unidos.

Los japoneses planteaban un problema más espinoso. No hubo ninguna inmigración japonesa importante hasta el decenio de 1890, pero en esta década entraron unos 26.000, y empezó a aumentar el racismo de los norteamericanos de la costa del Pacífico (adonde llegaban los inmigrantes). Pero esta situación tenía que ser abordada cautelosamente. China era una nación débil que podía ser insultada con impunidad. Japón era más fuerte, sorprendentemente fuerte, como había demostrado la Guerra Chino-Japonesa, y no debía ser humillado demasiado abiertamente.

En agosto de 1900, por la época de la rebelión de los bó-xers, se llegó a un «acuerdo de caballeros» entre Japón y los Estados Unidos por el cual éstos no prohibirían de manera insultante la inmigración japonesa, pero Japón vigilaría para que no se dirigiesen a Estados Unidos demasiados de sus subditos.

Pero el acuerdo no funcionó bien; los japoneses siguieron llegando y la respuesta en California fue cada vez más racista. Se formaron Ligas de Exclusión, los escolares asiáticos fueron segregados en San Francisco y los periódicos de Hearst machacaban con lo que llamaban «el peligro amarillo».

Roosevelt hizo lo que pudo para frenar los casos más extremistas de prejuicios antiorientales, pero también reforzó el acuerdo de caballeros, después de su arbitraje de la Guerra Ruso-Japonesa.

Ni siquiera los inmigrantes blancos eran muy populares. Cada vez más, se trataba de los «Nuevos Inmigrantes», provenientes de Rusia, Polonia, Austria-Hungría, los Balcanes, Italia, España, en gran medida no protestantes. Entre 1901 y 1905, casi un millón de inmigrantes llegó de Italia, casi otro millón de Austria-Hungría y casi setecientos mil de Rusia. El número total de «Viejos Inmigrantes», los provenientes de Europa Noroccidental, fue de sólo un poco más de medio millón.

La inmigración, de hecho, estaba llegando a su culminación. Más de un millón de inmigrantes entraron en los Estados Unidos en cada uno de los tres años sucesivos de 1905, 1906 y 1907. El total de los tres años, 3.400.000, fue un récord que nunca sería superado.

En las décadas iniciales del siglo xx, pues, cada vez mayor número de norteamericanos empezó a pensar que la entrada de gentes extrañas significaba un peligro mayor que los beneficios de tener una oferta de mano de obra barata. El movimiento para limitar la inmigración comenzó a adquirir fuerza.

«Rastrillaje del lodo» y tecnología

El progresismo fue ayudado por un nuevo desarrollo en el campo literario. El sensacionalismo de la prensa amarilla adoptó formas socialmente más útiles cuando los autores empezaron a sondear en la corrupción que impregnaba el escenario norteamericano y a publicar denuncias.

Roosevelt comprendió el valor de esas denuncias, pero se irritó cuando parecieron ir más allá de lo que estaba dispuesto a permitirles. En 1906, Roosevelt se refirió a las denuncias literarias en relación con un pasaje de El viaje del peregrino, de John Bunyan, en el que se describe a un hombre con un rastrillo en las manos para revolver el lodo y la suciedad a fin de hallar cualquier cosa de valor que pudiese estar oculta allí. El rastrillador de lodo sólo podía mirar hacia abajo, de modo que no podía ver una corona celestial sobre su cabeza.

El nombre echó raíces, y este movimiento literario que estuvo en boga de 1900 a 1920 fue llamado «rastrillaje del lodo». (Y había mucho lodo, recuérdese.)

El primero de los rastrilladores de lodo fue Joseph Lincoln Steffens (nacido en San Francisco, California, el 6 de abril de 1866). Como director del McClure's Magazine inició, en octubre de 1902, una serie de artículos sobre la corrupción en el gobierno de la ciudad. Fueron luego publicados con el título de La vergüenza de las ciudades en 1904 y como La lucha por el autogobierno en 1906. Presentó pruebas demostrativas de que hombres ricos compraban rutinariamente a los funcionarios del gobierno de la ciudad y que las ciudades eran administradas para beneficio de los ricos y poderosos.

Ida Minerva Tarbell (nacida en Erie County, Pensilvania, el 5 de noviembre de 1857) era hija de un pequeño empresario que trabajaba en los márgenes de la industria del petróleo, y creyó que su padre se había arruinado por las maquinaciones del creciente monopolio de la Standard Oil, dominada por John Davison Rockefeller (nacido en Richford, Nueva York, el 8 de julio de 1839). Pasó cinco años investigando a la Standard Oil, publicó artículos sobre el tema en McClure's desde noviembre de 1902, y luego, en 1904, publicó la Historia de la Standard Oil Company, una visión antagónica de los métodos usados por Rockefeller en su marcha hacia el monopolio.

El más triunfal de los rastrilladores de lodo fue Upton Beall Sinclair (nacido en Baltimore, Maryland, el 2 de septiembre de 1878). Su denuncia adoptó la forma de una novela, La jungla, publicada en 1906. Fue su sexta novela y resultó ser un éxito inesperado. El ambiente de la novela-era el de los corrales para ganado de Chicago y su intención era despertar simpatía por los sufrientes trabajadores, pero la descripción de las condiciones en los corrales y la suciedad, que era enorme, horrorizaron y asquearon a los lectores hasta tal punto que dio origen a una ola de vegetarianismo.

Sinclair había vivido en el distrito de los corrales durante cinco semanas y no había inventado los horrores. Investigaciones concretas de la cuestión dieron apoyo a sus

descripciones y, puesto que los ricos y poderosos tenían que comer la misma carne inmunda, fue fácil tomar medidas en este caso. Se aprobó y firmó, el 30 de junio de 1906, un Decreto sobre Alimentos y Medicinas Puros, y el gobierno asumió la tarea de evitar que el público norteamericano fuese envenenado para beneficio de algunos.

Otros rastrilladores de lodo atacaron los horribles abusos del trabajo infantil, los sucios manejos de los ferrocarriles y la vergonzosa venalidad del Congreso.

Pero si había puntos oscuros en la sociedad estadounidense, también gozaba de una floreciente tecnología. A finales del siglo pasado, no había duda de que Estados Unidos era el líder tecnológico del mundo.

Aunque los primeros trabajos sobre el automóvil se realizaron en Europa, Estados Unidos se unió a la empresa con entusiasmo. El primer viaje transcontinental en automóvil, de San Francisco a Nueva York, se efectuó en el verano de 1902. Duró cincuenta y dos días, y el norteamericano Henry Ford hizo que su nombre fuese sinónimo del nuevo vehículo. Organizó la Ford Motor Company en 1903, y en 1908 fabricó el Modelo T, suficientemente barato como para ponerlo al alcance de millones de personas.

El 17 de diciembre de 1903, en Kitty Hawk, Carolina del Norte, los hermanos Wilbur Wright (nacido en Milville, Indiana, el 16 de abril de 1867) y Orville Wright (nacido en Dayton, Ohio, el 9 de agosto de 1871) construyeron la primera máquina volante más pesada que el aire que tuvo éxito, o «aeroplano», y volaron en ella. Los dos nuevos medios de transporte, el automóvil y el aeroplano, hicieron que el rey de las distancias, el ferrocarril, descendiera rápidamente de su real eminencia en la segunda mitad del siglo xix. El 12 de diciembre de 1901 es habitualmente considerado como la fecha de nacimiento de la radio, pues fue entonces cuando el ingeniero electricista italiano Guglielmo Marconi envió señales de radio desde el extremo sudoccidental de Inglaterra a Terranova. La radio rápidamente echó raíces en Estados Unidos y una demostración de operación de radio tuvo gran éxito en la Feria Mundial de Saint Louis en 1904. El físico canadiense-estadounidense Reginald Aubrey Fessenden (nacido en East Bolton, Quebec, el 6 de octubre de 1866) hizo de la radio un instrumento para reproducir sonidos. En 1906, el primer mensaje por radio fue emitido desde Massachusetts, de tal modo que los receptores pudieron captar palabras y música.

Desde 1889, Thomas Alva Edison había tratado de añadir a sus grandes invenciones anteriores, el fonógrafo y la luz eléctrica, un mecanismo para proyectar una serie de fotografías en rápida secuencia para dar la ilusión del movimiento. Así, inventó el cine, y, en 1903, su compañía produjo *El gran robo del tren*, la primera película con un argumento. La radio y el tren iban a ser las formas dominantes de diversión de los norteamericanos en la primera mitad del siglo xx.

En 1902 fue construido en Nueva York un edificio de veinte pisos, el Edificio Flatiron (así llamado por su sección transversal triangular [como la de una plancha, flatiron en inglés]). Fue el primer «rascacielos» de Nueva York, el primer edificio construido con una armazón de acero, bastante resistente como para permitir adosarle muchos pisos de ladrillo, hormigón y albañilería. Este nuevo estilo de arquitectura iba a ser característico de Nueva York y la convertiría en una ciudad diferente a toda otra que haya existido; se difundiría también a toda otra gran ciudad del mundo.

En un plano más etéreo, el científico alemán-norteamericano Albert Abraham-Michelson (nacido en Strelno, Prusia, el 19 de diciembre de 1852 y llevado a Estados Unidos a la edad de dos años) ganó el Premio Nobel de Física en 1907 por sus trabajos sobre la luz. Fue el primer norteamericano que ganó el Premio Nobel en la rama de las ciencias.

Pero la tecnología no pudo eliminar totalmente la antigua sujeción del hombre a las fuerzas destructivas de la naturaleza. El 18 de abril de 1906 un terremoto de cuarenta y siete segundos de duración, el más dañino en la historia norteamericana, destruyó San

Francisco. Luego hubo incendios, y antes de que todo terminase murieron cuatrocientas personas, diez kilómetros cuadrados quedaron arrasados por el fuego y los daños ascendieron a 500 millones de dólares.

9. Roosevelt y Taft.

El triunfo de Roosevelt.

Roosevelt, en los años siguientes al asesinato de McKinley y a su ascenso a la presidencia, era muy consciente de que no había sido elegido presidente y de que se había beneficiado de un accidente. Esto lo hizo cuidadoso en su relación con un Congreso que sí había sido elegido y le dio cierta inseguridad con respecto a su base de apoyo.

Antes de Roosevelt había habido cuatro vicepresidentes que se habían convertido en presidentes por la muerte de sus predecesores. Fueron John Tyler, Millard Fillmore, Andrew Jackson y Chester Alan Arthur (los presidentes décimo, decimotercero, decimoséptimo y vigesimoprimeros de los Estados Unidos, respectivamente). Ninguno de ellos había tenido éxito; ninguno hizo más que completar el mandato; ninguno había logrado siquiera ser elegido candidato para una elección presidencial.

Roosevelt tenía intención de romper esta serie de frustraciones. Consideró el futuro para 1904 y la probabilidad de ser elegido para el cargo, y las perspectivas eran favorables. En las elecciones para el Congreso de 1902 se eligió el Quincuagesimoctavo Congreso, que fue el quinto Congreso sucesivo en que los republicanos obtuvieron la mayoría en ambas Cámaras, por 57 a 33 en el Senado y por 208 a 178 en la Cámara de Representantes.

A comienzos de 1904, Roosevelt tenía tras de sí la triunfal terminación de la insurrección filipina, el éxito en la solución de la huelga de los mineros de la antracita, el éxito en la conclusión de la disputa fronteriza en Alaska y el éxito en el desbrozo del camino hacia la construcción del canal de Panamá. Mark Hanna, el más poderoso personaje contrario a Roosevelt en el Partido Republicano, murió el 15 de febrero de 1904, y había prosperidad interna. ¿Cómo podía perder?

Mientras la Convención Nacional Republicana se reunía en Chicago el 21 de junio de 1904, el destino dio a Roosevelt una notable oportunidad de halagar el orgullo norteamericano. Un bandido marroquí, Ahmed ben Muhammad Raisuli, había raptado a un griego-norteamericano, Ion Perdicaris, el 18 de mayo de 1904. Como inmigrante de extracción griega, indudablemente importaba poco a la mayoría de los estadounidenses, pero había un principio en juego. Roosevelt ordenó que barcos de guerra se dirigieran a Marruecos y el 22 de junio, reunida nuevamente la convención republicana, el secretario de Estado, Hay, consciente del valor propagandístico de una frase resonante, envió un telegrama al gobierno marroquí que decía: «Queremos a Perdicaris vivo o a Raisuli muerto». Perdicaris fue liberado dos días más tarde, vivo.

Los republicanos eligieron unánimemente a Roosevelt en la primera votación. Para vicepresidente eligieron al senador conservador de Indiana Charles Warren Fairbanks (nacido cerca de Unionville Center, Ohio, el 11 de mayo de 1852), con la esperanza de que su presencia en la candidatura apaciguara a los republicanos para quienes las ideas progresistas de Roosevelt eran indigeribles.

Los demócratas se reunieron el 6 de julio en Saint Louis. En realidad, no tenían esperanzas. Habiendo perdido dos veces con el colorido y progresista Bryan, eligieron candidato a un incoloro conservador, Alton Brooks Parker (nacido en Cortland, Nueva York, el 14 de mayo de 1852). Era un abogado y juez honesto y capaz, que pronto se declaró un demócrata del oro. Para vicepresidente eligieron a un hombre de negocios de Virginia

Occidental de ochenta y un años de edad, Henry Gassaway David (nacido en Woodstock, Maryland, el 16 de noviembre de 1823).

Fueron elecciones que no despertaron ningún interés. El 8 de noviembre de 1904 se realizaron las elecciones y Roosevelt ganó por 7.600.000 votos a 5.000.000. Roosevelt obtuvo el 56,4 por 100 del voto popular, el mayor porcentaje victorioso desde que se habían empezado a contar los votos populares, ochenta años antes. En el colegio electoral, Roosevelt recibió 336 votos por 140 para Parker, que representaban al Sólido Sur y Kentucky, aproximadamente el mínimo irreducible para un candidato demócrata en aquellos días. Con Roosevelt entró en funciones el Quincuagesimonoveno Congreso, el sexto que fue republicano en ambas Cámaras. El margen republicano permaneció igual en el Senado, pero aumentó en la Cámara de Representantes: fue de 250 a 136.

La elección de Roosevelt planteó un dilema. Desde la época de Washington y Jefferson se había implantado la sólida tradición de que ningún hombre podía ser presidente por más de dos mandatos. Sólo Grant había intentado serlo por un tercer mandato y no logró ser elegido candidato. Pero ¿significaba esto que había habido dos mandatos por elección? El período en el cargo anterior a la elección de Roosevelt sólo había sido menor en medio año que un mandato completo. ¿Contaba esto?

Roosevelt decidió que sí, y en la noche de su elección anunció: «En ninguna circunstancia seré candidato o aceptaré otra candidatura». Esto fue algo que más tarde lamentaría.

Una vez elegido por sí mismo, Roosevelt pudo pasar a la aplicación de su política interna y externa con mayor vigor y confianza en sí mismo (aunque es difícil creer que Roosevelt necesitase más confianza en sí mismo de la que tenía).

De hecho, se sintió tan fuerte que hizo algo sin precedentes en la historia norteamericana. Intervino en asuntos europeos en una cuestión que no concernía directamente a los Estados Unidos.

Esa intervención fue provocada por las rivalidades europeas en África. En el curso del siglo xix, Gran Bretaña se había adueñado de vastas extensiones en el este y el sur de este continente, y Francia había ocupado también grandes zonas en el norte y el oeste. Hasta Bélgica logró apoderarse de una gran parte del centro, mientras España y Portugal conservaban algunos restos de viejos días.

Alemania, que obtuvo el rango de nación tardíamente, halló que se había quedado atrás. Sólo en el decenio de 1880 Alemania empezó a moverse, ocupando unas pocas tierras africanas de las que Gran Bretaña y Francia no habían tenido tiempo de adueñarse. En la costa este-central, los alemanes crearon el África Alemana del Este, y en la costa sudoccidental el África Alemana del Sudoeste.

Bajo el nuevo y agresivo kaiser Guillermo II, que subió al trono en 1888, Alemania experimentó cierta humillación por no tener su propio «lugar bajo el sol». Por ello, pasó a la ofensiva todo lo que pudo, y lo hizo ruidosamente y sin tacto.

Alemania, sobre todo después de construir una armada, amenazó particularmente la posición de Gran Bretaña. Gran Bretaña, pues, siguió una nueva política de amistad hacia Estados Unidos. Y, como resultado de la Guerra His-pano-Norteamericana, cuando Estados Unidos repentinamente se convirtió en una potencia colonial, empezó a surgir la sensación de que había una «misión anglosajona» de civilizar el mundo.

Como consecuencia de esto, en los comienzos del siglo xx se inició una nueva tradición de amistad británico-norteamericana (que no siempre careció de fricciones) y, por ende, y pese a la ausencia de todo enfrentamiento particular directo, de una enemistad alemana-norteamericana.

Todo esto llegó a su culminación por una disputa sobre uno de los pocos rincones de África que todavía eran nominalmente independientes en la primera década del siglo xx: Marruecos, donde Hay había exigido a Perdicaris vivo o a Raisuli muerto.

En 1894, un muchacho de trece años, Abdulaziz, había subido al trono marroquí, y en 1900 el país había caído en una completa anarquía. Esto convenía a las potencias europeas, pues era la oportunidad para que una u otra de ellas se adueñase del país.

Francia, que dominaba a Argelia, situada al este de Marruecos, así como las regiones desérticas al Sur, tenía las mejores probabilidades. Entre 1900 y 1904, Francia hizo afanosamente acuerdos con Italia, Gran Bretaña y España, y luego empezó a penetrar en Marruecos.

Pero Alemania no fue consultada, y estaba furiosa. Trató de que Estados Unidos se uniese a ella en una declaración de política de puertas abiertas para Marruecos, similar a la que Estados Unidos había propuesto para China, pero Roosevelt la rechazó cautamente.

Luego, puesto que el principal aliado de Francia, Rusia, estaba envuelta en su desastrosa guerra con Japón, Alemania decidió tomar la audaz medida de avanzar sola. El kaiser Guillermo II hizo una espectacular visita a la ciudad marroquí de Tánger el 31 de marzo de 1905, pronunció el tipo de discurso explosivo que era una especialidad suya y por un momento pareció que podía desatarse una guerra europea.

Francia, que había sido derrotada por los ejércitos alemanes y no podía, por el momento, contar con la ayuda militar de Rusia, evitó una confrontación directa. Alemania, aprovechando su ventaja, maniobró para que se convocase una conferencia internacional en la cual, esperaba, se reconociesen sus intereses. Para lograrlo, apeló a Roosevelt.

Roosevelt, temeroso de una guerra europea y consciente de su papel como pacificador en la guerra entre Rusia y Japón, convino en presionar a Gran Bretaña y Francia para que se realizase tal conferencia. Tuvo éxito, y la conferencia se inició el 16 de enero de 1906 en Algeciras, ciudad española situada del otro lado del estrecho de Gibraltar con respecto a Marruecos. A la conferencia asistieron trece potencias europeas, Marruecos y Estados Unidos.

Rápidamente se puso de manifiesto que Alemania se había equivocado de modo flagrante en su estimación de la situación. Se halló aislada, con excepción de su satélite Austria-Hungría. Todas las naciones restantes, incluido Estados Unidos, apoyaron la posición francesa. Marruecos fue declarado independiente, aunque en realidad fue puesto bajo un protectorado franco-español.

Al principio Alemania dio señales de negarse a aceptar la decisión, pero Roosevelt sugirió algunos ajustes que le permitiesen salvar las apariencias y la conferencia terminó el 1 de abril de 1906, con Alemania como perdedora.

Taft como sucesor

La Conferencia de Algeciras fue otro triunfo para Roosevelt, y su prestigio pareció más alto que nunca. Las elecciones para el Congreso de 1906 dieron origen a un Sexagésimo Congreso que, por séptima vez consecutiva, estaba dominado por los republicanos en ambas Cámaras. En el Senado, los republicanos elevaron su fuerza a 61 por 31, mientras que en la Cámara de Representantes descendió moderadamente, con un resultado de 222 a 164.

Bajo la magia de McKinley y Roosevelt, el Partido Demócrata parecía reducido a una permanente minoría que sólo sobrevivía gracias al Sólido Sur y a algunas de las maquinarias de las grandes ciudades.

En 1908 no había duda de que Roosevelt habría sido elegido candidato nuevamente, si hubiese mostrado el menor signo de aquiescencia. Pero cuatro años antes había prometido que no se presentaría nuevamente, y mantuvo su promesa. En cambio, decidió apoyar como candidato a alguien que pudiese llevar adelante la política de Roosevelt de manera apropiada.

El hombre que Roosevelt eligió fue William Howard Taft, quien, en todos los cargos de gobierno que tuvo, demostró ser una persona capaz y honesta. La atención nacional se

centró por primera vez en Taft cuando fue enviado a las Filipinas para pacificarlas y había hecho maravillas para lograr la reconciliación de los filipinos con el gobierno norteamericano. Luego, en 1904, Roosevelt había nombrado a Taft secretario de Guerra, y se había desempeñado en este cargo de una manera leal y capaz.

Los republicanos se reunieron en Chicago el 16 de junio de 1908, y la palabra de Roosevelt fue suficiente. Taft fue elegido candidato en la primera votación. Para vicepresidente, la convención eligió candidato al miembro del Congreso por Nueva York James Schoolcraft Sherman (nacido en Utica, Nueva York, el 24 de octubre de 1855), un activo y leal miembro del partido.

Los demócratas se reunieron en Denver, Colorado, el 8 de julio de 1908. Bryan, que se había negado a enfrentarse con Roosevelt en 1904, pensó que tenía algunas probabilidades si este nombre mágico no aparecía ante los votantes, de modo que admitió ser elegido candidato una vez más en la primera votación, para hacer su tercer intento de alcanzar la presidencia. Para candidato a vicepresidente la convención eligió a John W. Kern, de Indiana.

Fueron elecciones insulsas, en las que el tema principal de la campaña fue el arancel. Los demócratas prometieron que lo reducirían, y los republicanos dijeron que lo revisarían (lo que implicaba una reducción). No tenía sentido que los demócratas plantearan la cuestión de la plata libre o el tema antiimperialista del oro, y las colonias habían tenido demasiado éxito para que se las pusiese en tela de juicio, de modo que los demócratas, realmente, no tenían mucho que decir.

Las elecciones se realizaron el 3 de noviembre de 1908, y Bryan perdió por tercera vez. Fue la única persona del Partido Republicano o del Demócrata que llevó a su partido a tres derrotas en elecciones presidenciales. Bryan salió algo mejor parado que Parker cuatro años antes, con 6.400.000 votos contra 7.700.000 para Taft, pero no tan bien como él mismo en sus dos primeros intentos. Bryan sólo ganó en el Sólido Sur y en cuatro Estados occidentales.

Taft obtuvo el 51,6 por 100 del voto popular y 321 votos, frente a 162 de los demócratas, en el colegio electoral. El Sexagesimo primer Congreso, que se eligió simultáneamente, fue el octavo consecutivo que tuvo mayoría republicana en ambas Cámaras, de 61 a 32 en el Senado y 219 a 172 en la Cámara de Representantes.

El 4 de marzo de 1909 William Howard Taft fue investido como vigesimoséptimo presidente de Estados Unidos.

Todo hombre que sucediera a Theodore Roosevelt estaba destinado a perder en la comparación, pero Taft fue particularmente decepcionante. Después de Roosevelt, con su sonrisa, su dinamismo y su campechana cordialidad, era difícil acostumbrarse a un hombre gordo que a veces se quedaba dormido en público. (Taft, con un peso de ciento cincuenta kilos, fue el presidente más gordo que tuvo nunca Estados Unidos, y, cuando entró en la Casa Blanca, hubo que instalar una bañera especial para él.)

Era similar a John Quincy Adams en que desempeñó con distinción dos cargos diferentes en el gobierno, con una presidencia de poco éxito en el medio. A decir verdad, Taft no tenía particularmente deseos de ser elegido candidato, pero la determinación de Roosevelt y las ambiciones de su esposa, Nellie, superaron su renuencia. (El placer de Nellie por la candidatura y la elección tuvo corta vida. Al primer año de estar Taft en el cargo, Nellie sufrió un grave ataque y tuvo que ser atendida lenta y pacientemente para que se recuperase, incluso hubo que enseñarle a hablar nuevamente. Vivió veinticuatro años más.) Al comienzo mismo de su gobierno, Taft convocó al Congreso para que tratase la cuestión del arancel, y la expectación general era que se produjese un acentuado descenso de los derechos arancelarios. La medida, tal como fue elaborada en la Cámara de Representantes por el miembro del Congreso por Nueva York Sereno Elisha Payne (nacido en Hamilton,

Nueva York, el 26 de junio de 1843), podía haber sido satisfactoria, pero en el Senado el arancel fue elevado a iniciativa del senador conservador por Rhode Island Nelson Wilmarth Aldrich (nacido en Foster, Rhode Island, el 6 de noviembre de 1841).

El resultante proyecto de ley del Arancel Payne-Aldrich fue completamente insatisfactorio para los demócratas, y también para muchos republicanos. Pero fue aprobado, y Taft, que buscó mucho el consejo de Aldrich durante todo su gobierno, lo firmó el 5 de agosto de 1909 y también lo elogió, con lo que enfureció aún más a un grupo de «republicanos insurgentes», en su mayoría del Oeste Medio.

Los insurgentes eran ardientes partidarios de Roosevelt y apoyaban las medidas progresistas. Se volvieron cada vez más adversarios de Taft, y aun enconadamente, lo cual presagiaba una división del partido de espantosas consecuencias para los republicanos.

Entre los líderes del movimiento insurgente estaba el senador por Wisconsin Robert Marión La Follette (nacido en Primrose, Wisconsin, el 14 de junio de 1855). Como miembro del Congreso y como gobernador de Wisconsin, había apoyado vigorosamente las ideas progresistas. Como gobernador, apeló a los profesores de la Universidad de Wisconsin para la preparación de proyectos de ley y para la administración de organismos reguladores del Estado, el primer caso en que la comunidad intelectual fue instada a ayudar a gobernar. Entró en el Senado en 1906 y rápidamente se destacó como portavoz de los progresistas. Cuando Roosevelt se retiró, La Follette se convirtió en el principal líder de ellos.

La tragedia de Taft fue que su opacidad y su falta de habilidad para manejar el Congreso hacían parecer insatisfactorio todo lo que hacía, aun cuando hacía lo que, si lo hubiese hecho Roosevelt, habría sido elogiado. Durante el gobierno de Taft se llevaron a cabo dos veces más acciones contra los trusts que en el gobierno de Roosevelt, pero mientras que Roosevelt sabía cómo obtener prestigio con tales procedimientos, Taft no lo sabía.

Asimismo, Taft continuó la política de Puertas Abiertas de Roosevelt no sólo en el Lejano Oriente, sino también en América Latina, y se esforzó para que las empresas estadounidenses tuvieran una mayor participación en los mercados, en competencia con las potencias europeas. Taft decía, en un mensaje al Congreso, que «esta política ha sido caracterizada como la sustitución de las balas por los dólares».

Fue una infortunada manera de expresarlo. Ciertamente, los dólares parecían mejores que las balas en el trato entre naciones. Pero el orgullo nacional identificaba las victorias mediante la fuerza con la «hombría», el «vigor» y el «coraje». Ganar mediante soborno o compra, en cambio, parecía vil y sucio. La política de Taft fue llamada la «diplomacia del dólar», y fue vilipendiada.

Además parecía que Estados Unidos ponía su poder al servicio de los empresarios norteamericanos y esto era, para los progresistas, otro modo en que el gobierno norteamericano favorecía a los ricos y poderosos a expensas de los pobres y débiles.

Y cuando el gobierno de Taft pasó del dinero a la fuerza, esto tampoco fue bien juzgado. Ello ocurrió por un nuevo problema de canales.

Roosevelt había asegurado el control sobre la ruta del canal de Panamá, pero aún quedaba la posibilidad de un segundo canal a través de Nicaragua, y era importante para Estados Unidos impedir que este posible paso cayese en manos extranjeras.

Tal suceso indeseable estaba lejos de ser imposible. Para empezar, el dictador de Nicaragua José Santos Zelaya era antinorteamericano, y tomó préstamos de las potencias europeas. Era muy posible que una u otra de las potencias acreedoras tratase de apoderarse de la potencial ruta del canal a cambio de librar de deudas al dictador.

Por ello, cuando estalló una rebelión contra Zelaya (financiada por firmas norteamericanas), en noviembre de 1909, Estados Unidos rápidamente se puso de lado de

los rebeldes. Zelaya huyó y se formó un nuevo gobierno bajo un gobernante firmemente pro norteamericano.

El secretario de Estado de Taft, Philander Chase Knox (nacido en Bronsville, Pensilvania, el 6 de mayo de 1853), el arquitecto de la diplomacia del dólar, negoció ahora un acuerdo con el nuevo gobierno nicaragüense que puso a esta nación bajo el control de Estados Unidos tanto como a Cuba. Estados Unidos iba a ocuparse de la deuda nicaragüense y en lo sucesivo controlaría las finanzas de Nicaragua. Además, la ruta para un posible canal quedaba reservada para Estados Unidos.

El Senado, más independiente de lo que habría sido bajo Roosevelt, se negó a aprobar este acuerdo, pero Nicaragua permaneció bajo control estadounidense de modo no oficial. En 1912, cuando estalló una nueva rebelión contra el régimen pro norteamericano, Estados Unidos actuó esta vez de parte del statu quo. Dos mil quinientos soldados de infantería de marina y marineros fueron enviados a Nicaragua, y la rebelión fue aplastada. Posteriormente, algunos infantes de marina norteamericanos permanecieron en Nicaragua por veinte años.

Taft no hizo en Nicaragua más que lo que Roosevelt había hecho en Panamá o McKinley en Cuba, pero lo hizo sin estilo y se granjeó una oposición generalizada entre los latinoamericanos, en el exterior, y entre los progresistas y antiimperialistas, en el interior.

Otro ejemplo de los infortunios de Taft fue el concerniente a la conservación de recursos naturales. Taft, quien se consideraba seriamente como sucesor de Roosevelt y que trataba de seguir fielmente los derroteros políticos de su patrón, siguió defendiendo el principio de la conservación de los recursos naturales.

El secretario de Interior de Taft, Richard Achules Ballinger (nacido en Boonesboro, Iowa, el 9 de julio de 1858), pensó que algunas tierras retenidas por el gobierno anterior podían, legal y razonablemente, ser ofrecidas en venta a firmas privadas y procedió a hacerlo.

El irascible Pinchot atacó a Ballinger y lo acusó de favorecer los intereses comerciales. Taft trató de imponer la paz, pero Pinchot no retrocedió ni un centímetro. Taft pensó entonces que debía apoyar al miembro de su gabinete y el 7 de enero de 1910 despidió a Pinchot. Ballinger fue eximido de culpa por una comisión del Congreso, pero los insurgentes republicanos estaban tan ofendidos por el trato dado a Pinchot que fue imposible mantener a Ballinger. Tuvo que renunciar el 6 de marzo de 1911.

Y, por supuesto, también esto contribuyó a que los progresistas viesan en Taft a un enemigo de la conservación de recursos y un traidor a la política de Roosevelt.

El crecimiento

Pero una realización del gobierno de Taft no pudo por menos de ser considerada por los norteamericanos, en general, como una feliz culminación. Fue durante su estancia en la Casa Blanca cuando la superficie continental de los Estados Unidos, tal como era antes de 1867, se llenó finalmente de Estados.

Un nuevo Estado había entrado en la Unión durante el gobierno de Roosevelt. Era la región situada entre Texas y Kan-sas que, desde 1834, había sido llamado Territorio Indio y que, presuntamente estaba reservada a perpetuidad para su ocupación por los indios. Fue el último trozo de territorio reservado a los indios sin que tal territorio formase parte de un Estado de la Unión y ese último trozo también estuvo bajo la incesante presión de los pobladores blancos.

Poco a poco, partes de él fueron abiertas a la colonización y, después de 1890, la sección occidental fue llamada Territorio de Oklahoma, de una palabra choctaw que significa «gente roja». A medida que se abría a la colonización cada parte de ese territorio, hasta cien mil colonos se abalanzaron a él para adueñarse de tierras, según el sistema «el primero que llega es el que primero se sirve».

Finalmente, el 16 de noviembre de 1907 el Territorio Indio llegó finalmente a su fin, y toda la región entró en la Unión con el nombre de Oklahoma, el cuadragésimo sexto Estado. En adelante, el único territorio reservado a los indios, a quienes antaño había pertenecido todo el país, fueron parcelas dispersas de tierra, cuidadosamente elegidas de modo que ningún hombre blanco en su sano juicio las desease.

Sólo quedaban como territorios que aún no eran Estados las regiones situadas al sur de Utah y de Colorado. La parte oriental era Nuevo México, y la occidental Arizona (de las palabras españolas «zona árida»). Al principio el Congreso quiso admitir la entrada de la región en la Unión como un solo Estado, pero los habitantes de los territorios se opusieron. El 6 de enero de 1912 Nuevo México entró en la Unión como el cuadragésimo séptimo Estado. Arizona no fue admitida al principio porque en la constitución propuesta para Arizona se permitía la destitución de jueces del Estado por votación popular. El Congreso juzgó que esto violaba el principio de la independencia del poder judicial. Arizona pues, revocó la ley y entró en la Unión, el 14 de febrero de 1912, como el Estado cuadragésimo octavo. Una vez convertida Arizona en Estado, los habitantes restablecieron su ley. El Congreso no podía dictaminar cómo un Estado debía llevar sus asuntos internos. Con la entrada de Nuevo México y Arizona, toda la extensión territorial que se extendía entre el Atlántico y el Pacífico («los Estados Unidos contiguos») se llenó de Estados, en un proceso que había comenzado un siglo y cuarto antes. El proceso de convertir tierras en territorios y luego en Estados parecía terminado, y la bandera estadounidense con cuarenta y ocho estrellas parecía la definitiva. No eran muchos los estadounidenses que pensaban en conquistar Canadá y México para formar nuevos Estados con esas tierras, como no eran muchos los que pensaban formar Estados en territorios separados de los cuarenta y ocho por mar o por tierras extranjeras. Y, en verdad, iba a transcurrir casi medio siglo antes de que se incorporasen nuevos Estados.

En 1910 la población de Estados Unidos era de 92.000.000 de habitantes. Su flota rivalizaba con la alemana por el segundo lugar. (Gran Bretaña mantenía indiscutiblemente el primer lugar.) Producía el doble de acero que Alemania y cuatro veces más que Gran Bretaña.

Un nuevo telescopio de 100 pulgadas, construido en California, era el más grande del mundo. Un explorador norteamericano, Robert Edwin Peary (nacido en Cresson, Pensilvania, el 6 de mayo de 1856), fue el primer ser humano que llegó al Polo Norte, el 6 de abril de 1909. La ciudad de Nueva York extendió los túneles de su Metro, por debajo del río East y el río Hudson, en 1908. Un séptimo ferrocarril transcontinental fue terminado en 1909. El aeroplano fue ahora una parte aceptada del escenario humano; en el otoño de 1911, un aeroplano voló del Atlántico al Pacífico en un tiempo total de vuelo de tres días y medio.

También los obreros progresaron. En 1905, William Dudley («Big Bill» [«el Gran Bill»]) Haywood (nacido en Salt Lake City, Utah, el 4 de febrero de 1869), líder de un sindicato minero, fue uno de los fundadores de los Obreros Industriales del Mundo (Industrial Workers of the World, IWW, o «Wob-blies» ['bamboleantes'], como se los apodó por alguna razón), en oposición a la American Federation of Labor. Mientras que la AFL era una confederación de sindicatos separados, constituidos en su mayoría por obreros cualificados, los IWW aspiraban a ser omnímodos: «Un Gran Sindicato para Todos».

En 1906 Haywood fue arrestado bajo la acusación del asesinato con una bomba de Frank R. Steunenberg, un ex gobernador de Idaho que había usado tropas para romper una huelga de mineros. El resultado fue un prolongado y dramático juicio en el que Clarence Seward Darrow (nacido en Kinsman, Ohio, el 18 de abril de 1857), el mejor abogado de Estados Unidos para los desvalidos, representó a Haywood y obtuvo su absolución.

Esto no perjudicó la causa de los IWW, que, en 1912, llegó a tener 100.000 miembros y fue capaz, en ese año, de llevar a cabo y ganar una espectacular huelga contra las fábricas textiles de Lawrence, Massachusetts. Los IWW eran una fuerza declaradamente socialista y, para los conservadores, eran el grupo más escandalosamente radical que había habido en Estados Unidos.

Pero en la lucha de la humanidad con la naturaleza, ésta a veces obtiene la victoria. El 14 de abril de 1912, el más grande y más lujoso trasatlántico construido hasta entonces, el barco británico *Titanio*, estaba efectuando su primer viaje de Southampton a Nueva York. Tenía un casco de doble fondo, dividido en dieciséis compartimientos estancos. Aunque cuatro de ellos estuviesen inundados, los doce restantes podían mantener a flote el barco, por lo que se proclamó que el *Titanio* no se podía hundir.

Poco antes de medianoche, sin embargo, el *Titanio* chocó con un iceberg, y se rompieron cinco de los compartimientos. En dos horas y media el buque se hundió, con una pérdida de 1.513 vidas, entre las que se contaban muchos norteamericanos eminentes. En este suceso estaban involucrados muchos errores: el barco iba demasiado rápido, en un intento de batir un récord; en los botes salvavidas sólo había lugar para la mitad de la gente que iba a bordo; no se hicieron ejercicios de salvamento; un barco que estaba bastante cerca como para llegar a tiempo no tenía en ese momento a ningún operador de radio de guardia.

Como resultado de ello, se establecieron nuevas regulaciones para los botes salvavidas y los ejercicios de salvamento. También se dispuso que la vigilancia de la radio se mantuviese en todos los barcos durante las veinticuatro horas. Y lo más importante de todo fue que se estableció una Patrulla Internacional de Hielos para que informase continuamente sobre la ubicación de todos los icebergs que hubiese dentro de determinada superficie del Atlántico Norte. Desde entonces no ha habido tragedias causadas por icebergs, ni una sola.

El resurgimiento demócrata.

Los republicanos, tan poderosos bajo Roosevelt, ahora se estaban dividiendo claramente. Los insurgentes estaban tras la piel de Taft y se ganaron un poderoso aliado: el mismo Roosevelt.

Theodore Roosevelt, después de dejar la Casa Blanca, también dejó el país y se marchó a una cacería de diez meses en África. Cuando retornó, en junio de 1910, en medio de grandes adulaciones, se halló sin nada que hacer. No le gustaba el retiro, le gustaban los aplausos y simpatizaba con los insurgentes.

Trató de no contribuir a una escisión abierta en el Partido Republicano, pero se sintió personalmente ofendido por el gobierno de Taft. El gobierno actuó contra la U. S. Steel, alegando que las manipulaciones de esta corporación habían provocado una quiebra de la Bolsa, el 3 de marzo de 1907, y un breve «Pánico de 1907». Se alegó, además, que la U. S. Steel había logrado engañar a Roosevelt para que permitiera * esas manipulaciones.

Roosevelt se enfureció ante la sugerencia de que podía haber sido engañado (tanto más cuanto que la acusación quizá era verdadera) y pasó abiertamente a la oposición. El 31 de agosto de 1910 pronunció un discurso en Osawatimie, Kansas, a favor de lo que él llamó el «nuevo nacionalismo». Atacó la hoja de servicios conservadora del Tribunal Supremo, denunció el poder de los ricos y pidió un «trato justo» para todos. En general, se puso firmemente de lado de los insurgentes.

Con los republicanos en semejante desorden, los resultados de las elecciones para el Congreso de 1910 dieron el triunfo a los demócratas, lo cual no era sorprendente. La serie de congresos sucesivos completamente republicanos, ocho en total, llegó a su fin, pues los demócratas obtuvieron el control de la Cámara de Representantes del Sexagesimosegundo

Congreso por 228 a 161. El Senado siguió siendo republicano por una mayoría de 10 escaños, en comparación con la mayoría de 29 del Congreso anterior, pero aun así, los insurgentes republicanos, aliados a los demócratas, dominaban el nuevo Senado. Taft se enfrentó con un Congreso hostil.

Los demócratas también ganaron nuevas gobernaciones. La nueva figura más importante apareció en Nueva Jersey. Era Woodrow Wilson (nacido en Staunton, Virginia, el 28 de diciembre de 1856). Después de una aventura inicial por el derecho, se hizo conocido como erudito. Su ámbito de conocimiento era el gobierno y la historia, y obtuvo un doctorado en Johns Hopkins en 1886. Fue profesor de historia y economía política en varias instituciones y finalmente llegó a la Universidad de Princeton donde, en 1902, fue elegido presidente de la Universidad.

En la Universidad de Princeton trató de democratizar la vida de los estudiantes y debilitar el esnobismo y el poder de los clubes de estudiantes. Aquí mostró dos aspectos de su personalidad que iban a tener influencia en la historia estadounidense posteriormente; primero, su intenso deseo de hacer lo que era ético, y, segundo, su incapacidad para manejar a la oposición, por lo que en definitiva fue derrotado.

Pero su actividad en la Universidad y sus discursos y escritos sobre cuestiones políticas lo convirtieron en un hombre destacado, y a los jefes del Partido Demócrata de Nueva Jersey les pareció una buena idea presentar la candidatura de este hombre poco mundano para gobernador, en un año en que los progresistas tenían que ganar. No tenían ninguna duda de que lo podrían dominar, una vez que ocupase el cargo de gobernador. Wilson aceptó, hizo una vigorosa campaña, fue elegido y pronto demostró que no se lo podía dominar.

Otra nueva figura política fue la del primo lejano de Theodore Roosevelt, Franklin Delano Roosevelt (nacido en Hyde Park, Nueva York, el 30 de enero de 1882). Se había casado con la sobrina de Theodore Roosevelt, Anna Eleanor Roosevelt, el 17 de marzo de 1905.

La rama de la familia a la que pertenecía Franklin era demócrata, y en 1910 los demócratas le pidieron que se presentase como candidato para la Asamblea del Estado, la Cámara inferior de la legislatura de Nueva York. Franklin Roosevelt estaba seguro de que su primo Theodore no estaría contra él y aceptó la candidatura. Parecía haber pocas esperanzas para él, pero era un año progresista y fue elegido, iniciando así la que sería la carrera política de mayor éxito en la historia norteamericana.

Las elecciones de 1910, por supuesto, sólo fueron el combate preliminar. Los insurgentes querían la derrota total de Taft. Querían impedir su reelección como candidato y poner a uno de los suyos a la cabeza de la candidatura republicana en 1912.

El 21 de enero de 1911 se fundó la Liga Republicana Progresista Nacional bajo el liderazgo de La Follette. La nueva Liga adoptó todo el conjunto de metas progresistas: iniciativa, referéndum, revocación, elecciones primarias directas, elección directa de delegados a las convenciones, elección directa de senadores, abolición de los monopolios, reconocimiento de los sindicatos y conservación de los recursos naturales. El 16 de octubre de 1911 la Liga se reunió en una convención en Chicago y apoyó a La Follette para la candidatura republicana.

Pero La Follette no tenía el renombre nacional necesario. Peor aún tuvo una especie de colapso mental mientras pronunciaba un discurso, el 6 de febrero de 1912, y esto impresionó mal a muchos de sus seguidores. Subió entonces la presión para que Theodore Roosevelt ocupase el lugar de La Follette, y Roosevelt estaba dispuesto a dejarse convencer.

Anunció su decisión en una entrevista periodística, asumiendo la postura de un retador en el cuadrilátero de boxeo. (En aquellos días, cuando un boxeador desafiaba a todos en una feria de condado, todo el que aceptaba el desafío lo hacía saber arrojando su sombrero al cuadrilátero.) Así, Roosevelt dijo: «Mi sombrero está en el cuadrilátero. El combate ha

empezado y ya estoy en cueros». Desde entonces, «arrojar el sombrero al cuadrilátero» se ha convertido en Estados Unidos en la manera corriente de significar que se va a entrar en una contienda política.

Roosevelt llevó la lucha con su habitual estilo enérgico. Ésta fue la primera elección en la que las elecciones primarias directas fueron un factor importante. Se realizaron en varios Estados, y Roosevelt fue a cada uno de ellos para disputar la candidatura a Taft, y también ganó en todos. Cuando se reunió la Convención Nacional Republicana en Chicago, el 18 de junio de 1912, Roosevelt tenía 278 delegados a su favor frente a sólo 46 de Taft. La Follette, que permaneció tercamente en la competición negándose a ceder ante Roosevelt, atacó a éste tan desaforada y enconadamente que perjudicó a su propia causa y sólo obtuvo 36 votos de la convención.

Nada de esto importó. Cuando la convención se reunió, los republicanos de la organización tenían el completo control de ella y era evidente que harían todo lo posible para que sólo se aceptasen los delegados de la convención adeptos a Taft. Por ello, los delegados de Roosevelt se marcharon.

Después de eso, Taft y Sherman fueron rápidamente reelegidos como candidatos republicanos para presidente y vicepresidente. Pero Sherman murió en Utica, Nueva York, el 30 de octubre de 1912, seis días antes de las elecciones, y tuvo que ser reemplazado a toda prisa por Nicholas Murray Butler (nacido en Elizabeth, Nueva Jersey, el 2 de abril de 1862), que era presidente de la Universidad de Columbia y un político activo entre los republicanos conservadores.

Las delegaciones partidarias de Roosevelt se reunieron separadamente en Chicago el 22 de junio, el día de la elección de Taft como candidato, y fundaron el Partido Progresista, dejando en claro que era su intención elegir candidato a Roosevelt. Realizaron una convención formal en Chicago el 5 de agosto y Roosevelt fue elegido candidato después de montar un terrorífico espectáculo. Dijo: «¡Estamos en Harmagedón, y nosotros batallamos por el Señor!». (Ésta era una alusión a la predicción bíblica de una batalla final entre las fuerzas de Dios y las de Satán.) En 1900 se había descrito a sí mismo, ante los líderes del partido, del siguiente modo: «Soy fuerte como un alce y podéis usarme hasta el máximo». Ahora el alce se convirtió en el símbolo del Partido Progresista.

Para vicepresidente, los progresistas eligieron al gobernador republicano progresista de California Hiram Warren Johnson (nacido en Sacramento, California, el 2 de septiembre de 1866).

Ésta fue la escisión más seria de un partido importante desde 1860, cuando, poco antes de la Guerra Civil, el Partido Demócrata se partió por la mitad. Esto había hecho posible que Abraham Lincoln, el candidato republicano, ganase la presidencia con una cantidad de votos considerablemente menor que la mayoría absoluta. A menos que se remediase la división republicana, parecía claro que serían los demócratas los que se beneficiarían ahora.

La Convención Nacional Demócrata se reunió en Baltimore el 25 de junio de 1912, en un estado de gran excitación. El principal candidato era James Beauchamp Clark (nacido cerca de Lawrenceburg, Kentucky, el 7 de marzo de 1850). Comúnmente conocido como Champ Clark, era un miembro del Congreso por Missouri y, en 1910, había llevado adelante la lucha para recortar los poderes del presidente de la Cámara de Representantes, un republicano conservador que la manejaba con mano de hierro, y había ganado.

Pero había otros en la contienda, entre ellos Wilson, quien había desafiado a los jefes políticos que habían trabajado para su elección y había efectuado un gobierno reformista que se ganó la admiración de los progresistas de ambos partidos.

El mismo Wilson no habría pensado en la presidencia, pero había un Mark Hanna que pensaba en ella por él. Era Edward Mandell House (nacido en Houston, Texas, el 26 de

julio de 1858), conocido habitualmente como el coronel House, por el título honorario que había recibido de un gobernador de Texas en 1892. Se sentía demasiado frágil para luchar directamente en las guerras políticas y prefería trabajar detrás del escenario mediante otras personas. Era un demócrata progresista y su mirada cayó sobre Wilson, a quien empezó a manejar para llevarlo a la presidencia.

Empezó la votación y Champ Clark fortaleció gradualmente su posición. En la décima votación obtuvo la mayoría, y en cualquier procedimiento sensato para elegir candidatos habría ganado. Pero desde el tiempo de Andrew Jackson el Partido Demócrata exigía los dos tercios de los votos para elegir candidatos, lo cual le había causado interminables problemas.

Eso significaba ahora que las votaciones debían continuar, y Clark gradualmente perdió la delantera. Por un momento pareció que nadie podía satisfacer el requisito de los dos tercios y que los demócratas se desmembrarían en medio de las disputas y perderían la gran oportunidad de ese año. Pero entonces Bryan (quien no podía esperar que se lo eligiera candidato por cuarta vez, pero aún tenía poder para hacer presidentes) se percató del peligro y se pronunció por Wilson en el momento decisivo. En la votación cuarenta y seis, Wilson obtuvo los dos tercios y fue elegido candidato demócrata a la presidencia.

Para vicepresidente, los demócratas eligieron candidato al gobernador demócrata progresista de Indiana, Thomas Riley Marshall (nacido en North Manchester, Indiana, el 14 de marzo de 1854)*.

Si Roosevelt se hubiese presentado como candidato por los republicanos, probablemente habría ganado. Si Taft se hubiese presentado sin Roosevelt como rival, también podía haber ganado. Pero con ambos contendientes por el cargo, ninguno podía ganar.

El Sólido Sur apoyó firmemente al virginiano Wilson. (Fue el primer candidato de un partido importante para la presidencia nacido en uno de los antiguos Estados Confederados desde la Guerra Civil, aunque, por supuesto, había hecho su vida profesional en el Norte.) Los cabecillas urbanos demócratas también lo apoyaron enérgicamente, y La Follette, más amargado que nunca, se puso a favor de Wilson y arrastró consigo algunos votos progresistas.

El resultado fue que el 5 de noviembre Woodrow Wilson obtuvo la mayoría de votos, 6.300.000 por 4.100.000 para Roosevelt y 3.500.000 para Taft. Wilson sólo recibió el 41,9 por 100 de todos los votos, menos que cualquier candidato vencedor desde Lincoln, que había obtenido el 39,8 por 100 en 1860, y menos que cualquier candidato demócrata perdedor desde la Guerra Civil, a excepción de Parker en 1904.

Sin embargo, a causa de la división republicana, recibió 435 votos electorales, que representaban a cuarenta Estados, el mayor número de votos electorales ganados por cualquier candidato a la presidencia hasta entonces. Roosevelt ganó en seis Estados 88 votos electorales. En cuanto a Taft, con sólo un cuarto de la totalidad de los votos, únicamente ganó en Utah y Vermont y recibió ocho votos electorales. Fue una humillación sin precedentes para un presidente en ejercicio que se presentase para su reelección. Taft fue el único que salió tercero.

El Sexagesimotercer Congreso, elegido junto con Wilson, fue demócrata en ambas Cámaras por primera vez desde el Quincuagesimotercer Congreso de 1892. La mayoría demócrata fue de 51 a 44 en el Senado y de 291 a 127 en la Cámara de Representantes.

Eugene Debs se presentó por cuarta vez consecutiva por los socialistas. En 1900, 1904 y 1908 no había logrado reunir más del 1 o 2 por 100 de todos los votos. En 1912 obtuvo 900.000 votos, un 6 por 100 del total, el mayor éxito que iba a tener nunca un socialista.

10. Woodrow Wilson.

El nuevo progresista.

Woodrow Wilson fue investido como vigesimooctavo presidente de los Estados Unidos el 4 de marzo de 1913, con lo que nuevamente hubo un progresista en la Casa Blanca.

Como augurio de la nueva presidencia liberal, poco antes se había producido un cambio importante mediante una nueva enmienda a la Constitución, la primera desde que la Decimoquinta Enmienda fue aprobada en 1870. Concernía al impuesto sobre la renta.

Durante la mayor parte de la historia se ha tendido a aplicar impuestos per cápita, tanto por persona o tanto por una u otra transacción, independientemente de lo involucrado en la transacción. Por ello, en general, los impuestos gravaban; en cantidades iguales a los pobres y los ricos.

A muchas personas esto les parecía poco equitativo, pues los ricos pueden pagar más que los pobres. Además, tales impuestos limitan mucho lo que un gobierno puede recaudar para hacer frente a sus gastos. Después de todo, sólo se puede gravar a un hombre pobre hasta cierto punto, y si no se puede gravar a un rico más que en la misma cantidad, las recaudaciones fiscales totales son pequeñas.

Un gobierno pobre no puede permitirse hacer mucho por los pobres y débiles, y debe limitarse a la exhortación, que habitualmente no sirve de nada. Por ello, cualquier método para recaudar impuestos que obtuviese más de los acomodados que de los indigentes era considerado una medida progresista.

Un «impuesto sobre la renta» tiene por fin tomar una cierta fracción de los ingresos de cada persona para impuestos, y puesto que esta fracción equivale a una suma mayor para una persona de elevados ingresos que para otra de bajos ingresos, en conjunto se recauda más dinero. Una cantidad de dinero aún mayor se recaudaría en el caso de un «impuesto sobre la renta graduada», donde la fracción es mayor a medida que aumentan los ingresos.

Pero la dificultad de los impuestos sobre la renta es que la gente con buenos ingresos naturalmente se oponen a ellos, y es precisamente la gente que tiene influencia política. Como consecuencia de esto, los impuestos sobre la renta sólo fueron medidas temporales destinadas a hacer frente, en principio, a emergencias extraordinarias -habitualmente, una guerra peligrosa- y luego eran anuladas una vez desaparecida la emergencia. El primer país que puso un impuesto general sobre la renta fue Gran Bretaña, en 1799, para satisfacer las necesidades de las guerras contra Napoleón.

Estados Unidos puso un impuesto sobre la renta en 1862, para cubrir las necesidades de la Guerra Civil. Fue graduado. La tasa mínima era el 3 por 100 sobre ingresos anuales superiores a 600 dólares, y del 5 por 100 para los ingresos que pasaban de los 10.000 dólares. Fue anulado en 1872.

En 1894, Cleveland introdujo un impuesto sobre la renta para compensar los ingresos perdidos cuando se redujo el arancel. Pero fue declarado inconstitucional por el Tribunal Supremo en 1895. Para permitir a Estados Unidos establecer impuestos sobre la renta de las personas después de eso, era necesario aprobar una enmienda especial a la Constitución.

En 1909 el Congreso aprobó tal enmienda y la pasó a los Estados, donde se requerían los votos favorables de tres cuartos de ellos (treinta y seis Estados, después de que Nuevo México y Arizona se incorporasen a la Unión). El 25 de febrero de 1913, el trigésimosexto Estado votó su aprobación, y quedó ratificada la Decimosexta Enmienda, que legalizaba el impuesto nacional sobre la renta de los individuos. Esto ocurrió una semana antes de que Wilson se convirtiera en presidente.

El primer impuesto sobre la renta no era muy elevado, juzgado por patrones actuales, y sólo llegaba al 6 por 100 de la parte de los ingresos anuales de una persona superiores a los 100.000 dólares. Sin embargo, lo importante era la capacidad de establecer tal impuesto.

Pudo ser, y lo fue, rápidamente aumentado en tiempos de emergencia permitiendo reunir grandes sumas al Tesoro federal y haciendo posible que el gobierno emprendiese toda clase de tareas que antes no podía llevar a cabo. Más aún, esas tareas, a medida que se hicieron más costosas, impusieron presiones para elevar el impuesto sobre la renta en mayor medida.

Otra meta progresista que requería una enmienda de la Constitución era la elección directa de senadores. La Constitución establecía la selección de los senadores por las legislaturas estatales, con el fin de (según la teoría) liberar a esos senadores de los vientos siempre cambiantes de la opinión pública y permitirles servir de fuerza juiciosa y estabilizadora sobre el gobierno.

En la realidad, las legislaturas estatales a menudo estaban bajo la dominación de maquinarias políticas, a veces conservadoras, a veces corruptas, y a veces ambas cosas. Los aspirantes a senadores hallaban más fácil sobornar a unos pocos legisladores influyentes que ganarse al conjunto del electorado y, puesto que el método más fácil de soborno era mediante el dinero, el Senado se convirtió en un club de hombres ricos dedicados a la protección de los ricos en general y totalmente indiferentes a una opinión pública que no podía elegirlos ni destituirlos.

En 1906, un escritor «rastrillador de lodo», David Graham Philips, escribió *La traición del Senado*, un libro que contribuyó a despertar la indignación contra la corrupción senatorial que el sistema hacía posible.

El Congreso aprobó una enmienda que establecía la elección directa de senadores en 1912, y el número necesario de Estados la aprobaron el 31 de mayo de 1913, convirtiéndose en la Decimosexta Enmienda a la Constitución.

En las elecciones de 1914 para el Sexagesimocuarto Congreso, el primero para el que se efectuaron elecciones directas de senadores, los demócratas reforzaron su mayoría en el Senado en una proporción de 56 a 40. Los demócratas también conservaron su predominio en la Cámara de Representantes, aunque en una proporción más reducida, de 230 a 196.

Una vez en la presidencia, Wilson se dispuso a cumplir sus promesas electorales. El 8 de abril de 1913, sólo un mes después de su investidura, Wilson rompió los precedentes apareciendo en persona ante el Congreso para pedir la reducción de los aranceles. (Hacía bastante más de un siglo que un presidente no se presentaba ante el Congreso para leer un mensaje. El último presidente que lo había hecho había sido John Adams, en 1800.)

El Congreso respondió a las peticiones presidenciales, y Wilson demostró así el valor de un liderazgo enérgico. En esto, como en las otras medidas que tomó, devolvió a la presidencia el poder que había tenido temporalmente bajo Lincoln, y preparó el camino para su crecimiento aún mayor, hasta alcanzar alturas sin precedentes en las décadas futuras.

El miembro del Congreso por Alabama Osear Wilder Underwood (nacido en Louisville, Kentucky, el 6 de mayo de 1862) propuso un arancel que reducía las tarifas al nivel más bajo desde la Guerra Civil; este Arancel Underwood se convirtió en ley el 3 de octubre de 1913. La pérdida de ingresos resultante de las tarifas reducidas no era ahora importante, pues gracias a la Decimosexta Enmienda, la misma disposición que reducía las tarifas podía ajustar el impuesto sobre la renta como compensación.

El paso siguiente fue poner a todos los bancos de la nación bajo una suerte de control central. A diferencia de lo que ocurría en las naciones europeas poderosas, había cierta anarquía en los círculos bancarios norteamericanos. Cada banco privado tenía su propia política y nunca había suficiente cooperación entre ellos como para impedir un pánico o controlar la cantidad de papel moneda de la nación.

Por ello se creó un Sistema de Reserva Federal, sesión un proyecto de ley presentado por el congresista de Virginia Cáster Glass (nacido en Lynchburg, Virginia, el 4 de enero de

1858) y el senador por Oklahoma Robert Latham Owen (nacido en Lynchburg, Virginia, el 6 de febrero de 1856). El Sistema de Reserva Federal, compuesto por doce bancos regionales, no hacía directamente operaciones de banca para el público, sino que era una especie de banco de bancos. Podía prestar dinero a los bancos y controlar las tasas de los intereses. En general, podía servir para coordinar la estructura financiera del país. El proyecto se convirtió en ley el 23 de diciembre de 1913.

Wilson se hallaba particularmente interesado en debilitar la férula de las corporaciones gigantescas sobre la vida económica del país. Por ello alentó leyes que fortaleciesen y extendiesen el Decreto Antitrusts de Sherman, que había resultado ser totalmente inadecuado para tal fin.

El necesario proyecto de ley fue presentado por el diputado de Alabama Henry De Lamar Clayton (nacido en Barbour County, Alabama, el 10 de febrero de 1857). El proyecto de decreto antitrusts de Clayton se convirtió en ley el 15 de octubre de 1914. No solamente iba mucho más allá que el Decreto Antitrusts Sherman en lo concerniente a impedir prácticas que creaban monopolios, sino que específicamente eximía a los sindicatos. Por primera vez se describían condiciones en las que las huelgas, la formación de piquetes pacíficos y los boicoteos podían ser legales y se limitaba la facultad de los tribunales para impedir y romper huelgas. Gompers, de la AFL, la llamó «la carta de libertad del trabajo», pero de hecho las interpretaciones de los tribunales debilitaron considerablemente el decreto, y las grandes corporaciones aprendieron modos de eludir sus estipulaciones, modos que fueron particularmente eficaces bajo gobiernos que simpatizaban con los hombres de negocios más que con los trabajadores.

Pese a estos ejemplos, junto con otras leyes menores que expresaron las ideas wilsonianas progresistas triunfantes en la nación, la presidencia de Wilson se iba a destacar mucho más por problemas exteriores; tanto que su programa interno es un aspecto casi olvidado de su mandato.

México.

El primer problema serio de Wilson en las relaciones exteriores concernía a México. Después de que Estados Unidos obligó a Francia a retirarse de México, apenas terminada la Guerra Civil, México cayó bajo la dictadura de Porfirio Díaz. De 1876 a 1910 mantuvo el dominio absoluto de la nación, imponiendo el orden y desarrollando las industrias y los recursos de la nación. Pero además de orden, había una falta absoluta de libertades civiles, mientras la riqueza que producía el desarrollo beneficiaba en su mayor parte al mismo Díaz y a inversores extranjeros (la mayoría de ellos norteamericanos).

A medida que la dominación de Díaz se debilitó con la edad, creció la intranquilidad. Un joven idealista mexicano, Francisco Indalecio Madero, actuó entre los oprimidos campesinos mexicanos (o «peones») y reclamó reformas sociales. Trató de presentarse contra Díaz como candidato a la presidencia en 1910, cuando Díaz tenía ya ochenta años, pero Díaz simplemente lo metió en prisión.

Madero logró escapar, marchó a Texas y allí reclutó a suficientes mexicanos y obtuvo dinero suficiente para iniciar una revolución. Creó un gobierno rebelde en México, en mayo de 1911, y Díaz se vio obligado a dimitir.

Desgraciadamente, una vez destruida la dictadura de Díaz, la lucha por el control de la nación se convirtió en una refriega entre generales, a quienes Madero no pudo dominar. Uno de ellos, Victoriano Huerta, que había apoyado a Madero, ahora se volvió contra él, lo hizo arrestar y luego, el 22 de febrero de 1913, lo hizo matar. A continuación se proclamó presidente de México, justamente cuando Wilson era elegido presidente de Estados Unidos.

Es habitual que todo gobierno que tiene el dominio efectivo de una nación sea reconocido por otras naciones. Esto hace posible que la diplomacia y el comercio prosigan con la menor perturbación posible. Mientras un gobierno mantiene la paz, permite el comercio y no pone en peligro a los extranjeros respetuosos de las leyes, las naciones del mundo comúnmente no indagan mucho cómo ese gobierno llegó al poder ni cuál es su política interna.

Así, las principales potencias europeas, Gran Bretaña, Francia y Alemania, rápidamente reconocieron al gobierno de Huerta y hubiesen reconocido a cualquier sucesor que le hubiera matado, como Huerta había matado a Madero. Esta especie de admisión de la realidad también había sido la política estadounidense, y Wilson fue urgido a reconocer a Huerta por sus expertos en política exterior.

Wilson se negó. Había admirado a Madero, y su asesinato lo indignó. Pensaba que Huerta era un carnicero y que Estados Unidos no debía reconocer a gobiernos que dominaban a su pueblo contra su voluntad. De este modo inició una nueva política estadounidense de retirar el reconocimiento por razones morales.

Esta política ha sido seguida desde entonces por los Estados Unidos y ha demostrado ser totalmente inútil. En primer lugar, ponía a Estados Unidos en la posición de predicar una elevada moralidad que a menudo irritaba hasta a sus amigos, y que a veces hacía al país particularmente vulnerable, cuando él mismo se veía obligado a caer en la inmoralidad. Esta inmoralidad siempre pareció peor en Estados Unidos que en otras naciones, y fue considerada peor hasta por los norteamericanos.

Además, esa política prácticamente nunca dio resultado. El no reconocimiento estadounidense siempre dio un toque de heroísmo al gobierno al que se oponía, pues el pueblo dominado a menudo optaba por no oponerse al gobierno, por malo que éste fuese, si eso hacía parecer que coincidiese con los deseos de una potencia extranjera.

Huerta se negó a doblegarse ante Wilson, y todos los enfados y resoplidos de Estados Unidos sólo sirvieron para fortalecer su dominación sobre México. Wilson se vio obligado a hacer lo que en un principio había dicho que no haría, es decir, recurrir al uso de la fuerza.

Al principio trató de hacerlo indirectamente, apoyando a los generales que se oponían a Huerta, en particular a Venustiano Carranza, otro de los partidarios de Madero que, a diferencia de Huerta, había permanecido fiel a los ideales de Madero. En 1914, el apoyo de Wilson a Carranza se convirtió en una alianza práctica, y las armas estadounidenses afluyeron al rebelde mexicano. Pero también esto fortaleció a Huerta, quien pudo unir a la nación en su apoyo apelando a sus sentimientos antinorteamericanos.

Pero Wilson no podía retroceder. Mostró en esto, como en casos posteriores, su incapacidad para llegar a un compromiso. Ahora se vio obligado a hacer un uso directo de la fuerza norteamericana, y sólo necesitaba una excusa.

Lo que le brindó esta excusa involucró a siete marineros y un oficial de un barco de guerra estacionado cerca del puerto mexicano de Tampico. Desembarcaron sin permiso y trataron de comprar gasolina. Fueron arrestados por hombres de Huerta, pero cuando el caso fue llevado a un funcionario mexicano de mayor rango, los marineros norteamericanos fueron liberados inmediatamente sin ningún daño, y con excusas.

Pero el almirante que estaba al mando de los barcos norteamericanos situados ante Tampico exigió excusas mayores, convirtiendo así este suceso en un todo trivial en un incidente internacional.

Eso ocurrió en un momento muy delicado, pues un barco alemán cargado de municiones para Huerta se estaba aproximando al puerto mexicano de Veracruz. Se trataba de una cuestión de comercio pacífico entre Alemania y el gobierno mexicano, reconocido por

Alemania. No había ningún estado de guerra entre Estados Unidos y México, y Estados Unidos no tenía ningún derecho a estorbar el comercio pacífico ni siquiera con la más liberal interpretación de la Doctrina Monroe. Sin embargo, era claro que las armas podían ser usadas por Huerta contra tropas apoyadas por Estados Unidos, y hubo bastante excitación entre el público norteamericano por esta cuestión.

Wilson fue despertado a las 2,30, en las primeras horas de la mañana del 21 de abril de 1914, para ser informado del arresto de los marineros en Tampico. Actuó con precipitación y ordenó la ocupación de Veracruz. La flota norteamericana estaba preparada y llevó a cabo la ocupación de inmediato, un día antes de que el Congreso otorgase el permiso. Unos cuatrocientos mexicanos fueron muertos en el curso de la ocupación. Los estadounidenses tuvieron cuatro muertos y veinte heridos.

Esta acción despertó una cólera tremenda en toda América Latina, pues parecía un caso de arrogancia imperialista norteamericana... y lo era. Hasta Carranza, en cuyo nombre había sido tomada Veracruz, tuvo que censurar el hecho.

Wilson se vio obligado a aceptar una oferta de arbitraje de las naciones sudamericanas de Argentina, Brasil y Chile. El 24 de junio de 1914 la conferencia que se realizó en Niágara Falls, Canadá, y en la que tomaron parte las «potencias ABC» que efectuaban el arbitraje, más Estados Unidos y México, convinieron en que Huerta debía retirarse. Huerta trató de resistirse, pero Estados Unidos aún ocupaba Veracruz y, sin el apoyo latinoamericano, Huerta era incapaz de impedir nuevas incursiones estadounidenses. El 15 de julio de 1914 Huerta renunció y, a su debido tiempo, las fuerzas norteamericanas se retiraron de Veracruz. Carranza se convirtió en presidente de México y su gobierno fue reconocido por las naciones del mundo, y también por Estados Unidos.

Esto parecía un final feliz para Wilson, pero no lo era. La batalla de los generales continuó, y Carranza, como antes Huerta, Madero y Díaz, tuvo que hacer frente a la revuelta. Dos de los generales que se oponían a Carranza eran Emiliano Zapata y Francisco («Pancho») Villa.

Carranza, que recibía todos los suministros norteamericanos que necesitaba, derrotó a Zapata y Villa, y los obligó a huir a las montañas del Norte.

Wilson se cansó de las interminables riñas mexicanas y ahora, tardíamente, trató de atenerse a una política de «no intervención», pero esto no convenía a Villa. Pensó que si podía obligar a Estados Unidos a invadir México en defensa de Carranza, los mexicanos, por patriotismo, se pondrían de su parte. Por ello se dispuso a embrollar deliberadamente a Estados Unidos en las disputas mexicanas.

El 10 de enero de 1916 Villa detuvo un tren en el norte de México, capturó a diecisiete ingenieros estadounidenses e hizo fusilar a dieciséis sin siquiera intentar dar una razón. El 9 de marzo hizo algo aún peor. Envío a cuatrocientos hombres a través de la frontera estadounidense a atacar la ciudad fronteriza de Columbus, Nuevo México. Incendiaron la ciudad y mataron a diecinueve estadounidenses.

Esto no podía ser pasado por alto. Wilson arrancó a Carranza un renuente permiso para que un contingente del ejército norteamericano penetrase en México.

El 15 de marzo de 1916 invadieron México unos seis mil soldados norteamericanos bajo el mando del general John Joseph («Black Jack») Pershing (nacido cerca de Laclede, Missouri, el 13 de septiembre de 1860), quien había prestado servicio en Cuba durante la Guerra Hispano-Norteamericana y posteriormente en las Filipinas.

Pero era mucho más fácil perseguir a Villa que capturarlo. Sus hombres conocían cada rincón de las montañas y los norteamericanos no. Los hombres de Villa contaban con la simpatía de la población local y los norteamericanos no. Después de cuatro semanas, la columna de Pershing se halló a quinientos kilómetros dentro de México. Habían dispersado

a los hombres de Villa y sólo le quedó a éste un puñado de fieles seguidores, pero Villa seguía en libertad.

Peor aún, Carranza estaba muy perturbado. No esperaba que llegasen tantos estadounidenses, una persecución tan persistente ni una invasión tan profunda. En dos lugares hubo batallas abiertas entre los norteamericanos y fuerzas gubernamentales mexicanas. Por un momento pareció que estallaría una guerra formal entre las dos naciones.

Si todo hubiera marchado bien en otras partes, esto es lo que podía haber ocurrido, pero no todo marchaba bien y Wilson tuvo que desentenderse de la aventura mexicana. El 5 de febrero de 1917 llamó de vuelta a Pershing, y la fuerza expedicionaria norteamericana abandonó México mientras Villa seguía en libertad. (Más tarde Villa hizo la paz con el gobierno mexicano y se retiró, pero fue asesinado, el 20 de junio de 1923, por quienes pensaban que sólo se podía confiar en él si era un cadáver.)

También se produjeron otras intervenciones de Estados Unidos en la región del Caribe, aunque ninguna planteó tantos problemas como el asunto mexicano. La infantería de marina de Estados Unidos desembarcó en Haití y Santo Domingo, por ejemplo. Casi el único suceso agradable fue la inauguración del canal de Panamá, el 15 de agosto de 1914.

Guerra en Europa.

¿Qué estaba sucediendo en otras partes que impidió a Wilson ejercer todo el poder estadounidense en México en respuesta a las deliberadas provocaciones de Villa?

Había guerra en Europa, la primera guerra general europea desde el fin de Napoleón en Waterloo, casi exactamente un siglo antes.

El 28 de junio de 1914, mientras estaba por terminar la conferencia de arbitraje sobre la ocupación norteamericana de Veracruz, en Niágara Falls, el heredero al trono austrohúngaro fue asesinado en la pequeña ciudad austrohúngara de Sarajevo.

Fue un suceso trágico, aunque a la sazón nadie pensó que podía llevar a la guerra. Pero, desgraciadamente, en los treinta años precedentes, las potencias europeas se habían dividido en dos grupos hostiles: Alemania y Austria-Hungría, de un lado (las «Potencias centrales»), y Gran Bretaña, Francia y Rusia (los «Aliados»), del otro. Ambos grupos se habían acosado en una serie de crisis, hasta que ambos bandos consideraron que no podían retroceder más, si surgía una nueva crisis, por secundaria que fuese.

Durante el mes de julio de 1914 las estupideces diplomáticas se acumularon una tras otra, pues cada nación temía hacer algo que revelase debilidad. Finalmente, el 28 de julio, Austria-Hungría declaró la guerra a la pequeña nación balcánica de Serbia, pues los asesinos eran acusados de actuar en interés de Serbia.

Hasta ese punto podía haber sido sólo una pequeña guerra de escasa importancia, pero luego Rusia apoyó a Serbia, Alemania apoyó a Austria-Hungría, y el 4 de agosto todas las grandes potencias europeas estaban en guerra. Fue llamada «la Gran Guerra» y «la Guerra Mundial», pero hoy se la conoce como «la Primera Guerra Mundial».

Wilson inmediatamente declaró neutral a los Estados Unidos. «Debemos ser imparciales tanto en el pensamiento como en la acción», decía.

Pero esto era imposible. Pocos norteamericanos eran imparciales en el pensamiento. Los de ascendencia alemana eran pro alemanes, como cosa natural. Los de ascendencia irlandesa eran a menudo tan antiingleses que también se volvían pro alemanes. Pero la mayoría de los otros norteamericanos simpatizaban con la causa de los Aliados.

En primer lugar, los estadounidenses tendían a ser pro franceses, por la ayuda recibida de Francia en el curso de la Guerra Revolucionaria, algo que nunca se olvidó. Sólo el nombre de Washington era más reverenciado que el del voluntario francés marqués de La Fayette.

Además, Francia era la única república, aparte de Estados Unidos, entre las grandes potencias. En cuanto a Gran Bretaña, su asiduo cultivo de la amistad norteamericana desde la disputa fronteriza con Venezuela ahora dio sus beneficios.

Por otro lado, Alemania tenía la desgracia de poseer un gobernante como el kaiser Guillermo II, quien cultivaba el irritante hábito de adoptar actitudes arrogantes que complacían a los alemanes pero a nadie más. Además, en el primer mes de la guerra, Alemania obtuvo enormes victorias en el Oeste y en el Este, y los Aliados empezaron a parecer desvalidos, y éstos siempre despiertan cierta simpatía.

Esto era especialmente verdadero en el caso de Bélgica, una nación pequeña y neutral que Alemania atravesó sin darle importancia en su marcha hacia la frontera francesa, violando obligaciones concertadas en tratados y sin ningún remordimiento evidente. Hubo una enorme simpatía en Estados Unidos por la «pobre pequeña Bélgica». Los alemanes empezaron a parecer peleonos implacables y sádicos.

En una de las declaraciones menos inspiradas de Guillermo II, instó a los soldados alemanes que partían hacia China en la época de la rebelión bóxer a hacerse temer por los chinos como los bárbaros hunos se habían hecho temer por los romanos. Como resultado de ello, ahora los alemanes fueron llamados «hunos», con todas las malas connotaciones del término.

Y si los norteamericanos no podían ser neutrales en el pensamiento, tampoco podían serlo en la acción. La guerra se libraba de manera total y cada parte quería bloquear a la otra para someterla; y Estados Unidos, la más importante potencia neutral, cooperaba con los esfuerzos aliados a este respecto mucho más que con las potencias centrales.

Estados Unidos, al ser neutral, deseaba comerciar con ambos bandos, de acuerdo con el principio de «libertad del mar» que se había establecido en años pasados. Naturalmente, nadie esperaba que Estados Unidos enviase armas o municiones a ninguno de los bandos. Pero ¿qué ocurriría con los alimentos y otros productos no bélicos?

El problema era que, en el tipo de guerra que se libraba ahora, los alimentos eran tanto un instrumento bélico como los cañones, y cada parte hacía todo lo posible para obligar a la otra a rendirse por hambre. Cada una trataba de suspender todo comercio con la otra.

En teoría, ambos bandos se oponían por igual al tipo de derechos neutrales que Estados Unidos quería mantener, y por ende ambos bandos eran igualmente ofensivos hacia Estados Unidos. Pero era Gran Bretaña la que tenía la mayor flota del mundo y la que dominaba el mar. Por lo tanto, era Gran Bretaña la que patrullaba las rutas marítimas y la que interfería en el comercio norteamericano. En cuanto a Alemania, que no tenía capacidad para hacer lo mismo, prestamente aceptó las condiciones que Estados Unidos trató de imponer, sabiendo bien que Gran Bretaña no lo permitiría y esperando, de este modo, ganar simpatías para ella y despertar la ira hacia Gran Bretaña.

Si Estados Unidos hubiera sido verdaderamente neutral esto habría sido exactamente lo que hubiese sucedido. Pero Estados Unidos no era realmente neutral. Cuando Gran Bretaña violaba los derechos norteamericanos, Estados Unidos suavizaba sus notas de protesta, lo que no habría hecho con Alemania; y Estados Unidos se consideraba satisfecho con respuestas británicas que habrían sido insatisfactorias si hubiesen sido respuestas alemanas. Además, aunque en teoría Estados Unidos se oponía a conceder préstamos a cualquiera de las naciones en guerra, pues éste habría sido un acto no neutral, esta posición no se mantuvo. En 1915, los bancos estadounidenses empezaron a prestar dinero a Francia y Gran Bretaña, dinero con el que la nación en guerra podía comprar suministros en Estados Unidos o en otras partes. Alemania no se beneficiaba con esto. En abril de 1917 se habían prestado a los Aliados 2.300 millones de dólares, mientras a las Potencias centrales sólo se les habían prestado 20 millones. Esto significaba que Estados Unidos había hecho una gran

apuesta financiera a la victoria aliada, pues si los Aliados eran derrotados, probablemente no podrían pagar sus deudas.

En 1915, la guerra marchaba mal para ambas partes. En el mapa, parecía que Alemania estaba triunfando. En el Oeste, sus ejércitos luchaban profundamente en el interior de Francia y en un punto, poco después del comienzo de la guerra, casi llegaron a París. En el Este, los ejércitos alemanes habían penetrado mucho en la provincia polaca de Rusia. En ambos frentes, los ejércitos alemanes habían infligido más daños que los que habían sufrido, y los rusos, en particular, habían tenido grandes pérdidas.

Pero ésta no era el tipo de guerra que Alemania había planeado, sino la que en años posteriores fue llamada blitzkrieg, una guerra relámpago. Sus planes eran abatirse sobre París, tomarla, retirar a Francia de la guerra y luego dirigir toda la potencia de sus ejércitos contra las grandes, pero mal equipadas y mal conducidas fuerzas rusas, y destruirlas. Luego, como dueña de Europa, podía hacer una paz victoriosa con Gran Bretaña.

Pero no fue esto lo que sucedió. Francia logró resistir contra los primeros fieros ataques, más por errores tácticos alemanes que por otra causa, y ahora la guerra se había convertido en un larguísimo combate de desgaste, en el que todos sangraban hasta la muerte. Pero los Aliados, gracias al dominio británico del mar, podían estar seguros de recibir interminables suministros del exterior, mientras que las Potencias centrales, en definitiva, estaban seguras de que iban a ser asfixiadas, por muchas victorias que ganasen.

Para Alemania, el único modo de salir de esta crítica situación era hallar la manera de hacer morir de hambre a los británicos primero. Gran Bretaña, con una gran población concentrada en una pequeña isla, durante años había sido incapaz de alimentarse a sí misma, y había dependido de que los barcos mercantes la llevaran alimentos. ¿Qué ocurriría si se interrumpía este tráfico?

Los británicos tenían una armada para proteger a esos barcos mercantes, pero los alemanes tenían otra cosa: submarinos. Los alemanes los llamaban Unterseeboots ('barcos bajo el mar'), que abreviaban Uboats.

Los submarinos, que se movían bajo el agua y por ende no eran vistos, podían acercarse furtivamente a los barcos mercantes y hundirlos con sus torpedos. Era el único modo de que la línea de suministros británica pudiese ser cortada sin que la armada británica fuera capaz de impedirlo. El 4 de febrero de 1915, pues, Alemania declaró una zona de bloqueo a todo alrededor de las Islas Británicas, zona en la que los barcos enemigos serían hundidos apenas vistos. También avisó a los barcos neutrales que no podía garantizarles la seguridad, pues a veces los barcos británicos hacían ondear banderas neutrales para pasar disimulados.

Pero había algo de horroroso en la guerra submarina. Los submarinos eran barcos bastante raquíticos que podían ser puestos fácilmente fuera de acción si eran vistos. Esto significaba que un ataque submarino tenía que ser un ataque furtivo, lo cual parecía cobarde y ruin. Además, los submarinos eran barcos pequeños que no tenían espacio para los pasajeros y la tripulación de los barcos hundidos, por lo que debía dejarse a esa gente que se ahogara, cosa que parecía cruel y despiadada.

La aparición de la guerra submarina cambió el carácter del conflicto para los norteamericanos. Antes se trataba de barcos que eran detenidos y los artículos confiscados, y Gran Bretaña era la principal culpable. Ahora se trataba de barcos hundidos y personas, posiblemente norteamericanos, ahogadas, y la principal culpable era Alemania. Los sentimientos antialemanes aumentaron en Estados Unidos. El 10 de febrero Estados Unidos avisó que haría a Alemania estrictamente responsable por la pérdida de vidas norteamericanas

La cuestión hizo crisis el 7 de mayo de 1915, cuando el transatlántico de Cunard Lusitania fue torpedeado frente a la costa irlandesa. Se hundió en dieciocho minutos y perdieron la vida 1.198 personas. De éstas, 128 eran norteamericanos.

El Lusitania transportaba material de guerra y los alemanes habían advertido que, si podían, lo hundirían. En realidad, habían publicado anuncios en periódicos estadounidenses previniendo a los norteamericanos que tomaran pasajes a bordo de transatlánticos que llevaran material bélico. Pero el público norteamericano estaba furioso, y Wilson envió notas beligerantes a Alemania.

William Jennings Bryan era secretario de Estado. Era un pacifista cabal, y pensaba que los norteamericanos no debían viajar en barcos beligerantes; que permitirles hacerlo y luego protestar por las consecuencias era sencillamente buscar la guerra. Por ello renunció el 8 de junio de 1915, cuando pensó que la reacción estadounidense se estaba haciendo tan fuerte que se corría el riesgo de desatar la guerra.

Lo reemplazó un experto en derecho internacional, Robert Lansing (nacido en Watertown, Nueva York, el 17 de octubre de 1864). Era un firme partidario de los Aliados y se esforzó para poner fin a las innecesarias intervenciones norteamericanas en el Caribe a fin de que la nación estuviese preparada para iniciar mayores tareas en Europa.

El 21 de julio se envió una tercera nota a Alemania por el asunto del Lusitania, con la firma de Lansing, nota que era casi un ultimátum. Alemania retrocedió y prometió no hundir transatlánticos sin avisar y sin cuidar de la seguridad de los no combatientes. Fue una victoria diplomática, sobre todo, puesto que Alemania luego se excusó por el hundimiento y ofreció una indemnización.

Pero Alemania no podía realmente detener la guerra submarina sin perder la guerra, y esto, tarde o temprano, iba a llevar a Estados Unidos al bando de los Aliados.

La preparación

La cólera norteamericana también aumentó cuando se hicieron revelaciones concernientes a planes alemanes de sabotear fábricas estadounidenses que eran arsenales para los Aliados. El 24 de julio de 1915 Heinrich Albert, director de propaganda alemana en Estados Unidos, dejó descuidadamente su cartera en un tren del Metro de Nueva York. Fue cogida de inmediato por agentes norteamericanos y se demostró que tenía documentos sobre planes de sabotaje firmados por Franz von Papen, un militar agregado a la embajada alemana, y por el mismo embajador.

El 30 de noviembre hubo una explosión en la fábrica de pólvora Du Pont, de Wilmington, Delaware, y 31 personas resultaron muertas. Se difundió la convicción de que se trataba de un sabotaje alemán. El hecho de que, al día siguientes Estados Unidos pidiese el retiro de Von Papen parecía una confirmación oficial de esa creencia. El 30 de julio de 1916 hubo una explosión de municiones en Black Tom Is-land, Nueva Jersey, que provocó daños por valor de 22 millones de dólares, y nuevamente se sospechó que era un sabotaje alemán.

Los norteamericanos, para quienes todo eso no era más que un paso preliminar para la entrada estadounidense abierta en la guerra, comprendieron que Estados Unidos no podía hacer nada en su estado de preparación militar de ese momento. Las visiones de Estados Unidos en las que éste aparecía tan impotente como la «pobre pequeña Bélgica» parecieron naturales.

Por ello surgió un fuerte movimiento en pro de la «preparación». Entre los que se destacaron en ese movimiento figuraba Theodore Roosevelt, quien era, quizá, el mayor jingoísta norteamericano del momento. Atacó de manera intemperante a Wilson por considerarlo un débil y, por implicación, un cobarde. Otros intervencionistas de la época eran Henry Cabot Lodge y el hombre que había sido secretario de Guerra de Taft, Henry Lewis Stimson (nacido en la ciudad de Nueva York el 21 de septiembre de 1867).

Había también norteamericanos decididamente pacifistas que consideraban la guerra europea como una gran tragedia que Estados Unidos debía esforzarse por detener, y no incorporarse a ella. Pero los pacifistas eran ineficaces y, a veces, ridículos.

El magnate del automóvil Henry Ford, por ejemplo, con las mejores intenciones, fletó un barco y, el 4 de diciembre de 1915, con veinte personas de su equipo, más sesenta pacifistas de diversos matices y cincuenta y siete periodistas, se embarcaron para Europa. El 19 de diciembre el «barco de la paz» llegó a un puerto neutral de Noruega y, por supuesto, no pudo hacer nada. Los pacifistas habían reñido entre sí por pequeñas cuestiones durante todo el viaje, y Henry Ford, desilusionado, volvió a su país el 24 de diciembre. Los pacifistas que quedaron hicieron giras por países neutrales y pronunciaron discursos, pero eran todas palabras al aire y el episodio fue utilizado por los jingoístas para ridiculizar el pacifismo.

A veces había acciones más directas contra el fervor bélico en ascenso. Hubo un desfile por la «preparación» en San Francisco el 22 de julio de 1916 y, en el curso de él, explotó una bomba, matando a diez personas e hiriendo a cuarenta. Nunca se descubrió quién era el responsable, pero en las cercanías se hallaban Thomas J. Mooney (nacido en 1882) y Warren K. Billings (nacido en 1894). Estaban observando el desfile apaciblemente y no tenían nada que ver con la bomba, pero eran pacifistas y líderes obreros radicales, y esto parecía un crimen suficiente.

Fueron capturados y llevados a juicio en la habitual atmósfera de histeria que prevalece en tales condiciones. Mooney y Billings alegaron su inocencia, pero no tenían probabilidades a su favor. Las pruebas contra ellos eran endebles y más tarde se demostró que había perjurio implicado en ellas, pero Mooney fue condenado a muerte y Billings a prisión perpetua. El juicio había sido suficientemente fraudulento como para que Wilson cambiase la sentencia de muerte por la de prisión a perpetuidad, y ambos estuvieron en la cárcel hasta 1939, cuando fueron perdonados y liberados.

El mismo Wilson no estaba ansioso de guerra. Aunque su secretario de Estado intervencionista, Lansing, no ocultaba su creencia de que Alemania debía ser derrotada, aun a costa de la intervención norteamericana, Wilson vaciló.

El 10 de mayo de 1915, en Filadelfia, Wilson hizo la siguiente declaración: «Hay hombres demasiado orgullosos para luchar. Hay naciones a las que tanto les asiste la razón que no necesitan convencer a otras por la fuerza de que la tienen».

Esto fue muy ridiculizado por los intervencionistas y sin duda, el concepto de ser demasiado orgulloso para luchar no era fácil de digerir. Era mucho más sencillo pensar que alguien puede estar demasiado asustado para luchar, y ésta fue la observación que Roosevelt machacó con respecto a Wilson.

Pero después de la crisis del Lusitania y de la muerte de otros norteamericanos en el mar por la acción submarina alemana, Wilson tuvo que ceder. Estados Unidos no podía adoptar una actitud beligerante hacia Alemania si no fortalecía su poder militar. A finales del año, Wilson presentó un programa para el incremento del poder militar y, en enero de 1916, hizo una gira por el país para promover la preparación.

Wilson veía claramente que, si la guerra continuaba, tarde o temprano Estados Unidos se vería arrastrado a ella, y por ende ansiaba que la guerra terminase. Puesto que nadie estaba ganando la guerra y era claro que todos estaban perdiendo, debía ser posible que todas las naciones beligerantes concertasen una paz razonable.

Wilson envió a su íntimo amigo y consejero, el coronel House, a Europa, a principios de 1915, para sondear a las naciones en guerra. Todas convenían en que la paz era deseable, pero cada una deseaba que el otro bando hiciera concesiones que ellas mismas se negaban a hacer.

En enero de 1916, Wilson envió a House a Europa por segunda vez. Ahora Estados Unidos estaba más claramente del lado de los Aliados, y House dijo a los británicos que, si ellos, aceptaban una conferencia de paz y los alemanes no, los norteamericanos entrarían en la guerra contra Alemania.

Aun así, los Aliados no aceptaron. Temían que la jugada tuviese demasiado éxito; que Alemania aceptase la conferencia de paz, que exigiese concesiones y que Estados Unidos presionase a los Aliados para poner fin a la guerra.

De modo que la guerra continuó, mientras cada bando pensaba que la derrota era intolerable y que con un esfuerzo más podía alcanzar la victoria. Y Estados Unidos se vio cada vez más atrapado en una maraña de sucesos que lo estaban arrastrando a la guerra, quisiera o no.

Y la guerra se hacía más horrible y espantosa.

En 1916, los alemanes lanzaron una gran ofensiva contra las fortificaciones francesas que rodeaban a la ciudad de Verdún, cerca del medio del frente occidental. Los franceses estaban decididos a defender la ciudad hasta el fin. Cientos de miles de personas murieron en cada bando por ganancias territoriales insignificantes, primero para uno, luego para el otro.

Más lejos, en el Noroeste, los británicos luchaban en el río Somme. Fue en esta batalla del Somme donde los británicos usaron por primera vez vehículos blindados. Fueron llamados «tanques» mientras se los perfeccionaba, para ocultar su verdadero carácter, y el nombre se mantuvo. También allí, cientos de miles de personas murieron sin que se produjesen cambios importantes en la superficie controlada.

En el Este, Rusia, que había estado perdiendo constantemente pero había resistido con torva tenacidad sobre los cuerpos de sus soldados, lanzó una contraofensiva que a la sazón había sido detenida; perdió otro millón de hombres y estuvo al borde de la ruina.

Este revoltijo increíblemente sangriento, conducido por generales que, todos ellos, mostraron escasos signos de talento militar, destruyó para siempre el mito del brillo de la guerra.

La única batalla del año que fue decisiva se produjo en el mar. La flota alemana, sólo inferior a la de Gran Bretaña, durante los dos primeros años de la guerra permaneció en los puertos, pues Alemania se resistía a ponerla en peligro.

Pero era la dominación británica de los mares lo que impedía que Gran Bretaña muriese de hambre y lo que, a su vez, estaba estrangulando a Alemania. Si la flota británica era destruida, la victoria alemana era segura. La guerra submarina podía haber resuelto el problema, pero Alemania había prometido a Estados Unidos que detendría esa guerra submarina. Esto significaba que no quedaba otro camino que tratar de destruir la flota británica con los barcos de superficie de la armada alemana.

A fines de mayo, la flota alemana salió de los puertos. La vigilante flota británica acudió a su encuentro y, frente a la península danesa de Jutlandia, se libró la batalla, el 31 de mayo y el 1 de junio de 1916. Fue la última gran batalla naval librada solamente con barcos de superficie, sin la intervención de submarinos ni de aviones.

La flota alemana era más pequeña, pero fue mejor manejada y tuvo más puntería. Los británicos perdieron más barcos, casi el doble de tonelaje que las pérdidas alemanas, de modo que, considerada aisladamente, la batalla de Jutlandia fue una victoria táctica alemana.

Pero los británicos podían permitirse perder más barcos, y los perdidos podían ser reemplazados rápidamente. Los alemanes, comprendiendo que su flota, aunque ganase, sería destruida, buscaron nuevamente la seguridad de los puertos y nunca volvieron a salir durante el resto de la guerra. La batalla, pues, fue una victoria estratégica británica, pues Gran Bretaña mantuvo su dominio de los mares.

Si la posición británica, para los norteamericanos, mejoró por el resultado de la batalla de Jutlandia, en cambio recibió un duro golpe por los sucesos que se produjeron en Irlanda un mes antes de la batalla.

Los irlandeses, que estaban desde mucho tiempo atrás bajo la bota británica, vieron en las dificultades británicas una oportunidad para ellos. Cuando el poder militar británico estaba ocupado en otras partes, una rebelión podía tener éxito, especialmente si podía recibir ayuda de Alemania.

El 24 de abril de 1916, el lunes de Pascua, unos dos mil rebeldes irlandeses ocuparon diversos puntos estratégicos de Dublín y proclamaron la República Irlandesa. Pero los británicos, quienes sabían lo que se preparaba, no necesitaron distraer muchas de sus tropas para hacer frente a los rebeldes pobremente armados y organizados. En una semana, los británicos restauraron el orden y luego ahorcaron a catorce líderes de la rebelión.

Esto hizo que una nueva oleada de odio hacia Gran Bretaña corriese entre los irlandeses-norteamericanos, y los partidarios de la neutralidad estadounidense pudieron señalar que ambos bandos eran igualmente pecadores en su trato con las naciones pequeñas.

11. La Primera Guerra Mundial.

«Él nos mantuvo fuera de la guerra»

En ese paralizado año de 1916 se efectuó una nueva elección presidencial estadounidense.

El 7 de junio el Partido Republicano realizó su convención en Chicago. El favorito para la candidatura era Charles Evans Hughes (nacido en Glens Falls, Nueva York, el 11 de abril de 1862). Tenía una hoja de servicios de un hombre inteligente y honesto, había sido gobernador de Nueva York por dos mandatos, entre 1906 y 1910, y luego Taft lo había nombrado miembro del Tribunal Supremo. Pero estaba dispuesto a renunciar para presentarse como candidato a presidente, y en la tercera votación fue elegido candidato.

Para vicepresidente, los republicanos eligieron a Fairbanks, que ya lo había sido bajo Roosevelt. Era un claro gesto de paz hacia el poderoso ex presidente.

Roosevelt dio su aprobación. El Partido Progresista se reunió también el 7 de junio, y también en Chicago. Eligió a Roosevelt candidato a presidente una vez más, por supuesto, pero Roosevelt inmediatamente renunció y anunció que apoyaría a Hughes. Con esto, el Partido Progresista, que tan bien se había desempeñado en 1912, sencillamente se desintegró y desapareció. El Partido Republicano quedó reunificado.

El 14 de junio de 1916 se reunió la Convención Nacional Demócrata en Saint Louis, y Wilson y Marshall fueron reelegidos candidatos por aclamación, para presidente y vicepresidente, respectivamente.

Pero las cosas pintaban mal para Wilson. Había ganado las elecciones de 1912 sólo porque la oposición estaba dividida, y no había recibido más que el 40 por 100 de la totalidad de los votos. Pero ¿podía ganar contra un Partido Republicano unido que, desde 1860, había triunfado en 15 de 18 elecciones presidenciales?

Los intervencionistas eran, en su mayoría, republicanos, y no había modo de que Wilson pudiera ponérselos de su lado. Por lo tanto, tenía que tratar de afirmarse en los que no deseaban la guerra. Cuando Wilson fue propuesto para la candidatura, uno de los oradores enumeró sus diversas hazañas diplomáticas, acompañando la enumeración con el lema: «Y no hemos tenido guerra». Por consiguiente, el eslogan «Él nos mantuvo fuera de la guerra» fue ampliamente usado en la campaña. Wilson se abstuvo inmediatamente de prometer de plano que continuaría manteniendo a la nación fuera de la guerra, pero el sector antibélico de la población se puso de su lado.

Hughes resultó ser muy pobre como propagandista. Aunque viajó por el país, como Wilson, era un hombre reservado, sin carisma, que no levantaba al público con su oratoria. Además, conservaba la barba de una generación anterior, y con el inicio del siglo xx se pusieron de moda los rostros bien afeitados, de modo que parecía fuera de tono con los tiempos.

Hughes tampoco tenía olfato para la política práctica. El gobernador de California, Hiram Johnson, había sido candidato a vicepresidente por los progresistas en 1912. Cuando Hughes hizo la campaña en California, no se molestó en llamar a Johnson, quizá porque pensaba que el desertor no merecía ese honor. Fue un error, pues Johnson se sintió ofendido, y esto iba a ser importante.

Aun así, pese a todos los defectos de Hughes, el tradicional predominio republicano de medio siglo hizo que la competición fuese muy reñida.

Las elecciones se realizaron el 7 de noviembre de 1916, y a medida que avanzaba la tarde se percibía que Hughes ganaba en todos los grandes Estados del Noreste, con excepción de Ohio. Wilson sólo ganaba en los Estados, más pequeños, del Sur y el Oeste. Al caer la noche, parecía claro que Hughes ganaría.

Finalmente le tocó el turno a California. Aparte de California, los votos electorales eran 264 para Wilson y 254 para Hughes. Los trece votos electorales de California podían inclinar la elección a uno u otro lado, y la decisión fue llegando lentamente, en parte porque el tiempo en California estaba tres horas adelantado con respecto a la costa oriental, de modo que los centros electorales cerraban más tarde, según la hora del Este, y en parte porque el escrutinio era reñido.

Pero California no había dado el triunfo a Wilson en 1912, sino a Roosevelt y Johnson, de modo que se suponía que la influencia del gobernador, Johnson, favorecería a Hughes. Los demócratas admitieron prácticamente la derrota, y cuando Hughes se fue a dormir estaba seguro de que era el presidente elegido.

Pero ahora el desaire a Johnson produjo sus fatales efectos. La falta de ardor de Johnson por los candidatos republicanos hizo que éstos no lograsen obtener los máximos votos republicanos, y a la mañana siguiente fue claro que, por un margen de 4.000, California había dado el triunfo a los demócratas. Wilson fue reelegido en el más emocionante día electoral que se había experimentado hasta entonces, por 277 votos electorales a 254.

Se cuenta que un ayudante de Hughes le dijo a un periodista que acudió a su domicilio para darle la noticia: «El presidente electo está durmiendo». Y el periodista respondió: «Dígale al presidente electo, cuando se despierte, que no es el presidente electo».

La victoria de Wilson, pese a su retraso en llegar, fue sólida. De los votos populares, obtuvo 9.100.000 por 8.500.000 para Hughes. Pero Wilson no recibió la mayoría absoluta de los votos. Obtuvo el 49,1 por 100, frente al 46,1 para Hughes, porque había partidos menores en la competición que se llevaron el 5 por 100 restante. Los socialistas recibieron el 3,2 por 100 y los prohibicionistas el 1,2 por 100.

Con Wilson fue elegido el Sexagesimoquinto Congreso, el tercero consecutivo que fue demócrata en ambas Cámaras. En el Senado, la proporción fue de 53 a 42, pero en la Cámara de Representantes los demócratas ganaron por un margen estrecho: de 216 a 210, con seis representantes que no pertenecían a ninguno de los dos partidos.

Marshall, que fue reelegido vicepresidente, fue el primer hombre que cumplió un segundo mandato en ese cargo desde 1828. En los ochenta y ocho años transcurridos desde entonces, aunque se hubiese elegido presidente dos veces al mismo hombre, como en los casos de Lincoln, Grant, Cleveland y McKinley, lo fueron con un vicepresidente diferente la segunda vez.

Montana eligió como representante a Jeannette Rankin. Fue la primera mujer elegida para el Congreso, en una época en que las mujeres todavía no podían votar para cargos nacionales, ni, en la mayoría de los Estados, para ningún cargo.

También los judíos rompieron los precedentes a este respecto. El 28 de enero de 1916 Wilson nombró miembro del Tribunal Supremo a uno de los más destacados abogados estadounidenses, Louis Dembitz Brandeis (nacido en Louisville, Kentucky, el 13 de noviembre de 1856). Fue el primer judío que ocupó un cargo tan alto en el gobierno. Hubo una gran oposición a su nombramiento, oposición abiertamente basada nada más que en el hecho de que era judío y, por tanto, tenía una «mente oriental», pero el Senado lo confirmó por 47 a 22 votos.

El 5 de marzo de 1917 (el 4 de marzo era domingo) Wilson fue reelegido como presidente de una nación que estaba prosiguiendo firmemente su transformación en el gigante industrial del mundo.

El tráfico de automóviles se estaba convirtiendo en una forma importante de transporte, y las primeras luces de tráfico fueron instaladas en Cleveland el 5 de agosto de 1914. En 1915 entraron en uso los taxis.

Los teléfonos de larga distancia ahora atravesaban toda la nación. El 25 de enero de 1915 Bell, el inventor del teléfono, dijo nuevamente sus famosas primeras palabras a su colaborador Thomas A. Watson: «Señor Watson, venga aquí, lo necesito». Pero esta vez no estaban en plantas diferentes; Bell estaba en Nueva York y Watson en San Francisco. Más aún, la comunicación por radio ahora podía poner a Estados Unidos en contacto directo con Alemania, a través de los océanos y los campos de batalla.

El aeroplano se estaba volviendo capaz de hacer maravillas, y en 1914 un aeroplano estadounidense batió un récord de altura, de casi 4,8 kilómetros, y voló sobre el monte Whitney, la montaña más alta de los 48 Estados. Del otro lado del océano estaba empezando a ser usado en la guerra.

El cinematógrafo aumentaba de popularidad cada año. En 1915 se filmó la primera de las grandes películas, El nacimiento de una nación. En 1917, la nación gastó más de 175.000.000 de dólares en concepto de entradas a los cines.

Los submarinos y la nota de Zimmermann

El gran problema de Wilson después de su reelección siguió siendo la guerra europea.

En América se preparó para la acción. Hizo volver a Pershing de su inútil persecución de Villa, y se aseguró de que Estados Unidos tenía el completo dominio del Caribe. (Ahora que se había abierto el canal de Panamá, Estados Unidos quiso cerciorarse de que estaba absolutamente seguro, para poder usarlo en caso de guerra.) Y lo tenía, en efecto, pues además de la posesión estadounidense de Puerto Rico, las tropas norteamericanas estaban en Cuba, Haití, la República Dominicana, Nicaragua y Panamá.

De hecho, el único hueco posible eran las Antillas Danesas, tres pequeñas islas que formaban parte de un grupo llamado las islas Vírgenes, situadas inmediatamente al este de Puerto Rico. Las islas habían sido posesión de Dinamarca durante dos siglos y medio. Dinamarca era neutral en la guerra, pero su única frontera terrestre era con Alemania, y había cierto temor de que Dinamarca fuese forzada a ceder las islas a Alemania, que podía usarlas como base en el Caribe.

Cómo Alemania podía hacer eso frente a las flotas británica y norteamericana es algo que supera la comprensión humana, pero tal temor existía y Estados Unidos tomó la iniciativa de la acción. Ejerció la presión necesaria sobre Dinamarca y, el 4 de agosto de 1916, ésta convino en aceptar 25.000.000 de dólares por las islas. El 17 de enero de 1917 se efectuó la transferencia oficial de la soberanía.

Mientras tanto, Alemania, alentada por el resultado de las elecciones y por el uso del eslogan «Él nos mantuvo fuera de la guerra», se dispuso a sacar provecho de lo que

juzgaba como el anhelo norteamericano de evitar la guerra. En el Oeste dominaba a Bélgica y a gran parte de la Francia noro-riental. En el Este dominaba a las provincias más occidentales de Rusia, mientras esta gran nación se tambaleaba al borde de la anarquía y la revolución.

Ahora, pues, llegó el momento de Alemania. Si podía imponer negociaciones de paz seguramente podía terminar adueñándose de algunas de las tierras que ahora dominaba más allá de sus fronteras. Sin decir realmente que pretendía obtener ganancias territoriales, Alemania indicó a Wilsons antes y después de su reelección, que estaba dispuesta a iniciar conversaciones de paz.

Wilson recibió con alegría la noticia y supuso que tales conversaciones estarían al nivel que su propio idealismo le hacía esperar. El 22 de enero de 1917 pronunció un discurso en el Senado en el cual pidió una «paz sin victoria», en otras palabras, un retorno a la situación anterior al comienzo de la guerra.

Pues bien, ninguna de las naciones beligerantes quería eso. Todas deseaban la victoria y ni siquiera Rusia estaba dispuesta a admitir su derrota. De modo que no hubo conferencias de paz.

La maquinaria militar alemana no había esperado que las hubiera. Los jefes militares habían permitido al gobierno que tratase de lograr la paz, pero al primer indicio de que la idea de Wilson era la «paz sin victoria», procedieron a tomar otras medidas.

Habría guerra submarina nuevamente. Sin duda, los alemanes habían prometido a Estados Unidos que no harían esto, pero ahora no tenían otra alternativa. El intento de usar la flota alemana para destruir el poder naval británico había fracasado en Jutlandia, y la única posibilidad que le quedaba a Alemania de alcanzar la victoria era hacer morir de hambre a Gran Bretaña mediante los submarinos.

Había una probabilidad de que esto provocase la entrada de Estados Unidos en la guerra, pero el razonamiento era que: 1) Estados Unidos podía no entrar; 2) Estados Unidos podía entrar, pero lo haría independientemente de lo que hicieran los alemanes; 3) aun si los Estados Unidos entraban en la guerra, Alemania podía lograr la victoria antes de que los norteamericanos lograsen que un ejército suyo cruzase el océano.

El 31 de enero de 1917, pues, Alemania anunció la reanudación de la guerra submarina sin restricciones. Todo barco que entrase en las diversas zonas de bloqueo establecidas por los alemanes, y esto incluía a los barcos norteamericanos, podía ser torpedeado sin previo aviso.

Estados Unidos no tuvo que esperar mucho para averiguar si los alemanes hablaban en serio. El 3 de febrero de 1917 un submarino alemán hundió el barco estadounidense Housatonic. En este caso se dio previo aviso, por lo que hubo tiempo para arrojar al agua los botes salvavidas, pero el barco fue hundido. Ese día Estados Unidos rompió las relaciones diplomáticas con Alemania.

Wilson trató de obtener del Congreso la orden para armar los barcos mercantes, a fin de que pudiesen luchar contra los submarinos, si era posible. La Cámara de Representantes aceptó de inmediato, por 403 a 13, pero el Senado puso trabas. En el Senado existía la tradición del debate ilimitado, y doce pacifistas, encabezados por La Follette, pensando que armar los barcos no era más que una incitación a la guerra y que era más sensato conservar los barcos mercantes en puerto mientras durase la guerra, procedieron a discutir interminablemente. El Senado no actuó, por lo tanto, y Wilson explotó con exasperación contra lo que llamó «un pequeño grupo de hombres obstinados que no representaban a ninguna opinión que no fuese la propia». Luego ordenó armar a los barcos mercantes, ejerciendo su autoridad presidencial.

Lo que se necesitaba era algún acto definitivo de los alemanes para arrastrar masiva e irremediamente a la opinión pública norteamericana al campo de la intervención, y Alemania brindó tal motivo.

El ministro alemán de Relaciones Exteriores, Alfred Zimmermann, pensó que tenía la posibilidad de inmovilizar a Estados Unidos capitalizando las recientes dificultades entre esta nación y México. El 19 de enero de 1917 envió un telegrama al embajador alemán en México para que lo transmitiese al gobierno. Sugería que si Estados Unidos iban a la guerra contra Alemania, México debía aprovechar la oportunidad de declarar la guerra a Estados Unidos. (Esto mantendría ocupado a Estados Unidos en sus mismas fronteras, razonaba Zimmermann, e impediría la intervención norteamericana efectiva en Europa.)

¿Qué interés tenía en ello México? Pues bien, ganase o perdiese México, una victoria alemana significaría que este país recibiría, como recompensa por su ayuda, parte del territorio que había perdido en la Guerra Mexicana setenta años antes, específicamente, Texas, Nuevo México y Arizona.

Era una jugada ridícula. No era probable que México se arriesgase a tal guerra pues no tenía fuerza militar alguna y aún se hallaba en un estado de anarquía. Además, aunque México adoptase esa postura y luchase lo mejor que pudiera, ni siquiera una victoria alemana en Europa salvaría a México de la frustración y la furia norteamericana posterior.

Lo que fue aún peor para Alemania es que esta absurda proposición ni siquiera llegó a destino. Los británicos interceptaron el mensaje, finalmente lograron descifrarlo y, casi sin poder creer en su buena suerte, lo entregaron a Estados Unidos el 24 de febrero de 1917. El 1 de marzo Estados Unidos, convencido de que el telegrama era genuino, publicó la nota y un espasmo de furor sacudió al pueblo estadounidense.

En los ciento cuarenta años de existencia de Estados Unidos, su territorio había aumentado constantemente, y nunca fue cedido a una potencia extranjera ni un solo centímetro cuadrado. La sola sugerencia de que tal cosa fuese posible elevó el grito de guerra a alturas ensordecedoras.

Al mismo tiempo ocurrió otro suceso importante. Rusia finalmente se derrumbó. El sufrimiento de su pueblo y la increíble ineficiencia de su gobierno finalmente hicieron que el ejército mismo se uniese a la rebelión popular. El 15 de marzo de 1917, el zar Nicolás II fue obligado a abdicar, y se formó un nuevo gobierno, constituido por revolucionarios que pretendían crear una democracia parlamentaria.

Esto suponía que la resistencia rusa en el frente oriental se debilitaría aún más, pero estas noticias tenían un aspecto bueno. Muchos norteamericanos no veían la ventaja de luchar contra las autocráticas Alemania y Austria-Hungría cuando esto significaba luchar junto a una Rusia todavía más autocrática, cuyos pogromos antisemitas la presentaban ante el mundo como un modelo de bestialidad.

Pero si Rusia ahora iba a ser una república democrática, las líneas de batalla quedarían claramente trazadas. Serían las democracias contra las autocracias. Estados Unidos reconoció gozosamente al nuevo gobierno, el 22 de marzo -fue la primera nación que lo hizo-, y Wilson pronto pudo decir que la guerra estaba destinada a «asegurar el mundo para la democracia».

El día anterior a este reconocimiento, el 21 de marzo, un submarino alemán hundió el buque de vapor norteamericano *Healdton*, esta vez sin aviso. Fue el último de varios incidentes semejantes y la gota de agua que colmó el vaso. Wilson convocó a una sesión especial del Congreso. Éste aprobó resoluciones de guerra contra Alemania y, el 6 de abril de 1917, Wilson comunicó oficialmente que Estados Unidos estaba en guerra.

Estados Unidos en guerra

A los Aliados debe de haberles parecido que la intervención norteamericana se producía en el momento más oportuno, pues la situación parecía más negra que nunca para ellos.

En el Este, el nuevo gobierno democrático de Rusia trató de continuar la guerra y de hecho lanzó una ofensiva en julio de 1917, pero el pueblo ruso ya no quería combatir, y los alemanes no tuvieron ningún problema para detener el tímido avance y luego, a su vez, avanzar profundamente por el interior. El frente oriental prácticamente desapare-

En el Oeste, las nuevas ofensivas aliadas fracasaron y ocasionaron nuevas matanzas; un peligroso ánimo de amotinamiento apareció en el ejército francés. Además en abril de 1917, el mes de la entrada norteamericana en la guerra, 881.000 toneladas de barcos aliados fueron enviados al fondo del mar. Los barcos eran hundidos a un ritmo dos veces mayor que la velocidad con que podían ser reemplazados. A este ritmo, no pasaría mucho tiempo antes de que los británicos se muriesen de hambre. Parecía muy razonable la esperanza alemana de que se llegase a una decisión favorable a ella mucho antes de que la intervención norteamericana pudiese hacerse efectiva.

Pero Estados Unidos se movió más rápidamente de lo que nadie esperaba en Europa. Lanzó su flota a la guerra inmediatamente, transportando suministros y ayudando a formar escoltas para los barcos aliados. Esto redujo rápidamente las bajas mensuales causadas por los submarinos a unas 300.000 toneladas y luego a 200.000, que era aún una pérdida grande pero no fatal. A ese ritmo, la estrategia submarina fracasaría.

Además, Estados Unidos estableció una leva, empezó a entrenar hombres a gran velocidad, y se dispuso a enviar un ejército a Europa por primera vez en su historia; y todo ello mucho más rápidamente de lo que nadie habría juzgado posible.

El 18 de mayo de 1917 se ordenó a los primeros pequeños contingentes de la fuerza expedicionaria norteamericana dirigirse a Europa. Embarcaron el 13 de junio y desembarcaron el 26 de junio. A su frente estaba Pershing, que acababa de llegar de su campaña mexicana. El 4 de julio de 1917, Pershing, a la cabeza de esas tropas norteamericanas que iban a ser las primeras que lucharían en Europa, marcharon por las calles de París ante el desbordante entusiasmo de los franceses. Los norteamericanos no eran muchos en número, pero representaban una nueva y fresca fuente de vastos recursos en hombres que aliviarían a una nación desangrada por la guerra.

Los norteamericanos marcharon ocho kilómetros desde la tumba de Napoleón hasta la tumba de La Fayette, el gran voluntario francés de la Guerra Revolucionaria Norteamericana. Pershing encargó a un amigo, el coronel Charles E. Stanton, para que dijera algo apropiado para las circunstancias. Stanton sencillamente dijo: «La Fayette, aquí estamos». No era posible mayor elocuencia, de cualquier extensión.

Los británicos y los franceses querían usar las tropas estadounidenses según su parecer, introduciéndolas en las divisiones británicas y francesas como refuerzos. Pero Pershing lo impidió y su decisión fue inflexible. Comprendió que los norteamericanos, que eran pocos, en las divisiones aliadas serían consumidos en vano, sin ningún honor. En cambio, insistió en que los norteamericanos formasen sus propias divisiones y marchasen a la batalla como unidades con sus propios comandantes, y en esto fue firmemente apoyado por Wilson.

Sólo el 23 de octubre de 1917 los norteamericanos dispararon contra los alemanes, y por entonces la situación pareció empeorar para los Aliados. Los motines en el ejército francés sólo habían sido sofocados fusilando a varios soldados elegidos al azar entre los regimientos amotinados, y había serias dudas sobre la efectividad que seguiría teniendo el ejército francés.

Los italianos, que luchaban del lado de los Aliados, fueron asaltados en la batalla de Caporetto y quedaron reducidos a la impotencia. En Rusia los revolucionarios radicales - los comunistas encabezados por Lenin- tomaron el poder en la capital rusa, Petrogrado, y en Moscú.

Parecía como si un último asalto alemán contra el Oeste decidiría la guerra, y Alemania redujo su actividad durante el invierno de 1917-1918 afin de prepararse para ese último

asalto. Mientras tanto, en ese invierno, llegaron más de 100.000 norteamericanos a Francia, y cada día llegaban más.

Estados Unidos estaba librando su primera contienda prolongada y mortífera desde la Guerra Civil y su primera guerra verdadera contra un enemigo extranjero. Fue la primera en la que se vio involucrado todo aspecto de la vida estadounidense. Hubo control de precios, entrenamiento militar de los reclutas, campañas para la compra de bonos de guerra y control gubernamental de los ferrocarriles.

El patriotismo se degradó. Los que se quedaron en el país, no teniendo que combatir contra un enemigo armado, consideraron que era su deber luchar contra cualquiera que pudiese ser acusado de ser un espía o un traidor. Hasta 1.500 pacifistas fueron arrestados, y muchos, entre ellos Debs y Hay-wood, fueron arrojados a la cárcel.

Los norteamericanos no sólo denunciaron a civiles alemanes de los Estados Unidos, sino que sacaron los libros alemanes de las bibliotecas, la música alemana de los repertorios y la comida alemana de las cartas de comida. Beethoven y Goethe fueron confundidos con el kaiser y el sauerkraut fue rebautizado «col de la libertad». La gente llegaba a patear a los perros zarceros. No fue uno de los períodos más atractivos de la historia estadounidense.

Por supuesto, hubo penurias. Hubo escasez de carbón, por la dificultad para disponer de transportes, y el invierno de 1917-1918 fue de un frío glacial en el Norte. La necesidad de exportar la mayor cantidad de alimentos posible redujo las raciones de los norteamericanos.

Un duro golpe propagandístico se experimentó al final del año, cuando el nuevo gobierno comunista de Rusia reveló los documentos del difunto régimen zarista y descubrió copias de tratados secretos entre las potencias aliadas que las mostró como mucho más rapaces de lo que pretendían ser en apariencia. Los comunistas inmediatamente publicaron esos tratados y si no se hacía algo, se corría el peligro de que la guerra sólo pareciese un conflicto entre ladrones y el pueblo norteamericano se desalentaría.

Wilson estaba ansioso de impedir esto y, también, de imponer un nuevo acuerdo en lugar de los tratados secretos. El 8 de enero de 1918, pues, en un discurso al Congreso, anunció las diversas metas y objetivos de guerra a los que deseaba que los Aliados se adhiriesen. Tales metas y objetivos eran catorce, y se los llamó los «Catorce Puntos».

Enunciados del modo más sencillo, eran los siguientes:

- 1. Todos los tratados debían concertarse mediante discusiones públicas y luego debían ser publicados.
2. Libertad de los mares, con igualdad de acceso al mar para todas las naciones, en la paz y en la guerra.
3. Supresión de las barreras económicas para que el mundo pudiese comerciar libremente.
4. Promover el desarme todo lo posible.
5. Solución de todos los conflictos coloniales, con la debida consideración a las poblaciones nativas.
6. Evacuación de Rusia, sin interferir en la acción de su gobierno. (Wilson todavía esperaba que se instalara allí un gobierno democrático.)
7. Evacuación de Bélgica.
8. Evacuación de Francia y devolución de Alsacia-Lorena, que Alemania había arrebatado a Francia en 1870.
9. Reajuste de las fronteras de Italia para incluir en ella los pueblos italianos que estaban inmediatamente más allá de sus límites.
10. Libertad para las diversas nacionalidades sometidas por Austria-Hungría.

11. Ajuste de los límites en los Balcanes de acuerdo con las nacionalidades, y acceso de Serbia al mar.
12. Libertad para las diversas nacionalidades sometidas al Imperio turco (que luchaba junto a Alemania), y libre acceso al estrecho de los Dardanelos en Constantinopla para todas las naciones.
13. Libertad de Polonia, con acceso al mar.
14. Creación de una asociación de naciones que dirimiese las disputas e impidiese las guerras en el futuro.

Estos catorce puntos redundaban, en su mayor parte, en perjuicio de Alemania, Austria-Hungría y Turquía, pero los Aliados no mostraron entusiasmo por ellos. No les deleitaba la libertad de los mares, el libre comercio, el desarme y la consideración hacia las poblaciones coloniales. No querían tener las manos atadas en la mesa de la paz, pues era posible que abogasen por una pequeña injusticia a su favor cuando llegase el momento. Sin embargo, como no podían permitirse ofender a Estados Unidos, aceptaron los catorce puntos con el entusiasmo que pudieron fingir.

tas ofensivas finales

El invierno (el último de la guerra) pasó y llegó el momento de acelerar la lucha nuevamente. Alemania estaba lista.

En el frente oriental, la guerra había terminado. El 3 de marzo de 1918 el gobierno comunista de Rusia había sido obligado a firmar un duro tratado de paz, en la ciudad de Brest-Litovsk, que le quitaba un tercio de su población y convertía provincias enteras en Estados títeres de Alemania. Esto hizo que Alemania pudiese embarcar la mayor parte de sus ejércitos orientales con destino al frente occidental.

Allí la situación no era tan brillante. La guerra submarina había fracasado definitivamente gracias a la flota estadounidense y los acelerados suministros norteamericanos, y el ejército de Estados Unidos en Francia se estaba fortaleciendo mucho más rápidamente de lo que Alemania había previsto.

Pero el general alemán Erich Ludendorff había elaborado una nueva táctica. Hasta entonces, ambos bandos simplemente habían atacado a todo lo largo de la línea del frente y tratado de hacer retroceder al enemigo en todas partes. Esto había sido estúpido, ineficaz e increíblemente sangriento. Ludendorff elaboró un esquema de «infiltración», por el cual el avance inicial buscaba puntos débiles. Luego se efectuaba una concentración en el punto débil y una penetración, dejando detrás los puntos fuertes para ser anulados sin prisa. En verdad, una vez que se producía la penetración, el enemigo, por lo general, tenía que retirarse.

Ludendorff reforzó al ejército alemán con soldados llevados del Este hasta lograr la superioridad numérica. Luego, el 21 de marzo de 1918, atacó en el punto de unión de los ejércitos británico y francés, donde la conducción, por ser doble, podía ser confusa. Después de un tremendo bombardeo de la artillería, logró penetrar en las líneas inglesas y en una semana avanzó 40 kilómetros.

Nada de esto se había visto en tres años de guerra de trincheras, y los Aliados reaccionaron realmente con pánico. Gran Bretaña y Francia, por primera vez, convinieron en elegir un general supremo para el frente occidental. La elección recayó sobre el general francés Ferdinand Foch. Pershing fue a verlo y, aunque insistió en que los norteamericanos formasen unidades separadas, ofreció ponerse bajo el mando de Foch y usar a todos sus hombres en el intento de parar la ofensiva.

Pero los alemanes la continuaron. Después de una pausa para recobrase, avanzaron por segunda vez, y luego por tercera vez. El 3 de junio los alemanes estaban ante la ciudad francesa de Château-Thierry, a sólo 90 kilómetros al este de París. Estaban suficientemente cerca como para que los más grandes cañones alemanes disparasen sus balas sobre la

ciudad. Fueron signos importantes de que los Aliados estaban cediendo. El gobierno francés se preparó para abandonar París y los soldados franceses fueron perdiendo la esperanza hasta el punto de desear rendirse.

Para entonces Pershing tenía bajo su mando a 325.000 hombres, repartidos en cuatro divisiones. Algunos miles de norteamericanos ya habían estado bajo el fuego en el curso de la ofensiva de primavera de Ludendorff, pero ahora llegaba el momento de que los soldados norteamericanos mostrasen su temple.

El 4 de junio soldados norteamericanos se dirigieron a Château-Thierry y detuvieron el avance alemán, aunque los franceses se retiraban a su alrededor. Luego siguieron la ofensiva. Al oeste de Château-Thierry había una pequeña zona boscosa, el bosque de Belleau, que los alemanes defendían vigorosamente. El 6 de junio los norteamericanos penetraron en él y, por primera vez, los norteamericanos se enfrentaron masivamente con veteranos alemanes. La lucha duró una semana y más de la mitad de los norteamericanos fueron muertos o heridos, pero tomaron el bosque de Belleau.

El avance alemán, por magnífico que pareciese en el mapa y aunque había conducido a los Aliados al borde de la derrota, no fue llevado a cabo sin pagar un buen precio. Los alemanes perdieron muchos hombres y materiales, y estaban agotados. Si bien habían ganado mucho terreno, no lograron los objetivos de Ludendorff, y a éste se le estaban agotando el tiempo y las fuerzas. Por añadidura, se halló en último momento a los norteamericanos luchando en el frente contra él, y luchando con ferocidad y determinación. Ludendorff decidió que debía hacer un último intento, pero no inmediatamente. No podía conseguir nada más de sus tropas por el momento, de modo que interrumpió la lucha por tres semanas. Los Aliados recibieron con alborozo esta medida, pues necesitaban desesperadamente reforzar sus líneas y, sobre todo, llevar más norteamericanos al frente.

Luego, el 15 de julio, Ludendorff lanzó otro ataque en Reims, en un punto del frente situado a unos 55 kilómetros al este de Château-Thierry. Como de costumbre, los alemanes avanzaron al principio, pero ahora se encontraron nuevamente con los norteamericanos, 85.000 de ellos, y esos norteamericanos resistieron firmemente.

Después de tres días, los alemanes quedaron agotados y en ese momento Foch, juzgando correctamente la ocasión, envió tropas al frente, entre ellas 270.000 norteamericanos, para contraatacar. Unos 54.000 norteamericanos también contraatacaron, junto con los británicos, más al Sur.

Los alemanes cedieron y Ludendorff comprendió que todo había terminado. No quedaba nada del ejército alemán, que ya no podía atacar más. Sólo podía defenderse. En cuanto a los Aliados, pudieron seguir atacando indefinidamente, pues llegaban al frente cada vez más norteamericanos, frescos y ansiosos de combatir.

El 10 de agosto Pershing finalmente arrancó a los Aliados el permiso para organizar un ejército totalmente norteamericano e independiente a fin de llevar la acción a puntos determinados, y Ludendorff aconsejó al kaiser hacer la paz cualesquiera que fuesen sus términos.

El gobierno alemán no lo podía creer. Alemania había luchado durante muchos años, siempre dando más de lo que recibía. Había aplastado a Rusia, Rumania e Italia, y sólo unos pocos meses antes había estado a punto de aplastar a Francia. El gobierno se negó a reconocer la derrota, de modo que la guerra continuó hasta que la derrota se hizo clara hasta para el más obtuso de los alemanes, y, por supuesto, a costa de miles de vidas adicionales.

Durante la ofensiva final contra los alemanes, el ejército norteamericano se concentró en Saint Mihiel, cerca del extremo meridional del frente, donde los territorios alemanes penetran en tierra francesa como un saliente. El ejército recientemente formado, con medio millón de hombres, bajo el mando exclusivo de Pershing, atacó el 12 de septiembre.

En dos días de dura lucha, los norteamericanos se apoderaron de todo el saliente, capturando 16.000 prisioneros y 443 cañones, a costa de sólo 7.000 bajas norteamericanas. La intención de Pershing era hacer ahora lo que había hecho Ludendorff. Quería sacar provecho a la victoria, que dejaba ante él a un ejército alemán totalmente desmoralizado, irrumpiendo en territorio alemán, comprendiendo que probablemente esto impusiera una inmediata rendición alemana.

Pero Foch no había comprendido el nuevo modo de hacer la guerra. Era un veterano de cuatro años de guerra de trincheras y, para él, la cuestión era arrollar las líneas alemanas a todo lo largo del frente, aun a grandes expensas. Foch era el general en jefe, y Pershing tuvo que ceder. Los norteamericanos fueron trasladados al Oeste, a la sección del frente que corría a lo largo del río Mosa y el bosque de Argonne.

A partir del 26 de septiembre los norteamericanos presionaron hacia adelante. Había 1.200.000 soldados estadounidenses combatiendo en ese sector ahora, y fue la mayor batalla librada por soldados norteamericanos hasta entonces. Hubo 120.000 bajas. El 7 de noviembre los norteamericanos llegaron a la ciudad de Sedan, cerca de la frontera alemana y a más de 50 kilómetros de su punto de partida.

En ese momento todo terminó. Dos aliados menores de Alemania, Bulgaria y Turquía, se habían rendido; Ludendorff fue retirado del mando y huyó a Suecia, país neutral. El 4 de noviembre de 1918 Austria-Hungría se rindió, y Alemania quedó sola. El 9 de noviembre el kaiser Guillermo II abdicó y huyó de Alemania para dirigirse a los Países Bajos, que eran neutrales. El 11 de noviembre Alemania se rindió y la guerra llegó a su fin.

La Primera Guerra Mundial había durado un poco más de cincuenta y un meses. Del lado Aliado, más de 42.000.000 de hombres estuvieron empeñados en la lucha de uno u otro modo, contra 23.000.000 de las Potencias centrales. Los Aliados perdieron un total de cinco millones de hombres (la mayoría franceses y rusos), y las Potencias centrales tuvieron 3.400.000 muertos (la mayoría alemanes y austrohúngaros). Más de 21.000.000 de hombres fueron heridos, de ambos bandos.

Estados Unidos salió comparativamente bien parado. Estuvo en la guerra sólo diecinueve meses, y los norteamericanos lucharon duramente a lo largo de seis meses. En las fuerzas armadas de Estados Unidos había 4.735.000 hombres al final de la guerra, 2.000.000 de los cuales estaban en Francia en el momento del armisticio. De éstos, 53.400 murieron (un tercio de los que murieron en la Guerra Civil del lado de la Unión solamente). Otros 63.000 murieron fuera de los campos de batalla, muchos de ellos por una epidemia de gripe que asoló al mundo en 1918 y mató más seres humanos que la guerra. Unos 204.000 norteamericanos fueron heridos.

Terminada la guerra, Europa estaba en ruinas. Rusia y Austria-Hungría se hallaban en estado de desintegración. Italia estaba reducida a la inutilidad. Alemania estaba agotada y a merced de sus conquistadores. Francia y Gran Bretaña estaban intactas, pero casi tan agotadas como Alemania.

De las grandes potencias mundiales, sólo las dos no europeas seguían fuertes y esencialmente intactas, Japón y los Estados Unidos. De las dos, Estados Unidos era evidentemente la más fuerte.

De hecho, ciento cuarenta y dos años después de que trece abigarradas colonias decidieran declarar su independencia de la poderosa Gran Bretaña, Estados Unidos se había convertido en la nación incomparablemente más fuerte del mundo, algo que todo el mundo podía ver. Y su presidente, Woodrow Wilson, era incomparablemente el individuo más poderoso del mundo.

Millones de personas de todas partes esperaron de Estados Unidos y de Wilson el establecimiento de una paz justa y de un mundo sin guerras.

Pero Wilson primero y Estados Unidos luego, por cortedad de miras, desaprovecharon la oportunidad. En cambio Estados Unidos permitió que se crease una situación que hizo posible que estallase otra guerra aún peor sólo veinte años después.

Cómo ocurrió esto será el tema del próximo volumen de la historia de los Estados Unidos.

Cronología..

1862 El 7 de junio tropas francesas ocupan Ciudad de México.

1864 El 10 de junio Maximiliano de Austria es proclamado emperador de México.

1865 El 14 de abril Lincoln es asesinado. Andrew Johnson se convierte en el decimoséptimo presidente de Estados Unidos. El 10 de mayo es capturado el presidente confederado Jefferson Davis. El 18 de diciembre, la Decimotercera Enmienda pasa a formar parte de la Constitución, la esclavitud queda fuera de la ley. El 24 de diciembre se funda el Ku Klux Klan.

1866 El 16 de junio, la Decimocuarta Enmienda pasa a formar parte de la Constitución. Blacks recibe la ciudadanía. El 24 de julio Tennessee es readmitido en la Unión.

1867 El 1 de marzo Nebraska entra en la Unión como el trigésimo-séptimo Estado. Se aprueba el Decreto de Reconstrucción. Diez antiguos Estados Confederados son puestos bajo gobierno militar. El 14 de marzo las últimas tropas francesas abandonan México por presión estadounidense. El 19 de junio Maximiliano es ejecutado en México. El 1 de julio se crea el Dominio del Canadá. El 5 de agosto Johnson desafía al Congreso y pide la renuncia del secretario de Guerra, Stanton. El 28 de agosto Estados Unidos se anexiona las islas Midway. El 18 de octubre Estados Unidos compra Alaska a Rusia.

1868 El 24 de febrero la Cámara de Representantes enjuicia al presidente Johnson. El 26 de mayo el Senado absuelve al presidente Johnson por un voto. El 23 de junio Christopher I. Sholes patenta la máquina de escribir. El 25 de junio los antiguos Estados Confederados empiezan a ser readmitidos en la Unión bajo gobiernos carpetbaggers. El 3 de noviembre Ulysses S. Grant (R) es elegido presidente contra Horatio Seymour (D). El 25 de diciembre Jefferson Davis es perdonado.

1869 El 4 de marzo Grant es investido como decimooctavo presidente de Estados Unidos. El 10 de mayo se termina el primer ferrocarril transcontinental. Se funda el Partido Prohibicionista. El 24 de septiembre es el «Viernes Negro» en Wall Street. Gould y Fisk tratan de acaparar oro.

1870 La población de Estados Unidos es de 38.558.371. El 30 de marzo la Decimoquinta Enmienda pasa a formar parte de la Constitución. Se otorga el voto a los negros.

1871 El 18 de enero se funda el Imperio alemán. El 8 de octubre se produce el gran incendio de Chicago.

1872 El 17 de febrero Estados Unidos se apodera de Pago Pago, en Samoa. El 25 de agosto la disputa por reclamaciones concernientes al Alabama se resuelve a favor de Estados Unidos. El 5 de noviembre Grant (R) es reelegido presidente frente a Horace Greeley (LR). El 9 de noviembre muere Horace Greeley.

1873 El 12 de febrero se adopta el patrón oro. El 4 de marzo Grant es reinvestido. El 18 de septiembre se produce la bancarrota de la firma de Jay Cooke; «Pánico» de 1873.

1874 Se funda la Unión Abstinente Cristiana de Mujeres.

1875 El 31 de julio muere Andrew Johnson. El 22 de noviembre el vicepresidente Wilson muere en el cargo.

1876 El 14 de febrero Alexander Bell patenta el teléfono. El 10 de mayo Grant inaugura la Exposición del Centenario. El 5 de junio James G. Blaine lee las cartas de Mulligan al Congreso. El 25 de junio se libra la batalla de Little Big Horn. Toro Sentado derrota a George A. Custer. El 4 de julio se celebra el Centenario de la Independencia de Estados

Unidos. El 1 de agosto Colorado entra en la Unión como el trigésimo octavo Estado. El 7 de noviembre se efectúa la reñida elección entre Samuel J. Tilden (D) y Rutherford B. Hayes (R).

1877 El 2 de marzo se decide sobre el resultado de las elecciones de 1876 y se da el triunfo a Hayes. El 5 de marzo Hayes es investido como el decimonoveno presidente de Estados Unidos. El 5 de septiembre Caballo Loco es muerto a tiros «mientras intentaba escapar». El 5 de octubre José, de la tribu india Nez Percé, se rinde.

1878 Thomas A. Edison inventa el fonógrafo. El 22 de febrero se funda el Partido Obrero del Papiro. El 28 de febrero se aprueba el Decreto Bland-Allison sobre la plata, el patrón oro es rescindido. El 12 de abril el «Jefe» Twedd muere en prisión.

1879 Thomas A. Edison inventa la luz eléctrica.

1880 La población de Estados Unidos es de 50.155.783. El 2 de noviembre James A. Garfield (R) es elegido presidente en oposición a Winfield S. Scott (D).

1881 El 4 de marzo Garfield es investido como el vigésimo presidente de Estados Unidos. El 13 de marzo el zar Alejandro II es asesinado; comienzo de la migración judía a los Estados Unidos. El 16 de mayo Roscoe Conkling renuncia al Senado. El 2 de julio Charles Guiteau dispara contra Garfield. El 19 de septiembre Garfield muere. Chester A. Arthur le sucede como vigésimo primer presidente de Estados Unidos.

1882 El 6 de mayo se aprueba el Decreto de Exclusión de los Chinos. El 30 de junio Guiteau es ahorcado.

1883 Hiram S. Maxim inventa la ametralladora. El 16 de enero se aprueba el Decreto Pendleton; comienzo del servicio público. El 24 de mayo se inaugura el puente de Brooklyn, primero de los puentes colgantes.

1884 El 29 de octubre Samuel D. Burchard pronuncia su discurso sobre «Ron, Romanismo y Rebelión». El 4 de noviembre Grover Cleveland (D) es elegido presidente en oposición a Blaine (R).

1885 El 4 de marzo Cleveland es investido como vigésimo segundo presidente de Estados Unidos. El 23 de julio muere Ulysses S. Grant. El 25 de noviembre el vicepresidente Thomas A. Hendricks muere en el cargo.

1886 El 4 de mayo estalla una bomba en Haymarket Square. El 2 de junio el presidente Cleveland se casa con su pupila Francis Folsom. El 20 de agosto son ahorcados los acusados de haber puesto una bomba en Haymarket Square. El 4 de septiembre se rinde Jerónimo, jefe apache. El 28 de octubre se inaugura la Estatua de la Libertad en el puerto de Nueva York. El 18 de noviembre muere Chester A. Arthur. El 8 de diciembre se funda la Federación Americana del Trabajo.

1887 El 20 de enero Estados Unidos arrienda Pearl Harbor en Hawai. El 4 de febrero se aprueba el Decreto de Comercio Interestatal; regulación de los ferrocarriles.

1888 El 6 de noviembre Benjamín Harrison (R) es elegido presidente, al derrotar a Cleveland (D).

1889 El 4 de marzo Harrison es investido como vigésimo tercer presidente de Estados Unidos. El 16 de marzo un huracán impide una batalla naval en Samoa entre Estados Unidos y Alemania. El 2 de noviembre Dakota del Norte y Dakota del Sur entran en la Unión como los Estados trigésimo noveno y cuadragésimo. El 8 de noviembre Montana entra en la Unión como el cuadragésimo primer Estado. El 11 de noviembre Washington entra en la Unión como el cuadragésimo segundo Estado. El 6 de diciembre muere Jefferson Davis.

1890 La población de Estados Unidos es de 62.622.250 personas. El 2 de julio se aprueba el Decreto Sherman Antitrust. El 3 de julio Idaho entra en la Unión como el cuadragésimo tercer Estado. El 10 de julio Wyoming entra en la Unión como el cuadragésimo cuarto Estado; es el primer Estado que admite el sufragio femenino. El 14 de

julio se aprueba el Decreto Sherman de Compra de Plata. El 6 de agosto se usa por primera vez la silla eléctrica de ejecuciones. El 1 de octubre se aprueba el Arancel McKinley. El 6 de noviembre la Iglesia Mormona renuncia a la poligamia. El 15 de diciembre Toro Sentado es muerto a tiros «mientras intentaba escapar». El 20 de diciembre se libra la batalla de Wounded Knee. Fin de la resistencia india. Fin de la frontera.

1891 El 19 de mayo se funda el Partido Populista.

1892 El 8 de noviembre Cleveland (D) es elegido, al derrotar a Harrison (R).

1893 El 14 de enero la reina Liliuokalani de Hawai trata de establecer el dominio hawaiano sobre las islas. El 17 de enero Sanford B. Dole crea la República de Hawai dominada por norteamericanos. El 17 de enero muere Rutherford B. Hayes. El 4 de marzo Cleveland es investido como el vigesimocuarto presidente de Estados Unidos. En abril, Henry Ford construye su primer automóvil. El 26 de junio John P. Altgeld perdona a los restantes acusados de poner una bomba en Haymarket Square. El 27 de junio quiebra la Bolsa. «Pánico» de 1893. El 9 de septiembre nace la hija de Cleveland en la Casa Blanca. El 1 de noviembre es revocado el Decreto Sherman de Compra de Plata. El Partido Demócrata se divide.

1894 El 1 de mayo el ejército de Coxey llega a Washington. El 10 de mayo empieza la huelga contra Pullman. El 3 de julio Cleveland envía tropas contra los huelguistas. El 1 de agosto empieza la Guerra Chino-Japonesa. El 8 de agosto Estados Unidos reconoce a la República de Hawai.

1895 El 24 de febrero Cuba se rebela contra España. El 17 de abril, la Guerra Chino-Japonesa termina con una completa victoria japonesa. El 20 de julio, el secretario de Estado Olney envía una dura nota a Gran Bretaña por la disputa fronteriza venezolana. El 29 de diciembre se produce la incursión de Jameson en Sudáfrica. Gran Bretaña empieza a buscar la amistad norteamericana.

1896 Se descubre oro en Klondike. El 4 de enero Utah entra en la Unión como el cuadragésimoquinto Estado. El 8 de julio William J. Bryan pronuncia su discurso sobre «la cruz del oro». El 30 de agosto las islas Filipinas se rebelan contra España. El 3 de noviembre McKinley (R) es elegido, al derrotar a Bryan (D).

1897 El 2 de febrero Gran Bretaña y Venezuela convienen en resolver por arbitraje la disputa fronteriza. El 4 de marzo McKinley es investido como vigesimosegundo presidente de Estados Unidos. El 24 de julio se aprueba el Arancel Dingley.

1898 El 1 de enero se forma el «Gran Nueva York», con cinco barrios. El 15 de febrero el barco de guerra Maine es volado en el puerto de La Habana. El 25 de febrero Theodore Roosevelt, como secretario en funciones de la Armada, ordena a la flota del Pacífico dirigirse a Hong Kong. El 21 de abril estalla la Guerra Hispano-Norteamericana. El 27 de abril el almirante George Dewey abandona Hong Kong en dirección a Manila. El 1 de mayo se libra la batalla de la Bahía de Manila. Dewey derrota a la flota española. El 19 de mayo Dewey lleva al insurgente filipino Emilio Aguinaldo a las Filipinas para que ayude a los norteamericanos. El 19 de mayo la flota española llega a Santiago, Cuba. El 10 de junio llegan a Cuba las primeras tropas estadounidenses. El 20 de junio los norteamericanos ocupan Guam. El 1 de julio se libra la batalla del Monte San Juan. Los norteamericanos derrotan a los españoles. El 3 de julio se da la batalla de Santiago. El almirante Sampson derrota a la flota española. El 4 de julio los norteamericanos ocupan la isla de Wake. El 17 de julio los norteamericanos toman Santiago. El 25 de julio los norteamericanos ocupan Puerto Rico. El 12 de agosto Hawai se convierte en territorio de Estados Unidos. El 13 de agosto los norteamericanos toman Manila; termina la Guerra Hispano-Norteamericana. El 1 de octubre empiezan las negociaciones de paz entre España y Estados Unidos. El 10 de diciembre el Tratado de París pone fin oficialmente a la Guerra Hispano-Norteamericana.

1899 El 4 de febrero Aguinaldo inicia la insurrección filipina contra Estados Unidos. El 6 de febrero el Senado aprueba el Tratado de París y niega la independencia a las Filipinas. El 6 de septiembre el secretario de Estado John Hay inicia en China la política de «Puertas Abiertas». El 3 de octubre se dirime la disputa fronteriza venezolana con Gran Bretaña.

1900 La población de Estados Unidos es de 75.994.575 habitantes. El 6 de marzo se funda en Estados Unidos el Partido Socialista. El 14 de marzo se restablece el patrón oro. El 7 de abril William H. Taft es enviado a las Filipinas. El 29 de junio comienza la rebelión bóxer en China. El 14 de agosto tropas occidentales toman Pekín. El «Acuerdo de Caballeros» de agosto limita la inmigración japonesa a los Estados Unidos. El 6 de noviembre McKinley (R) es reelegido, al derrotar a Bryan (D).

1901 El 25 de febrero se funda la United States Steel. El 2 de marzo la Enmienda Platt establece el protectorado norteamericano sobre Cuba. El 4 de marzo es reinvestido McKinley. El 13 de marzo muere Benjamín Harrison. El 23 de marzo Aguinaldo es capturado en las Filipinas. El 6 de septiembre León Czol-gosz dispara sobre el presidente McKinley. El 7 de septiembre China accede a todas las exigencias occidentales. El 14 de septiembre muere el presidente McKinley. Theodore Roosevelt se convierte en el vigesimosexto presidente de Estados Unidos. El 16 de octubre Booker T. Washington es invitado a cenar en la Casa Blanca. El 29 de octubre Czolgosz es ahorcado. El 18 de noviembre se firma el Tratado Hay-Pauncefote con Gran Bretaña que da a Estados Unidos campo libre para construir un canal a través de un istmo. El 12 de diciembre Guglielmo Marconi envía los primeros mensajes de radio a través del Atlántico.

1902 Se construye en Nueva York el «Edificio Flatiron», de 20 pisos; comienza el horizonte de rascacielos de Nueva York. Se realiza el primer viaje transcontinental por automóvil. El 8 de mayo se produce la erupción volcánica del Monte Pelee en la Martinica. El 4 de julio se declara terminada la insurrección filipina. El 20 de octubre la disputa fronteriza de Alaska con Canadá se dirime a favor de Estados Unidos.

1903 Se funda la Ford Motor Company. Edison filma El gran robo del tren, la primera película en que se relata una historia. El 22 de enero, el Tratado Hay-Herrán con Colombia permite a Estados Unidos construir un canal en Panamá; el Senado colombiano rechaza el Tratado. El 14 de febrero el Departamento de Comercio y Trabajo recibe rango de ministerio. El 23 de mayo Wisconsin es el primer Estado que adopta las elecciones primarias directas. El 3 de noviembre Panamá se rebela contra Colombia con ayuda norteamericana. El 6 de noviembre Estados Unidos reconoce la independencia de Panamá. El 18 de noviembre el Tratado Hay-Bunau-Varilla con Panamá permite a Estados Unidos construir el canal de Panamá. El 17 de diciembre se realiza el primer vuelo en aeroplano de los hermanos Wright.

1904 El 8 de febrero Japón sorprende a una flota rusa en Port Arthur. Comienza la Guerra Ruso-Japonesa. El 9 de mayo se inicia la construcción del canal de Panamá. El 8 de noviembre Roosevelt (R) es reelegido, al derrotar a Alton B. Parker (D). El 6 de diciembre se anuncia el «Corolario Roosevelt» de la Doctrina Monroe.

1905 El 4 de marzo Roosevelt es reinvestido. En junio se funda el sindicato Obreros Industriales del Mundo. El 5 de septiembre el Tratado de Paz de Portsmouth, New Haven, pone fin a la Guerra Ruso-Japonesa, con Roosevelt como mediador.

1906 El 16 de enero Estados Unidos participa en la Conferencia de Algeciras sobre el destino de Marruecos. El 18 de abril se produce el gran terremoto de San Francisco. El 10 de diciembre Roosevelt recibe el Premio Nobel de la Paz.

1907 La inmigración en Estados Unidos llega al máximo; total de 3.400.000 personas en el lapso 1905-1907, nunca superado. El 13 de marzo quiebra la Bolsa: «Pánico de 1907». El 16 de noviembre Oklahoma entra en la Unión como el cuadragésimo-sexto Estado.

1908 Aparece el Modelo T fabricado por Ford, el primer automóvil barato. El 24 de junio muere Grover Cleveland. El 8 de noviembre William H. Taft (R) es elegido presidente, al derrotar a Bryan (D).

1909 El 4 de marzo Taft es investido como el vigesimoséptimo presidente de Estados Unidos. El 6 de abril Robert E. Peary llega al Polo Norte. El 5 de agosto se aprueba el Arancel Payne-Al-drich; comienzo de la escisión republicana.

1910 La población de Estados Unidos es de 91.972.266 personas. Japón se anexiona Corea. El 8 de noviembre Woodrow Wilson es elegido gobernador de Nueva Jersey.

1911 Primer vuelo transcontinental en aeroplano. El 21 de enero Robert M. La Follette funda el Partido Progresista. El 25 de mayo es derrocada en México la dictadura de Porfirio Díaz.

1912 El 6 de enero Nuevo México entra en la Unión como el cua-dragesimoséptimo Estado. El 14 de febrero Arizona entra en la Unión como el cuadragesimooctavo Estado. El 14 de abril el Titanic choca con un iceberg y se hunde en su primer viaje. El 5 de noviembre Wilson (R) es elegido presidente, al derrotar a Taft (R) y a Roosevelt (Pr.).

1913 El 22 de febrero Victoriano Huerta se proclama presidente de México. El 25 de febrero la Decimosexta Enmienda pasa a formar parte de la Constitución; ella permite el impuesto sobre la renta. El 4 de marzo Wilson es investido como el vigesimoocta-vo presidente de Estados Unidos. El 31 de mayo pasa a formar parte de la Constitución la Decimoséptima Enmienda, que establece la elección directa de senadores. El 3 de octubre se aprueba el Arancel Underwood. El 23 de diciembre se crea el Sistema de Reserva Federal.

1914 El 21 de abril la flota norteamericana ocupa Veracruz, en México. El 24 de junio se reúne en Niágara Falls la conferencia de arbitraje interamericana. Se pide la renuncia de Huerta. El 28 de junio el archiduque Francisco Fernando de Austria es asesinado en Sarajevo. El 15 de julio Huerta renuncia; Venustiano Carranza se convierte en presidente de México. El 28 de julio Austria-Hungría declara la guerra a Serbia; comienza la Primera Guerra Mundial. El 4 de agosto Gran Bretaña se une a Francia y Rusia (Aliados) contra Alemania y Austria-Hungría (Potencias centrales). El 15 de agosto el canal de Panamá se abre a la navegación. El 25 de octubre se aprueba el Decreto Clayton Antitrust.

1915 El 25 de enero se conecta por teléfono a Nueva York y San Francisco. El 4 de febrero Alemania inicia la guerra submarina sin restricciones. El 7 de mayo hunde el Lusitania; mueren 128 estadounidenses. El 8 de junio Bryan renuncia como secretario de Estado. El 21 de julio las protestas norteamericanas por el Lusitania obligan a Alemania a abandonar la guerra submarina temporalmente. El 24 de julio los planes alemanes de sabotaje son abandonados en el Metro de Nueva York y recogidos por agentes norteamericanos. El 30 de noviembre se produce una explosión en la fábrica Du Pont de Wilmington; se sospecha que es un sabotaje. El 4 de diciembre el «barco de la paz» de Ford parte para Europa.

1916 El 10 de enero Pancho Villa mata a 16 norteamericanos. El 9 de marzo Villa hace una incursión en Columbus, N. M. El 15 de marzo Pershing conduce tropas a México en persecución de Villa. El 24 de abril estalla una rebelión irlandesa contra Gran Bretaña. El 22 de julio estalla una bomba en un desfile por la Preparación en San Francisco. El 30 de julio se produce una explosión en Black Tom Island, N. J.; se sospecha que es un sabotaje. El 7 de noviembre Wilson (D) es reelegido, al derrotar a Charles E. Hughes (R).

1917 El 17 de enero Estados Unidos se anexiona las islas Vírgenes. El 22 de enero Wilson insta a la «paz sin victoria». El 31 de enero Alemania reanuda la guerra submarina sin restricciones. El 3 de febrero un submarino alemán hunde el Housatonic. El 5 de febrero Pershing es llamado de vuelta de México. El 1 de marzo Estados Unidos publica la nota de Zimmermann. El 5 de marzo Wilson es reinvestido. El 15 de marzo abdica el zar

Nicolás II. El 21 de marzo un submarino alemán hunde al Heald-ton. El 22 de marzo Estados Unidos reconoce a la República Rusa. El 6 de abril Estados Unidos declara la guerra a Alemania y entra en la Primera Guerra Mundial. El 26 de junio las primeras tropas norteamericanas llegan a Francia bajo el mando de Pershing. El 4 de junio Pershing encabeza un desfile de tropas norteamericanas en París: «La Fayette, aquí estamos». El 23 de octubre tropas norteamericanas entran en combate en Francia por vez primera. El 11 de noviembre muere Liliuokalani, último gobernante nativo de Hawai. 1918 El 8 de enero Wilson anuncia los «Catorce Puntos». El 3 de marzo Rusia firma el Tratado de Brest-Litovsk y sale de la Primera Guerra Mundial. El 21 de marzo tropas alemanas bajo el mando de Ludendorff lanzan una enorme ofensiva. El 4 de junio tropas norteamericanas detienen a los alemanes en Château-Thierry, a 90 kilómetros de París. El 6 de junio tropas norteamericanas atacan en el bosque de Belleau. El 15 de julio tropas alemanas atacan por última vez; son detenidas por los norteamericanos en Reims. El 12 de septiembre tropas norteamericanas atacan y reducen el saliente de Saint Mihiel. El 26 de septiembre tropas norteamericanas participan en la ofensiva del Mosa-Argonne. El 23 de octubre Ludendorff es relevado del mando; huye a Suecia. El 4 de noviembre Austria-Hungría se rinde. El 7 de noviembre tropas norteamericanas llegan a Sedan, cerca de la frontera alemana. El 9 de noviembre abdica el kaiser Guillermo II de Alemania; huye a los Países Bajos. El 11 de noviembre se firma el armisticio. Termina la Primera Guerra Mundial.

<http://infoespacio.net>